



LUCÍA M.

# STAY

# **STAY**

**Lucía M.**

*A todas las personas que hicieron que Dublín fuera un lugar inolvidable.*

## Capítulo 1

*JOHN*  
*Dublín.*

—Eh tío —me dice Mike— aquella pelirroja no para de mirarme, ¡mírala, mírala! Hostia tío, qué descarada.

Yo me giro para mirarla. Con la de gente que hay aquí es como para averiguar quién es la pelirroja de los descaros, como si en Irlanda no hubiera pelirrojas, ¿sabes?

—¿Vamos o qué? —insiste tirándome del brazo.

—Sí, sí, ve tú, que yo voy ahora —digo volviéndome a apoyar en la barra con mi cerveza.

—John, no empieces, tío —insiste—, es un dos para dos, easy, papapá pam.

Ya estamos con el papapá pam.

—¿Cuántas veces te ha funcionado el papapá pam, Mike?

—Hoy es el día —dice vaciando su cerveza de un trago—, tengo un palpito.

—Venga, pues acércate y ahora me cuentas qué tal tu palpito.

—Sólo te digo una cosa —se acerca a mi oído—; no me esperes despierto.

Ríe confiado, se coloca bien el cuello de la camisa y se dirige decidido a por la pelirroja.

Yo lo observo haciéndose hueco entre la gente hasta que lo pierdo. Me giro de nuevo hacia la barra y le doy un sorbo a mi vaso descubriendo que ya se me ha acabado la cerveza. Vacilo un instante en pedirme otra. No, otra no. Me queda aquí el tiempo de que la pelirroja le de calabazas a Mike y vuelva diciéndome que pasa de ella, que es una creída y todo eso.

Yo es que no entiendo cómo a la gente le sigue gustando estos lugares, si aquí ni se puede hablar ni nada. ¿Porque aquí el que no sepa bailar qué hace? Ya te lo digo yo; nada. Pero vamos, que parece que al único que le importa eso es a mí. Sino que se lo digan a esos de allí, que si les queda algo de dignidad, desde luego con el bailecito que se están marcando, ya la han perdido. O a aquellas, esas son de las que les dicen a sus padres que se van a quedar a dormir en casa de una amiga para terminar un trabajo, y luego se ponen hasta arriba de Malibú con piña, ¡Y pensar que a esto le llaman vivir la vida!

Por cierto, me llamo Juan. Que seguro que os estaréis preguntando que desde cuándo dos españoles se llaman Jonh y Mike. Yo me llamo Juan y mi amigo Miguel, yo de Sevilla y él de Madrid. Bueno, es de Madrid pero vive en Segovia estudiando publicidad. Y cuando nos conocimos en Irlanda decidimos llamarnos por la versión inglesa de nuestros nombres, ya sabes, por eso de intentar hablar inglés y practicar todo el rato, pero vamos, que eso fueron los primeros días, ahora, a tan solo tres días de poner fin a nuestra aventura en Dublín, hablamos español siempre que podemos.

A tres días de volver a ver a mi novia. Que ya me gustaría a mí estar con ella y no aquí, viviendo la vida.

Pierdo la mirada entre las estanterías desorganizadas de botellas de alcohol. Y es que me muero de ganas por volverla a ver y abrazarla, lo juro. Porque últimamente no van muy bien las

cosas entre nosotros. Al principio, la idea de estar separados un año no nos parecía del todo mal —a ver, no nos hacía gracia pero era por mi futuro— y los primeros días, que siempre son los peores vayas donde vayas, nos los pasábamos hablando por Skype. Pero con el tiempo las conversaciones empezaron a perder fuerza, conoces a gente, quieres hacer cosas nuevas, visitar lugares y la idea de quedarse toda una tarde frente a la pantalla del ordenador tampoco ayuda. Así que a tan solo tres días de volver a verla, apenas hablamos ya, lo único que nos queda al uno del otro es un rutinario mensaje de buenas noches y poco más.

—Oye, ¿me vas a dejar de *aguantavelas*? —escucho a mi espalda.

Me giro descubriendo a mi espalda a una chica rubia.

—¿Qué? —contesto.

—Tu amigo —dice—, que ha venido a robarme a mi amiga.

Miro detrás de ella. Mike está opositándole a la pelirroja. Me río.

—¿Ahora qué hago yo? —insiste fingiendo estar enfadada.

Me encojo de hombros sin saber bien qué decir.

—¿Cómo qué... —me imita encogiéndose de hombros ella también.

—No sé, reclama en recepción que te han robado a tu amiga.

La rubia tuerce el gesto con una cara de *¿perdona?*.

—Mejor le reclamo al amigo del que ha secuestrado a mi amiga —protesta haciéndose un hueco en la barra— una cerveza, ¿Qué te parece?

Me quedo mirándola con cara de no sabe qué decir.

—Me llamo Anna —dice sin darme tiempo a reaccionar.

—John —digo sacudiéndome la cabeza.

Sonríe.

—Ese nombre no es muy español, ¿no?

—¿Cómo sabes que soy español?

—Porque te pareces a los españoles de las películas.

—¿A los españoles de qué películas?

—Que es broma —ríe divertida—, me lo ha dicho tu amigo.

Vaya hombre, o la rubia esta está hoy muy graciosa o yo estoy hoy muy espesito. Miro mi pinta de cerveza vacía. Tal vez sea la cerveza. O todo a la vez.

—Mi nombre verdadero es Juan —le digo.

—*Guan* —se atreve a decir.

—No, no, con Jota. Juan.

—*Yan* —dice convencida esta vez.

—No —río— Ju-an —le repito— Juan.

Antes de decidirse a decirlo en voz alta lo hace para ella misma.

—... Encantada, John —desiste tendiéndome la mano.

Yo me río y se la estrecho.

—En mi país se dan dos besos —apunto sin saber realmente muy bien por qué.

—En el mío también —contesta ella.

—Ah... —vacilo un instante antes de levantarme y nos quedamos ahí en un sin saber qué hacer durante un par de segundos hasta que nos los damos.

Huele a coco. O a vainilla, siempre me hago un lío con esos dos olores, el caso es que huele bien.

—Bueno ¿y la cerveza? —insiste.

—¿Sabes? En mi país invitan las chicas —sonrío.

—Ya, honey (*cariño*) —asiento—, pero no estamos en tu país. Así que invitas tú. Dos Guinness, please —se precipita a pedirle al camarero.

—No, no, que a mí no me gusta la Guinness. Perdona —llamo al camarero—, una Guinness y una Paulaner, por fav... please.

—¿Estás en Irlanda y no te gusta la Guinness?

—No —me quedo pensando un instante—, soy un poco raro.

—Muy raro —replica.

Las dos cervezas llegan en sus enormes vasos de medio litro. Cervezas de tirador, nada de botellines, este bar tiene tiradores de todas las cervezas, es una pasada.

Cuando voy a darle un sorbo a mi cerveza, ella me la aparta dejándome con la espuma en la punta de los labios.

—¿No brindamos? —insinúa.

—Claro —asiento—, ¿por qué quieres brindar?

—Porque al final de la noche sea capaz de decir bien tu nombre.

Yo la miro divertido, brindamos y bebemos.

El móvil comienza a vibrarme en el bolsillo del pantalón. Suelto el vaso en la barra y leo en la pantalla:

“Llamada entrante: Lucía”

Mi novia. No sé por qué, pero por un instante dudo en cogerlo. Miro a la rubia y le enseño el móvil.

—Ahora vengo —le digo, ella me guiña un ojo dándole un sorbo a su cerveza y se queda allí sentada.

Yo empiezo a hacerme hueco entre la gente pero la entrada queda lejos y no me va a dar tiempo de salir para cogerlo, así que descuelgo.

—Un segundo, Lu —contesto.

Venga hombre, echaros a un lado, ahora seguíis bailando. ¿Me permites? A ver ahora estos dos, va, venga, si solo es un segundo. Y deslizándome entre la gente consigo llegar a la puerta. Dejo que el portero con cara de pocos amigos me selle la mano y salgo.

—Lucía, ya —resoplo—, que estaba intentando salir de... ¿Lu?, ¿Lucía?

“Llamada finalizada”

Me apoyo sobre el capó de un coche frente la discoteca y marco su número. Ella descuelga el teléfono al tercer pitido.

—¿Qué quieres? —responde seca.

—¿Cómo que qué quiero? —Le contesto—, Hola.

—¿Hola? —Dice—, se me acaban de quitar las ganas de hablar contigo.

—¿Lucía?, ¿Pero por qué? —No contesta, los nervios me levantan del coche—, ¿me puedes decir por qué te has enfadado ahora?

Me vuelve a colgar. Respiro hondo para calmarme y vuelvo a llamarla.

—¿Lucía, puedes dejar de colgarme —le digo serio— y decirme qué te pasa, por favor?

—¿Que qué me pasa? —Grita—. Me pasa que estoy aquí en Sevilla, echándote de menos y

con unas ganas horribles de estar contigo y que cuando te llamo, porque me apetecía hablar un rato contigo, resulta que estás en una discoteca ahí rozándote con todas las guiris, ¡Ea, pues nada! No te entretengo más, tú sigue ahí bailando.

—Pero Lucía, que yo no... —intento ordenar mis pensamientos antes de hablar, siento como empiezo a ponerme nervioso— Lucía, te estás equivocando, yo no estaba bailando con ninguna guir...

—¡No, claro! —Me interrumpe—, tú sales y no bailas con nadie no, tú te quedas *forever alone* en la barra ¿pero tú te crees que yo soy tonta?

—¡Lucía estaba pensando en ti! —protesto.

—¡Qué casualidad! —ríe.

—Pues sí, qué casualidad.

—Ya... —dice con desgana—, anda y vete a engañar a otra.

—¡Lucía, que es en serio, joder!

—¡Que a mí no me grites! ¿Te enteras? ¡Grítale a una cualquiera de allí y te desahogas!

Intento calmarme pero me parece imposible.

—Lucía, escúchame... a ver —me despego el móvil de la oreja y compruebo que me había vuelto a colgar.

No me lo puedo creer. Cojo el móvil y lo lanzo contra el suelo con todas mis fuerzas. A tomar por culo el móvil, mi novia y todo ya, hostia.

El corazón se me precipita. No sé ya ni qué hacer, ni a dónde mirar, ni nada. Me levanto de nuevo del capó del coche y comienzo a dar paseos inquietos de un lado a otro.

Qué estúpido eres, me digo a mi mismo volviendo la vista hacia el móvil destrozado en el suelo. Me agacho para coger las piezas y me las guardo en el bolsillo sin intentar arreglarlo siquiera. Yo ya ni tengo ganas de entrar de nuevo en la discoteca ni nada. Miro el reloj y vacilo un instante en entrar a avisar a Mike. Seguro que está allí con la pelirroja, ya mañana lo veré. Y la rubia, total, no iba a volver a verla, qué más da. Así que decido empezar a caminar hasta mi residencia. Para una vez que no llueve, a ver si así consigo relajarme un poco. Meto las manos en los bolsillos y comienzo a andar con paso ligero sin poder evitar darle una patada a una lata al pasar junto a ella mandándola al centro de la carretera.

Y me voy de allí dejando plantada en la barra de aquel bar a la chica que, sin que pudiera imaginarlo, me cambiaría la vida.

## Capítulo 2

LUCÍA  
Sevilla.

—¿Pero será capullo? —grito pulsando el botón de colgar.

—¿Qué ha pasado, Lu? —me pregunta Rosa.

—¿Que qué ha pasado? —Le pregunto yo— me dice no, tranquila, que yo voy solo para estudiar, que no sé qué ¡y resulta que está el tío en una discoteca, allí, bailando y rozándose con todas las guiris! Y yo aquí, que llevo toda la tarde pensando si llamarlo o no para no ser pesada. Pues nada, ya lo sé, parece que sí, que molesto, que prefiere estar allí rodeado de... ¡Uff! —tiro el móvil contra la cama y me dejo caer de mala gana sobre el escritorio.

—Lucía, tranquila —dice Rosa cogiendo el móvil de la cama—, y no tires así el móvil que no tiene culpa.

—Todos los mensajes que me mandaba; cariño estoy en casa de un amigo, cariño tengo que estudiar —empiezo a decir imitando a mi novio—, hoy tengo una visita a no sé dónde, hoy no sé qué, ¡mentiras! Y yo creyéndomelas como una estúpida, ¡pobrecito mi niño!, ¿Pobrecito?, ¡Pobre de mí, que soy tonta!, porque de buena que soy, soy tonta.

—Yo te lo dije... —odio cuando Rosa me dice eso—, que yo ya he estado en el extranjero y sé cómo es eso.

—Que no tiene tiempo de conectarse, dice —continúo fingiendo no haberla escuchado—, ¿cómo va a tener tiempo si se lleva todo el día de fiesta? No tiene tiempo para mí, querrá decir.

—Si yo te lo dije... —repite—, pero tú nunca me haces caso —empieza a imitarme— no, que él va a ir solo a estudiar, yo confío en él... ¡Qué no, Lu! Que en los hombres no se puede confiar. Que ellos se ven allí, sin novia, sin nadie que los vigile, con la posibilidad de meter la pata y que nadie se entere y se desbocan Lu, se desbocan. Si nos desbocamos nosotras —ríe para sí misma—, que anda que no lie yo nada cuando estuve en Londres, claro que yo no tenía novio y..., tú sabes —se precipita a aclarar.

Cojo aire y me desinflo poco a poco. Tengo ganas de llorar.

—¿Qué haces? —Rosa se levanta de la cama y se acerca a mí—, ¿No irás a llorar, no? —Me toma la cara con sus manos—, no quiero verte llorar por un tío, ¿te enteras?

Yo me incorporo y me abrazo a ella intentando disimular mis lágrimas.

—Yo solo quiero que esté aquí ya —mi voz suena acolchada por el hombro de Rosa—, que vuelva para que todo vuelva a ser como antes.

Me separo de ella y me seco los ojos con las palmas de las manos.

—Yo confío en él, de verdad, pero sé que no puedo evitar que se le acerquen otras chicas ni que él no se fije en otras, y eso, a diez mil kilómetros de él, me mata.

—Lo que pasa en el extranjero..., se queda en el extranjero.

—Rosa —si las miradas matasen, mi amiga hubiera caído al suelo fulminada—, ¿no se supone que estás aquí para animarme, tía?

—Que sí —carraspea—, lo que quería decir es que no le des más vueltas.

—Sí, sí se las doy —digo empezando a cabrear—, ¿sabes qué es lo que más me dolería? Que conociera a otra allí y siguiera diciéndome que me quiere. Eso no lo soportaría.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —Me ignora—; vamos a irnos de fiesta.

—¿Tú crees que habrá conocido allí a otra? —le pregunto ignorándola esta vez yo a ella.

—Que no —dice alargando las vocales—, pero por si las moscas, tú y yo hoy nos vamos a ir de fiesta.

—Rosa, hoy no me apetece...

—¡Uy, que no, dice! —me interrumpe—, si son solo las diez. Una cenita exprés y nos vamos a algún sitio.

Me llevo dos dedos al entrecejo.

—Rosa, yo te lo agradezc...

—No irás a quedarte aquí mientras él está por ahí de fiesta, ¿no?, ¿Qué te crees que se ha ido a su casa pensando: ¡Ay mi novia, que se ha enfadado conmigo? —Chasquea la lengua—, no te lo crees ni tú. Ese, cuando le has colgado, habrá pensando; ya se le pasará, y ya está. Ahora tienes que demostrarle que tú también sabes pasártelo bien sin él. Vamos, a ver si se va a creer que la vida es un carnaval, teta, sopa y tiro porque me toca.

Yo no digo nada.

—A los hombres —me dice en tono confidencial— hay que hacerles perder de forma ficticia lo que tienen —dice entrecomillando la frase con los dedos.

—De forma ficticia... —repito para mí misma sin entenderlo muy bien—, no sé.

—Qué sí, tú hazme caso a mí. Ahora mismo llamo yo a Lolo —insiste—, que tú sabes cómo es él, y ya verás cómo nos consigue un reservado para esta noche —hace ademán de coger el teléfono.

Resoplo, no me apetece nada salir, de verdad.

—¿A Lolo? —Digo poco convencida—, tú sabes que él y mi novio no se llevan muy bien... además, si no tengo ni qué ponerme.

—¿Que no tienes qué ponerte? —Dice tomándose la libertad de abrir el armario.

Aprieta los labios y empieza a repasar todos mis vestidos con la mirada.

—¿Y esto qué? —dice sacando uno en su percha.

—Con ese parezco un payaso...

—¿Payaso? —Ríe—, de payaso se le va a quedar la cara a tu novio cuando vea las fotos en Facebook.

## Capítulo 3

Intento armar el móvil de camino a casa pero me parece imposible. Y encima comienza a chispear. Ya la noche no puede ir peor. O tal vez sí, mejor me callo. Joder, si yo no quería ni estar en aquella discoteca. La culpa es de Mike, que no sabe estarse quietecito. Y mía, por hacerle caso, a ver quién me manda a mí ir a ningún sitio. Y ahora mira, él allí dentro con una pelirroja de metro ochenta y yo aquí fuera mojándome, sin móvil y con mi novia enfadada pensando que estoy aquí haciendo quién sabe qué.

Acelero el paso porque parece que comienza a llover de verdad, y cuando a Dublín le da por llover, llueve de verdad.

¿Entonces qué pasa?, ¿Cuando se tiene novia ya no puede uno salir ni con los amigos o qué? Yo esa cláusula del contrato me parece que no la leí. Es que la culpa no es de Mike, la culpa es de ella y de las películas que se monta. Si le digo que no estoy haciendo nada es que no estoy haciendo nada y punto, no tiene por qué ponerse así.

¿Y la rubia? —Odio cuando la voz de la conciencia llega y pregunta siempre sin avisar— La rubia no es nadie, solo le estaba haciendo la cobertura a Mike —me quedo pensando— Vale, está bien, era guapa la chica ¿Pero es que no hay chicas guapas en todo el mundo? Además, si no me acuerdo ya ni del nombre. Si es que parece que las mujeres tienen una alarma, un sexto sentido o algo así. No me llama nunca, y para un día que salgo y conozco a alguien, ¡toma llamada!

Yo no me hubiera enfadado. ¿Si ella fuera la que estuviera en el extranjero qué va a hacer, no? Pues salir, lo normal.

¡Eso no te lo crees ti tú! —vuelve a gritarme la voz de la conciencia. Puede que no sea celoso pero que salga tu novia, con sus amigas o con quien sea, en el extranjero y con todo lo que eso conlleva, a diez mil kilómetros de ti, eso le molesta a todo el mundo, las cosas como son, ¿o no? Y si encima me entero de que un rubio irlandés de esos guapetes la invita a dos cervezas, al día siguiente me cojo el primer vuelo a Dublín y se entera ese de cómo somos los españoles, vamos que si se entera.

Suspiro y desisto de montar el móvil, no quiero seguir pensando en la discusión.

Sin darme cuenta me encuentro delante de la residencia. Saludo al conserje y entro en mi edificio. Debe haber fiesta en algún apartamento porque la música se escucha desde el pasillo. Subo las escaleras cruzando los dedos para que no sea en el mío, por favor. Meto la llave y giro lentamente. Cojo aire y entro. No, no es en el mío.

—¿Ya estás aquí? —pregunta Ossian abriendo la puerta de su habitación.

Ossian es mi compañero de piso, él es irlandés, se había mudado a la capital para terminar sus estudios de odontología.

—Acabamos con la cerveza del local —contesto— y tuvieron que cerrar.

Yo no sé por qué él me tiene por un bebedor en potencia, nada más lejos de la realidad. Pero con el tiempo yo le había cogido el gusto a seguirle la broma y creo que al final me iré de Irlanda con la etiqueta de español borracho.

—Fucking spaniard... (*Maldito español*)

—¿Y tú, sales ahora? —Pregunto al verlo abrigado con su chaquetón blanco y con una maleta al hombro.

—Sí, cojo el tren en media hora. Voy a pasar el fin de semana en casa.  
—¿Entonces ya no nos veremos? —digo con cierto regusto de tristeza.  
—De eso nada —me da una palmada en el hombro—, vendré a despedirte.  
Le hago un guiño de ojos y nos abrazamos con fuerza.  
—Disfruta de tus últimos días en Dublín, John.  
—Lo haré... —le sonrío.

Cuando nos separamos puedo ver en sus ojos que se ha emocionado.

—Y tú aprovecha para comer de verdad —le digo intentando no dramatizar más la despedida.

Tiene gracia, pero es que él no sabe cocinar y, o cocinaba yo para los dos, o acababa pidiéndose algo para llevar. Pero no es que no supiera cocinar qué te digo yo, un cocido, no, es que no sabe ni cocinarse un huevo. Y le encantaba observarme a mí hacerlo. Me preguntaba por todo lo que hacía; *¿Y eso por qué se lo echas?, ¿Y si no se lo echas qué pasa?, ¿Y cómo sabes cuánto tiempo tiene que estar?*, y mira que yo tampoco es que sea un manitas en la cocina, eh, pero tener una madre andaluza como la mía tiene que servirme de algo, culinariamente hablando, claro.

Ossian sonrío, me estrecha la mano con fuerza y me promete que nos veríamos el domingo. Luego cierra la puerta con cuidado y se marcha.

Lo cierto es que le he cogido mucho cariño al irlandés. Es un tipo alto y esmirriado. Pelirrojo y de piel pecosa al que Mike y yo apodamos el Tirillas. Él es quien me ha enseñado casi toda Dublín y además fue quien me salvó la vida cuando crucé por primera vez una calle en Irlanda, porque aquí los coches vienen por la derecha, ¿sabes? Y hasta que te acostumbras tienes que tener a alguien salvándote la vida continuamente. En fin, que lo voy a echar de menos.

Cuando me quedo solo en la habitación me quito la ropa mojada y me tumbo en la cama. Apago la luz de la habitación e, iluminado solo por el flexo del escritorio, me armo de paciencia para intentar montar el móvil. Esta vez tengo algo más de suerte y descubro que si aprieto la batería con fuerza, aún funciona. Lo enciendo y marco el código PIN sobre la pantalla rota. Dejo que cargue la información y entro en Whatsapp. La última conexión de Lucía es de hace menos de media hora. Cuando nos enfadamos, ella suele cambiar la foto de perfil de nosotros dos y pone alguna con sus amigas. Esta vez aún la conserva. Eso me tranquiliza. Cierro Whatsapp entonces y me decido a escribirle un SMS.

\* \* \*

Aunque la música está alta, puedo escuchar el pitido del móvil. Es un mensaje, sin duda de mi novio. Él es el único que habiendo Whatsapp, aún me escribe mensajes. O es él o publicidad de mi compañía de teléfono. Aun así, consigue ponerme nerviosa y me precipito a buscar impaciente el móvil en el interior de mi bolso. Me resulta incómodo porque estoy sentada en la parte de atrás del coche de Lolo con Rosa a un lado y, al lado de esta, otro chico al que acabo de conocer y apenas cabemos los tres. Consigo encontrarlo. Lo desbloqueo. Es él.

En tres días voy a poder estar ahí  
Para quitarte los enfados a besos.  
Hasta entonces solo puedo decirte que  
Confíes en mí.  
Te quiero, ¿vale?

Al leerlo no puedo evitar que una sonrisa tonta se me acomode en los labios. Rosa, sentada a mi lado, también lo lee y carraspea orgullosa. Yo la miro.

—¿Ves?, te lo dije —me dice.

Me acomodo para contestarle cuando Rosa me sorprende pulsando el botón de bloquear el móvil. Yo vuelvo a mirarla sin entender nada. Ella me coge el móvil y lo guarda de nuevo en el bolso.

—Ya mañana, si eso... —desestima—. Sube el volumen Lolo, que hoy nos vamos de fiesta pero de verdad.

## Capítulo 4

La alarma del móvil no suena a la mañana siguiente y me despierto sobresaltado con la luz del sol. Intento mirar la hora pero el móvil no se enciende y en mi habitación no hay forma de saber qué hora es porque no hay más relojes. Me desperezo e intento imaginar qué hora sería. Pero no tengo ni idea, además los ojos se me vuelven a cerrar. Al cabo de un rato, cuando vuelvo a tener conciencia, me obligo a poner los pies en el suelo y joder, que frío. Vuelvo a desperezarme y aún dormido me dejo arrastrar hacia la ventana. Aparto las cortinas y la claridad me hace cerrar de nuevo los ojos.

—Quién me mandaría a mí a romper el móvil —me maldigo esforzándome por enfocar desde mi ventana y recién levantado, el reloj de la pared principal de mi residencia.

Las doce y media, consigo distinguir a lo lejos.

¡La ceremonia!

Al entrar de nuevo en la habitación me doy con la persiana en la cabeza. Me vuelvo a maldecir entre dientes y comienzo a vestirme con lo primero que cojo de la silla del escritorio. Sí, de la silla, porque no sé exactamente cuándo, pero llegó un momento en el que ya no colgaba la ropa en el armario, sino que la dejaba directamente en la silla y no sé por qué, acabó convirtiéndose en mi armario. Corro hacia la cocina y de mi armarito alcanzo dos magdalenas que no tardo en meterme en la boca. Intento rescatar leche de la nevera pero no hay. Pues nada, magdalenas a palo seco, riquísimas. Me dirijo al cuarto de baño y, aun sin terminarme las magdalenas, me asomo al espejo descubriéndome una barba sin afeitar y el pelo alborotado con restos de gomina del día anterior.

—Vaya con los irlandeses y sus ceremonias —protesto intentando disimular una ducha que no me había dado.

Cojo las llaves y salgo de mi piso haciendo un último esfuerzo por tragarme las dichas magdalenas. Después de que terminara de bajar las escaleras lo más rápido que puedo, el frío de la calle termina de despertarme. No tardo en subirme la cremallera de mi sudadera hasta el cuello y, mientras camino apresurado entre la gente, me saco el móvil del bolsillo para intentar montarlo de nuevo y ver si Lucía me había respondido el mensaje.

A todo esto, llevo prisa porque aunque las clases ya han terminado, se ha organizado en la universidad una ceremonia para la entrega de títulos y despedir a los alumnos que ya nos vamos. Era de obligada asistencia y yo, como buen español y andaluz con denominación de origen, llego tarde, olé por mí, reafirmando tópicos desde mil novecientos noventa.

Consigo hacer que el móvil se encienda justo dos manzanas antes de llegar a la universidad. Tecleo impaciente el código PIN y espero a que carguen los datos. Y para sorpresa mía, no hay ningún mensaje. Me detengo en mitad de la calle y un pellizco se me coge en el estómago cuando descubro que tan solo tenía dos llamadas perdidas de Mike. Intento entrar a Whatsapp pero el móvil se apaga antes de que lo consiga. Entonces lo guardo de nuevo en el bolsillo y reanudo mi marcha, esta vez con paso más lento, hacia la universidad. Intento no pensar en que no sé qué significa que no me haya respondido, pero se me rebela imposible. Por un instante pienso en llamarla, lo juro, pero no quiero ser pesado. Quizás aún no haya leído el mensaje, ¿no? yo qué sé, intento engañarme a mí mismo, aún es temprano, me repito, igual ayer se acostó y no lo leyó.

Y ensimismado, pensando en aquel no-mensaje de mi novia, llego a la puerta de la

universidad. Y allí no puedo evitar acordarme de mi madre. Ella solía decirme que era muy despistado y que algún día perdería hasta la cabeza y, de hecho, lo era. Colgada en la puerta hay una pancarta enorme con letras en mayúsculas y de colores en la que pone que la ceremonia de entrega de títulos sería a partir de las cuatro de la tarde. Tócatelos, Mari Loli. Pues nada.

Me enfado conmigo mismo porque siempre me pasa lo mismo. Me quedo observando aquel cartel con cara de tonto mientras pienso de mala gana qué hacer hasta las cuatro de la tarde. Miro a mi alrededor y, de todos los grupos que hay, no me apetece pararme con ninguno.

—Qué ganas tengo de irme ya de aquí —digo entre dientes decidiéndome a entrar en la universidad.

Me dirijo como puedo, entre todo el alboroto que hay montado con la preparación de la ceremonia, hacia mi taquilla. Que no es que tuviera nada importante guardado en ella, la verdad, pero tengo que hacer tiempo y no se me ocurre nada mejor.

Cuando la abro lo único que encuentro son varios folletos de publicidad, un zumo a medio terminar de no sé qué día y un cuaderno que solo usé el primer día de clase. Nada de valor excepto una foto de Lucía y mía que pegué en la parte interior de la puerta. En ella, Lucía sale dándome un buen achuchón frente a un árbol de navidad en el centro de Sevilla, con su gorro de lana blanco y unos guantes rosas que le regalé. Despego la foto con cuidado de no romperla y le doy la vuelta.

Te quiero

24-12-09

Sonrí y pienso que, de estar aquí conmigo y con lo friolera que es ella, la tendría siempre abrazada a mí como una niña pequeña.

No puedo evitar entonces acordarme de lo frío que tenía los pies siempre que se metía en la cama o de lo coloraditas que se le ponían las mejillas cuando paseábamos por el Guadalquivir, que acababa metiendo las manos en mis bolsillos y apretaba fuerte las mías recordándome siempre lo caliente que yo las tenía.

—Manos calientes, corazón frío —me decía siempre con voz infantil.

Luego me sonreía y se ponía de puntillas para darme un beso. Le encantaba robarme un beso con aquella frase, y a mí que lo hiciera.

## Capítulo 5

*ANNA*

*Dublín.*

—¿Pues no va y me deja el tío allí sola en la barra del bar con la cerveza? —le digo a Rachel.

En realidad llevo con la misma historia desde que entramos por la puerta de la universidad y Rachel ya hace como la que me escucha pero sé que no, que pasa, pero a mí me da igual, yo sigo indignada con aquel español que ayer decidió dejarme tirada como a una tonta.

—Vamos —continúo mientras andamos decididas por los pasillos de la universidad—, ni un adiós, ni un hasta luego, no, ahora vengo me dice el muy imbécil y yo, que soy más imbécil que él, todavía podría estar allí esperándolo.

—Suerte para hoy, Anna —me guiña el ojo Tom, un compañero de clase que me cruzo por el pasillo, yo le sonrío y sigo caminando con Rachel.

—Yo es que no sé cómo lo haces tú, a ti todo te sale bien.

—Sí, bien... —protesta entre dientes antes de que pueda terminar la frase.

—Para una vez que tomo la iniciativa y mira, me dejan plantada. Yo es que ya definitivamente no entiendo a los hombres, no los entiendo. Si te acercas te critican porque te acercas, porque eres una desesperada y entonces pasan de ti. Si no te acercas es que eres una creída y una estúpida que vive en un pedestal y que no le da la oportunidad a nadie, ¡Y dicen de nosotras!, ¡Ellos sí que deberían venir con un manual de instrucciones!

Rachel sigue a lo suyo, con la mirada fija al final del pasillo que no terminamos de recorrer y es que hoy parece más largo que nunca, de verdad, si hasta me falta el aire. Igual es que estamos yendo muy deprisa. Por un momento me fijo en nuestros pies, acompasados, uno tras otro, resonando en las paredes de la universidad. No, hoy no llevamos un buen día ninguna de las dos.

—Wow, mi cantante favorita —me coge del brazo Susan y se acompasa rápida a nuestro ritmo — ¿qué, nerviosa? —dice con una sonrisa maléfica.

Nerviosa y enfadada, me entran ganas de decirle.

—Un poco, la verdad —contesto.

—Pues te hemos preparado una sorpresa —ríe divertida.

—¿Qué sí? —Me detengo en seco—, ¿Qué es?, ¿Qué me habéis preparado? —pregunto impaciente.

—¡Ah! Es una sorpresa, ya lo verás.

Me coge las manos y me da un beso en la mejilla.

—No te iba a desear suerte porque tú no la necesitas pero... ¡Suerte!, ¡Luego te veo en el escenario! —dice marchándose con su grupo de amigas.

—¡Pero no me dejes así!, ¡Su! —se da media vuelta, me sonrío con ganas y sigue su camino.

¡Odio que me dejen con la intriga!

Alcanzo de nuevo a Rachel, que me espera unos metros más adelante cruzada de brazos, y seguimos caminando hacia la cafetería.

Todo esto de que me deseen suerte y me preparen sorpresas no es porque sí, quiero decir, no es mi día a día ni mucho menos. Todo esto es porque mi grupo y yo cantamos esta tarde en la

ceremonia de entrega de títulos. Es nuestra primera vez en la universidad y además es la primera vez que un grupo de estudiantes de la universidad canta en la ceremonia y estamos todos un poco nerviosos. Bueno, poco es quedarse corta. Aunque no tenemos por qué estarlo porque todo el mundo está súper ilusionado con nuestra actuación y jugamos en casa como quien dice, pero lo estamos. Total, Anna, que no pienses en que tienes que cantar porque te pones más nerviosa aún. Para, piensa en otra cosa.

—¿Qué te estaba contando, Rachel?

—No sé, algo de tu amigo el español, seguro.

—Ah, sí... —bah, ni yo tengo ya más ganas de seguir hablando de él— que eso... ¿bueno, y tú qué tal? —me decido a preguntarle a ver si así me cambia ya la cara que trae de casa, que vaya tela.

Rachel es mi amiga y compañera de piso desde que llegué a Dublín hace ya dos años. Una pelirroja de metro ochenta con unas piernas que ya las quisiera yo para mí y unas caderas de las que te mueres de envidia. Ella no es para nada como yo, o yo no soy para nada como ella. Y por eso, pese a todo lo que discutimos, somos tan buenas amigas, porque lo que no tiene una lo tiene la otra. Ella es muy loca, le encantan las aventuras y dice enamorarse tres o cuatro veces al mes ¡A veces hasta a la semana! Claro que ella se lo puede permitir, es una seductora nata, no como yo que después de decidirme a acercarme a un chico, porque yo soy de pensármelo mil veces antes de acercarme a alguien, me deja tirada. Ella no, con ella los hombres caen rendidos con tan solo mirarlos. Eso los que se atreven a mirarla a los ojos, muchos se conforman con su noventa y cinco de pecho, que no es poco.

—¿Yo? Patético —dice sin dejar de mirar al frente mientras seguimos caminando.

—¿Patético por qué?

—Vaya noche... —resopla.

—¿Buena o mala?

—Malísima.

—Qué exagerada eres... si yo he escuchado salir de casa al chico por la mañana temprano, tan mal no habrá ido.

—¿Qué no? Un gatillazo le dio.

Yo no puedo evitar soltar una carcajada que retumba en todo el pasillo haciendo que la gente nos mire de forma extraña.

—¿Tía, eres tonta? No te rías así.

—¿Qué le dio un gatillazo? —le pregunto tapándome la boca con la mano.

—No, uno no, aquello no se le levantaba ni a la de tres.

Yo vuelvo a reír.

—En la vida me había pasado a mí eso, en la vida —se detiene en medio del pasillo— Anna, ¿tú no me ves guapa?

—¿Pero tú eres tonta? ¡Pues claro que te veo guapa!

—Pues eso digo yo —dice convencida volviendo a retomar sus pasos— ¿alguien me puede explicar por qué no se le levantó? Porque mira que puse de mi parte —y me hace un gesto con la mano y con la boca.

Yo vuelvo a reírme.

—Mujer, estaría nervioso, que tú pones nervioso a cualquiera, el pobre, ya verás como para la próxima...

—No, próxima no, para que me deje como me dejó ayer..., que no flipe.

¡Anda, mira quién es! ¡El español! ¿Qué hace aquí?

—Mira, si estudia aquí —le dije con cierto disimulo a Rachel para que mirara al chico que estaba frente las taquillas.

—¿Quién? —preguntó.

—John.

—¿John?, ¿Qué John? —pregunta intentando calmarse después de haber recordado lo que le pasó ayer.

—El español.

—Ah, ¿ese es? —Dice mirándolo de arriba abajo— pues tiene buen culo el chico, eh.

Rachel se detiene.

—¿No vas a decirle nada?

—¿Yo? Que me lo diga él —digo tirándole del brazo para seguir caminando.

—Pero si no te ha visto.

—Seguro que sí.

—Pero si está de espaldas, Anna.

—Bueno, pero me dejó tirada ayer, si quiere algo que venga él.

Rachel se encoge de hombros y se deja arrastrar por mí.

En realidad me muero de ganas por decirle algo pero es que yo también me tengo que hacer querer un poco, ¿no? Encima, vamos. Además seguro que ni se acuerda de mí, capaz es, ¿te imaginas?

—Te mueres de ganas por decirle algo —me dice.

—¿Quién yo? —Asco de Rachel, cómo me conoce—, que va —le miento.

—No... —ironiza—, luego no me des la lata con que debiste haberte acercado, que nos conocemos, te lo aviso.

—¿Sí?, ¿Y qué le digo? —Me paro y lo miro disimuladamente—. Hola, soy de la que huiste ayer...

—Anda ya Anna, huir ni huir. Acércate y ya está, no le des más vueltas, ¿ves? Eso es lo que te pasa siempre, que piensas demasiado y de tanto que piensas las cosas te acabas cansando y al final no haces nada.

—¿Y si me hago la despistada cerca suya y...

No me deja terminar. Me coge del brazo y me arrastra hasta él.

—No, no, Rachel ¿qué haces?, ¡Para!

## Capítulo 6

Busco la cartera en el bolsillo trasero de mi pantalón vaquero y guardo en ella la fotografía. Mientras termino de limpiar el resto de la taquilla puedo ver las piernas de dos chicas detenidas tras la puerta de la misma. Una viste unos shorts con unas piernas kilométricas y unas Vans negras, la otra, un poco más baja, calza unas Converse rosas y unos vaqueros ajustados. Una de ellas carraspea en voz alta para que yo, por si no lo había hecho, me diera cuenta de que están allí. Antes de cerrar mi taquilla intento adivinar qué dos chicas pueden ser, pero ninguna de las dos siluetas que se dibujan bajo la puerta de la taquilla consiguen recordarme a ninguna chica que yo conozca. Entonces cierro la puerta y sorprendo a las dos chicas en una de esas discusiones silenciosas que a veces tienen las mujeres en un idioma de gestos que los hombres desconocemos. Cuando reparan en que las estoy mirando se apresuran a firmar un repentino tratado de paz y me miran en silencio. En medio de aquel silencio, la pelirroja, que era la más alta, empuja hacia a mí a la rubia. Esta me sonríe y yo me quedo mirándolas a las dos intentando entender por qué me asaltan en el pasillo dos chicas que no conozco. Aunque espera, la rubia... ¿Dónde he visto yo antes a la rubia?

—Que por qué dejaste a mi amiga tirada ayer en la barra del bar —se precipita a decir la pelirroja, así, sin anestesia.

¡Ostras, la rubia de la discoteca!, ¡Y la pelirroja de Mike!, ¿Pero qué hacen aquí?

—Eso —conviene la rubia, de nombre Anna, que esta vez lleva colgada en su espalda una guitarra en su funda.

—Hola —acierto a decir sin demasiado éxito.

Y digo sin demasiado éxito porque las dos chicas se quedan cruzadas de brazos esperando una explicación por mi parte. Una explicación que no llega porque ¿Qué les digo?, ¿Qué discutí con mi novia y acabé estampando el móvil contra el suelo? Tengo que buscarme una excusa.

—¿Eh? —insiste la pelirroja sin darme tiempo para pensar.

—No sé... —me encojo de hombros—, yo n...

—¿Cómo que no sabes?

No sé qué decir, desde luego aquello no me lo espero.

—Porque a ti te dará igual, pero la que lleva aguantándola desde ayer soy yo, eh, que lleva toda la mañana poniéndome la cabeza así, que si español para arriba, español para abaj...

—¡Rachel! —La interrumpe—, ¡Que eso a él no le interesa! —acaba la frase entre dientes.

—Claro que le interesa —ríe orgullosa para sí misma—, a ver, venga dime, ¿por qué te fuiste, eh?, ¿Qué pasa, no te gusta?

—¿Qué? — ¡Pero esto es lo más surrealista que me ha pasado en la vida!

—Mi amiga —repite de mala gana—, que si te gusta mi amiga.

—Hombre, es guapa —admito.

—O sea, que sí —hace una pausa para mirar a su amiga con una media sonrisa—, ¿y sueles dejar plantada a las chicas que te gustan?, ¿Así es como tú ligas?, ¿Así se liga en tu país?

—¡Pero que yo no la he dejado plantada!

—Ah, qué tu no la dejaste plantada —se gira hacia su amiga—, ¿fue él, Anna?

—Claro que fue él —asiente convencida.

—¿Entonces mi amiga está mintiendo?

—No —digo casi sin poder seguir el ritmo de la conversación.

—O sea, que sí, que fuiste tú.

—Rachel, para ya anda —apunta Anna.

—A ver, que yo solo me fu...

—¿Te parece de un caballero —no me deja terminar la frase— dejar a una señorita plantada en la barra de un bar?

—Rachel... —vuelve a insistir Anna.

—Oye, pero que yo no... —¿pero esta de qué va?—, que tú también la dejaste tirada por mi amigo.

—Ah, que yo también la dejé tirada —enarca una ceja—, ¿Ahora insinúas que soy mala amiga?

—No, yo no ins...

—Acabas de hacerlo —me interrumpo.

—Bueno pues sí, eres una mala amiga.

La pelirroja, atónita, se vuelve a cruzar de brazos.

—¿Pero se puede tener más cara? —dice.

—Rachel, que te enciendes... —dice Anna llevándose dos dedos al entrecejo—, tú no le sigas más el rollo —me dice a mí.

—No, es que yo lo flipo —la pelirroja vuelve a cargar—, o sea, primero dejas en la barra del bar a mi amiga, sola, sin despedirte, como quien se olvida yo qué sé, la chaqueta.

—Rachel, respira... —volvió a insistir Anna.

—Y luego —continúa ignorando a su amiga—, no contento con eso, vienes a mí y me dices, a mí, que soy mala amiga ¿tú le encuentras sentido a lo que dice, Anna?

—Yo no le encuentro sentido a nada ¿Podéis...

—¿Pero de qué hablas? —Esta vez interrumpo yo a la pobre Anna— pero que yo no he ido a buscarte, si yo estaba tan tranquilo y has llegad...

—¡No —me interrumpo—, si encima seré yo la culpable de que pases de mi amiga!

—¿¡Pero queréis dejarlo ya!? —grita Anna dejando el pasillo en silencio.

Todos nos miran. Nosotros la miramos a ella. Vaya con el genio de la rubia.

—Tú, Rachel, te veo luego en la ceremonia —la despide.

—Pero...

—¡Adiós! —no la deja terminar y a empujones la saca de allí.

—Tú, a la cafetería conmigo —me ordena.

—¿A la cafetería?

—Sí, a la cafetería —me repite la orden.

Me agarra del brazo y aturdido me dejo poner en marcha a tirones. En un último intento de querer entender lo surrealista de la discusión que acababa de tener con aquella pelirroja de la que no conocía ni el nombre, ah sí, Rachel, me giro para buscarla con la mirada. Ella, que esperaba que yo lo hiciera, me hace un gesto amenazador y me advierte que tenga cuidado con su amiga. Anna hace lo mismo que yo y cuando se gira, su amiga se precipita a cambiar aquel gesto amenazante por una amplia sonrisa y nos despide felizmente con la mano. Anna y yo nos miramos. Ella se aguanta una carcajada y sigue caminando tirando de mí. Yo no sé qué cara poner ni qué decir.



## Capítulo 7

Aun sin saber muy bien qué hacía en la cafetería con Anna, me pongo con ella al final de la cola del comedor. Ella coge una bandeja y luego me pasa otra a mí. Yo aún estoy pensando en la forma en la que me habían asaltado en el pasillo.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

Yo siempre tengo hambre, se me antoja responderle, y es verdad, no importa la hora que sea o lo que haya comido antes, siempre tengo hambre. Pero al final solo asiento.

—A ver qué ponen hoy —dice poniéndose de puntillas para intentar ver, a través de las cabezas de los demás, cuál es el menú de hoy.

Yo le doy un toque en el hombro y le señalo un cartel en que el que se detalla el menú completo de toda la semana justo al lado de nosotros. Ella me sonrío y comienza a leerlo para sí misma. Me hace gracia porque achina los ojos para enfocar, yo tampoco veo nada de cerca. Además tiene un movimiento extraño de pies, como si se hiciera pipí.

—Uff, odio las lentejas —protesta.

—Las de aquí no sé cómo estarán pero mi madre hace unas que están para chuparse los dedos.

—Qué suerte —dice volviendo a mirar el menú, parece que tiene mucha hambre—, ¿qué vas a pedirte tú? —me pregunta mordiéndose el labio.

—No sé —ahora se me han antojado las lentejas, llevo sin comer caliente desde que llegué aquí— creo que las lentejas y de primero..., de primero el pollo rebosado.

—Vale, yo me pediré el pollo también y la lasaña —Se gira hacia a mí con urgencia y me mira — ¿Oye, si voy al servicio te me escaparás como ayer? —me pregunta, su movimiento de piernas es aún más inquieto, parece que se hace pipi de verdad.

Me hace gracia su ocurrencia y le sonrío.

—Ve tranquila que aquí te espero.

—Vale —se apoya en mi brazo y me dice seria— el pollo rebosado y la lasaña. De beber un zumo y si de postre tienen las natillas, pues las natillas, sino, lo que tú te pidas, ¿vale?

—Creo que sí —le digo intentando memorizarlo todo.

Me da su bandeja y sin decir nada más se sale de la fila y acelera el paso hasta el baño. Pero no tarda en volver sobre sus pies.

—No me fio de ti —dice descolgándose la guitarra—, toma.

Yo la miro con las dos manos ocupadas, ¿qué quiere?

—Anna, que no me voy a...

—A ver, mete la cabeza —dice poniéndose de puntillas para colgarme la guitarra— no, así no, cuidado la bandeja... ¡John!, así.

—Anna, que me ahogas —digo con la cuerda al cuello.

—Quejica, ¡es que eres muy alto! A ver, agáchate, un poco más —protesta— Ahora, ¿ves? Ya está.

Y acabo con una bandeja en cada mano y con la guitarra colgada en la espalda balanceándose de un lado a otro, un espectáculo.

—Ahora tengo un concierto así que si te escapas con mi guitarra igual mis fans pueden enfadarse contigo. Pero no es una amenaza, eh —me guiña un ojo.

—Anda, no tardes.

Sonríe y se marcha.

Para cuando llega mi turno Anna aún no ha llegado. Coloco las dos bandejas en el mostrador de la barra y las deslizo, con cuidado de que el vaivén de la guitarra colgando en mi espalda no dejara caer nada. Cojo servilletas y cubiertos para dos y le digo a la cocinera que me sirva pollo rebosado en las dos bandejas. Ella me pregunta que qué guarnición quiero y eso no me lo había dicho Anna ¿Querrá patatas, no? Me quedo pensando un instante y miro hacia los servicios a ver si la veo venir, pero no aparece.

—No sé... —la cocinera deja caer su peso sobre una pierna y resopla— pon patatas en los dos —improviso, no sé que es lo que come esta chica y la paciencia de la cocinera no ayuda.

—¿Y de segundo? —me dice de mala gana.

—Lentejas y en el otro lasaña.

—¿De pollo o de atún?

Y yo qué sé. Vuelvo a mirar hacia la puerta de los servicios, ¿pero por qué tarda tanto?

*En esos instantes, en el baño.*

Al fin me toca entrar, me venía haciendo pipí desde que salí de casa. Qué mal me sientan a mí los nervios, es un ir y venir del baño constante. Uff, qué a gusto. Desde luego, hacer pipí cuando una se lo hace de verdad es uno de los mayores placeres de la vida. Eso y quitarse unos tacones o el sujetador, de verdad que sí. A ver quién es el que me envía a mí ahora un Whatsapp, que no deja de vibrarme. Me saco el móvil del bolsillo y miro de quién es el mensaje. Hay varios. Abro el de Rachel.

—No me des las gracias... —escribe y al lado una carita sarcástica.

—Jajajaj eres un sol —y le adjunto el icono del sol— voy a almorzar con él.

—Súper nenas 1, tu ligue 0 —y al lado pone un puño con el pulgar hacia arriba— Por cierto, es muy mono.

Y para que Rachel reconozca que un chico que a mí me gusta es mono, es que es muy mono. ¡Ella nunca le da el visto bueno a ningún chico que a mí me guste!

—Ya, pero es mío —le envío la carita con las gafas de sol.

—Tranquila, después de lo de ayer no quiero nada con tíos.

¡Cuándo quiere es más exagerada!

Dejo el móvil a un lado y me incorporo. Luego tiro de la cisterna. El móvil vuelve a vibrar.

—Mira, hablando del rey de Roma. Al habla el impotente.

Suelto una carcajada.

—Que no lo llames así, pobre.

—Que si quedamos me dice.

—Dile que se venga al concierto y luego nos vamos los cuatro en parejas.

¿En parejas?, ¿He dicho en parejas con un chico al que no conozco de nada?

—¿Hola?, ¿En parejas? —me escribe Rachel, sí, no eran alucinaciones mías, lo había escrito.

¿Soy tonta o qué?

—Tú me entiendes —le respondo, con el icono de la lengua fuera.

—Ya veremos..., por cierto ¿qué haces escribiéndome si estás con él?

¡Se me va por completo que lo había dejado solo en la cola del comedor!

—Estoy en el baño pero me voy ya, luego te veo.

—Avisa cuando termines —y me manda un beso.

Yo le mando otro y me guardo de nuevo el móvil en el bolsillo. Salgo de la cabina del baño y dejo entrar a otra chica que me mira mal, no sé, tanto no he tardado. Me asomo al espejo y me miro de arriba abajo. Qué pelos tengo, así como voy a gustarle a nadie. Me enjuago las manos y me sonrió a mí misma ¿Cómo tengo los dientes? De haber sabido que iba a comer con él me hubiera pintado los labios por lo menos. Anna, tranquila. Cierro los ojos y cuento hasta tres. Estás guapísima. Me miro una vez más y me colocó el pecho bajo el sujetador. Allá vamos.

*En la cola del comedor.*

—Hey man, hurry up (*Eh, tío, date prisa*) —me dice el guiri de atrás mía.

Aunque si lo piensas, el guiri soy yo porque soy el que está fuera de su tierra. El caso, que tengo ya al guiri y a la cocinera locos perdidos.

—De pollo mismo —me decido.

—De pollo —repite entre dientes.

Y sin ningún tipo de delicadeza suelta un cazo de lasaña en el plato. *Plof*.

Cuando llego a la zona de las bebidas me encuentro con cinco zumos distintos. Resoplo. A saber cuál es el que le gusta a ella. A mí de chico me gustaba el de piña y uva. Cojo el de piña y uva. Pero las chicas de siempre han preferido el de melocotón, ¿no? El melocotón es un sabor para chicas. Creo. Suelto el de piña y cojo el de melocotón.

El guiri de atrás chasquea la lengua impaciente. Aquí todo el mundo parece que tiene prisa hoy, oye, menos Anna, ella se toma su tiempo en el baño, ¡A saber qué estará haciendo en el servicio!

—Siete euros con cincuenta —dice la cocinera encargada de cobrar.

Vuelvo a mirar a los baños. Pues nada, otra vez pago yo. Que mal acostumbrada está la rubia esta.

Le abono la cuenta y hago malabares para para coger las dos bandejas con la guitarra a cuestas.

Cuando consigo salir de la fila, el guiri pesado le comenta algo a la cajera que no consigo entender, algo no muy bueno, seguro.

A ver dónde me siento.

—¿Ya? —Me dice Anna que llega por mi espalda— pero si yo tengo el bono del comedor ¿por qué no te has esperado?

¡Ah, que por qué no me he esperado dice! Cualquiera se esperaba allí con el guiri ese impaciente y la cocinera, que lo único que le ha faltado ha sido darme con el cazo en la cabeza.

Yo me encojo de hombros sin querer decirle nada más.

—A ver... ¿ves dos asientos libres? —Arruga la nariz poniéndose de puntillas para buscar un sitio— ah, mira sí, aquí, ven.

Y me adelanta dejándome allí con las dos bandejas y la guitarra bailándome en la espalda.

—Anna, esperam... —le digo guardando el equilibrio por momentos.

—Ay, perdón.

Observa las dos bandejas y después de analizarlas me quita la suya.

—¿No había ensalada para el pollo?

La miro y se me escapa una risa maléfica ¡después de la que he liado en la cola me vas a decir que si no había ensalada!

—No importa —dice.

Soltamos las bandejas en la mesa y antes de sentarse se mete una patata en la boca. La patata le quema.

—Ay... —protesta.

—Por ansiosa —le digo—, ¿dónde te pongo la guitarra?

Aun intentando enfriar la patata sin sacársela de la boca extiende los brazos y coge la guitarra. La posa en el suelo con suavidad y la coloca a un lado de la mesa.

—Al final no te has ido —sonríe esta vez sentándose en la silla.

Se sienta sobre una pierna, dejando la otra colgando.

—Me va a costar trabajo quitarme el Sambenito, eh.

—¿Quitarte el qué? —dice abriendo el zumo de melocotón, parece que con el zumo si he acertado.

—Mi fama de *abandonador* de chicas en la barra del bar.

Ríe.

—Es broma —le da una chupada a la pajita—, casi prefiero que nuestra primera cita sea aquí que en la barra de un bar.

Ahora soy yo el que ríe.

—¿Cita?

—Bueno, estamos solos, vamos a almorzar, nos estamos riendo... se puede considerar una cita, ¿no?

Yo me quedo mirándola con una sonrisa a medias sin saber qué responder. Lo cierto es que tiene razón, esto parece una cita. Improvisada, pero una cita. Tiene un morro increíble y eso empieza a gustarme. No sabes por dónde te va a salir.

—¿Qué miras? —sonríe sacándome de mis pensamientos.

En realidad solo la miro a ella. El sol le da de frente y le dibuja una mirada casi transparente, porque no sé si lo he dicho, pero sus ojos son azules, pero no azules normales no, azules cristalinos, una pasada. Los mechones que se escapan de su pañuelo en forma de diadema brillan a su alrededor como si tuviera una aureola en la cabeza. Es un fotograma perfecto para una película y solo yo tengo el privilegio de estar tomando aquel primer plano.

—Nada —digo sumergiendo la cuchara por primera vez en las lentejas.

No están malas. O eso o es que yo tengo muchas ganas de comer caliente, que también puede ser.

—Oye —dice tapándose la boca con la mano antes hablar—, aún no se me ha olvidado que tienes que enseñarme a pronunciar tu nombre.

Sonríe. Verdad, la última vez no fue capaz de pronunciarlo.

—Aunque por ahora te seguiré llamando John —dice cambiando el plato de pollo por el de lasaña—, ¿Qué te trae por Dublín, señor John?

Me mira haciéndose la interesante. Definitivamente está loca. Y me encantan las locas.

—Estoy aquí estudiando el C1.

—Genial, ¿y te va bien?

—Hoy me dan el título.

—Ah... —se sorprende pero no me parece que se alegre demasiado— ¿entonces ya has

terminado?

—Sí.

—¿Y te vas?

—En tres días —realmente ya solo me quedan dos.

Fuerza una sonrisa y da una pinchada a la lasaña.

—Supongo que tienes ganas ya de volver a casa, ¿no?

Hasta ahora ni yo mismo me había hecho esa pregunta. Suspiro y me dejo caer sobre mi espaldero.

—Un poco —digo poco convencido, ella me contesta con una sonrisa leve.

No puedo evitar pensar en el mensaje de Lucía. En el mensaje que no me había enviado. Y acordarme de Lucía hace que me entren ganas de montar el móvil de nuevo y revisar si se había decidido a contestarme. Pero no es ni el momento ni el lugar. No quiero pensar en eso ahora.

—¿Tú tampoco eres irlandesa, no? —pregunto intentando cambiar de tema, no me apetece hablar de mi vuelta a España.

Sus ojos me sonrían.

—¿Por qué lo dices? —frunce el ceño.

—Por tu acento, no es tan cerrado como el irlandés, es más... —pienso un instante— melódico.

Sonríe. Cuando sonrío arruga la nariz y le queda muy infantil. Además sus paletas estaban ligeramente separadas y eso la hace parecer aún más niña. Es realmente guapa, la verdad, ¿Pero quieres dejar de pensar tonterías? Qué tienes novia, tío.

—No me lo habían dicho nunca —dice terminándose un bocado de lasaña— lo cierto es que soy de Noruega. Me vine aquí a terminar la carrera de arquitectura hace dos años y aquí sigo.

—¿Pero la terminaste?

—Sí... pero me enamoré de Dublín y me quedé a vivir.

—¿Así, sin más?

—Así —repite—, sin más.

Vaya, yo creo que no sería capaz de dejarlo todo y venirme aquí a vivir. Para eso hay que tener un motivo de peso, ¿Cuál fue el suyo?

—Cuando regresé a Noruega —se aventura a continuar— me encontré con una relación rota, ¿sabes? Mi vida allí no era como yo la recordaba, todo había cambiado. Mis amistades, mi familia, yo misma ya no era la misma. No sé, creo que ya no había nada que me mantuviera atada allí. Así que decidí seguir con la vida que había empezado aquí.

Y al escuchar su historia me acuerdo de Unamuno; “se viaja no para buscar un destino, sino para huir de donde se parte” sin ser conscientes de que a veces el problema está dentro de nosotros y no fuera y que, por muy lejos que nos vayamos, sea lo que sea lo que tengamos dentro, nos perseguirá. Pero ese ya es otro tema. Se fue por amor. O por desamor en su caso. Al fin y al cabo es por lo que nos movemos ¿no? ¿Realmente hay algo que el amor no pueda hacer? ¿Cuántas locuras se hacen por amor? ¿Y por desamor?

—¿Y te fue bien? —pregunto humedeciéndome los labios con mi refresco.

—Claro —sus labios vuelven a dibujar una de sus infantiles sonrisas— ahora estoy terminando el máster y acabo de conocer a un chico súper guapo, ¿se puede pedir más?

Me mira orgullosa y sonrío sentándose sobre la otra pierna.

—¿Y tú qué? Cuéntame algo de ti —me dice.

—¿De mí? —pienso.

Entonces casi accidentalmente vuelvo a pensar en el dichoso móvil y en el mensaje. Definitivamente hoy no tengo ganas de hablar de mí. Me apetece seguir escuchándola a ella.

—Yo también acabo de conocer a una chica muy guapa.

¿Pero tío, qué haces?, ¿De verdad le has dicho eso? Yo qué sé, me ha salido solo.

Me quedo observando nervioso su reacción, que no fue otra que una mirada de esas de “Sí, seguro que eso se lo dices a todas” y me hace gracia.

—¿Oye y la guitarra?, ¿Tienes ensayo ahora o algo?

—¿No has visto los carteles? —dice sorprendida dándole una pinchada a su lasaña.

Si hubiera visto los carteles ahora mismo seguiría durmiendo. Y me alegro de no haberlo hecho porque de ser así no estaría almorzando con Anna.

—No, ¿por qué?

—Ahora canto con mi grupo en la ceremonia.

—¿Vas a cantar en la ceremonia?

—Sí, ¿te quedarás a verme?

—Si me lo pides tú, sí —me hago de rogar aguantándome una sonrisa aunque en realidad me ha entrado la curiosidad por escucharla cantar, vamos que sí, que me quedo, claro. Ella hace una mueca con la boca.

—No flipes.

Me hace gracia lo rápido que se pica.

—¿Qué vas a cantar? —le pregunto inclinándome hacia ella.

—Ah, es una sorpresa —me guiña un ojo—, si quieres saberlo vas a tener que quedarte.

—¿Te sabes alguna en español?

Se queda pensando un instante.

—Creo que no.

No sé de qué me sorprende, es normal, ¿qué grupos internacionales tenemos en España que pudiera escucharse en Noruega?, ¿Te imaginas a un noruego cantando por Raphael?

—Podrías enseñarme alguna —dice.

Suelto una carcajada.

—Yo no tengo ni idea de cantar.

—Yo te enseño —se lleva una pinchada de lasaña a la boca con la mala suerte de que el queso le mancha la barbilla.

Busca una servilleta con la mirada pero solo encuentra la suya usada. Yo también he usado la mía y no se la puedo ofrecer. Entonces se aparta de la mesa arrastrando la silla para no mancharse los pantalones y comienza a agitar las manos de forma extraña. Yo no me puedo aguantar la risa.

—Es solo queso, chúpate.

Me mira desafiante. Sin decir nada se moja el dedo en lasaña y se inclina para mancharme la cara ¡Eso sí que no me lo espero!

—Es solo queso —me imita—, chúpate.

—Jo, jo —acepto el desafío.

Cojo una patata, la mojo en lasaña y se la tiro.

—¡Serás capaz! —dice lanzándome esta vez un trozo de lasaña.

—¡Anna! —grito esquivándola como puedo, ¡se ha vuelto loca!

—¡Sí, ahora dime Anna! —dice tirándome patatas sin parar.

—¡Anna, quieres parar! —yo me intento defender, y como dice un dicho, la mejor defensa es un buen ataque, ¿o era al revés? Vamos, que esquivo las suyas lanzándole las mías.

—¡John, que no me tires!, ¡Oh, esa iba manchada!, ¡Que ahora tengo que cantar!

Los chicos de la mesa vecina corren sus sillas a un lado pero a nosotros no nos importa, la guerra sigue abierta.

—¡Eh, chicos!, ¡Esto no es una guardería! —grita la cocinera desde el fondo dejándonos a los dos quietos como estatuas.

—¿Ves? —dice enfadada, tirándome a escondidas de la cocinera, la última patata que tiene en su mano.

Yo no le tiro las mías y volvemos a nuestras sillas como personas normales. O al menos aparentando serlo.

—Es la primera vez que me riñen en la cafetería en cuatro años, que lo sepas.

—Pero si has empezado tú.

Me mira. Menudas pintas que tiene con salsa en la cara y restos de patatas en el pelo. No sé si reírme o no.

Ella no tarda en soltar una carcajada. Supongo que de cómo estoy yo.

—A ver, deja que te ayude —digo levantándome de mi asiento.

Cojo una servilleta de la mesa de al lado, le tomo la cara con una mano y con la otra comienzo a limpiarle.

—¿Has oído hablar de la delicadeza? —protesta.

—No te quejes más.

Y solo por fastidiarla insisto con la servilleta hasta por donde no tiene nada manchado. Ella hace muecas con la nariz y los labios intentando librarse de mí. Es una niña chica, lo que yo te diga. Cuando termino la sorprendo, y me sorprendo a mí mismo también, dándole un beso en la mejilla. Ella abre los ojos y me busca con la mirada.

—¿Y eso? —me pregunta.

—Un beso de regalo —digo volviendo a mi silla.

¿Un beso de regalo?, ¿Y eso a qué ha venido?, ¿Eres tonto? Yo qué sé, la he visto ahí tan cerca y tan yo qué sé, que me he dejado llevar, ¿qué pasa?, ¿No puedo darle un beso? Joder, tan solo ha sido en la mejilla.

Ella no sabe qué decir, ¿le habrá molestado?

—¿Y si me mancho de nuevo me das otro? —amenaza cogiendo una patata.

No, no le ha molestado. Me contagia su sonrisa.

—No, ya no hay más besos —al menos por ahora.

—Jo...

## Capítulo 8

*Esa misma mañana,  
En Sevilla.*

La música está tan alta que no puedo escuchar a mis amigas.

—Vamos a pedirnos otra copa, ¿vienes? —leo en los labios de Rosa.

A mí aún me queda un poco de vodka con limón en mi vaso y niego con la cabeza. Me dicen que no me mueva de aquí y se van agarradas de la mano serpenteando entre la gente. Yo no les obedezco. Vacío mi vaso de un trago y lo suelto en una mesa repleta de otros vasos vacíos.

—¡Me acabo de enamorar, morena! —me dice uno intentando sacarme a bailar.

Mi mirada lo espanta y se vuelve hacia sus amigos ¿Pero qué se cree?

Miro hacia la barra pero me es imposible ver a mis amigas. Perfecto. Yo también me hago hueco entre la gente y consigo llegar a la escalera que conduce hacia la planta baja de la discoteca. Allí otros chicos, con mayor o menor sutileza, me piropean. Todos son iguales, parece que entran en una discoteca y les colocan un molde en la cabeza. No ven otra cosa que tetas y culos. Comienzo a bajar la escalera con ayuda de la barandilla, juro que la copa que acabo de terminarme será la última de la noche.

Suena *Mi reina* de Henry Méndez. La sala entera rompe en una ovación sin fin. Todos corren a buscar pareja y, los que ya la habían encontrado, encuentran en aquella canción la oportunidad perfecta para lanzarse.

Yo desde la escalera intento encontrarlo. Me parece imposible con los flashes, con las manos que suben, a través de la gente qu... ¡allí está! En la barra. Un escalofrío me sube desde el ombligo a la cabeza y una sonrisa tonta se me acomoda en los labios al ver que está solo, ¿Ves como no tenía que desconfiar de él? Vamos, ¿a qué esperas?, ¡Acércate!

Termino de bajar la escalera e impaciente vuelvo a hacerme hueco entre la gente. Tengo unas ganas locas de abrazarlo, de decirle que le quiero, de besar... pero el corazón me da un vuelco cuando llego a él y lo descubro susurrándole algo al oído a una chica. Ella mira al suelo y sonríe. Él no me ve. El resto de la pista desaparece, estamos solos en aquella enorme sala, los tres, y yo soy invisible para él.

Le quita la copa a la chica y dejándola sobre la barra la invita a bailar. Ella se deja hacer. El corazón se me acelera. Tengo ganas de llorar.

—¿Juan? —pero no me oye.

La coge de la mano y le da una vuelta sobre sí misma. La envuelve con sus brazos y la invita a pegarse más a ella. Más, un poco más. Se miran. Sus caderas se mueven al mismo ritmo. Sus bocas se buscan. Se besan.

—¡Deja a mi chico en paz!

—¡Deja a mi chico en paz! —grito despertándome sobresaltada sobre mi cama.

El corazón se me va a salir del pecho. Estoy llorando y el pijama se me pega húmedo a la piel.

Miro a mi alrededor. Estoy en mi cuarto, no hay música, ni gente, ni ninguna puta que quiera robarme a mi novio. Suspiro y me dejo caer sobre la cama. Me llevo la mano al pecho, intento

relajarme pero me es imposible.

—¿Niña, qué ha sido ese grito? —me asusta mi madre abriendo la puerta de mi cuarto.

—Tranquila, estoy bien —respondo—, ha sido una pesadilla.

—¿Te levanto la persiana? —me dice.

—¿Qué hora es?

—Casi las dos.

¡Las dos!, ¿A qué hora llegué a casa ayer?

—Sí —contesto disimulando mis lágrimas.

Mi madre entra, sube la persiana y abre la ventana para airear el cuarto.

—Ya te queda poco, dentro de una semana se acabó, a las siete en planta para la universidad, ¿lo sabes, no?

Mi madre y su peculiar manera de darme los buenos días. Sí mamá, lo sé.

—Mamá, no me lo recuerdes...

—Bueno, bueno..., tú ve preparándote.

Sale del cuarto y encaja la puerta. Yo me quedo un instante pensando en aquella horrible pesadilla y no quiero ni pensar que pueda ser verdad. Tengo que dejar de pensar en eso. Necesito hablarle.

Estiro el brazo y cojo el móvil de la mesita de noche. Tengo algunos Whatsapp, nunca entenderé la gente que no para de hablar por los grupos, de verdad. Con el dedo deslizo la lista y busco la pestaña de mi novio. Me doy cuenta de que es la primera vez que su conversación está tan para abajo en la lista de contactos. Y eso no me gusta nada. La abro y reproduzco su último audio. De fondo no se escucha nada, solo su voz.

—Buenas noches, bueno... cuando escuches esto seguramente sea de día así que, buenos días —se ríe, su risa hace que yo también me ría y sin saber por qué, esta vez se me saltan las lágrimas —, espero que estés aprovechando ya sin mí por allí porque en seis días, bueno ya en cinco —rectifica—, vuelvo para darte la murga como tú dices. No te voy a dejar en paz, ¿lo sabes no? Me vas a tener hasta en la sopa porque tengo muchas, muchas ganas de ti, ¡Vas a estar deseando de que me vaya otra vez, ya verás! —Vuelve a reír— bueno... que te mandaba esto para recordarte que te quiero, por si se te había olvidado. Así que ahora que lo he hecho me voy yo a dormir. Un beso Lu, sueña bonito, yo soñaré contigo. Te quiero.

No se me olvida que me quieres, me repito a mí misma, no se me olvida. La grabación se termina y clico en su imagen. De perfil tiene una foto suya en Irlanda, de noche, sale sonriendo, contento, feliz. No es que no me guste verlo feliz pero me duele pensar que no soy yo el motivo por el que sonrío. Al menos no en esa foto. Salgo de ella y busco en la bandeja de entrada el mensaje que me envió ayer por la noche después de nuestra discusión. Entonces el móvil vibra. Es un Whatsapp de Rosa.

—Menos mal que te despiertas, cenicienta.

—Tía, he tenido una pesadilla horrible —le pongo la cara de El grito de Munch.

—Me la cuentas en la piscina, ¿te parece? —me adjunta un guiño de ojos.

No entiendo nada, ¿Qué piscina?, ¿Todavía hay piscinas abiertas?

—¿Qué piscina?

—Jajaja ¡sorpresa! —adjunta esa carita sonriente que enseña los dientes— la de Lolo, acaba de invitarnos a pasar allí el día.

—Bueno, día..., ya es la hora del almuerzo.

—Por eso, ponte el bikini que te recojo en quince minutos. Dice que tienen allí una barbacoa.

—No sé, Rosa... —la verdad es que no tengo muchas ganas de piscina, además ¿Por qué nos invita Lolo a su piscina si no lo ha hecho nunca?

—Vamos, Lu, hay que aprovechar el verano que esto ya se acaba.

No sé. Seguramente me vendrá bien para no pensar. ¿Qué hago, voy o no voy?

—Dejo el Whatsapp, te veo en un rato —vuelve a escribirme.

Suspiro. Está bien, voy, pero hoy pronto para casa.

—Vale —y le mando un beso.

Salgo de Whatsapp y entro de nuevo en la bandeja de entrada. Pienso un instante si responderle el mensaje a Juan. Sí, tengo que respondérselo. Quiero respondérselo, necesito hacerlo ¿Pero qué le pongo?, ¿Lo siento? Después de la que le lie ayer no puedo ponerle solo un lo siento, no. Ya han sido muchas veces las que la he cagado con mis celos. Esta vez tengo que currármelo. A ver..., no se me ocurre nada. Él es muy bueno para estas cosas ¿Qué me pondría él en mi lugar? Yo qué sé. Vamos, tienes que estar a la altura. Mmm. Nada. Bueno, seguro que en la piscina se me ocurre algo. Bloqueo el móvil. Eso es, desde la piscina cuando esté más relajada le mando un mensaje. O mejor, lo llamo y hablamos, que lo mío es hablar, pero ¿y si no quiere hablar? Claro que va a querer hablar ¿por qué no va a querer?

## Capítulo 9

¿Ya no hay más besos, jo?, ¿Desde cuándo digo yo, jo?, ¿Qué tengo, quince años? Seguro que ya lo he espantado. ¿Es que a quién se le ocurre decir, jo? Total, ¿y qué más da? espantándolo o no, se va a ir de todos modos. Pff, tres días, ¿Por qué tengo tan mala suerte con los chicos? No lo entiendo. Yo creo que mi media naranja definitivamente no es de este planeta. O puede que sea yo la que no es de este mundo. Pero, Anna, ¿quieres dejar de decir tonterías?, ¿Qué media naranja ni qué niño muerto?, ¡Si lo conoces desde ayer! Eso digo yo, ¿qué hago hablando de medias naranjas ni de nada? No aprendo, yo no aprendo. No me entero de que en el siglo veintiuno ya nadie se plantea eso de las medias naranjas ni del amor ni nada. Y así me va.

Pero es que es tan... ¿Jo, no podría quedarse un poco más?, ¿Otra vez estás con el jo? Además, ¿Para qué quieres que se quede más tiempo, Anna? Que nos conocemos, lo mejor va a ser que te olvides de él. Ya está, lo he pasado bien. Bueno, muy bien. Ok, me ha encantado. Pero ya está. Fin del tema. Se acabó. Es un tío y tíos hay cientos, miles, por todos lados y que hasta ahora a este no lo conocías y no te ha pasado nada. Mírate, sigues viva. Ahora a centrarte en el concierto. Cojo aire y lo suelto. Además, si a lo mejor tú ni le gustas, ¿Pero no habíamos dicho que se acabó el tema? Vuelvo a coger aire ¿Y Rachel por qué no habla?, ¿Qué le pasa? La miro. Sonríe para ella misma. Camina a mi lado mientras se escribe con alguien por Whatsapp.

*En ese mismo instante,  
entre Mike y Rachel.*

—¿Tu amiga sigue con John? —pregunta Mike.

—¿Por qué?

—Porque tiene el móvil apagado ¿puedes decirle que me llame?

—No, Anna ya está conmigo.

Mike pone una cara triste.

—¿Esa era tu excusa para hablarme?

Mike se ríe y piensa un instante qué responder. Es dura, le gusta tirar fuerte de la cuerda, ¿Ahora qué hace él?, ¿Se deja arrastrar? Quizás si él también tira de la misma cuerda acabaría por romperse. Además, después de lo de ayer, piensa que no es el más indicado para hacerse de rogar.

—Sí —se decide a poner y espera impaciente a que Rachel termine de escribir.

—Pues te ha quedado un poco previsible.

¿Un poco previsible? Mike vuelve a reír.

—¿Y si te invito a salir esta noche también me quedará previsible?

—No sé...

Rachel no se imagina cómo pone a Mike cada vez que se hace la dura. O sí, quizá por eso lo haga.

—¿Qué no sabes? —pregunta Mike.

—Te lo vas a tener que currar más que anoche, muchachito.

—Hoy te voy a demostrar cómo es un pura sangre español.  
—¿Ah sí?, ¿Me vas a poner un documental? —le adjunta un guiño.  
—Te voy a dar clases prácticas, pelirroja.  
—No sé si prefiero el documental...

*En ese mismo instante,  
En los pasillos de la universidad.*

—¿Rachel?

Pero me ignora, teclea impaciente el móvil con una media sonrisa en los labios. Me asomo a la pantalla de su móvil y la descubro hablando con el amigo de John.

—¿Oye, pues no que no ibas a volver a quedar con él?

Se guarda el móvil en el bolsillo y se aclara la voz.

—No voy a quedar —dice orgullosa.

—Ya... —va a quedar, pero ella es así.

Después en el fondo no es nadie, pero la primera impresión que da es esa, de borde.

—¿Y tú con tu chico, qué? —me cambia de tema.

¿Mi qué?

—Nada de mi chico —ojalá.

—Con John.

—Pss..., bueno...

—¿Has estado todo el almuerzo con él y lo único que tienes que decirme es *pss..., bueno?*

Quizás estoy siendo injusta con él ¿pero qué le digo?, ¿Qué me encanta la forma en que me habla?, ¿Su acento?, ¿Qué no sé qué me pasa pero que me tiemblan hasta las pestañas cuando me mira con esos ojos suyos castaños?, ¿O que se va en tres días y que se va a olvidar de mí, de la lasaña, de la cerveza y de todo? Paso. Cojo aire. Lo mejor es pasar.

—Sí —digo cabreada conmigo misma—, además, casi nos echan de la cafetería por su culpa. Es un chulo.

—¿Entonces no vas a quedar con él después del concierto? —me pregunta.

—No lo sé.

Rachel se queda mirándome, yo hago como la que no me doy cuenta.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—¿A mí? —La miro—, nada, ¿por?

Se encoge de hombros.

—Tú sabrás —y no le da más importancia—, mira, ahí está tu grupo —me indica con la cabeza— ¿te veo luego, vale?

—No, yo sabré no —me planto delante de ella—, ¿qué ibas a decirme?

—Yo nada, Anna.

—Rachel... —insisto.

Suspira y se deja caer ligeramente sobre una pierna.

—¿Sabes cuál es tu problema?

—Ah, que tengo un problema —resoplo.

—Sí, lo tienes.

—¿Cuál?

—Tu problema es que no dejas que las cosas fluyan, Anna —me mira fijamente— no sé a qué le tienes miedo, en cuanto ves que hay algo que no puedes controlar ¡chas! —Chasquea los dedos — pasas, te alejas, sales corriendo. Quieres tenerlo siempre todo calculado, medido con escuadra y cartabón.

—Soy arquitecta, Rachel —la interrumpo.

—Pero es que la vida no se puede medir en centímetros ni en milímetros, Anna, no hay reglas ni metros ni nada para eso. La vida no viene con un plano para que puedas ordenarla y diseñar la vida de tus sueños. Tienes que dejar las cosas venir y no pienses en el mañana porque quizá ese mañana nunca llegue. No esperes a tener la casa de tus sueños, el trabajo de tus sueños o el hombre de tus sueños para empezar a hacer las cosas. No esperes si quiera a que llegue el momento perfecto para hacerlas Anna, porque ese momento nunca llega, siempre hay un pero, siempre hay algo que podrías mejorar. Siempre. Y si te quedas esperando a que pase algo, al final, lo único que pasa, es la vida. Y no la vida que tú quieres precisamente.

¿Hola?, ¿Rachel?, ¿Esta es la Rachel que yo conozco o me la han cambiado?

Intento decir algo, no sé, defenderme al menos, pero no acierto a decir nada. Ella se queda mirándome con normalidad, como si no acabara de decir nada.

—¿Necesitas que te desee suerte para el concierto? —me dice, sin esperar a que yo diga nada más del tema.

Yo niego con la cabeza aun sin poder pensar con claridad. Ella me guiña un ojo.

—Búscame, eh —dice ya alejándose—, estaré con estas, ¡a ver qué sorpresa te tienen preparada!

La observo alejarse desde mi loseta. Me siento pequeña. Diminuta. Tengo la sensación de que todo a mi alrededor ha crecido. El techo, las paredes, todo. Y yo allí, en medio, sola entre tanta gente.

—¿Anna? —Rob, el batería, me da un toque en el hombro.

Yo lo miro sin saber muy bien ni dónde estoy.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Le sonrío.

—Claro.

—Vamos, te estamos esperando, queda solo una hora.

Y lo sigo hasta la sala de usos múltiples donde nos espera el resto del grupo.

## Capítulo 10

Cuando salgo del baño me encuentro con la cocinera, sí, esa señora que casi me da con el cazo por no decidirme con el menú, la misma que nos llamó la atención a Anna y a mí por declararnos la guerra con la lasaña. Está cruzada de brazos delante de la mesa en la que había tenido lugar la batalla, resoplando y maldiciendo en inglés. Los chicos de la mesa de al lado asienten indignados. Yo me detengo en la puerta de los servicios y pienso en cómo salir de allí sin que me vean, pero para hacerlo debo pasar por su lado, no hay otro camino. Cojo aire y disimulo con paso normal. Qué vergüenza, ¿A quién se le ocurre ponerse a tirarme lasaña? A una loca. Una loca como Anna.

Cuando ya casi consigo atravesar la puerta del comedor noto que las quejas de la cocinera se paran de golpe y el murmullo de la de los chicos de al lado se queda en silencio. No se escucha nada. Me temo lo peor. Me han visto, me han reconocido ¡Cómo para no hacerlo!, ¡Mido uno noventa y soy el único moreno andaluz que hay en el comedor! Si yo lo sabía, que antes de que terminara el curso me ganaba una bronca.

Intento seguir caminando como si aquello no fuera conmigo pero me resulta imposible, siento sus miradas clavadas en mi nuca. No puedo evitar mirar de reojo y como me imaginaba; las dos parejas y la cocinera me asesinan con sus miradas. Yo les sonrío pero ellos a mí no. Me detengo. Ellos siguen mirándome expectantes ¡Todo sea por dejar en buen lugar a los españoles en Dublín!

Vuelvo sobre mis pasos y me aclaro la voz antes de hablar. Aquella señora da miedo de verdad. Me recuerda a la señorita Transbull ¿os acordáis de ella? La profesora mala de Matilda, la que mandó a un pobre niño goloso a comerse una tarta enorme de chocolate y tenía un cuarto pequeño con clavos en las paredes que se hacía llamar “El asfixiadero” donde encerraba a los niños más traviesos, pues esa. No se me olvidará en la vida.

—Siento haber puesto toda la mesa perdida —le digo, creo que suena sincero.

Pero ella no hace ademán de querer hablar y la expresión de su cara no cambia. Los chicos de la mesa de al lado siguen mirándome fijamente. La verdad es que lo hemos dejado todo hecho una guarrada, qué vergüenza.

—Si quieres te ayudo a limpiarla —me aventuro.

La señora, de nombre Meg, o eso es lo que pone en su chapa, abre los ojos sorprendida y mira a los chicos de la otra mesa.

—Va, venga —digo ofreciéndome a coger la escoba—, yo termino.

La señora, aunque no sonrío, parece satisfecha. Se quita los guantes y me los da.

—Frota bien con la fregona porque si no los restos de salsa se secan y mañana no hay quien los quite —me dice—, y no te olvides de subir las sillas a las mesas cuando termines.

¿Las sillas a las mesas? ¿Todas?

—Pero señora, yo me referí...

—Muchas gracias, jovencito —me pellizca la mejilla sin dejarme acabar—, ya sabía yo que un chico tan alto y tan guapo no podía tener mal corazón.

—Pero lo que yo quería decir es que le limpiaría mi m...

—¡Ay, no sabes qué alivio, con lo que me duele a mí la espalda hoy!

Y se va, dejándome allí con el carrito de la limpieza.

Miro a mi alrededor ¿pero cuántas mesas hay?, ¿En serio tengo que limpiar el comedor

entero? No vuelvo a ofrecerme para nada más. Resoplo. Escucho risas de los chicos de la mesa. Se ríen de mí descaradamente. Los miro con desaire y se precipitan a ponerse serios.

No hago otra cosa que mirar el reloj. Queda solo media hora para que dé comienzo la ceremonia y en el comedor solo quedo yo, enfundado en unos guantes de caucho amarillos y en un delantal azul, terminando de fregar el suelo. Meg está terminando de limpiar la cocina.

—No, no, está cerrado —intercepto a un grupo que quería pasar al comedor.

—Vamos al baño —dicen.

—Es que está el suelo mojado.

—Da igual, pisamos flojito —insisten.

—¡Que no! —Elevo el tono—, más tarde.

El grupo se queda mirándome y protestan en voz baja dándose media vuelta. Venga ya, hombre, no habrá más servicios en toda la universidad que tienen que venir a pisarme a mí. De pronto se escuchan aplausos a lo lejos ¡La ceremonia! Mojo la fregona y al plantarla en el suelo me salpico los pantalones. Mierda. Por un instante me planteo soltarlo allí todo e irme. Pero Meg me da pena. Suspiro resignado. Ya podría haberle dado una fregona también a Anna.

—¡Illo, qué haces! —es la voz de Mike.

Lo miro. Qué alegría más tonta de repente.

—¿De limpiadora? —me dice no pudiendo evitar reírse de mis pintas.

Yo también me reiría de mí.

—Toma, tío —digo pasándole una fregona—, me vienes perfecto.

—Eh, eh ¿pero por qué? —dice cogiendo la fregona por sorpresa.

—No preguntes, tú ayúdame.

Protesta pero acaba guardándose el mp3 en el bolsillo y moja la fregona en el cubo.

—¿Cogiéndome de primo, no?

—Limpia aquel cuadrado de allí y yo este.

—¿Esto que es para subir nota? —me pregunta.

—Esto es por la rubia, tío, que se le va la pinza.

—¿Aún no estáis juntos y ya te ha mandado a fregar? —Resopla— no sé si te conviene esa mujer, eh.

Río.

—Al final has acabado conociéndola —dice volviendo con su fregona—, parece que estabas destinado. Hala, ya está.

Yo también termino. Me quito los guantes y el delantal y lo dejo todo en el carrito. Intento ver a través de la barra a Meg pero no lo consigo. El camino hacia la barra sigue mojado. Suenan más aplausos.

—Vámonos que llegamos tarde —le digo a Mike, mañana me despediré de Meg.

Cuando salgo del comedor me doy cuenta de que el cielo ya está más oscuro que de costumbre. El sol cada vez dura menos en Irlanda.

Todo está desértico. En los pasillos no queda nadie, todos están ya en el patio.

—Vamos, Mike.

—Sí, ahora méteme prisa —dice pasando la lengua por el papel del pitillo que se está preparando.

A Mike le da igual que no se pueda fumar en la universidad, lleva fumando todo el curso y siendo hoy el último día no iba a cortarse.

—Bueno, ¿y con esta, qué? —me pregunta—, ¿bien?

—¿Con Anna?

—Claro, ¿hay tema? —dice encendiéndose el cigarro.

—¿Cómo va a ver tema, tío? Yo tengo novia.

—¿Y qué? —Le da una feroz calada al cigarro— ven, voy a mear.

—Pero Mike, la ceremonia...

—¿Qué quieres macho? Si yo iba a mear en el comedor y tú me has puesto a limpiar... — protesta—, será un minuto.

Entramos en el baño, un murmullo que recorre los pasillos mudos de la universidad crece desde el patio. De fondo puedo escuchar alguien hablando por un micrófono, pero no entiendo lo que dice.

—En realidad es muy guapa —digo recostándome sobre el lavabo.

Aprovecho para sacar el móvil y comienzo a montarlo para ver si Lucía me había respondido el mensaje. Seguro que sí.

—Claro que es guapa tío.

—Las dos son compañeras de piso —le digo.

Meto el código PIN.

—¿Qué son compañeras de piso? —Su voz suena excitada desde dentro de la cabina del baño —, no jodas, ¿sí?

—Sí.

Sale de la cabina subiéndose la cremallera del pantalón con el cigarro entre los labios.

—Tío, entonces vamos a quedar esta noche con ellas, ¿no o qué?, Hostia —se queda mirando mi móvil— ¿qué le ha pasado a tu móvil, macho?

—Que se me ha caído esta mañana —miento— y ahora se me apaga a los dos minutos.

—¿Qué se te apaga dices? Tienes suerte de que se te encienda, ten cuidado a ver si te va a dar un calambre o algo.

Sonrío impaciente y vuelvo a mirar la pantalla del móvil. Necesito leer ya su mensaje, quiero saber cómo está.

—A ver, tío —retoma la conversación abriendo el grifo para lavarse las manos— es sencillo: vamos a su casa, cenamos tranquilitos, musiquita, cervecitas... y papapa-pam. ¡Salimos de Dublín por la puerta grande, macho!

—No sé, Mike.

Al móvil le cuesta arrancar. Yo rezo para que no se apague.

—¿Cómo que no lo sabes? —Me mira incrédulo—, ¿tú no serás bujarra, no?

—Que no —desestimo—, pero que yo tengo novia, que no me puedo qued...

—¿Qué no puedes por qué?, ¿Cuál es el problema?

Ladeo la cabeza.

—Mira —dice terminándose de secar las manos con papel—, yo prometo solemnemente no decirle nada a tu novia —levanta una mano y la otra se la lleva al pecho— hala, ya podemos quedar.

Sonrío. En realidad puedo ir aunque sea a cenar, ¿no? Vamos, si ellas quieren. Una cena entre amigos no tiene nada de malo, ¿O sí?

—No sé... —dudo esperando a que termine de cargar la base de datos del móvil.

Y para sorpresa mía no hay mensaje. Ni de Lucía ni de nadie. De nuevo solo dos llamadas perdidas de Mike. Siento que el estómago me arde y empiezo a ponerme nervioso, ¿De verdad no hay ni un solo mensaje?

—¿Qué te pasa tío? Que se te ha puesto muy mala cara.

—Que no me ha respondido el mensaje —respondo.

—¿Quién? —me pregunta sacando también su móvil.

—Mi novia...

—¿Qué le pasa? —me pregunta sin levantar la vista de la pantalla del suyo.

—No sé, tío —resoplo—, que se ha rallado porque ayer me llamó y estaba en una discoteca.

Tsss...

Entro en la carpeta de mensajería y miro la memoria. Seré estúpido. Claro que tengo espacio libre. ¿Por qué no me responde el mensaje?, ¿Qué le pasa?, ¿Tan enfadada está?

Chasqueo la lengua y miro al techo intentando entender por qué no tengo ningún mensaje en el móvil.

—Pues yo creo que esto es una señal —me dice.

—¿El qué? —le pregunto de mala gana— ¿Qué no me haya respondido?

—No, esto.

Me enseña el móvil. Es una foto en Facebook. Un grupo de chicos en una piscina. No entiendo nada. Espera ¿Esta es Lucía?, ¿Es ella?

—¿Esa es mi novia? —le digo quitándole el móvil.

—Sí.

Amplío la foto. Sale con Rosa y con una amiga más en una piscina. A su lado el tal Lolo ese, ¿Pero qué hace ese ahí? Joder, ahora sí que estoy empezando a enfadarme de verdad.

—¿Y tú cómo tienes el Facebook de mi novia? —le pregunto a Mike pasando de foto.

Hay otra de ayer subida esta misma mañana por Rosa. En el reservado de una discoteca. El puto Lolo otra vez al lado de mi novia ¿Pero a qué juega?

—De cuando hablamos una vez por Skype en tu casa, no sé, me agregó ella.

Yo aún no puedo creerme que aquellas fotos sean de verdad. Le doy el móvil a Mike. ¿Yo aquí preocupándome por un mensaje y ella allí de fiesta y de piscineo?, ¿En serio?

—¿Qué? —me dice.

Me encojo de hombros. Ahora mismo no sé ni qué pensar.

—¿Entonces sí, no? Hay cena —dice con media sonrisa.

Lo miro.

—No me tientes... que ahora mismo no estoy de humor.

—Hay cena —se le escapa una risa.

—No, no hay cena.

—Hay cena y lo sabes —dice buscándome el fallo para darme un golpe cómplice, yo me defiendo— Va tío, hay cena —se ríe, yo sigo cubriéndome de sus intenciones.

Esta vez los aplausos suenan más fuerte. La ceremonia ha empezado.

—Mike, tío, vámonos —digo incorporándome sobre el lavabo—, al final nos quedamos sin títulos.

—Que sí, pero que hoy hay cena —insiste saliendo el baño detrás de mí— ¡Esta noche sí, John —celebra—, esta noche es la noche!

## Capítulo 11

¿Sabes? Cada vez que nos enfadamos  
me doy cuenta de cuánto te quiero.  
Perdóname por desconfiar de ti  
a veces me pueden las ganas de verte  
y de saber que cuando vuelvas  
sigas siendo para mí.  
|...

Escribo sentada en la orilla de la piscina. Las puntas de mis pies dibujan círculos en el agua, a veces pequeños, otras grandes. De fondo suena Bailando, de Enrique Iglesias. Rosa y Cris están junto a la barbacoa que Lolo ha sacado al patio. Junto a ellas dos amigos de este.

Hace un día estupendo, un sol casi de verano y la casa está sola para nosotros. Aunque el día podría ir mejor si mi novio y yo estuviéramos bien. Resoplo y vuelvo a releer el mensaje para seguir escribiendo.

Solo quedan dos días  
para volver a verte  
y no te imaginas lo largos que  
se me están haciendo.  
Si te apetece hablar llámame,  
¿vale?  
|...

Una sombra crece en mi espalda y me oscurece el móvil.

—Hola.

Es Lolo.

—Hola —le saludo girándome hacia él.

Tengo que achinar los ojos para verlo porque el sol me da de frente. Lleva puesto un sombrero de paja y un bañador azul. En una mano un botellín de cerveza y en la otra un bote de crema.

—¿Qué tal? —dice poniéndose en cuclillas tras mi espalda.

Dejo el móvil entre mis piernas sin pulsar el botón de enviar, antes quiero volver a leerlo.

—Bien, hace un día estupendo.

—Sí —asiente ofreciéndome el botellín, yo niego con la cabeza, la cerveza no me gusta— pero tú estás como ausente, ¿Te has echado crema? —pregunta.

—No —me miro los hombros—, pero este sol ya no quema ¿no?

—Yo siempre tomo precaución.

Me río y le golpeo el pie.

—No seas mal pensada —sonríe tomándose el pelo con las dos manos—, trae anda, que te vas a quemar.

Destapa el bote y se echa en las manos. Al primer contacto la crema está muy fría y yo

resoplo.

—¿Qué te pasa, a ver? —pregunta extendiéndome la crema primero por los hombros.

—Nada —pero no suena convincente ni para mí misma.

—Ya... —sus manos se extienden en abanico por mi espalda— ¿Es por Juan?

—Sí —asiento cerrando los ojos para intentar relajarme con su masaje, la verdad es que parece que se le da bien darlos.

En realidad me apetece hablar con alguien sobre mis miedos. Solo Rosa sabe que he discutido con mi novio y no quiero insistir y fastidiarle el día de piscina a ella también.

—¿Todo bien?

—No... —confieso—, ayer me enfadé mucho con él y no sé si fui justa.

—¿Qué hizo?

—Nada..., yo suelo enfadarme por tonterías.

—Tus razones tendrás —sus manos dibujan espirales en mi espalda.

Espirales que suben como hormiguitas hasta mi nuca y bajan en cascada recorriendo toda mi espalda. Me pregunto si no está bajando demasiado. No, desecho esa idea de mi cabeza, es solo un masaje.

—Si te enfadaste no serán tonterías —continúa—, al menos para ti.

Y no le falta razón. A veces, lo que para una persona es una tontería, para otra es un mundo. Suspiro resignada. Al ser humano le encanta complicarse la vida y más con los sentimientos ¿Pero quién es capaz de controlar lo que siente?

—Me sentó mal que saliera de fiesta, solo eso.

Él no dice nada. Sigue masajeándome, esta vez los hombros. Aprieta con fuerza y suelta, aprieta de nuevo y vuelve a soltar. Consigue relajarme. Creo que quiere que siga hablando.

—No sé..., supongo que es normal que salga. Pero me da miedo. Llevo mucho tiempo sin verlo —continúo— y lo echo mucho de menos. Cuando vuelva a verlo seguro que se me quitarán todas las tonterías de la cabeza.

Lolo carraspea y deja de masajearme. Me rodea y se sienta a mi izquierda con su botellín de cerveza. Le da un trago. Yo me armo de valor y me aventuro a preguntarle lo que realmente quiero saber.

—¿Tú le serías infiel a tu novia si te fueras al extranjero?

Me arrepiento de haberle hecho la pregunta, ahora no sé si quiero saber la respuesta.

Deja su botellín a un lado y me mira. Esta vez el sol le da de frente a él y tiene que fruncir el ceño. Me hace gracia su cara y su sombrero de paja pero los nervios me impiden reírme. Seguro que le sería infiel, total, no iba a enterarse nunca.

—A ti no —responde.

Me sorprende. ¿A mí no? Su ocurrencia me hace reír.

—¿Sí o no? —insisto dejando escapar una risa tonta.

—A ti no —me repite.

—¡No seas tonto! —le digo salpicándole agua con la mano.

Él se ríe intentando esquivarme.

—Oye, que es la verdad —me dice poniéndose en cuclillas sobre el borde de la piscina.

Sumerge la mano en el agua y me salpica.

—¡Niño, el móvil! —me cubro.

Antes de que pueda reaccionar me quita el móvil y yo me lanzo a cogérselo pero no lo consigo. Lo deja a un lado en el césped y se abalanza sobre mí.

—¡No, no, Lolo, para!

¡Y los dos acabamos en la piscina!

—¡Lolo! —Grito saliendo a flote con los pelos mojados sobre la cara—, ¡Mis pantalones!

Me sorprende con una ahogadilla por la espalda.

—¡Lolo! —Emerjo cogiendo una buena bocanada de aire—, ¡Para!

Intento devolverle la ahogadilla pero de nuevo soy yo la que acaba bajo el agua.

—¡Eh, chicos —oigo gritar a Lolo al salir de nuevo a flote—, tiradlas a ellas también, vamos!

—¡No, no, ni se os ocurra! —gritan Rosa y Cristina.

Pero sus súplicas no sirvieron de nada. Los dos amigos de Lolo acaban tirándolas al agua ¡A Rosa incluso con el pareo! Entonces no tarda en desatarse una guerra en la piscina.

## Capítulo 12

<<Y un año más, como viene siendo costumbre  
en nuestra universidad,  
celebramos la despedida de los alumnos  
que hoy nos dejan...>>

Dejar todo fluir. Dejar que las cosas fluyan ¿Pero qué tengo que dejar fluir? El chico es mono, vamos, que sí, que me gusta —me encanta— Pero se va en tres días, ¿qué cosas pueden fluir en tres días? Nada. Y si fluyera algo sería absurdo porque lo único que conseguiríamos sería quedarnos con las ganas. Tres días, pff, todo acabaría antes de que nos diera tiempo si quiera a empezar nada. Me siento como una cenicienta frustrada, con límite de tiempo, con fecha de caducidad. A las doce en casa. A las doce, justo cuando empieza lo mejor. Solo que aquí ni hada madrina ni calabaza ni nada. Bueno sí, calabaza sí. Una calabaza enorme como la carroza de cenicienta es lo que me va a dar cuando se vaya.

<<En nombre de toda la universidad, espero que os hayáis sentido como en casa y que recordéis Emerald University no solo como la universidad donde terminasteis vuestros estudios, sino también como el hogar que os...>>

Me asomo a través del telón del escenario. Está lleno. Nunca habíamos tocado con tanto público. Los nervios empiezan a revolotearme inquietos en el estómago. Cojo aire y lo suelto lentamente. Las manos me sudan. Miro al resto del grupo. Todos están igual de nerviosos que yo, caminan de un sitio a otro, no pueden estarse quietos. Rob, que parece el más calmado, juega a hacer malabares con las baquetas pero se le cae una. Protesta y la recoge. Me mira y me sonrío. Definitivamente su risa es igual de nerviosa que la de los demás.

—¿Cómo estáis, chicos? —entra Marie, la coordinadora del evento.

—¡Yo no sé si puedo hacerlo! —Explota Steve, el bajista, todos nos giramos hacia él— ¿habéis visto la de gente que ha venido?, Fuck!

—¿En eso consistía, no? —dice Rob.

—Ya tíos, pero yo no puedo... —se lamenta y da una arcada— Llevo todo el día sin comer nada y mira —los nervios le provocan otra arcada.

—¿Quieres relajare? —dice Rob serio— ahora mismo no es el momento de ponerse nervioso.

Rob suena duro, quizás demasiado duro para el pobre Steve. Marie me mira desconcertada y yo me encojo de hombros sin entender nada, es un momento difícil para el grupo, es nuestro primer concierto multitudinario y no nos hace bien a ninguno que alguien pierda los nervios como los están perdiendo Rob y Steve.

—¡No puedo relajarme! —Grita, está muy nervioso y el murmullo del público de fondo no le ayuda a calmarse— que no toco tíos, que no soy capaz de subirme ahí arriba. Lo siento pero yo no toco.

Se descuelga el bajo y lo suelta en una silla. Rob, Lauren y Marie no dan crédito a lo que

acaban de ver. Yo tampoco. ¿Cómo que no toca?

—¡Steve, espera! —voy tras él antes de que cruce la puerta, él se detiene— ¿A dónde vas?

—Que no puedo tocar, Anna, así no, mira —me enseña la mano, le tiembla el pulso como jamás antes le había temblado.

—Steve, lo vas a hacer genial, ¿vale? Mírame —le tomo la cara con mis manos pero no consigo que me mire— mírame, ¿quieres?

Resopla y me mira. Está pálido y tembloroso.

—Steve —le susurro—, estamos jugando en casa, esta es nuestra universidad y aquí la gente sabe lo bien que tocas el bajo.

—Yo toco bien el bajo en mi casa Anna o entre nosotros ¡Pero no delante de tanta gente! Joder, que la voy a cagar.

—Cálmate..., vamos a hacer una cosa.

—Anna, yo lo sient... —intenta deshacerse de mí pero yo no se lo permito.

—Mira, mírame —intento calmarlo acariciándole los brazos— cuando estemos allí arriba vas a cerrar los ojos, ¿vale? Vas a cerrar los ojos y te vas a poner muy cerca de mí, ¿me escuchas?

—Sí.

—Y te vas a imaginar que estás solo conmigo, en casa, y que estás tocando para mí. Solo para mí. Como cuando componemos, ¿ahí no te pones nervioso verdad? —le sonrío.

—No sé si eso va a funcionar, Anna...

—Tú confía en mí, ¿vale? Hazlo por mí, por nosotros. Ahora mismo te necesitamos. No podemos subir ahí arriba sin ti.

—Ni queremos —dice Lauren—, este es nuestro momento, Steve.

—Así es —contesto yo.

—¿Cuántas veces me has dicho que ojalá fuéramos capaces de llenar un pub de esos donde tocamos, eh? —dice Lauren de nuevo— pues aquí lo tienes, esto son por lo menos tres pubs, o cuatro.

—Esto es por lo que nosotros ensayamos, ¿no? —Le aprieto las manos— Es nuestro sueño y los sueños dan miedo, un sueño tiene que dar miedo, ¿Qué te crees que nosotros no lo tenemos? Mírame, no he tenido más miedo en toda mi vida.

Steve nos mira atentamente pero no se decide a decir nada. Yo busco la mirada de Rob, que está sentando al fondo sin querer inmiscuirse en la conversación. Él siempre ha considerado a Steve el más débil del grupo y todos sabíamos que esto ocurriría antes o después. Pero somos un grupo y como grupo debemos ayudarnos siempre. Cuando consigo que Rob me devuelva la mirada le hago un gesto sin que Steve se dé cuenta y le ordeno que nos ayude. Él resopla y se incorpora.

—Nuestro sueño está allí arriba, en el escenario ¿piensas quedarte justo a un paso de alcanzarlo? —Dice Lauren— Vamos, no me jodas.

Steve parece más calmado, pero sigue sin decir nada. Yo, mientras, no dejo de acariciarlo.

—Yo también tengo miedo —dice Rob llegando hasta nosotros— pero sé lo que quiero... y lo que quiero es que subamos todos juntos allí arriba y que cuando estemos tocando y todas las personas que han venido a vernos se estén dejando la voz con nosotros, nos miremos y sintamos por primera vez en todo este tiempo que todo ha merecido la pena. Así que cuélgate el puto bajo porque no pienso dejarte aquí, ¿te enteras?

Rob a veces parece muy duro pero sé que en el fondo no lo es, es todo un caparazón de cartón lo que tiene.

Abraza a Steve y luego Lauren nos abraza a los dos. Rob vacila unos segundos y luego se

suma también.

—Os odio —protesta Steve—, no sé cómo lo hacéis pero siempre acabáis convenciéndome.

—¡Viva Serenade! —Grita Lauren.

—¡Viva! —contestamos todos y comenzamos a saltar abrazados.

—¡Si la cago va a ser culpa vuestra! —grita Steve.

Por un momento no me importa ser la más enana de todos y estar apretujada en medio de aquellos tres salvajes dando saltos. Son mis salvajes, son mi grupo y los quiero a todos y a cada uno de ellos. Y este es nuestro momento.

Marie busca mi mirada entre el alboroto y me dice que quedan tan solo cinco minutos. Ahora la que está nerviosa de verdad soy yo. Le guiño un ojo y ella se marcha dejándonos allí a los cuatro dando saltos y animándonos para templar los nervios.

*En ese mismo instante,  
en el patio.*

<<Porque vosotros siempre seréis nuestros  
alumnos, aquellos que nos enseñaron a cómo ser  
la universidad que vosotros...>>

Llegamos al patio. Está toda la universidad al completo aquí reunida. No cabe nadie más, lo juro. Se hace de noche por momentos y todo empieza a estar oscuro. La rectora de la universidad se encuentra en el escenario iluminada por un foco, la única luz que hay en todo el recinto, mientras lee un discurso desde su atril. Tras ella un telón rojo que no deja ver nada más.

—Ya ha sido la entrega de títulos —protesto entre dientes— ¿Qué haces Mike? —le pregunto, observando como inquieto no deja de ponerse de puntillas buscando algo.

—Estoy buscando a la pelirroja —dice.

—Pero tío, hay casi mil personas aquí y no se ve nada, ¿cómo piensas encontrarla?

Resignado se está quieto.

—Qué perra te ha entrado con la pelirroja, Mike.

—Es que está buenísima, macho. Llama tú a la rubia, ¿no? Que seguro que está con ella.

—Shh... escucha a la rectora, que nos está dedicando unas palabras.

<<Porque en la vida nunca se deja de ser un alumno,  
yo misma, aunque vosotros me veáis como rectora,  
no dejo de ser una alumna más. Y aunque no lo creáis  
yo también aprendo de vosotros...>>

—Pero si yo no entiendo lo que dice, además, tienes que llamarla para quedar esta noche, ¿no?

—¿A quién?

—¿A quién va a ser John?, ¡A la rubia! —Me hace gracia su desesperación— que tenemos que... —se calla y mueve las caderas hacia adelante y hacia atrás de forma obscena—... a dos irlandesas, macho.

—Noruega —le corrijo.

—¿Qué?

—Que ella es noruega.

—Como si es filipina, tío, qué más da.

—Mike, que Anna canta ahora, no puedo llamarla. Tiene que estar ya justo detrás del escenario.

—¿Qué?

—Además, no tengo su teléfono.

—¿Que canta ahora?, ¿La rubia?

—Sí.

—¿Ahí?, ¿En el escenario?

—Sí, con su grupo.

—¿Y qué hacemos aquí al final, tío? Vámonos para la primera fila que seguro que la pelirroja está allí.

—Pero Mike, quieres estar... —no me hace caso y empieza a hacerse hueco entre la gente.

—¡Vamos, tío! —me dice perdiéndose entre el público.

## Capítulo 13

<<...Pero como sé que sois jóvenes y que lo que queréis es pasarlo bien en este día tan especial... >>

El público contesta con un sí impaciente. Estamos en fila al final de la escalera justo detrás del escenario. Yo estoy la última porque soy la última que sube al escenario. Marie, aunque aún no se ha levantado el telón, nos da la orden de subir al escenario.

—¡Mierda chicos!, ¡Mucha mierda! —anima dándole una palmada en la espalda a cada uno que sube al escenario.

Yo me quedo en el último peldaño, justo al lado de ella.

<<... No me extenderé más. Os dejo con la actuación

de Serenade. Recordaros que después del concierto  
tendrán lugar los juegos organizados por  
la delegación de alumnos además de barra libre y un concurso sorpresa.  
¡Disfrutad de la actuación!>>

La rectora termina su discurso y el patio al completo comienza a rugir con fuerza. Aplausos. Gritos impacientes. La gente quiere que el telón se suba ya. Mi corazón se acelera. No puedo respirar. Marie me dice algo que no logro escuchar. Yo asiento, el telón se va a abrir de un momento a otro y no puedo pensar en otra cosa. Y así ocurre. El motor se enciende y empieza a levantarse el telón lentamente. El público ruge cada vez más. Nos miramos. Yo aún en las escaleras, mi grupo ya colocado en el escenario. Steve está pálido. Rob excitado, juega con sus baquetas con ganas de empezar. Da un golpe al aire. Otro. Otro más. Y el último. El show comienza.

El telón ya sube de la cintura de Lauren, que es el primero, improvisando al ritmo de Rob una pequeña introducción. Steve le acompaña, sigue nervioso y sus notas, aunque no suenan seguras, suenan bien. Un potente foco que consigue cegarnos a todos alumbra todo el escenario. Me toca salir. Sin saber por qué miro al cielo y suelto todo el aire que tengo en los pulmones. Rob me busca con la mirada. Yo le guiño un ojo fingiendo no estar presa del pánico y él sonríe. Cambia el ritmo y Lauren y Steve, que saben cuál es la primera canción, empiezan a lanzar al aire los primeros acordes de Can't hold us. El público reconoce la canción, gritan. Mi turno ha llegado. Termino de subir las escaleras y salgo con decisión al escenario, pisando fuerte. Los espectadores enloquecen y yo con ellos. Se me encoge la respiración, como cuando estás en lo más alto de la montaña rusa y empiezas la caída libre, pues el doble. O el triple. Casi puedo volar y aunque sé que todos están gritando y silbando ahí abajo, no oigo nada, tan solo escucho el latido de mi corazón golpeándome los oídos. Ni si quiera puedo escuchar a mi grupo a través del pinganillo. Paso por delante de Lauren, me sonríe cómplice. Steve hace lo mismo y yo vuelvo a recorrer el escenario animando al público a que toquen las palmas al ritmo de la canción. Todos lo hacen. Es increíble. Sin dejar de caminar por el escenario me acerco el micro a la boca y comienzo a cantar. Lauren me hace los coros.

<<Here we go back, this is the moment  
Tonight is the night, we'll fight till it's over  
So we put our hands up like the ceiling can't hold us!>>  
(Hemos vuelto, este es nuestro momento, esta noche  
es nuestra noche y vamos a darlo todo así que, levanta  
Las manos como si el techo no pudiera pararnos)

El escenario se queda en silencio durante un segundo. Los chicos y yo nos miramos disfrutando del ensordecedor griterío del público, disfrutando de aquel momento del que hablaba Rob entre bambalinas. Y la música vuelve a tronar con toda su fuerza. Los altavoces retumban en las paredes de toda la universidad y en nuestros corazones. Estoy lista.

<<Return of the Mack, get up! what it is, what it does, what it is, what it isn't?  
Looking for a better way to get up out of bed  
Instead of getting on the internet and checking a new hit.

We Get up!>>  
(Aquí vuelvo, arriba. Lo que soy, lo que hago,  
lo que no soy. Busco la mejor forma de salir  
de la cama en lugar de buscar en internet un nuevo  
éxito, ¡Levántate!)

*En ese instante,  
entre el público.*

Anna ha salido como un torbellino dispuesta a comerse el escenario y se lo está comiendo de verdad. Ha puesto a todo el patio patas arriba y yo soy incapaz de salir de mi asombro escuchando la velocidad a la que rapea. No es la misma chica con la que yo he almorzado, se ha transformado, la que está en el escenario es un auténtico huracán de metro setenta que está a punto de hacernos enloquecer a todos.

—¡Hostia, como canta la rubia, macho! —Me grita Mike que está alucinando tanto como yo.

Ha cambiado los pantalones vaqueros por unos shorts y unas medias negras hasta las rodillas. Sus converse rosas siguen desanudadas en sus pies y su melena se recoge en una cola rizada a un lado de la cabeza. No puedo dejar de mirarla, no puedo ni tan si quiera entender por qué estoy nervioso, pero lo estoy, no sé, ¿Qué me pasa?

—¿Te gusta, eh? —me sorprende Mike dándome con el codo.

Aunque lo escucho, no le digo nada, ya sabe la respuesta. Y yo también.

\* \* \*

<< But I do that to pass the torch and put on for my town  
Trust me. On my INDEPENDENCE shit hustler,  
Chasing dreams since I was 14 with the four track bussing >>  
(Pero hago eso para pasarle y mostrarle la antorcha a mi pueblo  
Confía en mí, con mi dinero independiente espabilo,  
Persiguiendo mi sueño desde que tenía catorce con la  
Cuarta pista en el autobús)

Los nervios empiezan a desaparecer pero la euforia continúa devorándome las venas. No puedo controlar mis ganas de cantar ni de bailar ni de saltar. Juro que ahora mismo reventaría el termómetro de la felicidad.

Voy de un lado a otro del escenario con el micrófono pegado a mis labios y todo el patio conmigo, formando una sola voz. A penas escucho a mi grupo porque el eco del público lo envuelve todo y eso me encanta. Miro a Steve, ya no parece tan nervioso, parece que disfruta. Lauren me sonrío y Rob..., Rob ha nacido para esto y lo sabe. Lo sabemos.

<<Nah, they can't tell me nothing  
We give that to the people,  
Spread it across the country>>  
(Nah, nadie puede decirme nada,

nosotros lo traemos para la gente  
y lo llevamos por todo el país)

Los focos centellean y el público no deja de animar. Con los nervios ya menos revueltos intento encontrar a mis amigas entre el alboroto, pero me es imposible ¡Ah sí, allí están! Les sonrío, ellas saben que las he visto y me gritan emocionadas. Están en primera fila, junto a la valla. Levantan los brazos y llaman mi atención, quieren que las mire de nuevo. Se estiran las camisetas blancas que visten. En cada una de ellas hay una letra que forma un mensaje. “Anna, you ‘re the best!” (Anna, eres la mejor) A su lado descubro a John que me guiña un ojo, no sé por qué se me coge un nudo en el estómago. Quiero seguir cantando.

\* \* \*

Le devuelvo la mirada y le guiño un ojo, quiero creer que es a mí a quien ella dedica una sonrisa, pero no se detiene, sigue caminando con energía de un lado a otro sin parar de rapear, cada pisada suya es un terremoto que hace temblar la universidad entera.

—I wanna hear you now, guys! (¡Quiero escucharos a todos ahora, chicos!) —grita alzando el micro hacia nosotros.

Y nuestras gargantas se unen en una sola para cantar el estribillo. Nos tiene ganados.

<<Can we go back, this is the moment  
Tonight is the night, we’ll fight till it’s over  
So we put our hands up like the ceiling can’t hold us  
like the ceiling can’t hold us>>

\* \* \*

Alzo el micro hacia el público y dejo que sean ellos quienes canten el estribillo. Miro a Lauren de nuevo. Busco la mirada de Steve. Las casi mil personas que tenemos a nuestros pies cantan a coro mientras nosotros no podemos terminar de creérnoslo. Los focos vuelven a centellear sobre nosotros. Nos ciegan de nuevo pero no nos importa. Mi corazón retumba al ritmo de los bajos de los altavoces. Siento que vuelo, que voy a explotar, por un momento tengo miedo de despertarme en medio del concierto y que todo se esfume como si fuera un sueño. Pero no, sé que no voy a despertar. Hoy no. Sé que estoy con Lauren, Steve y Rob compartiendo nuestro mismo trocito de nube. Esta noche el cielo es nuestro.

\* \* \*

—¡Na, na, na, na, na! —gritamos todos desde el patio a capela.

Anna se acerca el micro y hace la melodía con su voz. Luego vuelve a acercarnos el micro a nosotros que repetimos lo mismo con más fuerza.

—¡Buenas noches, Emerald University! —grita esta vez, la melodía sigue sonando de fondo de la mano del bajo, la guitarra y la batería.

—¡Buenas noches! —grito, la respuesta del público suena ensordecedora.

—¡Quiero escucharos fuerte una última vez!, ¿Estamos listos?

\* \* \*

<<Can we go back, this is the moment  
Tonight is the night, we'll fight till it's over  
So we put our hands up like the ceiling can't hold us  
like the ceiling can't hold us>>

Miro a Rob para que no corte y volvamos a repetir el estribillo una vez más. Esta vez dejo que sea el público quien termine la canción, yo solo los acompaño a contratiempo por arriba. Y cuando la canción acaba el griterío crece precipitadamente. Un atronador aplauso crece en forma de ola que acaba rompiendo contra el escenario. El aplauso no termina, ni los voceríos. Nos miramos, nuestras pulsaciones van a mil por hora pero ya ninguno está nervioso. Lo realmente difícil ahora es bajarnos de allí. Pero sigamos disfrutando mientras dure. Las luces se atenúan y un potente foco busca mi silueta en el escenario.

—¡Buenas noches, buenas noches, Dublín! —repito intentando calmar al público, pero parece imposible, están descontrolados.

—¡Se-re-na-de! ¡Se-re-na-de! —cantan a coro.

Yo no puedo dejar de sonreír y aprovecho para buscar de nuevo a mis amigas que están a punto de dejar caer la valla. John sigue allí junto a ellas. Le hago una mueca y él me levanta el pulgar.

—¿¡Cómo estamos, chicos!?! —pregunto al público, mi voz suena entrecortada por mi acelerada respiración.

—¡Bien! —rugen.

—¿¡Tenemos ganas de más!?! —

Todos gritan un sí.

—¡No me entero! A ver, quien tenga ganas de más que grite ¡Eo!

Y un estruendoso Eo nos sobrecoje a todos.

—¡Chicos! —Me dirijo a mi grupo—, ¿Seguimos?

Lauren y Steve responden con su guitarra. Dos notas estridentes a través de los amplificadores nos ponen los pelos de punta a todos. Rob contesta con un golpe de bombo y platos. Todos queremos más. Todos. Y el público no tarda en volver a gritar.

—¡Está bien, está bien! —Paseo por el escenario— pero antes de seguir me gustaría hacer una cosa... —e inmediatamente el público comienza a guardar silencio intrigado, yo me acomodo el auricular en mi oído derecho— Antes de seguir me gustaría, ¡Gracias! —Respondo a un ¡Guapa! — Antes de seguir me gustaría...

Pero no me dejan continuar, ahora nos hacen la ola de un lado a otro del patio. Y Rob, que disfruta como un niño con baquetas nuevas, los acompaña con un redoble.

—Me gustaría dedicar una canción —me aventuro a seguir— a una pequeña parte de los que hoy habéis venido aquí... —nunca pensé que fuera tan difícil controlar a un público, de verdad, pero aun así me encanta— y es que hoy he conocido a un chico...

Me río. El patio entero grita un ¡Ohhh! Y yo que lo sabía no sé para qué digo nada ¡Cómo son!

—Love is in the air! Love is in the air! (El amor está en el aire) —gritan divertidos.

—¡He dicho que he conocido a un chico —me precipito a aclarar siguiéndoles la gracia—, no que me haya enamorado!

John no puede evitar reírse. Yo lo miro poniendo los ojos en blanco.

—Y quería dedicarle una canción a él y a todos los españoles que estáis hoy aquí con nosotros y que pronto volveréis a casa, ¿Me dejas la guitarra? —Le pido a Lauren.

Una pequeña minoría, que supongo que son los españoles que hay entre el público, comienzan a aplaudir. Luego se suma todo el mundo.

—Os prometo que esto no estaba preparado —confieso colgándome la guitarra que Lauren me ha dejado.

Ahora sí, la universidad casi al completo se mantiene en silencio. Yo me acerco al borde del escenario y me siento dejando los pies en el aire. Luego los cruzo para acomodarme la guitarra en mi regazo. El foco me acompaña y me ilumina solo a mí. El resto de luces empiezan a menguar hasta quedar suaves, tenues, casi perdidas en la noche. El ambiente es inmejorable. Me aclaro la voz.

—Es una canción que tal vez por casualidad, o no, porque yo no creo mucho en las casualidades, me cantaba mi madre cuando era pequeña antes de dormir...

—¡Anna guapa! ¡Eres la mejor! —me gritan robándome una sonrisa.

—Gracias, gracias —intento ponerme más seria— yo la conocía como la nana española... todas las noches le decía a mi madre “mom, mom please, the spanish lullaby” —la voz me tiembla, no sé por qué pero estoy a punto de llorar y la gente lo nota.

—¡Te queremos Anna! —grita alguien haciendo que todos vuelvan a aplaudir.

Yo me refugio en aquel interminable aplauso e intento controlar mis emociones. No puedo ponerme a llorar ¡Acabamos de empezar!

—Aunque realmente no sé si se llama así... —comienzo a hacer arpegios, nunca antes había cantado esta canción en público y no entiendo por qué, porque me parece preciosa— en cualquier caso, si no sale de mi voz, sale de aquí —y me señalo el corazón—, para todos vosotros y en especial para John.

Una inmensa ovación crece de entre el público y yo espero a que se calmen mientras continúo haciendo arpegios. Cojo aire. Lo suelto. Poco a poco se hace el silencio. Miro a John. Él me mira a mí y yo me pierdo en su sonrisa. Allá vamos.

## Capítulo 14

*En ese mismo instante,  
entre el público.*

—Muchas gracias —dice Anna, a quien le cuesta controlar sus emociones.

Como a mí, que desde que dijera mi nombre, cientos de miles de cosas no han parado de revolotearme en el estómago. No sé lo que es, pero me cuesta hasta respirar. Estoy seguro de que yo, que no tengo que cantar, estoy más nervioso que ella. Lo juro.

—¡Tío —me codea Mike incrédulo trayéndome de vuelta a la realidad—, que te va a dedicar una canción, macho!, ¿Se puede saber qué le has hecho en el almuerzo?

Yo aún no puedo creérmelo. Quiero decir, nunca, nunca podría haberme imaginado que nadie fuera a hacer nada así por mí. Y menos desde un escenario delante de mil personas. Y sin embargo, allí está ella, a punto de hacerlo, a tan solo diez pasos de mí, sentada sobre el escenario, regalándonos acordes mientras nos calmamos para empezar a cantar. Es..., no sé.

—Tío, di algo —me zarandea Mike.

Yo lo miro, con la cara de bobo que se me tiene que haber quedado, y me encojo de hombros. No sé qué decir, de verdad, y vuelvo a mirar a Anna. No quiero perderme nada de ella, nada.

Anna se aclara la voz y mira al público. Su mirada se tropieza con la mía por unos segundos y me provoca un escalofrío de la cabeza al ombligo, ella y su música me ponen los pelos de punta. No sé qué me pasa. Solo sé que es preciosa. Que si fuera por mí, saltaría esta valla y subiría al escenario y yo qué sé lo que le haría. No sé qué me pasa con Anna.

Solo se aprecia a ella entre la oscuridad del escenario. Y sus ojos son más azules vistos desde aquí abajo, casi transparentes entre el aura de luz que le dibuja el cañón que la ilumina. Nos mira de nuevo, sin decir nada, sin dejar de lanzar acordes al aire. A través del micrófono podemos escuchar su respiración, parece tranquila. Y entre sus labios florece una media sonrisa que deja entre ver sus dientes y que no tarda en contagiarme.

—Yo voy a empezar a entonarla —dice aclarándose la voz— y me gustaría que si alguien más se la sabe, la cantara conmigo.

Una pequeña ovación crece de entre el público, pero la universidad entera no tarda en volver a guardar silencio expectante. Quieren escucharla. Y yo me muero de ganas por hacerlo.

\* \* \*

Aunque sé que el público está conmigo y me arropa, mi corazón late rápido, no lo puedo controlar. Cojo aire. Allí está John y aunque nos separa una valla yo lo siento cerca, tan cerca que si cierro los ojos casi puedo imaginarlo aquí conmigo, en el escenario, sentado tras mi espalda, sin nadie más a nuestro alrededor, abrazándome, dejándome acariciar.

Ya no se escucha nada, ni un murmullo. Abro los ojos y veo una marea oscura de personas en silencio. Entre ellas, diminutas, se alzan las pantallas azules de sus móviles. Todos me miran, están conmigo, sintiendo mi respiración a través de los altavoces. Gracias mamá, por todo. Por no dejar que dejara de tocar la guitarra, por cantarme esta canción todas las noches, por creer en mí.

Te quiero.

Tonto el que no entienda,  
Cuenta una leyenda,  
Que una hembra gitana  
Conjuró a la luna hasta el amanecer

\* \* \*

No se escucha un solo ruido en toda la universidad, nada, ni un suspiro, solo el eco de su voz casi en susurros a través del micrófono. Una sonrisa de lo más tonta se me acomoda en los labios al escucharla. Miro a mi alrededor y es como si Anna nos hubiera conectado a todos en una misma aura, en una misma nube. La canción es Hijo de la Luna de Mecano, que casualmente también es el grupo favorito de mi madre. No es una nana, pero a mí no me importaría dormirme con ella cada noche si fuera Anna quien me la cantase. ¿Pero qué dices? No sé, ahora mismo no sé lo que digo. Ni quiero saberlo. Solo quiero seguir escuchándola y perderme en la melodía de su voz, en su risa nerviosa, en su música, en el sonido de su respiración a través del micrófono. Perderme con ella, dónde sea, pero con ella.

\* \* \*

Luna, quieres ser madre  
Y no encuentras querer  
Que te haga mujer.  
Dime, luna de plata,  
Qué pretendes hacer  
Con un niño de piel.

Tengo los ojos cerrados y desde donde yo estoy no escucho nada. Solo mi voz perdiéndose entre tanta gente. Pero sé que no estoy sola. Sé que no. Sé que hoy mi mamá está conmigo, cantando conmigo. Acordarme de ella hace que me emocione y tengo que luchar por controlar mis emociones. La voz comienza a temblarme y tengo por un instante tengo que dejar de cantar. Las lágrimas comienzan a salirme solas y no me dejan cantar. Sigo tocando la guitarra e intento aclararme la voz. Pero me es imposible. El público me regala un abrazo en forma de aplauso. Un aplauso que lo envuelve todo y que me consuela. Que me da fuerzas para continuar. Abro los ojos. No sabría cómo decir cuánto quiero a todos y a cada uno de los que están ahí abajo. Pero los quiero. Respiro hondo. Les sonrío. Ellos me sonrían a mí, quieren que siga y yo quiero seguir. The show must go on. (El espectáculo debe continuar)

\* \* \*

De padre canela  
Nació un niño  
Blanco como el lomo

De un armiño.  
Con los ojos grises  
En vez de aceituna  
Niño albino de Luna

—Se te va a caer la baba —me dice una voz femenina sacándome de la magia del momento.

Es Rachel, la amiga pelirroja de Anna. No me había dado cuenta de que se hubiera puesto al lado mío. Le sonrío sin decir nada y me seco los ojos con el dorso de la mano. Yo también me había emocionado al ver a Anna así.

—A mí nunca me ha dedicado una canción —me susurra acomodándose junto a mí— y eso que me conoce desde hace mucho más tiempo que a ti, ¿Qué le has dado?

Me hace sonreír de nuevo y me encojo de hombros.

—Yo sí lo sé —me dice.

La miro queriendo saber la respuesta pero ella ahora no me mira a mí, mira a Anna. Mike al otro lado me tira de la camiseta.

—Eh, tío, ahí está la pelirroja.

—Ya.

—¿Y qué te ha dicho?, ¿Te ha preguntado por mí?

Su ocurrencia me hace gracia, pero en ese momento no me apetece hablar, solo quiero escuchar a Anna.

—Shh... —seseo apoyándome sobre la valla volviendo a escuchar a Anna.

—Va, tío, ¿te ha preguntado por mí o no? —insiste.

Mike no tiene remedio. Suspiro.

—Sí —le miento para que se calle.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que por qué no la saludas —le contesto de mala gana—, que si estás enfadado, dice.

—¿Yo? —Se extraña— dile que no, ¿por qué iba a estarlo?

—Díselo tú.

Me separo de la valla un instante e intercambiamos nuestros sitios.

Y en las noches  
que haya luna llena  
será porque el niño  
esté de buenas.  
Y si el niño llora  
menguará la luna  
para hacerle una cuna.

El público comienza a cantar con ella y Anna nos regala una última estrofa para que la cantemos nosotros solos muy bajito, sin romper la magia, mientras ella nos acompaña con la guitarra. Cuando la canción termina toda la universidad se rinde a sus pies con una cálida ovación. El técnico de luces, desde su cabina, hace parpadear también los focos como reverencia. Luego deja solo el cañón de luz sobre ella. Anna se pone en pie ante aquel diluvio interminable de aplausos y nos da las gracias.

—¡Ha estado genial, Anna! —Grita Rachel— ¡Que salude John!, ¡Que salude John!

Yo la miro sorprendido y antes de que pueda protestar le siguen las mil personas que hay aquí. —¡Que salude John!, ¡Que salude John! —gritan todos a una. Anna y yo nos miramos.

\* \* \*

¡Que salude John!  
¡Que salude John!

Lo miro con una sonrisa divertida. El público no tiene intención de parar, quieren saber quién es John. Yo no puedo parar de reír viendo su cara de no saber dónde meterse pero, para sorpresa mía y de todos, se sube en la valla y saluda con la mano. El foco que me ilumina a mí ahora lo busca a él y la gente aplaude más fuerte. Cuando el aplauso termina, en lugar de volver a su sitio, pasa la valla y ¿qué hace?, ¿Viene hacia aquí? ¡No, que me muero!, ¡Qué vergüenza!, ¡John, no!

¡Que la bese!  
¡Que la bese!

Yo me quedo inmóvil viendo como acelera el paso hasta las escaleras. Las sube, el foco lo sigue. Sube al escenario y avanza hacia mí. Yo me agarro al micrófono sin saber qué hacer mientras cientos de miles de millones de mariposas y hormiguitas empiezan a revolotear en mi estómago. Me sudan las manos, ¡Dios mío pero qué vergüenza!, ¿Qué va a hacer?

Se detiene a cinco pasos de mí. Nos miramos. Yo estoy seria y muda y nerviosa. Sus ojos me congelan, entera. Sus labios me dibujan una media sonrisa y da un paso. Y luego otro. Cada vez hay más mariposas. Más hormigas. El público enmudece expectante sin saber qué va a pasar. Yo tampoco lo sé. Y John da otro paso. Ya no siento mariposas. Siento elefantes salvajes. Se acerca. Más. Un poco más y el foco nos envuelve en el mismo círculo de luz. De nuevo todo está en silencio, el corazón me va a estallar. Seguro que puede oír mis latidos, qué vergüenza. Y sin que pueda reaccionar me sorprende con un abrazo que hace estallar al público en un inmenso griterío. Rob hace sonar los platos y Steve el bajo. Yo le devuelvo el abrazo con todas mis fuerzas.

¡Ooooh!

—Gracias Anna... —me susurra al oído, está emocionado, la voz le tiembla— ha sido maravilloso.

¡No Anna, no llores ahora!

Estoy segura de que ninguno quiere separarse pero los dos sabemos que debemos hacerlo. Y lo hacemos, poco a poco, obligándonos. Sus ojos marrones empiezan a brillar emocionados ¡Como se ponga aquí a llorar no sé lo que voy a hacer yo!

Sus manos buscan las mías y las toma con fuerza. Las miro. Las suyas son canela, como el gitano de la canción, y las mías blancas como la luna. Miro su boca, luego a sus ojos. Vuelvo a mirar su boca. Quiero que me bese. Los nervios empiezan a arderme por dentro. Necesito que me bese. Bésame, John, hazlo.

\* \* \*

Juro que es preciosa. Y juro que me muero por besarla. Daría lo que fuera por poder hacerlo. Pero no puedo.

Me acerco a ella peleándome conmigo mismo para no hacerlo.

—¿Te veo luego? —le susurro ahogando mis ganas de besarla aquí delante de todo el mundo.

Con mi dedo pulgar seco una lágrima que se derrama por su mejilla.

Ella asiente sin decir nada. Sé que tengo que bajarme de allí, sé que es su concierto, pero no quiero dejarla. No sé qué me pasa, pero me la llevaría conmigo, la secuestraría, a la mierda el concierto, para mí.

—¡Hablad más fuerte que desde aquí no se escucha! —grita un chico rompiendo el silencio en el que se ve inmerso toda la universidad. Una carcajada crece entre el público. Anna sonrío divertida disimulando sus emociones.

—¡Es privado! —responde ella por el micrófono.

—¡Bésala John! —grita otro.

—¡Eso, bésala!

Nos hacen reír a los dos.

¡Que se besen!

¡Que se besen!

Ella y yo nos miramos. Casi hipnotizado por sus ojos me hacen dudar. Mis labios se entreabren. El Público vuelve a enmudecer. Doy un paso indeciso. Ella me mira atenta, sin moverse de su sitio. Sé que no puedo hacerlo, pero mis ganas me queman por dentro. Dudo, no sé qué hacer.

—No —vuelve a responder divertida dando un paso hacia atrás pero sin soltar mi mano—, no se lo puedo poner tan fácil.

El público ríe con ella y yo me quedo mirándola sorprendido. Ella me devuelve la mirada.

—Se lo tiene que currar un poco más ¿no creéis, chicas?

Todas gritan un sí y ella me hace una mueca con la nariz. Los chicos por el contrario vuelven a gritar que la bese.

—Chicos, un aplauso enorme para él, por favor —dice alzándome la mano.

El patio entero responde con un sonoro aplauso. Y aunque normalmente son los chicos quienes besan las manos de las chicas, en esta ocasión es ella quien me la besa y se esconde el micro tras la espalda.

—Te veo luego —me dice con un guiño de ojos.

Yo le devuelvo el guiño de ojos y entre un caluroso aplauso del público abandono el escenario.

—¿Seguimos con la fiesta? —grita Anna por los altavoces.

El público grita un vibrante sí.

Cuando llego a la valla la vuelvo a saltar y me coloco en mi sitio bajo la incrédula mirada de Mike. Rachel me agarra el hombro y se acerca a mi oído.

—Si estabas esperando el momento ideal para besarla —me susurra—, era ese.

—¡Quiero oíros a todos gritar conmigo! —dice desde el escenario.

Los focos vuelven a encenderse y el patio ruge como al principio. El batería da tres golpes de baqueta y los primeros acordes de Wake me up suenan estridentes. Anna se mueve de un lado a

otro del escenario dando palmas al aire. Todos la siguen. Y saltan. Y Cantan con ella. Miro a Mike y, para sorpresa mía, anda liándose con Rachel. Sonrío. La gente quiere fiesta. Yo, ahora, solo la quiero a ella.

Feeling my way through the darkness  
Guided by a beating heart  
I can't tell where the journey will end  
But I know where it starts.  
(Siento el camino a través de la oscuridad  
guiado por el latido de mi corazón.  
No puedo decirte donde terminará el camino  
pero ahora sí donde empieza)

## Capítulo 15

*En Sevilla.*

El móvil no suena, ni vibra, ni hace nada y la espera me está matando.

Estamos todos sentados alrededor de una mesa de plástico jugando al culo, un juego de cartas. A mi izquierda, Lolo, justo enfrente mía, Rosa. Cris está sentada en las rodillas de Roberto, creo que se llama Roberto, uno de los amigos de Lolo. Parece que hay algo entre ellos. El otro chico... el otro chico no sé dónde anda ahora mismo.

—Te toca, Lu —me despierta Rosa de mala gana de mis pensamientos.

—Lo siento —miro el centro de la mesa y mi mano—, no voy.

Paso turno y vuelvo a mirar el móvil. Nada. Hace tres horas que le envié el mensaje, ¿por qué no contesta?

—Lu, te toca —vuelve a protestar Rosa.

—¿Otra vez? —miro desconcertada al resto, ellos asienten.

—O juegas o no, Lu, aclárate —resopla.

La mano de Lolo se posa en mi muslo, sus ojos me consuelan, su sonrisa me tranquiliza.

—En realidad yo tampoco tengo más ganas de jugar —dice, dejando su mano de cartas sobre la mesa.

—Ea, ya te lo has cargado —protesta Rosa dejando sus cartas también sobre la mesa.

Luego Roberto hace lo mismo.

—¿Te apetece bañarte? —le pregunta a Cris, que no duda en aceptar.

El chico es mono, se ve que además va al gimnasio, de los que le gustan a ella. Hacen buena pareja en realidad. Se levantan y el chico va primero.

—Eso —dice Rosa divertida—, bajad un poco la temperatura.

Cris se ríe ruborizada y le dice a Roberto que no le haga caso a su amiga, que está loca.

—Menuda tarde llevan —comenta bajito Rosa dándole un trago a su botellín.

—Déjalos, al menos ellos se lo están pasando bien —contesto yo.

—Eh —responde Lolo—, ¿tú no te lo estás pasando bien?

—Sí, sí. No quería decir eso en realidad —vuelvo a mirar el móvil.

—¿Voy a tener que vestirme de payaso para que te rías hoy? —Me dice—, te advierto que tengo una peluca por ahí guardada, eh.

—Qué tonto eres... —sonrío— que no, que estoy bien.

—Sí, ella tiene una forma muy peculiar de estar bien —apostilla Rosa.

De fondo se escucha un chapuzón. El chico se ha tirado a la piscina, Cris por el contrario baja despacito por las escaleras.

—Que sí, no os preocupéis por mí.

—¿Te ha respondido ya? —pregunta Lolo.

¿Cómo sabe que le he escrito un mensaje? En realidad no sé de qué me sorprende, se me tiene que notar desde lejos que estoy esperando uno.

—No.

—Ni lo va a hacer —dice Rosa dándole un nuevo sorbo a su cerveza.

—A ver, a lo mejor aún no lo ha visto —intenta mediar Lolo, Rosa sonrío mordiendo ligeramente la boca de su botellín, pero esta vez no dice nada.

Agradezco que Lolo intente quitarle importancia al tema, pero por mucho que lo intente sé que no es así ¿Quién en pleno siglo XXI no tiene el móvil encima? Lo ha visto, seguro.

Vuelvo a comprobar la bandeja de entrada. Nada.

—Puedes hacer dos cosas —dice Lolo dejándose caer sobre el espaldero de su silla con los brazos en la cabeza.

Rosa y yo lo miramos.

—Puedes; o rallarte porque no puedes hacer nada... o tranquilizarte por lo mismo.

—Ella es más de lo primero —dice Rosa.

—Rosa, déjame tranquila un rato —le contesto de mala gana.

Ella me mira sorprendida y decide no decir nada más.

—Quiero decir —vuelve a intervenir Lolo— el mensaje está enviado, tú ya no puedes hacer nada más.

—Ya, pero...

—Ya nada depende de ti.

—Lo sé, pero...

—Y te estás perdiendo un bonito día de piscina con tus amigos por algo a lo que no puedes ponerle solución.

Rosa asiente desde su sitio pero esta vez no me mira, hace como la que no está escuchando la conversación.

—Tienes razón. Si yo sé qu...

—¿Me das el móvil? —se incorpora y me acerca su mano.

El corazón se me encoje y sin saber por qué lo agarro con fuerza entre mis manos.

—¿Para qué?

—Para que no lo vuelvas a mirar.

—No hace falta —contesto—, ya no lo vuelvo a hacer.

Lolo levanta una ceja.

—En serio —le digo, pero no parece convencido.

—Tengo ganas de estar contigo —me dice— pero con la Lucía de siempre, no con la Lucía zombi de hoy.

Dudo en darle el móvil ¿Y si me llama? No va a hacerlo ¿pero y sí...? Está bien, vale.

Le doy el móvil. Él sonrío satisfecho y se lo guarda en el bolsillo.

—Por cierto —dice volviéndose a dejar caer sobre la silla—, mis padres pasarán la noche fuera.

—¿En serio? —a Rosa se le ilumina la cara.

—Sí, ¿os hace quedaros a dormir?

—¡Claro! —contesta casi sin pensárselo levantándose de la silla para contárselo a Cris y a Roberto.

Yo no digo nada. Lolo me mira ¿Quedarme a dormir?, ¿Hoy?

## Capítulo 16

*A finales de esa misma tarde,  
en Dublín.*

La noche ya cae por completo y el concierto termina. Anna nos había regalado dos horas llenas de energía y de magia. Dos horas que habían sido como una montaña rusa emocional. Desde canciones que nos hicieron saltar y gritar con ella, a canciones que nos llegaban como susurros al corazón y que nos mantuvo en silencio enganchados a su voz, dejándonos llevar por ella y su guitarra a otros mundos, a nuestros propios mundos, al de los bellos de punta.

Ahora la función ya había terminado. El público se despidió de ella con una calurosa ovación y el telón se bajó. Todos se habían ido ya a comer o a participar en los juegos que se habían organizado mientras los técnicos recogen las vallas y las luces.

Yo espero a Anna repostado sobre uno de los gigantescos altavoces cuando la veo aparecer con su guitarra colgada en la espalda. Se ha vuelto a cambiar, ahora viste la misma ropa que en el almuerzo. Su melena revolotea traviesa con el viento y viene recogidosela en una cola. Por su sonrisa al verme desde la distancia intuyo que no me esperaba aquí. Es preciosa. No entiendo cómo no la he podido conocer antes ¿por qué ahora a tres días de irme?, ¿Dónde estaba?

—Hola —sonríe colocándose delante de mí, inocente, como la que no acababa de dar el concierto de su vida.

Le tomo las manos y sin decirle nada la abrazo.

—Ha sido genial, Anna.

—¿Te ha gustado? —su voz suena acolchada por mi hombro.

—Mucho.

—Al final sí que me sabía una canción en español, ¿viste? —dice separándose de mí.

—Ya, ya vi... gracias por tu dedicatoria.

—Anda ya, no me des las gracias —me dice divertida—m si en realidad estaba todo preparado.

—Ya...m oye no sabía que supieras rapear.

—Sí... —hace una mueca con la boca—m aunque sé hacer cosas mejores con la lengua.

Me saca una carcajada.

—Tú eres muy pava.

—¿Pava?, ¿Qué es eso?

—Mmm..., algo así como tonta.

—¿Tonta?, ¿Te dedico una canción y lo único que se te ocurre es decirme que soy tonta?

Finge estar enfadada y se da la vuelta cruzándose de brazos. Sonrío. Quiere que la vuelva a abrazar y lo consigue. La tomo por la cintura y la atraigo hacia a mí. Ella se descuelga la guitarra y se deja caer ligeramente sobre mí pecho. Su pelo me sigue oliendo a coco. Sus manos buscan mis brazos en su vientre y los acaricia. Ninguno sabe qué decir. Yo ni si quiera sé por qué estoy así con ella, no sé por qué la abrazo ni por qué estoy nervioso ¿por qué estoy nervioso?, ¿Qué tontería, no?

—¿Y esta noche qué vas a hacer? —dice, supongo que por preguntar algo y romper un silencio que a mí no me es incómodo.

¿Que qué voy a hacer? Cojo aire. Joder ¿por qué lo único que se me apetece es estar con ella?, ¿Qué me pasa?

—No sé, he quedado con otros españoles para despedirnos.

—Ah...

—Iremos a alguna discoteca, supongo.

—Ya... —asiente—, yo también he quedado con Rachel.

—Pues podemos vernos —propongo sin saber muy bien si arrepentirme o no de haberlo hecho.

—¿Sí? —Se gira para mirarme.

—Claro, ya sabes —intento buscar alguna excusa— así juntamos otra vez a Mike y a tu amiga —sonríe—. Hoy les he visto muy entretenidos —digo divertido en voz baja.

Ella ríe para sí misma.

—Me parece bien, seguro que a ella le hace ilusión.

—Y a él —sonríe, ¿de quién estoy hablando de Mike o de mí?

Nuestras miradas se enredan durante unos segundos, unos segundos en los que parece que no pasa nada más a nuestro alrededor.

—Tú sí que eres tonto —sentencia.

—¿Y eso a qué viene?

—A que eres tonto y ya está.

Se separa de mí y vuelve a colgarse su guitarra. No entiendo nada.

—¿Sabes? Ahora hay concursos, ¿A que no me ganas a una carrera de sacos? —me desafía.

—¿Qué no?, ¿Qué te apuestas?

—¿Me estás retando, chavalín?

—Te estoy retando —y me pongo en pie haciéndome el interesante.

—Está bien, españolito —carraspea y se planta delante de mí— si yo gano...

—Si tú ganas... —repito.

—Pasas conmigo tu último día en Dublín —y me tiende la mano.

Abro los ojos sorprendido, no me esperaba aquel reto.

—¿Qué me dices?

—Está bien —acepto, pero ella me quita la mano justo cuando voy a estrechársela.

—Tú y yo —apunta—, solos —y vuelve a ofrecerme su mano.

No puedo controlar una risa que se me escapa de entre los labios.

—Hecho —y estrechamos nuestras manos.

\* \* \*

—¡Preparados! —grita el árbitro.

John, Mike, Rachel y Yo estamos en la línea de salida enfundados en nuestros sacos. El resto de personas han formado un pasillo enorme a lo largo del campo de albero.

—¿Te vas a dejar ganar, no? —le grito a John entre la jauría de gente animando, por lo visto se hacen apuestas con los corredores y los ganadores tienen cervezas gratis o algo así. Es todo un espectáculo, se lo han montado muy bien.

—Ni lo sueñes —dice desafiante preparándose para la señal.

—¿Qué no?, ¿No quieres pasar conmigo tu último día?

—Sí, pero esto es una apuesta nena —me mira— a los españoles no nos gusta perder ni a las chapas.

—¡Listos! —nos interrumpe el árbitro.

—¡John! Que yo no he corrido nunca en un saco.

—Va, que te dejo ventaja.

—¡Ya! —el árbitro toca el pito y el público ruge.

—¡Vamos, corre, Anna!

Yo no tengo ni idea de cómo hacerlo. Me agarro fuerte al saco y comienzo a saltar con los pies juntos ¡Seguro que me caigo!, ¡John!

—¡Anna, así no vas a ganarme!

John, que me ha dejado unos saltos de ventaja, sale en mi busca. Mike y Rachel van por delante de nosotros.

—¡Cállate! —le grito intentando no perder el equilibrio.

John me adelanta.

—Eh, eh, eso no vale que tú eres muy largo.

Se pone de espaldas para mirarme a mí y comienza a saltar hacia atrás ¡Encima con cachondeo!, ¡Y yo aquí a punto de matarme!

—¡Yo tengo las piernas muy cortas!

Cuando se gira para volver a mirar hacia la meta aprovecho para ponerme a su altura y me lanzo hacia él.

—¡Anna!

Le agarro las piernas y caemos al suelo.

—¡Anna, el saco!, ¿Qué haces?, ¡Árbitro!

Lo revuelco por toda la arena hasta que consigo quitarle el saco. Él le protesta al árbitro y yo aprovecho para incorporarme y seguir saltando con mi saco y el suyo agarrado como puedo. Pero el árbitro no le hace caso a John y pita victoria para Mike, que ha sido el que ha llegado primero. A mí no me importa porque la apuesta es entre él y yo, así que sigo saltando a pies juntos cuando me doy cuenta de que lo tengo justo detrás. Me decido a saltar hacia la línea de meta y consigo atravesarla antes que él cayendo en plancha sobre la arena.

¡Lo logré!, ¡Sí, toma ya!

—¡Árbitro, me ha quitado el saco! —vuelve a protestar John.

—¡En las normas no especifica que no se le pueda quitar el saco a otro jugador! —le grito desde el suelo mientras me sacudo la arena de la ropa.

El árbitro no hace caso a las protestas de John y se acerca a Mike para levantarle la mano y proclamarlo campeón.

Yo me levanto y sorprendo a John por la espalda.

—Perdedor —le digo ondeando los sacos como si fueran banderas.

—Tramposa.

—Anda, no te quejes —le contesto divertida paseando a su alrededor restregándole mi victoria— si al final sales ganando.

Le guiño un ojo. Me hace gracia porque parece que se ha enfadado de verdad, qué rápido se pica.

—Iba a pasar mi último día contigo de todos modos —me dice sacudiéndose el pelo de arena.

—Bueno, no estés tan seguro, aún puedo revocar mi premio, eh —él no se espera aquella

respuesta y yo sonrío orgullosa—, ¿Te veo hoy a las diez?

## Capítulo 17

—Ha sido una pasada —le digo a Mike saliendo ya de la universidad.

Dentro la fiesta sigue, pero nosotros tenemos que marcharnos porque hemos quedado para salir. No sé qué harán el resto de españoles, Mike y yo hemos quedado con Anna y Rachel y no tenemos intención de cambiar nuestros planes, la verdad, así que nos da un poco igual.

—Menudo concierto... —continúo—, quién me iba a decir a mí que la rubia era así —resoplo — ¿y qué me dices de cuando ha cantado Hijo de la luna? Joder, a mí hasta me ha emocionado, ¿a ti no?

Mike se mantiene en silencio mientras habla con alguien por Whatsapp.

—A ti qué te va a emocionar si tú estabas ahí con la pelirroja... —desestimo— Pff... no sé qué me pasa con Anna, tío. Yo no debería estar pensando tanto en ella pero yo qué sé...

Instintivamente meto la mano en el bolsillo en el que guardaba el móvil con intención de montarlo y ver si Lucía me había respondido el mensaje. Pero no me apetece, sinceramente no me apetece. Así que me saco la mano del bolsillo de nuevo sin llegar a coger el móvil y me la descubro manchada de arena ¡Me ha llegado la arena hasta a los bolsillos! Empiezo a reírme yo solo. Menudo revolcón que nos hemos dado en la carrera. Qué locura todo. Qué locura de chica.

—¿Ves? —digo sacudiéndome la mano de arena— es pensar que voy a verla y me pongo hasta nervioso, parece que tengo quince años, no lo entiendo, esto a mí no me ha pasado nunca —Mike sigue hablando por Whatsapp—, ¿Me estás escuchando?

—¿Eh? —me mira desconcertado—, sí.

—Sí... ¿con quién hablas?

—Con Rachel —contesta sin levantar la vista del móvil.

—Te ha dado a ti fuerte la pelirroja, eh.

—Pues como a ti la rubia —me dice así, sin anestesia, guardándose el móvil definitivamente en el bolsillo trasero del pantalón—, lo que pasa es que yo lo reconozco y tú no.

—¿A mí darme fuerte? —Sonrío—, que va.

—No, ya...

—Que no —insisto—, lo que pasa es que no entiendo por qu...

—Es que hay cosas que no son de entender —me interrumpe—, hay cosas que simplemente hay que sentir.

—Qué sentir ni qué sentir, Miguel —protesto— ¿de cuándo conozco yo a esa chica?, ¿De ayer?, Qué dices tío, que no te ralles, lo que pasa es que es la novedad... yo qué sé.

—Bueno... —se encoje de hombros— tú sabrás.

Lo miro, pero él no me mira a mí. Se mete las manos en los bolsillos y sigue caminando sin saber que aquellas palabras suyas han hecho explotar una bomba en mi cabeza. ¿Tendrá razón?, ¿Qué siento por Anna?, ¿Qué voy a sentir?, Nada, que no, que yo por ella no siento nada. Que es muy guapa, sí, que hemos tenido una conexión... muy fuerte, también, pero yo no siento nada por ella. Que yo tengo novia, joder, que dentro de nada voy a volver a verla. Y que no. Fin del tema.

Meto la mano de nuevo en mi bolsillo y me decido a sacar el móvil.

—¡Che, John! —nos sorprende un grito a nuestras espaldas.

Nos giramos y vemos a Andrea, el argentino, montado en la parte de atrás de la bici de Inma,

una madrileña, que viene pedaleando forzosamente hacia nosotros. La imagen de ellos dos en bicicleta nos hace reír a Mike y a mí.

—¡John! —Se baja de la bici y corre hacia nosotros a tropezones, parece que viene algo mareado— ¡Sos un grande, fiero! ¿Lo *sabés*, no?

Y se lanza a darme un abrazo. Miro a Mike, no entendemos nada.

—¿Yo?, ¿Pero por qué?

—Che, sos el boludo con más suerte que conozco, *sabélo*.

—¿Y a este que le pasa? —le pregunto a Inma.

—Cervezas —apunta bajándose de la bicicleta—, muchas cervezas.

—Estuvo buenísimo el concierto, che... cuando le vi allá arriba pensé; ¡La re concha de su madre, quiero ser como él!, ¡De mayor quiero ser como vos!

Yo le río la gracia mientras intento quitármelo de encima, porque está muy borracho y no deja de echarse sobre mí.

—Estuvo re copado, pibe —se separa de mí y me mira fijamente— ¿pero por qué no la besaste, John? Fuiste re pelotudo, aquella minita estaba esperando a que vos la besara ¿lo *sabés*, no?

Yo me encojo de hombros e intento excusarme con una media sonrisa.

—¿Te la vas a garchar esta noche, no? —Me mira y se ríe sin esperar a que le responda— Sí, te la vas a garchar, sos u...

No sé lo que significa garchar, pero me lo imagino, viniendo de él, me lo imagino.

—Que no —consigo quitarme su mano de mi hombro—, que no me voy a garchar a nadie.

—¿Qué?, ¿Pero querés dejar de pelotudear? Che, ¿vos no será un trolo, no?

—¿Trolo? —Miro a Inma, que como es la que pasa más tiempo con él igual sabe qué significa, pero ella se encoje de hombros.

—Trolo —repite—, ¿cómo dicen allá? Ah, ya, marica, ¿vos no será un marica?

—Eso mismo le digo yo —apunta Mike.

Andrea es un tipo de puta madre, pero en cuanto bebe se pone muy pesado y ya si encima Mike le da la razón, apaga y vámonos.

—¡Pero no lo entiendo!, ¡Si está re buena! —Me pasa un brazo por encima del hombro y comienza a hablarme en tono confidencial— mirá, vos lo que tenés que hacer es... —se gira para Mike— ¿cómo era aquella teoría tuya?

—¿La del pa-pa-pa-pam?

¡Ya estamos otra vez con la teoría del pa-pa-pa-pam!

—¡Esa! —Vuelve a pasarme una mano por encima del hombro—, vos lo que tenés que hacer es emborrach...

—Que no, Andrea... —me quito su brazo de encima.

Andrea me mira sin entender nada. Luego mira a Mike y este se encoje de hombros. ¿Es que no se enteran? No voy a hacer nada con Anna y punto.

—Es que no os enteráis de que John solo tiene ojos para mí —dice Inma.

Mike y Andrea se miran. Luego explotan en una carcajada interminable.

—Eh, ¿de qué os reís? —Inma le suelta un manotazo a Andrea— tú, mira que te vas andando a casa.

—No, mami —dice en tono meloso intentando controlar la risa— vos no se enoje conmigo, vos sabes que yo la quiero —e intenta darle un abrazo.

—No, ahora dale el abrazo a otra —dice apartándole—, bueno, ¿a qué hora nos vemos?

En ese momento podemos escuchar a lo lejos a otro grupo de españoles que sale de la universidad cantando la famosa canción de La Ramona.

—¡La Ramona pechugona es la más guapa de mi pueblo! —gritan todos.

—¡Ramona, te quiero! —responde Andrea que hace ademán de irse con ellos.

Y de no haber sido por Inma que lo coge del brazo, se hubiera ido.

—Che, que yo quiero fiesta —protesta.

—Si, tú estás para muchas fiestas —le dice Mike.

—Che, yo en Argentina me agarraba unos pedos que ni mierda... esto no es nada, *mirá* —se intenta poner a la pata coja pero no puede—, estoy re bien, ¿viste?

—Sí, estás copado, como tú dices —le dice Inma poniendo los ojos en blanco— anda, móntate ya en la bici que te llevo a casa.

Andrea, misteriosamente, le hace caso y se sienta en la parte de atrás de la bicicleta.

—Mike y yo hemos quedado a las diez, ¿tú vienes?

—¿Con quién? —pregunta.

—Con unas amigas.

—Con la del concierto, vamos —apunta Mike.

—Che, John, no seas trolo y *agarrátela*, ¿sí? —vuelve a intervenir Andrea.

Inma no muestra mucho entusiasmo con el plan pero acaba aceptando.

—Vale —asiente poniendo los pies sobre los pedales para coger impulso—, ¿a las diez en tu residencia?

—Sí, un poco antes si puedes —le digo.

—Ok, el tiempo de soltar a este y cambiarme —contesta poniéndose ya en marcha.

—Yo también voy, che —protesta Andrea ya alejándose.

—Que sí, pesado —puedo oír que le responde Inma a lo lejos.

Vaya dos que se han juntado.

## Capítulo 18

Cuanto más me alejaba del centro, más vacías comenzaban a estar las calles. El cielo, ya oscurecido, se había nublado en las últimas horas, parecía que iba a ser una noche fría.

Y ahora que al fin me quedaba solo era hora de poner en orden mis pensamientos. Que no iba a hacer nada con Anna es un hecho. Vaya, que sí, a estas alturas tengo que reconocer que entre Anna y yo... Pero nada más allá de... Yo qué sé. Ella vive aquí en Irlanda y yo en España, nuestros caminos parecen que hayan querido cruzarse solo para fastidiarnos. Dentro de dos días yo me iré y ella seguirá aquí y todo seguirá como si nunca nos hubiéramos conocido. Todo se irá a la mierda por mucho que queramos. Por eso nada debe pasar nada entre nosotros. No debe. ¿Para qué? No pienso echar a perder mi relación con Lucía. Yo la quiero. Anna tan solo es... yo qué sé lo que es Anna.

Resignado meto la mano en mi bolsillo y me decido a sacar el móvil para montarlo. Antes de hacerlo tengo que sacudir la arena que se había colado por las ranuras. Para mi sorpresa, al encenderlo, recibí varias notificaciones de mensajes. Entre ellos uno de Lucía. Me detuve en medio de la acera y salí espantado de aquella carpeta. No quiero leer lo que pone, ¿pero por qué?

Esta vez el móvil no se apaga, parece que quiere aguantar aun estando estropeado hasta que lea lo que Lucía quiere decirme.

El tiempo a mí alrededor se detiene. Los coches se congelan y sus motores se silencian. Los transeúntes se paralizan, como si el segundero de un reloj gigante se detuviera y dejara al mundo en el aire, sin respiración, en gris, sin que podamos saber cuándo volverá a ponerse en marcha o qué pasará al segundo de después

¿Sabes? Cada vez que nos enfadamos  
me doy cuenta de cuánto te quiero.  
Perdóname, por desconfiar de ti  
a veces me pueden las ganas de verte  
y de saber que cuando vuelvas  
serás siendo para mí.  
Solo quedan dos días para  
volver a verte y no te imaginas  
lo largos que se me están haciendo.  
Si te apetece hablar llámame,  
¿vale? Un beso,  
Te quiero.

El claxon de un coche me despierta sobresaltado. El mundo vuelve a llenarse de color, los transeúntes cobran vida de nuevo, a respirar, los coches rugen y ahora es mi móvil el que se queda en negro. Se apaga. Yo me lo guardo en el bolsillo como si nunca hubiera leído nada, como si nunca lo hubiera sacado de allí. Y sigo caminando. No quiero pensar. Solo quiero que termine esta noche y despertar ya en mi asiento del avión rumbo a Sevilla.

*A principios de esa noche,  
en Sevilla.*

—No tardes que ya van a llegar las pizzas —me dice Lolo mientras subo la escalera.

—Que no —contesto— será solo un segundo.

Entro en el baño y cierro la puerta. Las paredes están húmedas porque Cris acaba de ducharse. Ay, ella sí que está disfrutando de este día. ¡Lucía, no empieces! No, tranquila, no empiezo. Me he prometido no pensar más en él y no voy a pensar más en él.

Me descalzo de mis chanclas y las dejo junto a la puerta. Me quito el top del bikini y luego el short. Antes de dejarlo sobre el bidet hago además de coger el móvil del bolsillo. Se me olvida que lo tiene Lolo. Resoplo. ¿Se lo pido? Me apetece escuchar música. No, mejor no. Suelto el short y abro el grifo de la ducha. El agua cae fría al principio, luego se templada y me meto bajo el chorro.

Pero es que es imposible que no piense en él, por mucho que me lo prometa a mí misma o al espíritu Santo, me es imposible ¡Lucía!, ¡Es que es verdad!, ¿Cómo no voy a pensar en mi novio?, ¿Hace cuánto que no lo veo? Y encima estamos como estamos ¡Tengo que pensar en él sí o sí! No, sí o sí, no. Deja que pase esta noche. Está todo muy reciente y hagas lo que hagas no vas a acertar en nada. Ahora estás entre amigos, pásalo bien y ya está. No le des más vueltas, en dos días vendrá, discutiréis, os reconciliaréis y fin. Relax, Lucía, me digo a mí misma masajeándome las sienes, relax. Mira, acaba de sonar el timbre. Como me entretenga me quedo sin pizza.

—¡Oye, esperadme que ya bajo!

*A principios de esa misma noche,  
en Dublín.*

Paso la mano por el espejo para quitar el vaho y me descubro a mí misma reflejada en él. En la radio suena Only girl de Rihanna, me encanta esta canción. Yo también quiero ser la única chica del mundo para alguien. Para John, por ejemplo. ¡Anna!, ¿Qué pasa? Es verdad. Me encanta John, ¿qué hay de malo? Pues... no hay nada de malo en realidad. Pues eso. Esta noche va a ser para él y para mí. Anna, que tú eres de enamorarte rápido y de olvidar lento. Que tú eres de semanas, meses y hasta años. ¿Y qué hago?, ¿Me quedo en casa?, ¿Sabes? Rachel tiene razón. Esta vez voy a improvisar, voy a coger la escuadra y el cartabón y los voy a tirar por la ventana, se acabó. No quiero saber lo que pasará mañana, que lo sé, porque sé que se irá y acabaré mendigándole abrazos a mis peluches, pero me da igual. Quiero disfrutar hoy y punto. Y si tanto nos gustamos y él tiene que irse... pues qué quieres que te diga, no me vendrían mal unas vacaciones a España, ¿no? ¡Anna, se te acaba de ir la cabeza!, ¿Cómo puedes pensar eso? Que no, ay, que no lo decía en sentido literal, ¿Cómo me voy a ir yo a España?, ¿Te imaginas? No, aunque no lo parezca no estoy tan loca. ¿O sí?

*A principios de esa misma noche, también en Dublín.*

En aquel momento no necesitaba pensar en nada más y creí que algo de música electrónica me

ayudaría a distraerme. Pero ni el mismísimo Armin Van Buuren me ayudó a no pensar. Era imposible no hacerlo después de haber leído el mensaje de Lucía. Yo haciendo planes con Anna y ella..., ella escribiéndome mensajes. Cuando salgo de la ducha y me miro en el espejo no puedo evitar sentirme culpable. No sé exactamente por qué, porque no ha pasado nada y no iba a pasar, pero siento algo que no había sentido antes por ninguna chica y eso me asusta. Me acojona pensar que una tontería, la más mínima, se lo pueda llevar todo por delante. No debía haber quedado con Anna y cada vez estaba más seguro de ello. Debía haber dicho que no salía y quedarme en casa tranquilo, sin oportunidad ninguna de poder meter la pata. Pero es que hostia, en el fondo es lo que me apetece, quiero salir y, por encima de todo, quiero estar con Anna, me encanta estar con ella, no puedo evitarlo, es que no puedo. ¿Qué hago? ¿Me sigo engañando como dice Mike?, ¿O lo reconozco de una vez?

\* \* \*

Lucía se seca su melena con una toalla mientras se coloca las chanclas para bajar con sus amigos. Le apetece reír, se lo ha prometido a sí misma y quiere hacerlo.

John se asoma al espejo con la toalla a la altura de su cintura mientras se rocía desodorante en las axilas. Su reflejo no le sonrío, está serio. Él también quiere pasarlo bien pero hay algo por dentro que no se lo permite.

Anna canta su canción favorita mientras se coloca los leguis apoyada sobre el bidet. Siente nervios en el estómago, muchos, está más nerviosa que esta tarde en el escenario. ¿Por qué?

Lucía baja las escaleras y encuentra a su grupo de amigos sentados en el porche alrededor de una mesa. Hay una silla libre al lado de Rosa pero ella prefiere sentarse junto al chico que lleva toda la tarde intentando hacer que se ría; Lolo. Él la recibe. Le dice que está muy guapa y le ofrece un trozo de pizza que ella acepta. Se sabe observada por él y no le importa.

La calefacción del cuarto reconforta a un John que se desprende de su toalla. Abre la puerta del armario y elige unos calzoncillos. Luego se coloca un pantalón y una camisa que no se abrocha.

Anna da color a sus mejillas y a sus labios. Luego se mira en el espejo de perfil y se coloca los pechos. Se sabe guapa. Está radiante. El vestido verde que ha elegido le queda genial. Se guiña un ojo a sí misma y sale del cuarto de baño con una sonrisa. En el pasillo se encuentra con Rachel, se piropean. Ninguna de las dos quiere que acabe la noche que aún no ha empezado.

Roberto y Cris son los protagonistas de la noche y su conversación con Lolo pasa casi desapercibida para el resto. Piensa en John, no puede evitarlo. Pero está bien. La brisa de la noche le gusta, está cómoda allí, con sus amigos, al lado de Lolo. Mira hacia la piscina. Está preciosa con aquellas luces en el fondo. Le encantaría darse un baño ahora, de noche. Con John. O sola. ¿Le apetecerá a Lolo? No, mejor sola. Prefiere bañarse sola pero sabe que no es el momento, más tarde.

Los tacones de Anna suenan inquietos de un lado a otro del apartamento. Revisa el bolso una vez más. Lo lleva todo. Rachel ya la espera abajo. Se vuelve a mirar en el espejo y se repite a sí misma que está guapísima, es imposible que John no se fije en ella esta noche. Antes de abrir la puerta cuenta hasta tres, coge aire y sale de la casa segura de sí misma.

John pierde la mirada a través del espejo mientras termina de abrocharse los botones de su camisa. Se ha convencido de que es solo una noche más, como pudo ser la de ayer o la de antes de ayer. Solo que ahora está Anna. Piensa que todo sería más fácil si no la hubiera conocido. Y se maldice por pensar aquello porque Anna le encanta, le vuelve loco y no puede, o quizá no quiere, remediarlo. Se echa gomina en las palmas de sus manos y duda qué hacerse en los pelos. No tiene ganas de pensar y se hace cualquier cosa. Sale del cuarto de baño y coge una chaqueta. Ve el móvil en el escritorio y vacila un instante antes de cogerlo. Luego se lo guarda en el bolsillo. Abre la puerta para salir e intenta dejar los malos pensamientos allí, pero sabe que no va a disfrutar de la noche como a él le gustaría. O eso cree.

## Capítulo 19

—Tío, eres el pavo más impuntual que conozco —me recibe Mike a las puertas de la residencia.

Yo le choco una mano sin querer dar explicaciones por haber llegado tarde. Si supiera que he estado a punto de no bajar...

Detrás de él está Inma con una lata de cerveza abierta en la mano y al lado de ella ¿ese es Andrea? Sí, Andrea está sentado en un banco con la cabeza entre las rodillas, parece que está durmiendo, ¿aún sigue borracho?

—¿Al final ha venido? —comento en voz baja señalando al argentino con la cabeza.

—Cualquiera lo dejaba en casa —Inma pone los ojos en blanco—, cuando se le mete algo en la cabeza...

—Pero, ¿está despierto?

Inma y Mike se encojen de hombros. Este último me pasa una cerveza después de abrirla.

—Estoy bien, che —contesta irguiéndose sobre el banco, tiene la cara colorada, parece que aún le dura el puntito— ¿vos por qué *tardás* tanto, pibe? Nos *tenés* acá cagados del aburrimiento.

Miro el reloj. No tengo remedio. Me he retrasado veinte minutos.

—Lo siento, chicos... —me disculpo, y sin quererlo noto que me ha quedado más serio de lo que quería que sonara.

—¿Qué te pasa, che? —Me pregunta Andrea, Mike también se interesa mientras termina de liarse un cigarrillo.

Yo me limito a darle un trago a mi cerveza y me encojo de hombros. Intento quitarle importancia pero ellos no terminan de creérselo.

—Hace una hora estabas allá arriba levantándote a una rubia y ahora estás así —hace una mueca como imitándome—, ¿qué te pasó?

Resoplo pasándome una mano por el pelo. ¿Qué digo? Si ni yo mismo sé qué me pasa.

—No sé... —suspiro—, se me han quitado las ganas de salir pero en cuanto me tome una o dos se me pasa, tranquilos.

Mike chasquea la lengua resignado. Seguro que sabe lo que me pasa.

—¿Cómo va a ser eso, pibe? —Se levanta Andrea y parece que le duele la cabeza al hacerlo —, *mirá* cómo se arregló Inma para vos.

Inma interrumpe su trago a la lata de cerveza y lo mira desafiante. Andrea, que no repara en la asesina mirada que esta le ha lanzado, continúa.

—Lleva toda la noche carburand...

No le da tiempo a terminar la frase cuando Inma le suelta un manotazo que a Mike y a mí también nos duele, menudo genio.

—¡Che! —Grita Andrea rascándose la cabeza—, ¿te olvidaste de tomar la pastilla hoy? ¡Me ha dolido!

—Más te va a doler como sigas así, mira que no te traigo más a ningún sitio.

—Eres un bocas, Andrea —dice Mike pasando la lengua por el papel de su pitillo.

—Lo hacía para animar a John —protesta dolorido.

Yo miro a Inma, a la que se le han encendido las mejillas, que niega rotunda que sea verdad lo

que ha dicho el argentino.

—No le hagas caso —desmiente, yo le sonrío.

—No sé, tío, será que estoy cansado... —improviso algo rápido.

—Sí, cansado —me interrumpe Mike—. Yo sé que es lo que te pasa a ti y te digo desde ya que eres gilipollas.

Inma y Andrea lo miran sin entender nada. El argentino me pasa un brazo por encima del hombro.

—Yo no sé qué es lo que te ocurre, ¿sí? —Me dice en voz baja— pero te voy a decir una cosa —se aclara la voz— Con lo feo que sos y *mirá, tenés* a dos minitas solo para vos, ¿*Querés* quitar ya esa cara de viejo, pibe? No lo entiendo, yo me daría de palos solo por una, che.

—¿Qué le estás contando? —amenaza Inma cruzada de brazos que no consigue oír qué es lo que me está diciendo.

Suspiro. Ni en una ni en dos ni en tres. Ahora mismo no estoy para pensar en nadie. No sé. Pero tampoco es plan de darles la noche a mis amigos, a fin de cuentas es nuestra última noche y tenemos que pasarlo bien. Disimulo una sonrisa que consigue engañar a Andrea.

—Bueno, ¿nos vamos? —Interrumpe Mike encendiéndose el cigarro— deberíamos estar allí hace media hora.

—¡De una! —Conviene Andrea— ¿che, vuestras minitas tendrán amigas, no? Si ustedes dos han conseguido levantarse a dos irlandesas, yo que soy el atractivo latino seguro que también.

—A tres le vas a gustar tú, anda, tira —le dice Inma.

—Che, si vos no estuviera por John —se acerca a ella y le pasa un brazo por la cintura— yo ya me hubiera declarado a vos, *sabélo*.

—Sí, seguro —dice apartándolo—, que nos conocemos, Andrea.

—En serio, mami —insiste el argentino que se vuelve a acercarse a ella.

—Que sí...

Mike y yo nos quedamos rezagados un poco más atrás.

—¿Es por tu novia? —me pregunta como si no quisiera darle demasiada importancia.

No digo nada. No me hace falta contestarle para que sepa la respuesta.

—Tío, pues ya está, si te vas a rallar tanto no hagas nada, ¿cuál es el problema? Amigos y punto, macho, no le des más vueltas.

—Ya... —contesto pensativo.

Así dicho parece muy fácil, ¿Pero sabes cuál es el problema? El problema es que estoy hecho un lío. Que no sé lo que quiero y soy un mierda. Porque, ¿y si se me apetece? ¿Qué pasa si se me apetece besar a Anna?, ¿Y si es ella la que me besa a mí?

—Quizás sea la última vez que salgamos juntos, tío —se detiene y me mira a los ojos.

Yo también lo miro con una media sonrisa.

—Vamos a reventar Dublín, ¿vale? —Me dice tomándose la cara con sus manos— así que o te espabilas tú o te espabilo yo.

Nos abrazamos. Tiene razón. Posiblemente sea nuestra última noche juntos.

—Va, venga, sí —consigo animarme—, que le den a las mujeres.

—Hombre, eso tampoco —dice separándose de mí—. Que yo te quiero un montón pero si la pelirroja se me pone a tiro...

Nos reímos.

—Esta noche no va a pasar nada que tú no quieras que pase —me dice.

—Lo sé —asiento.

Ya sé que no va a pasar nada que yo no quiera que pase ¿Pero y si yo en el fondo sí quiero que pase?

## Capítulo 20

Ya pasan de las diez de la noche y John aún no ha aparecido, ¿Por qué se retrasa tanto?

—Anna —me dice Rachel a las puertas del Ocean, el pub donde habíamos quedado todos—, nosotras vamos a entrar ya.

Vuelvo a mirar el reloj. Si es que es normal que quieran entrar, son las diez y media. ¿Vendrá o no vendrá?, ¿A Rachel no le importa que no venga Mike? Parece que no, mírala lo tranquila que está, parece que a la única que le importa es a mí. Yo no entiendo el concepto de gustar un chico que tiene la gente hoy en día.

—Vale —asiento—, yo voy a esperarlo aquí un poco más.

—Te veo dentro —se despide con un beso en la mejilla.

El portero, que no ha dejado de fantasear con nosotras durante la media hora que llevamos aquí, les abre la puerta y la música suena fuerte durante un instante. Suena Monster. Cuando la puerta se cierra, la calle vuelve a quedarse en silencio.

Miro una vez más el reloj. Menos veinticinco. ¿Me habrá dejado tirada? No, no lo creo ¿o sí? Que no. Si no viniera me mandaría un mensaj... sí, pues no sé cómo porque no tiene mi número ¿Por qué no le has pedido el móvil, Anna?, ¿Y por qué yo?, ¿Por qué no me lo ha pedido él? Eso es que no le gusto, si le gustase lo primero que me hubiera pedido sería el móvil. Anna, no pienses tonterías. No, tonterías no son. Si es que no sé por qué me hago ilusiones ¿Qué ilusiones puedo hacerme yo con un chico que me deja tirada en una barra la primera noche que nos conocemos? Si es que soy tonta.

Relájate. Inspiro y espiro. Va a venir. Que sí, que estoy segura. A ver, yo no sé muy bien lo que es y sí, vale que no me haya pedido el móvil y que ayer me dejara colgada en la barra del pub, pero hay algo entre nosotros. No sé, llámame loca, ¡loca! pero estoy segura de que entre nosotros hay... algo. No, Anna, las uñas no, que ya te quitaste esa manía.

Me escondo las manos tras la espalda para evitar la tentación de mordérmelas y comienzo a dar paseos inquietos. El portero no me quita ojo de encima, qué descarado. Oye, aquellos que vienen por allí...

Y sí, cuando ya el reloj marca las once menos cuarto, distingo la figura de John al final de la calle. Entonces una sensación como de alivio por saber que viene, pero a la vez de nervios porque voy a volverlo a ver, me recorre el cuerpo. Algo así como un escalofrío. Y me descubro de nuevo mordéndome las uñas ¡Anna, que las uñas no! Está bien, ya paro.

No se me olvida que ha tardado cuarenta y cinco minutos, Dios, pero qué impuntual. Al final va a ser verdad lo que dicen de los españoles... ¿Pero sabes qué? Que me da igual. Sí, seré tonta pero es que me da igual, en serio, porque ya sé que está aquí y que voy a pasar con él toda la noche.

—Llegas tarde —le recrimino cruzándome de brazos intentando ponerme seria.

—¿No te alegras de verme? —me dice, notándome en la cara que no estoy enfadada.

A mí se me escapa una sonrisa y sí, le pongo ojos ¿qué pasa? Es que no puedo evitarlo, me encanta John y punto. Él se acerca a mí y me besa en la mejilla. Su barba pica, se la ha recortado. Lo que no sé muy bien es qué se ha hecho en los pelos. Pero vamos, está guapo igual.

—Estos son mis amigos —me dice girándose hacia ellos—; Mike —a quién ya conocía de

oídas—, Inma y...

Y antes de que pueda presentarlo, un chico al que no conocía me coge una mano con dulzura y me mira a los ojos como si fuera a recitarme un poema de Shakespeare.

—Andrea —susurra llevándose mi mano a sus labios—, para servirle a vos.

Y me la besa.

En seguida noto como se me ponen las mejillas coloradas, qué vergüenza. Miro a John que pone los ojos en blanco. Mike y la otra chica no pueden evitar reírse. Yo no sé qué decirle al chico.

—Encantada —acierto a decir—, yo me llamo Anna.

—El placer es mío, señorita.

—Ya está, Romeo, ven para acá —la chica lo coge de la camisa y me lo aparta.

Es gracioso el tal Andrea.

—¿Entramos? —Me aventuro a decir—, mis amigas llevan ya un rato dentro y seguro que hay alguien con muchas ganas de verte —le insinúo a Mike.

—Sí..., una ganas locas —dice comprobando su móvil—, no me ha mandado ni un mensaje.

En eso tiene razón, a Rachel le gusta que sean los chicos los que le insistan y, no sé por qué razón, siempre acaba consiguiendo lo que quiere ¡Más quisiera yo esa suerte para mí! Que a mí me verán aburrída o yo qué sé cómo me verán porque nunca me insisten.

—Que sí —le animo—, que me ha hablado mucho de ti.

Mike me mira, parece que se lo cree.

—¿Ah, sí? —se interesa.

—Claro —le sonrío.

Le pido permiso al portero y este, con un movimiento seco de cabeza, parece que me da la bienvenida y me invita a pasar sin levantarse de su asiento.

Yo agarro el pomo de la puerta y empujo con todas mis fuerzas, pero la puerta no se mueve de su sitio. Entonces John agarra el pomo con suavidad sobre mis manos, lo gira y tira hacia nosotros. La puerta se abre sin esfuerzo.

—Pone tirar —me dice.

¡Pero qué torpe, siempre me pasa igual!

—Si ya lo sabía...

—Sí...

—Que sí, listo —y le saco la lengua.

## Capítulo 21

*Esa misma noche,  
en Sevilla.*

—¡Ya no puedo más!

Digo negándome a beber un chupito más.

—¡Ah, te aguantas, no haber salido a la calle sin ropa interior! —protesta Lolo que vuelve a llenarme el vasito con vodka caramelizado.

Miro al resto ¡Seguro que mienten! Solo Cris ha bebido y no me creo que nadie más haya salido a la calle sin bragas ¡o sin calzoncillos!, ¡Vamos, como son los tíos y su obsesión por exhibirse!

—¡Venga, bebe ya! —me insiste.

Suspiro. Agarro el vaso y me lo bebo de una ¡Por más chupitos que lleve no deja de saberme amargo, qué asco!

—Vale, te toca Roberto.

—Está bien... —piensa un instante— eh... yo nunca... me he liado con una prima mía.

—Va, tío ¿Qué estamos en parvulario? —Protesta Lolo— pregunta algo más picante.

—Oye, ¿qué pasa? —se defiende Roberto cuando es sorprendido por Rosa que coge su chupito y bebe.

Todos la miramos ¿De verdad se ha liado con un primo suyo?

—¿Qué pasa? —dice Rosa sabiéndose observada por todos—, tenía un primo que estaba muy bueno y un día... ¡pero solo nos liamos!

—¿Ves? —Conviene Roberto—, yo también tenía una prima que no veas como estaba, chaval.

Lolo se encoge de hombros.

—La de cosas raras que hace la gente —dice— bueno, me toca a mí.

Sonríe divertido y me lanza una mirada. Verás lo que va a preguntar ¡Y yo no sé si puedo beber más! Hacía tanto que no bebía que con cuatro chupitos que llevo estoy que todo me da vueltas ¿o llevaba cinco? Ya he perdido la cuenta.

—Yo nunca... —piensa mirando al resto de la mesa— lo he hecho en un sitio público.

Se me escapa una risa tonta ¡otra vez a beber!

—¡Hala, mira a Lucía! —dice.

—¿Lucía, que sí? —se sorprende Rosa.

—No, no —intento ponerme seria pero no puedo.

—Que no, dice... —chinchá Lolo.

—¿Y dónde fue? —se interesa Rosa.

¿Oye, qué pasa, que soy la única?, ¿Nadie más lo ha hecho en los servicios de ningún lado? ¡Eso sí que no me lo creo!

—Pero fue solo una vez... —me excuso intentando no parecer tan... rara.

—¿Pero dónde?

—Mira que eres cotilla.

—¿No será en el coche en los aparcamientos del estadio olímpico, no? Eso no cuenta —

protesta— ahí los hemos hecho todos —dice buscando la aprobación de los demás.

Pues ya ves, yo nunca lo he hecho allí.

—No, no...

—¿Entonces dónde?

—En la universidad

—¿En la universidad?, ¿En serio?

—En los servicios.

Rosa se lleva las manos a la boca ¡Qué exagerada es! Me río, ¡Vamos, que seguro que no soy la única!

—A ver, ¿a quién le toca? —me aventuro a decir.

—No, pero antes bebe —me dice Lolo llenándome de nuevo el vaso.

—Oye, tío, pero no me lo llenes tanto —protesto y noto que empieza a costarme trabajo hablar rápido.

No puedo evitar reírme de que se me haya trabado la lengua ¡Dios, qué vergüenza!

—¡Shh!, ¡Calla y bebe! —me acerca el vaso a los labios.

Agarro el chupito, lo vacío de un solo trago y suelto el vaso de nuevo sobre la mesa. Uff... ya no bebo más, de verdad que no.

—Vale, voy yo —se anima Rosa.

Mientras decide qué decir observo a Cris y a Roberto. Ella está sentada sobre las rodillas de él. Este la rodea con sus brazos. A veces ella se gira y lo besa. Parecen una pareja de toda la vida y tan solo acaban de conocerse ¿No os pasa eso? ¿Que a veces, sin ningún motivo aparente, conoces a alguien y ya parece que la conoces de toda la vida? Es extraño y maravilloso al mismo tiempo. No sé por qué pero siento algo así como... envidia. No, no es envidia es... No sé lo que es, pero no me gusta. Me alegro por ella. Por ellos. Pero yo también quiero estar así, no sé, con la magia del principio, cuando todo es bonito y perfecto y él no se va a Irlanda y se olvida de responderte los mensajes. Puta mierda. Lucía no pienses en eso. Me sacudo la cabeza e intento apartar de mi mente aquellos pensamientos.

—Va, Rosa —la animo, tengo ganas de un chupito más—, que nos enfriamos.

Me mira. Luego mira a Lolo.

—A mí no... a mí no me gusta nadie de aquí —dice.

Nos miramos los unos a los otros. Así no es el juego, las frases deben empezar por yo nunca. Pero a Roberto parece no importarle y bebe el primero. Cris le sonrío y le sigue. Luego se besan.

—Pero eso no vale —protesto—, tienes que decir yo nunca.

—Qué más da —dice Rosa—, ¿bebes o no bebes?

Lolo me mira. Se llena el vaso de vodka y se lo bebe de un trago.

¿Me gusta alguien de aquí? No sé. Roberto es mono. Pero no, hace mejor pareja con Cris. ¿Y Lolo?, ¿Me gusta Lolo?

—¿No te gusta nadie? —insiste Rosa.

—No sé... —me excuso—, Rosa que yo tengo...

—¿Y qué? —Me interrumpe—, ¿Solo te puede gustar tu novio o qué? Vamos, yo he tenido novio y me han gustado otros chicos, eso no es malo.

No, claro. Tiene razón. Uff, me duele la cabeza al pensar. ¿Y ahora de qué me río? A ver, Lucía, céntrate. Vale, sí. Lolo es guapo. Pero es mi amigo ¿y qué? Es mi amigo pero leches, será que tengo un amigo muy guapo.

—Vale, está bien —me decido—, lléname el vasito.

—¿Ah, sí, y quién te gusta?

—Yo digo el pecado —le acerco el vaso—, no el pecador.

Lolo sonríe y me sirve el chupito, ¿cuántos llevo ya? Este es el último. Me cambio el vaso de mano y me chupo los dedos por los que Lolo me ha derramado un poco de vodka. Luego me apoyo el vaso en los labios y para adentro. ¡Qué fuerte está!

—Se acabó —digo dejando con fuerza el vaso sobre la mesa—, yo ya no juego más.

—Oh, vamos, si ahora es cuando se pone más interesante —protesta Rosa.

—No —me niego—, no estoy acostumbrada a beber y ya estoy mareada.

—¿La última? —insiste Lolo.

—No —me pongo en pie y todo el salón parece que se mueve a mi alrededor.

Me apoyo en el sofá. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir ¡Dios, cuánto hacía que no me pasaba esto! Ya ni lo recuerdo.

—¿A dónde vas?

En realidad se me apetecía ir al servicio pero quedaba demasiado lejos y encima había que subir dos tramos de escaleras. Mejor cuando se me baje un poquito el vodka. Empezaba a tener calor y necesitaba airearme.

—Al patio —digo abriéndome paso torpemente entre las piernas de los demás.

Me insisten para que me quede allí pero no les hago caso. Sigo caminando y cruzo la puerta de cristal con cuidado de no caerme con los rieles del suelo. La piscina aún está más preciosa que cuando cenábamos. Las luces del fondo parece que cambian de color cada cierto tiempo y ahora iluminan el agua de verde. Precioso. Me apetece un baño. Seguro que me vendrá bien para el mareo. Sí, además hace buen tiempo. No entiendo por qué Roberto y Cris no se bañan juntos ahora. Jo, sería tan romántico.

Me quito la camiseta, me desabrocho el short y dejo que caiga por mis piernas. Me acerco al bordillo. Está frío. Acaricio la superficie del agua con mi pie. Sin embargo parece que el agua está calentita. Eso es porque ha hecho mucho sol durante todo el día, seguro que se mantiene así toda la noche. Me acerco a la escalera y con cuidado comienzo a descender poco a poco. Primero el agua me cubre los tobillos, un peldaño más y alcanza mis rodillas. Bajo el siguiente y el agua sube hasta mi cintura, qué fresquita. Luego conquista mi ombligo y entonces me dejo caer entera, ahogadilla incluida. Qué gustazo. Cuando salgo me aparto el pelo mojado de la cara y me seco los ojos. Antes de que pueda abrirlos escucho una zambullida en la parte más honda de la piscina que consigue asustarme. ¿Quién se ha tirado? No veo a nadie. Parece que viene buceando hacia mí ¿Lolo?

## Capítulo 22

Y como si el Dj nos estuviera esperando, cuando entramos comienzan a sonar los primeros acordes de Vivir mi vida de Marc Anthony. La sala entera comienza a cantar al reconocer la canción. Anna gira sobre ella misma y me sonrío, coge mi mano y vuelve a girar invitándome a seguirla mientras se hace hueco entre la gente.

“Voy a reír  
voy a bailar  
vivir mi vida  
la la la la”

Yo me dejo llevar por ella y bailando conseguimos llegar hasta donde se encuentran sus amigas. Mike e Inma llegan tras de mí pero Andrea..., ¿dónde está Andrea?

—¿Y Andrea? —pregunto.

Inma y Mike se encogen de hombros mirando hacia atrás.

—Ya sabes cómo es, se habrá puesto a bailar con alguna.

Es un torbellino, no para, Andrea no para. Tiene cara para eso y para más y con lo bien que baila no me extraña que ya se haya perdido con alguna por ahí.

—Tú —me llama una chica por la espalda, su voz me suena, es Rachel—, ¿siempre eres tan impuntual?

Me giro y la miro. No mires, no le mires las tet... ¡Joder!

—¿Eh? —me insiste, se ha dado cuenta seguro, pero es que no es normal como viene hoy, no es normal.

Me sacudo la cabeza y la miro a los ojos. Anna está a su lado, seguro que también se ha dado cuenta de mi descaro.

—Solo contigo —le contesto—, pero te he traído una sorpresa.

—Algo caro, espero —me dice cruzándose de brazos.

—Mucho mejor —me doy media vuelta y... ¿Mike?, ¿Dónde está Mike?

Vuelvo a mirar a Rachel y... míralos, que me despisto un segundo y ya están liados ¡Qué dos!

Anna me rodea el cuello con sus brazos y comienza a moverse al ritmo de la música ¡Verás, que yo no sé bailar!

—Ya pensaba que no venías —me dice acercándose a mí.

Juro que es preciosa. Los flashes la iluminaban de azul, de verde, ella es preciosa hasta en blanco y negro.

—Eso es imposible —contesto.

Sonríe risueña.

—¿Por qué? —Se acerca a mi oído—, ¿tenías ganas de verme?

Cierro los ojos, la caricia de su susurro en mi oído me hace temblar. ¿Qué me pasa con Anna? No puede ser que me derrita de esta manera, contrólate, tío.

—Muchas —contesto sin querer abrir los ojos.

Sus manos siguen enlazadas en mi nuca. Su respiración en mi cuello. Nuestras piernas se

entrelazan y mis pulsaciones se aceleran. Cordura, cordura que la noche acaba de empezar.

—¿Te apetece una cerveza? —improvisado para salir de allí.

—Claro —acepta—, si esta vez no sales corriendo, sí.

Me hace una mueca con la nariz, improvisa un giro sobre mi mano y comienza a caminar hacia la barra sin dejar de bailar. Yo la sigo.

Y aunque la barra está repleta de gente conseguimos hacernos un hueco.

—¿Qué te apetece tomar? —me dice.

—Una Paulaner.

—Qué previsible —responde.

¿Previsible?

—Dos Paulaner —pide.

—Y dos chupitos de tequila —añado antes de que la camarera se marche.

Anna me mira sin saber por qué he pedido dos chupitos. Toma predictibilidad.

Llegan las cervezas y con ellas los chupitos, la sal y dos rodajas de limón.

—¿Y esto?

—Para brindar.

—¿Y no podemos brindar con la cerveza?

—Los brindis de verdad se sellan con tequila.

—Aham.

Me chupo el dorso de la mano y echo un poco de sal. En una mano cojo el vasito y en la otra el limón. Ella hace lo mismo.

—¿Por qué quieres brindar? —pregunta.

La miro y no sé, tiene algo. Anna tiene algo que me vuelve loco, me coge un pellizco en el estómago cada vez que me mira. Esto no puede ser bueno, no puede serlo en absoluto.

—Para que nunca dejes de mirarme así.

¿Para qué nunca dejes de mirarme así?, ¿Pero qué dices, tío? Se te va la cabeza, se te va y el que se va en dos días eres tú, a ver qué es lo que haces, campeón, porque se te está yendo de las manos.

Frunce el ceño.

—¿Así cómo?

—Así.

Sonríe.

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Un poco.

—Me gusta que estés loco.

Brinda su vasito con el mío y para sorpresa mía es la sal de mi mano la que chupa y no la suya.

—¿Pero qu...

Se lleva el chupito a los labios y lo vacía de un trago. Le acerco el limón que sostengo en mi mano y ella lo muerde. Su cara me hace reír. Sacude la cabeza de un lado a otro y suelta un gruñido. Se le han puesto rojas las orejas. Parece que está fuerte aquello. Claro, es tequila.

—Te toca —dice intentando aguantar el regusto amargo del tequila.

Me acerca su mano. Yo la tomo entre las mías y acerco mis labios lentamente a ella. Chupo la sal y en ese momento nuestras miradas se cruzan. Bebo del chupito bajo su atenta mirada y me lo bebo sin dejar de mirarla. Está muy fuerte, Dios. Se me debe notar en la cara y ella me mete el

limón en la boca. Qué bruta es. Lo muerdo e intento no atragantarme.

—Desde luego... —me mira con una media sonrisa—, qué poco hombre estás hecho.

—¿Poco hombre? —intento contestar sin poder dejar de toser— si me has metido el limón ahí hasta el fondo.

Joder, qué fuerte está esto.

—Argg... —sacudo la cabeza.

—Anda ven... —dice levantándose del taburete con su cerveza.

Me coge de la mano y me lleva hasta la pista. Prometo apuntarme a clases de baile. Lo prometo, soy un palo y aquí no hacen más que poner salsa ¿En Irlanda no deberían poner otra cosa? Que me pongan algo de folk irlandés que eso seguro que nadie sabe cómo se baila y hacer el tonto sabemos todos.

—¿Sabes bailar salsa? —me pregunta, no sé si en tono irónico.

—No.

—Mejor —contesta—, yo tampoco.

Nos reímos. Ella da un trago a su cerveza y se acerca a mí.

—¿Sabes?, Mañana voy a ir a la playa con mi grupo.

—¿A la playa? —Pregunto— pero si parece que vaya a llover.

—Para mañana dan sol.

Me encojo de hombros.

—Aquí el tiempo es así —me dice— ¡mañana hará un sol como en tu país!

No puedo aguantarme una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—Yo creo que no sabes cómo es un día de sol en Sevilla...

—Mañana va a hacer uno igual aquí, ya verás.

Me guiña un ojo y vuelve a beber de su cerveza. Yo también bebo. Le queda genial aquel vestido verde. Seguro que soy la envidia de toda la discoteca. Vuelvo a beber para celebrar conmigo mismo que estoy aquí con ella. Anna, que se había alejado un poco para bailar, vuelve a acercarse a mí. Esta vez un poco más que antes.

—Y... —dice con actitud seductora mientras juega con el cuello de mi camisa— Rachel también viene.

—¿Ah, sí? —me dejo hacer, ella se acerca un poco más a mí.

Su mano rodea el cuello de mi camisa y sus dedos acarician mi nuca. Un escalofrío me hace cerrar los ojos. Los vuelvo a abrir. Su nariz casi roza la mía.

—Sí... —sonríe dejando entrever sus dientes— y seguro que le hace mucha ilusión que venga tu amigo.

—Ah, mi amigo... no te preocupes, ahora se lo digo yo.

Me mira y me hace una mueca con la boca. Me gusta picarla. Me encanta picarla.

—¿Sí? —me mira sin apartarse— ¿y vas a dejar que tu amigo vaya solo? Pobrecito.

Sus ojos casi transparentes me hipnotizan.

—¿Y a ti te haría ilusión que yo fuera? —le pregunto con una media sonrisa.

—¿A mí? —Se separa ligeramente y hace como la que piensa— no sé...

Abro la boca sorprendido.

—¿Cómo que no sabes?

Entonces llega Rachel por su espalda y le dice algo al oído. Las dos ríen cómplices y Anna se acerca a mí.

—Voy al baño un segundo.

—¿Ahora?

—Cosas de chicas —susurra—, ya sabes.

—Vale... pero no se me olvida que me debes una contestación.

Me hace un guiño de ojos.

—No te vayas a ir como ayer.

—No sé yo...

Me frunce el ceño y me mira arrugando el entrecejo antes de que, de la mano de Rachel, desaparezca entre la gente.

Buah, me encanta. No puedo con ella. John, céntrate. Que me encanta, pero como amiga digo. Sí, ya...bebe anda, bebe.

—¡Tío, tío, tío! —me sorprende Mike interrumpiéndome el trago.

—¿Qué pasa, qué pasa?

Resopla llevándose las manos a la cabeza.

—¿Has visto las tetas de la pelirroja?

Me río, cómo para no verlas.

—Demasiado macho, demasiado —me roba la cerveza y bebe con ganas— ¿Y tú qué?, ¿te lías con Anna o no?

—Que no, tío...

—¿Pero por qué no? Si la tienes ahí loca, te lo está pidiendo a gritos.

—Que sí, que ya lo sé, pero que no —bebo y me quedo unos segundos en silencio—...que no puedo.

—Y dale con que no puedes..., estás pesadito ya con el que no puedes, eh, ¿quieres dejarte de tonterías?

—Que no. Tú no lo entiendes.

—Es verdad, no lo entiendo.

Resopla resignado. En ese momento Inma aparece detrás de él, por un momento se me había olvidado que había venido con más gente ¿Y Andrea dónde estará?, ¿Sigue sin dar señales de vida?

—Pues si no te lanzas tú, lo va a hacer ella, que lo sepas —me dice Mike muy convencido—, tú sabrás.

¿Y si es eso lo que quiero?, ¿Y si quiero que sea ella la que dé el paso para no sentirme tan culpable? Que no, que no quiero que pase nada con Anna y punto. Vuelvo a beber de mi cerveza.

Inma se acerca a mí y me aleja el vaso de los labios. Me coge una mano, gira sobre ella y se acerca a mí para poner las manos sobre mi cuello. Vaya, Inma sí que sabe bailar.

—Parece que ya se te ha quitado la cara esa de aburrido que tenías al principio ¿no? —me comenta sin dejar de mover las caderas.

—Sí...

Y tiene razón, con Anna se me había pasado todo.

—¿Y eso? —da un medio giro y pega su espalda a mi pecho.

Mis manos en su cintura, que no pierde el ritmo. Ahora suena Bailando de Enrique Iglesias.

Mike vuelve a aparecer de entre la gente y se acerca a mí por la espalda.

—O peor aún... —me dice.

—¿Peor qué? —no entiendo.

—Eso... —insiste señalándome con la cabeza hacia una esquina de la discoteca.

Me doy media vuelta y veo a Anna salir del baño con Rachel. A su lado Andrea, que se le acerca. Le dice algo al oído y la hace reír. Le toma una mano, la hace girar sobre sí misma y la saca a bailar. Ella se deja y parece que le gusta.

Miro a Mike que no tarda en devolverme la mirada.

—Si no lo haces tú, otro lo hará por ti.

## Capítulo 23

—Yo es que soy más de cantar.

Me excuso ante Andrea que me saca a bailar.

—Ya vi, mami, *cantás* relindo —me dice tomándome las manos— seguro que también *sabés* bailar.

—No, no que va, en seri...

No me deja terminar la frase, antes de que pueda darme cuenta me veo dentro de un vertiginoso giro.

—Vos *confiá* en mí.

Vaya, este chico sabe bailar genial.

—Guau, tú sí que sabes bailar —me sorprendo intentando dejarme llevar sin meter la pata.

—Un poco.

—No seas modest...

No me deja acabar la frase de nuevo cuando gira sobre sí mismo entrelazando nuestras manos y luego nos desenreda haciéndome girar a mí. Yo finjo sonreír pero por Dios, ¡qué mareo! Y qué bien se mueve este chico.

—Sos vos la que me *inspirás*.

—Sí...

Veo que Rachel va en busca de Mike. Yo busco con la mirada a John ¿Con quién está bailando?

\* \* \*

Normal que prefiera bailar con Andrea, si es que yo no sé bailar. Además de que es guapo tiene sangre latina, que eso a las chicas les gusta y mira cómo se mueve ¿cómo ha hecho eso? Y se ríen, míralos. La hace reír. No, si Mike va a tener razón, al final se le lanza otro, con lo guapa que es... bueno, ¿y qué?, ¿Qué más te da? si tú no ibas a hacer nada. Déjalos que se lo pasen bien y ya está. Me mira, Anna me mira entre las cabezas de la gente. Le sonrío. Ella me devuelve la sonrisa.

—Te queda muy bien esa camisa —me dice Inma girándome la cara hacia ella con sus manos.

—Gracias —respondo.

Vale. Yo no iba a hacer nada pero me da coraje que baile con otro ¿Qué pasa?, ¿Tan rápido se ha aburrido de mí? Parece que sí. Y yo sintiéndome especial, ja, especial, ¿pero cómo se me ha podido ir la cabeza tan pronto? No pensamos, los hombres definitivamente no pensamos.

—¿No te da pena? —me dice sacándome de mis pensamientos mientras juega con los botones de mi camisa.

—¿El qué?

—Ya sabes, que todo esto se acabe ya.

—Un poco...

\* \* \*

¿Y esa quién es?, ¿Y por qué se acerca tanto a John?, ¿No hay más chicos con los que bailar o qué?

—Estás muy tensa, che, *relajáte*.

¿Tensa? Lo que voy a matar es a esa, ¡mírala, mírala!, ¿Pero por qué le toca, por qué? ¿Y él?, ¿No le dice nada? Ah, ya entiendo, que se ha olvidado de mí. Me voy al baño y se olvida de mí. Guay, y yo haciéndome ilusiones. ¡Pero qué tonta eres Anna, qué tonta de verdad!

—*Sentila* no más, mami —me dice colocando sus manos sobre mis caderas— así, *déjate* llevar por ella.

Como yo me deje llevar mato a una. O a dos. A él y a ella. No, mira ¿sabes qué? Que me da igual, no me va a dar la noche. Si la culpa la tengo yo, que me encariño muy rápido. No aprendo, es que no aprendo.

—Aprender a bailar es como conquistar a una mujer —me dice Andrea con una media sonrisa.

Con sus manos en mi cintura guía mis pasos. Básicos, hacia delante y hacia atrás. Lanza un pie hacia adelante y amaga un giro, luego me gira a mí y vuelvo a sus brazos.

—¿Cómo conquistar a una mujer? —sonríó sorprendida.

—¿Vos no sabía eso?

—No.

Y me sorprende dejándome caer hacia un lado. Él me sostiene en sus brazos sin dejarme caer del todo y se acerca a mí. Puedo sentir su respiración acelerada sobre mi pecho y también su corazón latiendo eufórico bajo la camisa que deja ver su torso húmedo.

\* \* \*

Lolo emerge justo delante de mí. Se aparta el flequillo hacia atrás con un movimiento brusco de cabeza y me sonrío.

—Está muy buena —dice acercándose a mí.

—Sí —contesto mojándome la cara con mis manos.

—El agua también.

Lo miro, él me devuelve la mirada y yo le salpico agua.

—Tonto...

Me acerco a la pared y me recuesto ligeramente sobre ella. Lolo sigue acercándose a mí, poco a poco.

—Así que te gusta alguien de aquí, eh.

—¿A mí? —apoyo la cabeza sobre el bordillo y cierro los ojos, todo me da vueltas— que va.

—Sí..., ahora no puedes negarlo.

—Bueno..., un poco.

—A mí también —me dice.

Puedo escuchar un leve chapoteo, creo que lo debo tener muy cerca.

—Normal, Rosa es muy guapa —digo acomodando la cabeza de nuevo sobre el bordillo.

—Eso es verdad —contesta—... pero a mí la que me gusta eres tú.

Me incorporo sorprendida y descubro a Lolo justo en frente de mí.

\* \* \*

—¿Un poco? —Contesta Inma—, a mí me da mucha.

No quiero mirar a Anna pero no puedo resistirme. Y me arrepiento al instante de haberlo hecho. Andrea la tiene recostada sobre un brazo y sus cabezas están muy juntas. Joder, una cosa es que bailen y otra ya es esto. Vamos, no me jodas. Y mírala a ella, tan normal, no, normal no, que le gusta, no deja de reírse con él. Se gustan, sin lugar a dudas se gustan. Pues ya podría haberle dedicado a él la canción y no a mí. Y a Andrea ya le vale. Primero me dice que me la tire y ahora me la quita, ¿de qué va este tío?

—...Porque es nuestra última noche juntos —me dice Inma volviéndome a hacer que la mire.

Suspiro. Soy el tío más gilipollas de mundo. He estado pensando en engañar a mi novia por una tía que se va con cualquiera.

—¿No crees que deberíamos hacer algo especial? —me dice Inma deslizando su mirada hacia mis labios.

—¿Algo especial?

Sus movimientos se relajan. Sus ojos remolonean risueños sobre mis labios. Alza sus brazos acariciándome los mios y sus manos se acomodan entrelazadas en mi nuca. Sus labios se entreabren dejando asomar sus dientes y detrás de estos la punta de su lengua. Se acerca. ¿Inma?

\* \* \*

¿Pero qué hacen?, ¿John se puede saber qué-estás-haciendo?

—Pues sí mami, aprender a bailar es como conquistar a una mujer.

Miro a Andrea fingiendo escucharlo, pero no consigo salir de mi asombro cuando de nuevo miro disimuladamente a John, ¿Por qué deja que se acerque tanto esa tipa?

—Al principio es *relioso*, como vosotras —le medio sonrío ¿liosas nosotras? Pues anda que vosotros que no sabéis ni lo que queréis—, no lo *entendés* ¿Sabés? No *seguís* el ritmo y *pensás*: “la *reconcha* de su madre” esto no está hecho para mí, mejor no bailo.

Asiento. Pero sigo sin quitarle el ojo de encima a John y a su amiga.

—Pero *tenés* que seguir intentándolo y si *seguís*, buah, es maravilloso. Cuando *empezás* a dejarte llevar, así como vos lo está haciendo, es maravilloso. Al principio no te das cuenta pero te *atrapá*. *Querés* más, siempre vas a querer más y te digo, no *podés* salir, es imposible, che, te *atrapá* de verdad. Y *pensás*, che, pero por qué, qué me pasa, pero no lo sabes, solo sabes que no *podés* parar tus pies, ¿viste?

\* \* \*

Lolo apoya sus brazos en la pared y me atrapa entre su pecho y los azulejos fríos de la piscina. En sus ojos se refleja el agua iluminada de verde. Mi mirada se desliza por su nariz y acaba adormeciéndose en una de las gotas de agua que reposa sobre su labio superior. Estoy nerviosa. Mi corazón late deprisa, ¿Qué me pasa?

Cada vez se acerca más. Un poco más y yo no se lo impido.

—He mirado tu móvil antes de venir... —susurra su boca junto a la mía— y no había ningún mensaje.

Intento echarme un poco hacia atrás pero los azulejos me lo impiden. Mi espalda en la pared y él que se me acerca un poco más, se acerca hasta que nuestras pieles consiguen tocarse. Mi mirada busca la suya y la suya mis labios.

—A veces los chicos no sabemos lo que tenemos...

Siento un hormigueo en todo el cuerpo. Las puntas de nuestras narices se rozan.

—Pero te puedo asegurar que yo sí que sé lo que tengo ahora justo delante de mí...

Y me besa. Nuestros labios se besan humedecidos por el agua de la piscina, acomodándose, como si estuvieran hechos el uno para el otro. Su mano sobre mi nuca. Mis piernas lo acogen en mi regazo. Me empuja contra la pared. Cojo aire y lo vuelvo a besar con fuerza, tanta, que nuestros dientes se rozan. Su mano se desliza por mi espalda y aprieta mis nalgas, mis muslos. Abro los ojos y me detengo. ¿Qué estoy haciendo? Él insiste, vuelve a embestirme con sus besos. Su mano abandona mis muslos y sube precipitada por mi vientre hasta que llega mi pecho.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

—Para, Lolo —digo seca.

—¿Pero por qué? —insiste sin dejar de besarme.

—Para, Lolo, joder —apoyo mis manos en su pecho y le empujo.

Él se separa de mí y me mira sin entender nada.

—Perdóname... —digo llevándome una mano a la cabeza, se me acaba de bajar todo el alcohol.

—Lucía, me has besado... —se acerca a mí—, eso es porque de verdad querías hacerlo.

—No, no quería —protesto enfadada conmigo misma— no sé qué me ha pasado.

—Yo sí lo sé —y se vuelve a acercarse más a mí, dejándome de nuevo acorralada entre la pared y su pecho.

—Lolo, que no —lo vuelvo a alejar.

—¿Qué te pasa ahora, Lucía? —se enfada.

—Lo siento...

Me hago un hueco y me dirijo a la escalera.

—¿Cómo que lo sientes?

—Esto no debería haber pasado —cojo impulso para subirme a la escalera.

—¿Te vas?, ¿En serio? —No digo nada— ¡Eso es, sigue negando tus sentimientos!

—¿Qué sentimientos, Lolo? —Digo terminando de subir la escalera— ha sido por el alcohol, no por mis sentimientos.

—Lo que tú digas.

—Lolo, yo tengo novio —cojo mi ropa del suelo.

—¡Tú novio pasa de ti! —me grita—, ¿O es que no lo ves?

—¡Mi novio no pasa de mí!

—¡Pasa de ti y eres la única que parece no darse cuenta!

No le respondo, me pongo mis chanclas y me dirijo al interior de la casa.

—¡Tú novio está donde quiere estar!, ¿Y tú?

—¡Vuelve mañana!, ¿Vale? —me giro hacia él.

—¡Ese es el problema, que vuelve mañana y tú vas a estar ahí esperándole como su perrito faldero!, ¿Cuándo vas a empezar a hacer lo que quieres?

—¡Eso no es verdad! —grito.

Se me saltan las lágrimas.

Lolo cierra los ojos y se lleva dos dedos al entrecejo.

—Lucía..., perdóname —baja el tono de nuevo—, no querí...

—Pues lo has hecho —le interrumpo— me has hecho daño.

\* \* \*

Inma, Inma par... me besa. Rápídamente la aparto de mí.

—Inma, creo qu...

—Shh... —sesea y vuelve a besarme.

—Inma, para...

—Déjate llevar, John... —su mano baja vertiginosa por mi pecho y agarra el cinturón de mi pantalón con fuerza.

Sin poder salir de mi asombro intento apartarla otra vez. Ella me mira con su boca muy cerca de la mía.

—¿No te gusto? —pregunta volviéndome a besar.

—No es eso, Inm...

Me interrumpe agarrándome la entrepierna con su mano. Yo doy un paso atrás y consigo apartarme.

—¡Inma!

—¿Qué? —dice, esta vez seria.

—¿Qué haces?

—¿Qué pasa? —se enfada.

—Creo que te has equivocado...

—¿Es por la inglesa, no?

—¿Qué?

—Preferes a la inglesa, ¿no?, ¿Es eso? Preferirías que fuera la ingles...

—Noruega —la interrumpo.

—¿Qué?

—Que no es inglesa, es de Norueg...

Pero sin dejarme terminar me da una tremenda bofetada con todas sus fuerzas.

—¡Gilipollas!

\* \* \*

¡Dios! Cierro los ojos. Menudo guantazo le ha soltado Inma. Me ha dolido hasta a mí ¿Y ahora qué hace?, ¿Viene para acá?, ¿Pero por qué?

Inma camina decidida hacia mí. Pasa por delante mía y me mira desafiante, pero no dice nada. Se dirige al baño de muy mala gana. John, con una mano en la mejilla, se hace hueco entre la gente y parece que quiere salir de la discoteca ¿Pero qué hace?, ¿Por qué se va? Andrea sigue mi mirada con la suya y acaba encontrándose con John abandonando el local. Luego él y yo nos miramos.

—Y entonces caes.

—¿Qué?

—En que te *enamoras*. Y no hay marcha atrás, como en el amor. Y no lo quieras entender porque ni la música ni el amor se entiende, hay que sentirlos no más, ¿Lo sentís ahora?

—Sí —le sonrío.

—¿Y la música?

Lo miro contrariada. ¿No estábamos hablando de la música?

—¿Cómo?

Él sonrío, creo que no estábamos hablando de lo mismo.

—¿Te gusta John, verdad? —me pregunta.

—¿Tanto se me nota?

Se acerca a mi oído.

—A diez kilómetros.

Sonrío ¿y si tanto se me nota por qué John aún no se ha dado cuenta?

—Pues si lo sentís, ve por él —me dice.

—¿Para qué? —le aparto la mirada— Si pasa de mí.

—No, no pasa de vos —me mira fijamente—, solo tiene miedo.

—¿Miedo?, ¿De qué?

Él se encoje de hombros.

—¿Por qué no se lo *preguntás* tú misma?

Claro. Aquella pregunta me hace sonreír.

—Gracias, Andrea.

—El consejo es gratis mami, la clase de salsa la cobro aparte, ¿sí?

Me hace reír. Me separo de él y me guiña un ojo.

—*Dejáte* llevar, no más.

## Capítulo 24

*Esa noche,  
en Sevilla.*

Abandono el patio y me adentro aún mojada el salón de la casa de Lolo. Me encuentro a Rosa en uno de los sofás con una cachimba y a Cris y a su nuevo novio en otro dándose amor. Rosa me mira pero yo no digo nada. Suelto la ropa y la toalla en el suelo y busco sobre las sillas la sudadera de Lolo.

—¿Te pasa algo? —me pregunta Rosa incorporándose sobre su sofá.

La pregunta hace que Roberto y Cris se percaten de mi presencia.

—No —le digo sin dejar de rebuscar en los bolsillos de la sudadera.

Lolo llega a la puerta corrediza de cristal que une el salón con el jardín.

—Lucía... —piensa un instante qué decir—, ¿podemos hablar?

—¿Dónde está el móvil? —pregunto.

—Luc...

—¿Qué me des el puto móvil!

Cris se separa de Roberto. Rosa hace amago de ponerse en pie.

—¿Estás bien? —me pregunta Cristina intentándose acercar a mí.

—Sí, tranquila —le digo—, él móvil, Lolo... —digo extendiéndole la mano.

—¿Pero qué ha pasado? —pregunta Rosa.

—Nada... —digo empezando ya a ponerme nerviosa.

Lolo chasquea la lengua y entra en el salón. Todos están en silencio y podemos escuchar cómo las bisagras del cajón donde guardaba el móvil se quejan al abrirse.

—Toma —me lo ofrece.

Doy un paso hacia él y se lo arrebato de mala gana. Luego sin decir nada más me doy la vuelta y me dirijo a la escalera. Mis pasos mojados dejan huella por toda la casa pero no me importa. Cuando me alejo puedo escuchar el murmullo de los demás preguntándose qué ha pasado. Pero no tengo ninguna gana de hablar, el perrito faldero se ha cansado ya de todo y de todos. Entro en la habitación en la que iba a dormir junto con Rosa y cierro la puerta de un portazo. Me dejo caer sobre la puerta. Cojo aire y me desinflo. Joder, no tengo ni una sola llamada de Juan, ¡Ni una sola! Apago la pantalla. Me entran ganas de estrellar el móvil contra el suelo. No, Lucía, no llores. No, no quiero llorar, ¡No quiero llorar! Pero no puedo evitarlo, ¿por qué no me llama?, ¿Por qué al menos no me contesta el mensaje?, ¿Sigue enfadado o es que está con otra?, ¿En serio?

—¿Lu? —me sobrecoge una voz tras la puerta, no sé si es Cris o Rosa.

Me sorbo la nariz y me aclaro la voz.

—¿Quién es?

—Soy yo, Cris —dice preocupada—, ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Puedo entrar?

—Ahora mismo quiero estar sola.

—¿Te ha pasado algo con Lolo?

—No —miento—, ¿luego bajo, vale?

—¿Ha sido tu novio?

—Cristina... —me intento controlar para no ser borde—, luego bajo, ¿vale?

—Como quieras... —asiente finalmente—, si necesitas algo avísame.

—Gracias.

Después de unos segundos puedo escuchar sus pasos alejarse de la puerta.

Cojo aire y lo suelto poco a poco. Enciendo el móvil. Necesito hablar con Juan. Marco su número y me dejo caer sobre la cama. Por favor, cógemelo.

*En ese mismo instante,  
en Dublín.*

El bofetón de Inma aún me duele.

—Bye... —me despido del portero que me abre la puerta.

El frío me golpea la cara y los brazos. El cielo está gris. Resoplo. Bueno, pues parece que mi noche fantástica está a punto de terminar. Cojo aire. Menuda mierda todo.

Bajo los escalones del porche de la discoteca y busco un coche donde sentarme. Creo que ha llegado el momento de hacer lo que debía ya de haber hecho desde el principio: responderle el mensaje a mi novia.

Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y saco el móvil desarmado. Me da pereza tener que montarlo pero no me queda otra. Me he portado mal con ella. Por un momento hasta pens..., bueno ya no importa lo que pensara. La noche ha terminado. Fin. Bye, bye, Dublín. Fue bonito mientras duró.

Termino de montar el móvil y lo enciendo mientras traqueteo inquieto con los dedos sobre la pantalla. La puerta de la discoteca se abre y deja escapar el estribillo de Counting star de One Republic. Esa canción me gusta, parece que me voy yo y el Dj quita la salsa y empieza a poner el rollo que me gusta a mí. Sí, hoy todo está de mi parte. Ironía-on. Además de la canción, Anna también sale de la discoteca, que se abraza así misma al notar el frío que hace en la calle, y se dirige hacia mí. Parece que ya se ha cansado de bailar con Andrea. Mejor no pienso en eso. Suspiro. El móvil me saluda, todo un detalle por su parte, y me pide que introduzca el PIN. Entonces Anna me lo quita de las manos. La recorro con mi mirada escalando por sus pies hasta llegar a sus ojos. Sonríe.

—Aprovechado —me dice.

Sonríe casi sin ganas y le aparto la mirada. No sé si sabe lo que ha pasado ahí dentro con Inma pero realmente no me apetece dar explicaciones de nada. Ahora mismo no.

—Anna, no tengo ganas de cachondeo —le digo—, ¿por qué no me das el móvil y sigues bailando con Andrea?

Se me queda mirando con la boca abierta. Entonces se ríe. Vale, quizás haya sido muy duro con ella.

—¿Estás celoso? —me dice abriendo los ojos.

—No, no estoy celoso.

—Sí que lo estás.

Se me escapa una sonrisa que no puedo controlar.

—Que no, ¿me puedes dar el móv... —intento quitarle el móvil pero ella se lo esconde tras la

espalda.

—Estás celoso —se ríe como una niña chica que sabe que lleva razón—, reconócelo.

—Que no —contesto alargando las vocales—, ¿por qué iba a estarlo?

—John...

Suspiro y pongo los ojos en blanco.

—¿Qué? —la miro, es imposible no contagiarse de su sonrisa infantil.

—Estás celoso.

Intento ponerme serio. Pero no puedo.

—Bueno, un poco —asiento.

Ella suelta una carcajada.

—Qué tonto eres...

—Sí, ahora el tonto soy yo... tss.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

Baja el escalón que nos separa y se acerca a mi oído.

—Yo también lo estaba —me susurra— pero shh, es un secreto.

Y me guiña un ojo muy seria. Luego vuelve a reír divertida. Sonríe. Ella se queda junto a mí, casi encima de mí. Sigue oliéndome a vainilla. O a coco. Y sigue pareciéndome hermosa. Y no sé por qué pero empiezo a notar algo así como un cosquilleo en el estómago, ¿y ahora por qué?

—Pues me he llevado una buena torta... —improvisado para intentar escapar de su hipnotizadora sonrisa mientras me acaricio la mejilla.

Ella se ríe con ganas.

—Normal...

—¿Normal?, Ah... ¿te parece normal que la gente vaya pegándose por ahí?

—Es que las vuelves a todas locas...

—Sí, ya... —sé que me mira con aquellos ojos suyos casi transparentes y está tan cerca de mí que esta vez prefiero no mirarla.

—¿Me dejas el móvil? —digo aclarándome la voz—, tengo que mirar una cosa.

Ella saca el móvil de su espalda y se queda mirándolo en silencio pero no me dice nada a cerca de su estado. Cuando lo cojo de nuevo entre mis manos dudo un instante si meter el PIN.

—¿Te apetece que vayamos a otro sitio? —me dice.

La miro primero a ella y luego al móvil.

Introduzca su código PIN:

|...

Vuelvo a mirar a Anna. Me sonrío. No sé qué hacer.

—¿Qué dices? —Insiste—, ¿Te apetece entonces?

Resoplo.

—*Te ha dado fuerte a ti la pelirroja, eh.*

—*Pues como a ti la rubia, lo que pasa es que yo lo reconozco y tú no.*

Aquella frase de Mike me retumba en la cabeza. ¿Cuánto tiempo más voy a seguir negándolo? Joder, sí, me apetece ir a otro sitio, me apetece estar con ella y ya está, no hay más ¿Pero es lo apropiado?

Ella sigue allí, con su media sonrisa, mirándome, esperando una respuesta. Yo dudo. Miro el móvil. A ella. Al móvil de nuevo. A Anna.

—Está bien —digo guardándome el móvil en el bolsillo del pantalón—, me vendrá bien una

última cerveza.

Sus ojos me sonrían. Y sus labios. ¿Pero por qué me gusta tanto?

Me coge de la mano y tira de mí para levantarme del coche.

—Espera —le digo—, ¿Qué pasa con tus amigas?

Sus ojos me miran de nuevo. Sonríe y decidida vuelve a tirar de mí.

## Capítulo 25

Y así, de la mano, recorrimos todas las calles de Dublín. Sin rumbo, donde nos llevarán nuestras ganas, deteniéndonos en todos sus pubs y bailando todas sus canciones. Y siempre de la mano, siempre. Cogernos de la mano empezó a ser algo..., no sé, casi reflejo. Al salir de un local, al hacernos hueco entre la gente, al pedir una copa. Y casi sin querer siempre nos sorprendíamos cogidos de la mano. Y me hacía gracia porque los dos fingíamos que no nos dábamos cuenta, ¿sabes? Como que pasaba sin querer, como que era casualidad y no tenía importancia pero no, ambos sabíamos que no era así porque nos encantaba cogernos de la mano. A mí al menos me encantaba. Y si lo piensas un momento, parece insignificante darle la mano a alguien, ¿no? Porque ¿qué significa darle la mano a alguien?, ¿Significa amistad?, ¿Confianza?, ¿Qué significa? Porque yo creo que darle la mano a alguien es muy distinto a todo lo demás. Quiero decir, no es como dar un beso, ¿un beso? Besos ya da todo el mundo, se ha desvalorizado, incluso hay veces que besamos a gente por la que ni sentimos nada, ¿verdad?, ¿pero y la mano?, ¿También le das la mano a cualquiera?, No ¿Y sabes por qué? Porque darle la mano a alguien es otra cosa. Dar la mano crea un vínculo especial entre dos personas. Es como que te dan igual las leyes de la física o de la biología o qué sé yo, ¿sabes? y que lo que la naturaleza creó por separado tú vas y lo unes, porque sí, porque quieres, y no solo lo unes sino que lo agarras con fuerza, convirtiéndoos en uno, sí, algo así como hacer el amor... vale, el ejemplo ha sido un poco tonto, pero yo qué sé, es distinto. Y cuando le das mano a alguien ya no hay vuelta atrás, ya no, ya lo has dicho todo. El mundo entero sabe que esa persona ya no es una cualquiera, tú mismo lo sabes y la otra persona también. Es una confesión secreta a voces, es como gritar sin hablar lo que no eres capaz de decir. Es como mirarle a los ojos, tirar las armas, sacar la bandera blanca y decir: está bien, se acabó; puedes conquistarme cuando quieras.

Y si os soy sincera, creo que no hubiese hecho falta beber tanto como bebimos, ni bailar, ni correr de pub en pub como si se nos fuera a acabar la noche. No hubiese hecho falta nada de eso porque lo único que queríamos era estar juntos, en serio, juntos, donde sea, pero juntos. Supongo que el alcohol, la música y todo lo demás eran tan solo excusas. Excusas para pasar nuestra última noche juntos, excusas para no despedirnos y ponerle fin a algo que no había hecho más que empezar.

\* \* \*

La puerta de mi habitación se abre. Yo me precipito a apagar la pantalla del móvil y cierro los ojos. Alguien entra en ella, supongo que Rosa, que encaja la puerta y no enciende la luz. Escucho sus pasos rodear la cama y se acerca a mí. Yo me hago la dormida.

—Lucía —me susurra, es Lolo, ¿y este qué hace aquí ahora?

No sé qué hacer y me quedo en silencio con los ojos cerrados.

—¿Lucía? —me insiste esta vez zarandeándome suavemente.

No digo nada, finjo estar dormida.

—Solo quería decirte que... —me dice poniéndose de nuevo en pie—, en realidad no quería

decir lo que dije, de verdad —se queda unos segundos en silencio, yo sigo sin abrir los ojos—, solo quería que lo supieras, ¿vale? Lo siento.

Sus pasos se alejan y entonces abro los ojos. Escucho abrirse la puerta de nuevo y la claridad de a fuera ilumina tímidamente la habitación.

—Lolo... —pronuncio en voz baja.

Lo escucho detenerse antes de salir del cuarto. Yo me incorporo sobre la cama y apoyo mi espalda sobre el cabecero. Él me mira arrepentido. Suspiro y lo invito a quedarse. Él vuelve a encajar la puerta y se acerca lentamente a los pies de la cama.

—Cuando te dije qu...

—No te preocupes... —le interrumpo—, los dos estábamos muy... borrachos.

Él me aparta la mirada.

—Ya, pero no debería...

—Shh... —seseo y lo invito a sentarse en la cama.

El acepta y se sienta inseguro.

—Lo peor es que tienes razón —le digo.

—No —me contesta—, no llevaba razón, lo que pasa es qu...

—Sí, mírame —le enseño el móvil que guardaba bajo la sábana—, como una tonta esperando a que me coja el teléfono.

—Lucía —dice aclarándose la voz—, no tendrá el móvil encima o quién sabe, quizás ha perdido el cargador.

Sonrí con desgana. Se me han quitado las ganas de seguir preocupándome por él, de verdad, es que paso.

—Gracias, Lolo...

Él sonríe al oír eso.

—¿Entonces me perdonas? —me dice.

—Claro.

Suelto el móvil en la cama y abro los brazos para abrazarlo. Él se acerca a mí y nos abrazamos con fuerza.

—¿Oye y Rosa? —le pregunto cuando me separo de él.

Él se acerca a mi oído.

—Jodiéndoles el polvo a Cris y Robert.

Casi se me escapa una carcajada.

—¿En serio?

—Sí —se aclara la voz— dice que no quería subir y encontrarte con la cara larga, así que va a dormir con Cris.

—¿Y Roberto?

—Roberto va a dormir conmigo.

—¿Y por qué no duermes tú con ella?

Se encoje de hombros.

—Dice que no quiere dormir con un chico.

Pero qué tonta es, mira que fastidiarles la noche a los enamorados.

—Ay —cojo el móvil, lo desbloqueo y busco en Whatsapp a Cris.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—Alegrarle la noche a Cris, ¿En qué cuarto está Robert?

—En el mío.

Cris, anda, ve al cuarto de Lolo  
y ya mañana me das las gracias,  
guapa tkm. Muaacks.

—¿Oye, qué haces? —Me dice Lolo que cotillea mi móvil—, ¿qué quieres que duerma yo en el sofá?

—No, ¿quieres dormir conmigo? —le digo poniendo el móvil en silencio.

Frunce el ceño.

—¿En serio?, ¿Después de lo de...?

—¿Después de lo de qué? —digo apagando la pantalla del móvil.

—Ya sabes, desp... —me mira, parece que pillá que estoy actuando como si no hubiera pasado nada— Ah..., —sonríe, ay qué lentos son los hombres—, vale.

—Ahora, te digo una cosa, yo cuando duermo me muevo un montón, igual acabas lleno de cardenales.

Me mira sorprendido. Yo me río de su cara.

—Que es broma —me acerco a él y le doy un beso en la mejilla—, anda, buenas noches.

Dejo el móvil sobre la mesita de noche y me llevo la sábana al cuello, no sé, yo tengo la extraña manía de taparme hasta arriba aunque haga calor, no es porque esté Lolo al lado mía, es que soy muy rara para dormir y ya está. Él, por el contrario no se tapa y se tumba bocarriba en la cama con un brazo bajo la cabeza.

—Buenas noches, Lucía.

## Capítulo 26

Son poco más de las cuatro de la mañana cuando entramos en el Dessen Cat Pub de la calle Grafton. Habíamos entrado ya en no sé, cinco o seis más. A estas horas ya no hay mucha gente dentro pero el ambiente está enrarecido. Esta vez, no sé si por las cervezas o porque ya estamos cansados de tanto bailar, no vamos para la pista de baile. Esta vez decidimos buscar un hueco al fondo de la alargada barra de fluorescentes azules.

—No sé si puedo con otra cerveza —digo dejándome caer sobre el taburete.

—Vamos, españolito —dice Anna arrimando su taburete al mío—, que es tu última noche en Dublín.

Me hace gracia porque su abrir y cerrar de ojos es ligeramente pausado, como si tuviera demasiado sueño o hubiera bebido de más. O ambas. Y aun así, quiere una última cerveza.

—Está bien —resoplo—, pero la última.

Ella sonrío divertida y le pide al camarero dos Paulaner. ¿Y sabes qué? Que la Paulaner se sirve en vaso de medio litro, ¡Por favor, voy a necesitar una cama pero ya!

—¿Por tu viaje? —dice alzando su vaso.

—Y para que esta noche sea inolvidable.

Nuestras copas chocan a destiempo y eso nos hace gracia, anda que estamos los dos ya para irnos a la cama. A la cama pero no para..., quiero decir, para dormir. Tú me entiendes, que yo ya no sé ni lo que digo. El caso, que bebemos y brindamos. Bueno, al revés, brindamos primero y luego bebemos. Ella cierra los ojos y da un largo trago a su cerveza dejándose caer hacia atrás, su trago esta vez es más largo incluso que el mío. Cuando acaba, se aparta el vaso y lo deja sobre la barra. Sonrío. Se ha dejado espuma en el labio.

—A ver —digo inclinándome sobre mi taburete, Dios, qué mareo—, no te muevas.

Ella cierra los ojos y yo poso con delicadeza mi pulgar en sus labios, están calientes al tacto y tiernos y suaves y apetecibles y me encantan. Intento despejar mi mente, centrémonos. Los acaricio y perfilo con la yema de mi dedo el borde de su labio superior. Un escalofrío me hace temblar. Parece que ella también siente lo mismo que yo porque la noto estremecerse. Pero no dice nada, ni yo tampoco.

Anna mantiene los ojos cerrados hasta que siente que termino de limpiarle y, para sorpresa suya, cuando los abre, sigo allí mismo, solo a unos centímetros de ella, observándola de cerca. No sé por qué. Sé que tengo que apartarme, que tengo que volver a mi sitio, pero no quiero, realmente no quiero hacerlo. Ella no dice nada y durante unos segundos solo nos miramos. No sé si son las cervezas o nosotros mismos, no lo sé, pero en aquel instante solo estamos ella y yo, y juro que no nos hace falta nadie más. Ella sonrío, tímida, y sus labios se separan ligeramente dejando entrever sus dientes. Y entonces lo noto, algo se enciende dentro de mí, en el estómago, algo que ruge, que me acelera el corazón, que no me deja respirar ni pensar y me despierta una sed horrible.

—Para mí ya es inolvidable, John —me susurra.

Su voz me desorienta, me deja oscuras. Me parece que dejo de escuchar la música, en mi mundo ahora solo estamos ella y yo, los dos, sin flashes, sin gente, sin novia.

Nuestras miradas siguen enredadas, adormecidas la una en la otra, en un duermevela infinito e invisible que nos arrastra el uno al otro. Lentamente se acerca. O lo hago yo, no lo sé. Pero solo

un poco. Un poco más. ¿Qué suena de fondo? No lo sé, solo sé que nos besamos. Que estoy flotando en alguna especie de nube, como en un sueño. Siento la calidez de sus labios sobre los míos. Su mano, que me acaricia tímida la cara y que, como si perdiera fuerza, se deja deslizar a lo largo de mi brazo para abrazar la mía. La encuentra. Nuestros dedos se entrelazan. Siento su respiración sobre la mía, la punta de su nariz. Se para. Abro los ojos. Ella los mantiene cerrados. Sigue allí, quieta, con los labios entreabiertos, juro por Dios que es preciosa, lo juro. Su boca sonrío un instante junto a la mía para luego volverse seria. Me busca y mi boca se deja encontrar. Un beso. Y luego otro. Y otro. Y otro más. Saboreo el sabor de la cerveza en su lengua. Me encanta. Y la respiración se acelera, muy poco a poco. Sus besos empiezan a embestir con fuerza. Nuestros dientes se rozan. Se ríe y yo con ella. Vuelve a besarme, esta vez atrapa mi labio entre sus dientes y suspira. Su mano escapa de la mía y me toma la cara. Me mira. Me vuelve loco. Con sus manos comienza a manejar el ritmo de los besos. Un poco más rápido. Más intensos. Más. ¿Qué está pasando? Me detengo. Abro los ojos. Ella sigue siendo preciosa pero ¿qué estamos haciendo? Ella también se detiene. Me mira. Se separa y me vuelve a mirar desde la distancia. Ya no hay nube, siento frío en mis venas. Miedo. ¿Dónde estoy?, Vuelve a aparecer la gente, el camarero, la música de fondo, suena una canción que no conozco y que no me gusta. Ya no huele a vainilla ni a coco.

—¿Te pasa algo? —me susurra apartando sus manos de mi cara.

Me aclaro la voz y miro a mi alrededor desorientado, ¿qué he hecho?

—¿John? —insiste.

La miro.

—No sé... —respondo con un malestar repentino en todo el cuerpo—, voy al baño un segundo.

—¿Pero estás bien?

No respondo. Me levanto de mi taburete y sin volver a mirar a Anna me ausento.

Cierro la puerta del cuarto de baño. La luz se enciende. Me dirijo al espejo y al mirar mi reflejo en él solo se me viene una imagen a la cabeza: Lucía.

Acabo de romper todas las promesas que le hice en Sevilla. He traicionado a la persona a la que amo y eso no me lo voy a perdonar nunca. Jamás.

Abro el grifo y bebo agua. Me enjuago las manos y me refresco la cara. No es suficiente, me siento sucio. Abro el grifo a tope y meto la cabeza bajo el chorro. El agua me corre helada por los hombros, y por la espalda. Lo cierro. Mi reflejo me escupe en la cara que he engañado a Lucía, a mi novia, que no he respondido sus mensajes, que me he olvidado por completo de ella, que me da igual cómo se sienta o cómo esté. He sido un egoísta cegado por mis sentimientos. Me escupe que soy un cabrón y la culpa me golpea la conciencia. Me deja sin aliento. Por un instante siento que no puedo respirar. Tengo ganas de vomitar. Cojo aire y me apoyo sobre el lavabo. Intento aclarar mis ideas. Solo han sido solo un par de besos, me repito a mí mismo, ¿Pero a quién quiero engañar, tío?, ¡Ojalá tan solo hubieran sido solo un par de besos! Y la culpa vuelve a embestirme de nuevo, esta vez con más fuerza. Doy una arcada que pone perdido todo el lavabo. Me aparto y con el pie levanto la taza del váter. Una segunda arcada me tira de rodillas al suelo. Me sujeto la cabeza con las manos y empiezo a llorar. Lo que me hace sentir la peor persona del mundo no es que me haya besado con ella joder, que le den a los besos, lo que me hace sentir la peor persona del mundo es lo que siento por ella. Solo un día con Anna ha hecho tambalearse toda una relación con Lucía. ¿Y si yo no estaba enamorado de Lucía?, ¡Vamos, tío, cállate, no digas tonterías! Yo a Lucía la quiero. Y punto. No hay nada más de qué hablar. Anna ha sido una equivocación y no

volverá a ocurrir, ¿entendido?

Escupo una vez más y me apoyo en la taza del váter para ponerme en pie. Estoy desorientado y me avergüenzo de mí, de verme así al mirarme una vez más en el espejo. Abro el grifo y me enjuago la boca. Luego vuelvo a echarme agua en la cara y en el pelo. La tontería de Anna ha llegado ya demasiado lejos. Solo me queda un día más aquí y en dos ya nos habremos olvidado de todo. Esto le pasa a todo el mundo. A todo el mundo, me repito. Solo hay que saber hasta dónde hay que llegar. Y esta vez se acabó.

## Capítulo 27

Saco el móvil del bolso y compruebo que lleva ya diez minutos allí dentro. ¿Estará bien? Vuelvo a mirar una vez más hacia la puerta del baño. ¿Pero qué estará haciendo allí dentro? La puerta no se abre. No sé si ir, ¿voy? No. No seas pesada, Anna, estará bien, ¿Qué le va a pasar? Me miro en el reflejo de la pantalla del móvil. Suspiro y me acomodo el pelo. Ya era hora de que me besara Dios, qué trabajito le ha costado. No lo entiendo, con lo a gusto que estamos juntos y encima me besa y se va, ¿Será por mí? Ay, deja de pensar tonterías, Anna. Vuelvo a desbloquear el móvil. Rachel me manda un Whatsapp.

—Tía, ¿dónde estás?

¿Cómo se llama este pub? Intento buscar el nombre por algún sitio pero no lo encuentro. No tengo ni idea.

—En un pub con John —contesto.

—Yo voy para casa con Mike.

No puedo evitar reírme, a ver si esta vez cumple el chico, ¡Anna! No pienses eso, pobre chico, con lo buena gente que es. Ya, pero luego a quien le da la lata Rachel es a mí. Vamos, como yo a ella con John. Menudas somos cuando nos da por algo.

—¿Tú vas a tardar mucho? —me escribe de nuevo.

—No sé.

Vuelvo a mirar hacia el baño, ¿Las que tardábamos no éramos nosotras?

—¿Cómo que no sabes?, ¿Pero te has liado ya con él o no?

—Sí.

Ella me adjunta el icono de las palmadas y el de los confetis.

—Por fin...

—Pero no sé, se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?, ¿A su casa?

—¿Cómo se va a ir a su cas...

Escucho abrirse la puerta del baño, John sale de él. Borro el mensaje y escribo uno nuevo

—Luego te cuento, chao.

Nerviosa apago la pantalla del móvil y lo guardo en el bolso. Cojo aire y lo suelto. Siento que el corazón se me acelera, relájate, Anna, que parece que tengas trece años. Me aclaro la voz y lo espero con una sonrisa. ¿Pero qué le ha pasado?

Llega a la barra con la cabeza, la camisa y los pantalones empapados. ¿Pero qué ha hecho este hombre en el servicio?

—¿John? —me levanto de mi asiento sin poder evitar reírme de sus pintas— ¿pero qué te ha pasado?, ¿Te has caído dentro del váter?

—¿Eh? —se mira desconcertado, como si no supiera lo que había pasado allí dentro— nada, que tenía calor y...

—¿Que tenías calor? —se me escapa una carcajada.

Me acerco a él y me pongo de puntillas para ponerle bien el cuello de la camisa. Él me aparta la cara, se aleja de mí. Me detengo frente a él y lo miro. Él no me devuelve la mirada, solo espera a que termine de colocarle la camisa. No entiendo nada.

—¿Te pasa algo, John? —le pregunto esta vez más seria.

—No —se precipita a contestar casi sin pensar, pero yo no me lo creo, le pasa algo.

Se aparta de mí y él mismo se coloca bien el cuello de su camisa. No sé qué hacer ni qué decirle ¿Por qué me ha quitado la cara?, ¿Y por qué me aparta?, ¿Le he hecho algo?

—¿Nos vamos? —me sorprende.

Yo miro nuestras dos cervezas casi sin empezar en la barra del pub y luego lo miro a él. Su mirada evita la mía. ¿Se puede saber qué le pasa?

—¿Pero te pas...

—Que no —me interrumpe— solo es... que estoy cansado, creo que he bebido demasiado por hoy.

Sus palabras me hacen sentir algo así como..., ¿decepción? no sé, impotencia, ¿Por qué se comporta así?, ¿Es que se arrepiente de haberme besado?, ¿Ya no está a gusto conmigo?

Me encojo de hombros y cojo mi bolso del taburete. Sin decirle nada me dirijo hacia la puerta. Él me sigue unos pasos más atrás.

Esta vez no hay ningún portero que nos abra la puerta ni que nos dé las buenas noches. Abro la puerta de mala gana y salimos. Fuera hace frío, mucho frío y el cielo gris amenaza lluvia. Parece que todo acababa de cambiar, todo, el cielo, John y la noche entera. Me mira y no me dice nada. Sin saber muy bien qué hacer comienzo a andar a lo largo de la calle Grafton. Él vacila un instante y luego se decide a seguirme calle abajo.

Puede parecer una tontería, pero esta vez no nos damos la mano, él las guarda en los bolsillos de su pantalón y yo camino cruzada de brazos intentando no helarme de frío. Caminamos uno al lado del otro pero como si no nos conociéramos de nada. Él mirando al frente y yo a mis pies. Sin conversación, como abatidos, aburridos, desganados, caminando sin rumbo, sin fuerza en nuestros pasos. Lo siento distinto, no lo reconozco. No me lo puedo creer. Si alguien nos hubiera visto hace un rato y nos volviera a ver ahora pensaría que somos dos personas distintas. Hace un rato corríamos entre la gente cogidos de la mano, sorteándolas, bailando incluso cuando no sonaba la música ¿y ahora? ahora parecemos dos desconocidos, como si alguien ¡chas! Hubiera cortado el vínculo, el cordón que nos unía el uno al otro. Lo juro. Lo miro mientras seguimos caminando a paso lento. Ensimismado, dejándose arrastrar por sus pies. Yo me detengo y lo observo seguir caminando. Unos pasos más adelante, él se detiene también y se gira ligeramente hacia a mí. Hace ademán de decir algo pero se queda callado. Yo ya no aguanto más.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —le digo de mala gana.

Parece que se piensa un instante qué responder.

—No me pasa nada, Anna.

—No, nada no —me enfado—, mírate.

Suspira resignado y me aparta la mirada. No quiere responder.

—John... —me acerco a él—, John mírame, por favor.

Me obedece. Yo me acerco a él.

—¿Por qué, John? —le pregunto en voz baja.

—¿Por qué, qué?

—¿Cómo que por qué, qué? Míranos, parecemos dos desconocidos, ¿Hola?, Soy Anna. ¿Qué te pasa? Parece que te hayan cambiado por otro en el baño.

—Anna, que no es eso...

—¿Qué pasa?, ¿Te arrepientes de haberme besado?

—¿Qué? —Se sorprende—, cómo voy a arrepentirme de haberte besado Anna... no digas

tont...

—¿Entonces qué es John? —Lo interrumpo—, ¿Qué te pasa?, ¿Por qué nos hemos ido del bar?, ¿Por qué ya no me coges de la mano?, ¿Por qué no eres ni si quiera capaz de mirarme cuando te hablo, John?

Entonces me mira un instante, aprieta la mandíbula y me vuelve a apartar la mirada.

—No querías besarme, ¿Es eso?

—Sí quería.

—Si no querías que nos besáramos no pasa nada —insisto—, dímelo y...

—Que sí quería besarte —dice esta vez elevando el tono— me moría de ganas por hacerlo, joder, ese es el problema.

—¿Cuál es el problema, John? —le pregunto elevando yo también el tono.

Coge aire y antes de hablar lo suelta todo casi desinflándose por completo.

—Tú no lo entiendes.

—Tú no quieres que yo lo entienda, John. ¿Cuál es el problema?, ¿Qué te pasa?

—Vámonos, Anna, por favor... —se gira para seguir caminando.

—¡John! —Insisto sin moverme del sitio—, ¿qué pasa, no puedes besarme?, ¿Dónde está el problema, ¿Tienes novia o algo?

\* \* \*

Aquella pregunta me deja sin aliento. Un escalofrío en la nuca me deja inmóvil. Ella lo sabe. Se queda en silencio y da un paso hacia mí.

—¿Tienes novia, John? —insiste esta vez bajando la voz.

Me giro hacia ella y la miro. Asiento arrepentido.

—Sí...

—Sí... —repite ella.

Sonríe de mala gana.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —me dice, su mirada atraviesa la mía, no puedo sostenérsela. Me siento como una mierda.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—No, no lo sé.

—Si tienes novia no puedes ir por ahí invitando a otras chicas a comer, John, ni a bailar ¡ni a nada!

—Ya lo sé...

—No, lo sabes no. ¡Has estado jugando con ella! —Me grita—, ¡Y conmigo!

—Eh, tranquila, Anna —empiezo a enfadarme yo también—, baja el tono, baja el tono.

¿Quién es ella para hablarme a mí así?, ¿Acaso cree que no es lo suficientemente difícil para mí?, ¿Qué no me siento culpable?

—¿Qué me tranquilice?

—Sí, tranquila, que tú tampoco es que me lo hayas puesto muy difícil, eh...

—¿Qué estás insinuando? —enarca las cejas.

—Insinúo que llevas tirándome los trastos desde que me conociste, Anna, no me culpes a mí de lo que ha pasado.

—Ah, qué yo también tengo la culpa, dices. Yo no tenía ni idea de que tuvieras novia. Eres tú

el que la has engañado.

—Anna, no quieras hacer que me sienta culpable ¿vale?, Además, a ti te da igual que yo tenga novia, a ti lo que te fastidia eres tú misma.

—Yo misma... ¿pero qué dices?

—Sí, lo que te jode es que te hayas hecho ilusiones conmigo —ella se ríe—, ¿qué te creías?, ¿Qué iba a ser para siempre? Esto no es más que un viaje.

—¿Que, qué? —Se enfada de verdad— mira niñato, tíos como tú los encuentro yo en cualquier discoteca, ¿te enteras?

—¿En cualquier discoteca?

—Sí, en cualquier discoteca.

Doy un paso adelante y me coloco justo en frente de ella.

—Entonces recházame.

—Vete a la mierda, John —se da media vuelta.

La tomo por el brazo y la obligo a darse la vuelta de nuevo. Su melena voltea en el aire y me mira desafiante.

—Recházame, vamos.

—¡Que me dejes! —intenta escapar de mí pero la vuelvo a coger con fuerza.

—¡Si eso es verdad, recházame!, ¡Dime que no querías besarme!, ¡Dime que me olvide de ti y me olvido, pero dímelo!

—¡Que me sueltes! —Forcejea pero no puede escaparse—, ¡John!

—¡Dímelo, Anna, recházame de una puta vez!

Y con todas sus fuerzas me abofetea la cara dejando toda la calle Grafton en silencio.

Tira del brazo con fuerza y se zafa de mí. La miro a los ojos. Está llorando.

—No vuelvas a hacer eso jamás —me amenaza—, ¿te enteras?, ¡Jamás!

No contesto. No soy capaz de mirarla a la cara. Ella se da media vuelta y haciendo sonar sus tacones se aleja de mí.

Su bofetón duele, pero no es lo que más me duele en este momento. Joder, hay tantas cosas de las que me arrepiento de haber dicho. La observo alejarse, ¿pero por qué?, ¿Cómo hemos podido llegar a esto? Yo no... yo no quería despedirme así de ella. Y todo por mi culpa, ¡Todo por mi puta culpa!

Me quito la chaqueta y la tiro al suelo con rabia. La vuelvo a coger y la tiro con más fuerza. El corazón me late con violencia, las venas se marcan en mis brazos. Tengo ganas de gritar y de llorar y de... le doy una patada a una papelera que la descuelgo de la farola. Una pareja que pasea se queda mirándome, inmóviles, asustados. Intento tranquilizarme ¿Dónde está Anna?, ¿Anna? La busco calle abajo pero los nervios me nublan la vista. Consigo verla a lo lejos.

—¡Anna! —grito.

Ella no me oye, o no quiere oírme, y sigue caminando decidida.

—¡Anna, por favor, vuelve!

Me llevo las manos a la cabeza. No puedo creérmelo ¿En serio? Esto no puede acabarse aquí, joder, no. Cojo la chaqueta del suelo y salgo a correr tras ella.

—¡Anna!

## Capítulo 28

Corro hacia Anna pero ella no se detiene.

—¡Anna, espera!

No me obedece.

—¡Lárgate, olvídate John! —me grita sin dejar de caminar.

Fatigado y con la respiración acelerada por la carrera consigo alcanzarla y me coloco justo delante de ella.

—Anna, por favor, escúchame —me apoyo en mis rodillas para recobrar el aliento.

—¿Quieres dejarme en paz? —nunca había visto a nadie tan cabreada.

Y sin decir nada más me pasa y sigue caminando con paso rápido. Vuelvo a incorporarme y voy tras ella.

—Anna... —intento alcanzarla pero ella no se deja.

—¿Qué he sido yo para ti, John? —Grita—, ¿Un error?

—Vamos, Anna, no digas eso —ella sigue unos pasos por delante de mí— tú no has sido ningún err...

—¡La típica guiri con la que pasar una noche! —Vuelve a gritar—, ¿Eso es lo que era, no?

Intento cogerla del brazo pero ella tira con fuerza y se deshace de mí.

—¡Que me dejes! —aumenta la velocidad de sus pasos.

—¡Anna, por favor! —la tomo de nuevo por la muñeca, ella se gira y me empuja con fuerza.

—¡Que no me toques, que te vayas!

La miro asustado, está descontrolada. Se da media vuelta y sigue caminando. La gente que aprovecha para fumar en las puertas de los bares nos observa en silencio ¿qué coño miran?

—Anna —vuelvo a seguirla una vez más—, creo que lo estás exagerando todo.

—¿Qué no entiendes cuando te hablo, John?

—¡Pero joder, escúchame!, ¿Tan malo he sido como para que no quieras ni escucharme?

Resopla y mira al cielo.

—¡Que te vayas! —y vuelve a retomar sus pasos.

Doy un último sprint y vuelvo a colocarme delante de ella. La tomo por los hombros y la obligo a que me mire. Está llorando. Y encima empieza a llover.

—¡No, no me voy a ir, Anna! —Ella forcejea e intenta librarse una vez más de mí pero no lo consigue, esta vez no pienso dejarla escapar— Escúchame primero y luego te vas si quieres. Por favor.

Toma aire y lo suelta. Se cruza de brazos e intenta aguantar sus lágrimas.

—¿Qué quieres? —dice seria.

—No has sido un error, ¿Vale? —Pone los ojos en blanco y me aparta la mirada, intenta deshacerse de mí y seguir caminando pero yo se lo vuelvo a impedir— eres lo mejor que me ha pasado en Dublín —ella se ríe, no me cree—, en Dublín y en mucho tiempo, Anna, de verdad y no me arrepiento de nada de lo que ha pasado, ¿me escuchas? De nada.

—¡Eh! —alguien detrás de mí grita algo en inglés que no entiendo, ni entiendo ni me importa, que le den.

—Anna, no quería perderme esta noche contigo... —al fin consigo que me mire a los ojos—

debí decírtelo antes, tienes razón y sé que me he portado mal contigo, Anna, lo sé y lo siento, joder, lo siento mucho, Pero solo quería pasar esta noche contigo... —intento recuperar el aliento, estoy exhausto— si no te lo dije antes es porque tenía miedo, ¿sabes? No sé, todo estaba bien, yo quería a mi novia, en tres días me iba y lo tenía todo claro... pero entonces apareciste tú y lo pusiste todo patas arriba. Tú no has sido un error, Anna, tú has sido un terremoto. Hace unos días estaba deseando de irme, lo juro, y ahora...

—Is it everything okey? (¿Está todo bien?) —le pregunta una voz masculina a Anna desde mi espalda.

—Get the fuck off! (¡Que te pires!) —le contesto yo al notas de mala gana, sin mirarlo, esperando en silencio a que lo haga.

El chico no dice nada. Anna le hace un gesto y le dice que está todo bien, que puede irse. Vacila unos segundos antes de que pueda escucharlo alejarse. Luego vuelvo a mirar a Anna, la lluvia empieza a apretar y el pelo empieza a pegársele en la cara.

—Perdóname, Anna —le tomo las manos—, yo solo quería estar contigo porque cuando estoy contigo me olvido de todo lo demás —me paso una mano por la cara para secarme el agua de la lluvia, tengo que hacer un esfuerzo por controlar mis emociones— Yo sól...

—¿Has terminado? —me interrumpe limpiándose las lágrimas con la palma de sus manos.

La miro ya sin fuerzas, abatido, nada de lo que le digo parece que sirva de nada.

—Sí, he terminado —asiento.

Me mira una última vez y, sin decir nada más, pasa por al lado mío para seguir su camino.

Yo la observo caminar de espaldas, esta vez no la sigo. Se aleja con paso lento a través de la lluvia que no calma su fuerza. El chico que se nos había acercado aún nos mira desde la acera, pero pronto va a resguardarse en el bar de donde había salido. Siento ganas de llorar.

—Anna... —la voz me tiembla, ella me ignora— Anna, ¿este es el final que habías imaginado para nosotros?

Se detiene.

—¿Así es como habías imaginado nuestra despedida?

Se gira y me mira con el rostro cubierto en lágrimas.

—¿Sabes qué pasa, John? —Me dice sin levantar la voz— que yo no me había imaginado ninguna despedida.

Aquella frase suya me tira de rodillas al suelo. Anna se me escapa definitivamente y yo no puedo hacer nada para evitarlo.

Ella sigue caminando, cada vez más lejos de mí. Yo de rodillas, sin fuerzas ya para luchar por ella. El agua empieza a mojarme la piel, la camisa se me pega al cuerpo y el pelo se deja vencer también poco a poco. Miro al suelo. Las gotas de agua disimulan mis lágrimas. Comienza a llover de verdad, con fuerza y ya no queda nadie en la calle. Anna apenas es ya un punto que acaba por desaparecer a lo largo de la infinita calle Grafton. Y yo me quedo solo, llorando en medio de la nada sin que a nadie más parezca importarle.

El agua traquetea incesable sobre las paredes de los edificios mientras camino hacia mi residencia. La ropa helada se pega sobre mi piel haciéndome tiritar. Cuando llego a la residencia, el vigilante no está en su garita, y puedo entrar sin tener que darle demasiadas explicaciones a nadie. Entro en el portal, las luces tintinean y se encienden. Subo las escaleras y mis pasos empapados dejan mi rastro a lo largo del rojo pasillo aterciopelado. Saco las llaves de mi bolsillo y abro la puerta. La casa me recibe con olor a soledad. No hay nadie, está oscura y triste, casi tanto como yo. Me dirijo al baño y cierro la puerta. El espejo me refleja empapado, con la

ropa ceñida al cuerpo. Destrozado y jodido. No sé cómo he llegado a esto, yo debería estar disfrutando de mi última noche en Dublín, con Anna. Y no aquí, solo. Me apoyo en el lavabo. No dejo de tiritar. Con ayuda de un pie me descalzo de un zapato y luego del otro. El suelo del cuarto de baño no tarda en encharcarse. Termino de quitarme la ropa y esta cae pesada a mis pies. El agua caliente que cae de la ducha me reconforta, me hace sentir bien, pero solo por un instante. Luego el corazón se me acelera al acordarme de Anna. Mi cabeza empieza a dar vueltas. Siento rabia, impotencia. Aprieto los puños, las venas comienzan a dibujarse en mis brazos. ¡Yo no quería que esto acabase así! Comienzo a golpear la pared con todas mis fuerzas. Un puñetazo y luego otro y otro. No puedo controlarme y sigo golpeándola hasta que los nudillos comienzan a sangrar. La rabia no me deja pensar ni respirar y me hace llorar. Le doy un último puñetazo y grito de dolor, no solo físico, me importa una mierda la gente y las horas que son, grito con todas mis fuerzas hasta desgarrarme la garganta. Un grito que acaba dejándome sin fuerzas en el suelo de la bañera. Me dejo caer sobre la pared y me abrazo a mis rodillas. Observo por un instante como la sangre de mis manos se diluye con el agua caliente de la ducha y se pierde entre los dedos de mis pies hasta el desagüe. Deseo con todas mis fuerzas poder volver atrás, cuando éramos felices o más atrás incluso cuando aún no conocía a Anna ¡Tomo hubiera sido mucho más fácil si no la hubiera conocido! Si aquella maldita noche yo no hubiera salido y ella nunca se me hubiese acercado. Pero eso ya no es posible, ya no puedo hacer como que no ha pasado nada porque su paso por mi vida lo ha destrozado todo. Yo solo quería estar con ella hasta el final y recordarla como alguien especial, no en medio de la calle, llorando y odiándome. Yo no quería hacerle daño a nadie y al final mira cómo hemos acabado todos.

## Capítulo 29

*Amanece en Sevilla.*

¿Sabes? Me jode que haya gente que no cuide a sus parejas, porque están ahí ocupando un sitio que en realidad está vacío. Yo nunca he sido de parejas y algunos pensarán, ¿tío de qué vas a hablar tú si las tías te duran dos días?, ¿Qué vas a saber tú del amor? Vale, eso es verdad, yo soy un analfabeto en el amor, sí, pero porque nunca he conocido a nadie que me guste lo suficiente como para quererla cuidar y no me gusta retener a nadie a mi lado si sé que no voy a darle lo que ella quiere. No sé, no soy un romántico pero tampoco soy un mentiroso.

Mira, a mí no me vengáis con cuentos, cuando uno conoce a alguien de verdad, a La chica o a El chico, lo sabe y punto. No es cuestión de “Ay, no sé, estamos conociéndonos, tal...” Cuando de verdad te gusta alguien lo sabes y ya está, no intentes engañarte, si dudas déjala, ir, será lo mejor para los dos.

Yo no sé cómo la gente sabe que está enamorada, yo sé cómo lo sé yo. Y lo sé porque cuando estoy con ella no me hace falta nadie más, no me hace falta conocer a ninguna otra chica, ella y yo, punto, aforo completo. Y eso era justo lo que me pasaba con Lucía.

*En ese mismo instante,  
en la misma cama.*

Siento caricias en mi espalda. Me gusta. Abro los ojos. El sol se cuele tímido por la ventana e ilumina la habitación pintando las paredes de vainilla. ¿Qué hora será? Sonríe. Las caricias siguen en mi espalda, suben como hormiguitas y bajan como una pequeña cascada de agua. Aunque me gustaría seguir con las cosquillitas, me doy la vuelta y encuentro a Lolo mirándome sobre un costado, con la cabeza apoyada en una mano.

—Buenos días —le digo con la voz ronca, qué vergüenza.

Él sonríe pero no dice nada, está ensimismado.

—¿En qué piensas? —Pregunto.

Él se encoje de hombros entreteniéndose ahora con uno de mis mechones de pelo.

—Venga, dímelo —insisto.

—No sé, no pensaba en nada.

—Ya, claro...

—Estaba pensando en el número veinticuatro.

¿En qué? Le frunzo el ceño.

—¿En el número veinticuatro? —le repito.

Él asiente. Yo no sé de lo que me habla.

—¿Y qué es veinticuatro?

—Veinticuatro son los lunares que tienes en la espalda.

¿En serio? Le doy un golpe cariñoso sin poder ocultarle una risa tonta.

—Estás fatal —le digo.

—Sí, ¿tú también lo crees, no?

—No es que lo crea, es que lo sé.

Él tuerce la boca y se coloca bocarriba. Suspira. Yo lo miro con cara de boba, sí ¿qué pasa? No sé, lo de los lunares me ha... dejado cara de boba.

—¿Sabes una cosa? —le digo, colocándome bocabajo apoyando los codos sobre la cama para mirarle.

—Sorpréndeme —dice cruzando sus manos sobre el pecho.

—Te hacía más duro.

—¿Más duro? —pregunta irguiendo la cabeza hacia mí.

—Sí —sonríó—, no te imaginaba contándole lunares a las chicas.

Se deja caer de nuevo sobre su almohada con una media sonrisa.

—En realidad solo te los he contado a ti.

—Ya —le doy un manotazo en la barriga que le hace encogerse—, eso les dirás a todas, ¿no? —Le digo divertida, él se ríe—, ¿ves? tú lo que quieres es llevarme al huerto, chavalín, que nos conocemos.

—Ya, eso también.

—Serás imbécil —lo busco de nuevo con mi mano para darle otro manotazo pero él me inmoviliza la mano.

—Oye, yo solo soy sincero, ¿Quién te lo ha dicho así tan abiertamente?

—¿Sincero? Eres un guarro.

Con la mano libre alcanzo un cojín y le golpeo con él en la cabeza.

Él se coloca encima de mí y me ase las muñecas con sus manos.

—¿Quieres acabar en el agua como ayer? —me amenaza.

—No lo flipes.

—¿Qué no?

Hace ademán de cogerme.

—¡No, no, Lolo, para!

Pataleo con fuerzas pero no puedo librarme de él y me acaba echando al hombro como a un cochino.

—¡Lolo, bájame de aquí!

—Tú has empezado —se dirige hacia la puerta.

—¡Lolo, no!, ¡Socorro!

—¡Shhh! —sesea y se queda quieto— que no son ni las ocho de la mañana, loca.

—¿Las ocho de la mañana? —Susurro— ¿pero cómo me despiertas a esta hora?

—¿Yo? Pero si te has despertado tú sol...

El muy tonto se gira sobre sí mismo para mirarme y me da un cabezazo contra el armario.

—¡Ah! —grito en un susurro rascándome la cabeza.

—Hostia, lo siento —me baja en seguida—, ¿estás bien?

Lo miro rascándome la cabeza y un ojo cerrado.

—Imbécil.

—Tú tienes la cabeza dura, no pasa nada.

—¿Te digo lo que tienes tú duro? —le contesto.

Él me mira con una mueca extraña en la cara ¡Hala!

—¡Que no seas mal pensado! —le doy con la mano— ¡La cara es lo que tienes duro!

—¡Pero si has sido tú! —dice volviéndose a tumbar en la cama.

—A ver, quita —le digo haciéndome hueco yo también en la cama.

Me tumbo en mi sitio y le doy la espalda a él.

—Anda, sigue con tus cosquillitas en la espalda.

—¡Já!

Me giro hacia él.

—¿Já, qué? —le amenazo.

—Que voy, que voy —carraspea.

Lo escucho acomodarse justo detrás de mí y después de unos segundos sus dedos vuelven a acariciar mi espalda. Se deslizan desde el cuello hasta los lumbares con el dorso de los dedos y vuelven a subir con la yema, suaves, dibujando círculos, espirales que poco a poco comienzan a conquistar también mis brazos y me erizan la piel. Suspiro. Tímidamente se deslizan por ellos, zigzagueando hasta mi hombro y bajando apresurados a lo largo del codo y el antebrazo hasta mis muñecas. Allí titubean nerviosos al encontrarse con mis manos y vuelven a subir. Yo me dejo hacer. Estoy a gusto. Empiezo a notar como mis músculos comienzan a destensarse. Me gusta, me relajan sus caricias. Y bueno, ¿por qué no? es solo un amigo, ¿no? Aunque quizá después de lo de anoche... No, seguro que fue el alcohol. Yo también la cagué. Además, Lolo nunca ha mostrado interés por mí. Quiero decir, no en especial, a él le gustan todas. ¿Con cuántas chicas lo he podido ver yo en el último año? No sé, con un montón. Es guapo, tiene parla..., normal. Pero no es de fiar. Es mi amigo sí, pero muy de fiar no es con las chicas, la verdad. Además, que yo tengo novio, uno que pasa de mí, sí, pero tengo.

Y sin darme cuenta, las yemas de sus dedos conquistan mis manos. Perfilando el dorso hasta llegar a la punta de mis dedos. Rodeándolas hasta volver de nuevo a mis muñecas. Me hace cosquillas. Sonríó y él puede escucharme. Sus dedos se reúnen ahora en la palma de mi mano y se abren en abanico abarcando la mía, cada dedo con su pareja. Me giro ligeramente sobre mí misma y me coloco bocarriba sin apartarle la mano. Al tacto son más ásperas que las mías y rudas, del trabajo supongo, son unas manos duras pero que se esfuerzan en acariciarme con delicadeza. Lo miro, él a mí no, está concentrado en nuestras manos, que juegan en el aire, ajenas a nosotros, como si no nos pertenecieran. Sonríó y yo también me quedo observándolas a contra luz del sol que cada vez entra con más fuerza por la ventana. Me recuerda a la canción de... ¿Colgando en tus manos? Pues igual. Como si estuviésemos rodando nuestro propio videoclip, sí, uno muy raro con Lolo a las ocho de la mañana.

## Capítulo 30

*—Anna... —intenta alcanzarme pero yo acelero el paso.*

*—¿Qué he sido yo para ti, John? —Grito sin poder controlar mis lágrimas— ¿Un error?*

*—Vamos Anna, no digas eso —intenta alcanzarme de nuevo— tú no has sido ningún err...*

*—¡La típica guiri con la que pasar una noche! —Vuelvo a gritarle— ¿Eso es lo que soy, no?*

*—¡Anna solo quería pasar esta noche contigo!*

*—¡Que me sueltas! —Forcejeo con él pero no puedo escapar— ¡John!*

*—¡Dímelo, Anna, recházame de una puta vez!*

*Consigo librarme de él y con todas mis fuerzas le cruzo la cara de un bofetón*

*que deja en silencio toda la calle Grafton.*

*—¿Este es el final que habías imaginado para nosotros? —pronuncia con la mirada rota por la lluvia.*

*—¿Anna? —una voz me saca de mis pensamientos.*

Despierto sobresaltada sobre el asiento del copiloto de una furgoneta. No sé dónde estoy. Miro desorientada a mí alrededor. A un lado Rob, conduciendo, al otro, por la ventanilla, el sol se refleja incluso a través de mis gafas de sol en el azul del mar. Cojo aire y lo suelto, no sé cuánto tiempo me he quedado dormida, pero aún seguimos camino de la playa en la furgoneta de Rob, que es la del grupo. Vuelvo a cerrar los ojos dejándome caer sobre mi asiento. Por un momento no sabía dónde me encontraba y si bien podría haber sido una pesadilla no lo era, era el momento en el que la felicidad se nos escapó de entre los dedos, justo en mitad de un beso. El momento en el que nuestra primavera portátil nos abandonó y el frío del invierno nos llevó por delante convirtiéndonos en dos desconocidos.

*—¿Anna, estás bien? —insiste Rob.*

*—Sí... —respondo colocando mis pies sobre el salpicadero.*

Me acomodo sobre mi asiento y vuelvo a perder la mirada a través de la ventanilla. Me siento extraña. Como si estos últimos días no hubieran existido nunca, como si acabara de despertarme después de dos días ¿Sabes? Como cuando estás en lo mejor de un sueño, que sientes que no sé, que vas a mil por hora, que nada puede contigo, que quieres más y que aunque sabes que es un sueño intentas agarrarte a él para no despertarte e intentas aguantar y aguantar hasta que entonces te despiertas y ... no sientes nada. Vacío. Menuda mierda. Te despiertas en medio de la nada, sin saber si lo que ha pasado era real o no. Porque los sueños no serán reales pero sus vacíos sí que lo son. Y aunque quieras volver a soñar no puedes hacerlo, por mucho que lo intentes no sirve de nada, aunque cierres los ojos y te empeñes en volver a soñar lo mismo, no puedes volver al punto donde lo dejaste, es imposible. El sueño se terminó. Y el mío lo había hecho antes de empezar si quiera.

*—¿Seguro? —insiste.*

*—Que sí —digo limpiándome con la palma de la mano las lágrimas que asoman bajo las gafas de sol.*

Desde la parte de atrás de la furgoneta podía escuchar a Steve y Lauren improvisando canciones junto a Rachel. Tienen montada una buena fiesta allí detrás, toda la que me falta a mí.

—¿Es por el tipo ese? —Piensa un instante—, ¿John?

—Estoy bien, Rob —lo miro y le sonrío, una sonrisa que no tarda en marchitarse entre mis labios.

Le aparto la mirada y vuelvo a apoyar la cabeza sobre mi asiento. Suspiro. No me apetecía en absoluto ir a la playa. En realidad no me apetecía en absoluto hacer nada.

—¡Anna! —grita Rachel asomando la cabeza por la pequeña ventanilla corrediza que unía la parte de atrás de la furgoneta con la cabina.

—Dime —me giro hacia ella, menos mal que las gafas de sol esconden mis ojos.

—Mira, ¿quieres escuchar una canción que te hemos preparado?

Me saca una sonrisa la muy tonta, a ver qué canción es.

—¿Pero la cantas tú? —le digo.

—No, yo voy a tocar esto que me han dado, que no sé lo que es —se encoje de hombros y me lo enseña por la ventanilla, me hace gracia, es una sonaja.

—A ver, chicos, como en los ensayos, eh —dice divertida volviéndome a hacer reír, lo dice como si llevaran ensañando toda una vida, ¿sabes?— un, dos... ¡un, dos, tres y...!

En cuanto Steve lanza los primeros acordes ya sé de qué canción se trata, Galway girl de P.S I love you, que Rachel sabe que me encanta. No tardo en emocionarme, las canciones que te gustan no se pueden escuchar cuando estás de bajón por favor, va en contra de la salud de las personas.

Esto no lo sabe nadie pero yo decidí terminar mis estudios en Irlanda porque me encantaba su música, en serio, me daban igual sus universidades, a mí lo que me gusta de Irlanda son sus costumbres, de siempre, su folclore me vuelve loca desde pequeña, que soñaba con ir algún día a uno de esos bares donde irlandeses con barba y sin vergüenza cantaban canciones como esa para declararse a las chicas ¿Y sabes cuál fue la primera canción que escuché cuando Rachel me llevó a uno de esos bares? Pues sí, Galway girl, la misma.

*Well, I took a stroll on the old long walk  
Of a day I-ay-I-ay  
I met a little girl and we stopped to talk  
Of a fine soft day I-ay-I-ay*

¿Y ahora por qué lloro? Vuelvo a girarme hacia mi asiento y me recuesto sobre él. Lauren sigue cantando imitando aquella voz ronca irlandesa que tanto me gusta. Yo me precipito a limpiarme las lágrimas, no quiero que me vean así. Quito los pies del salpicadero y me abrazo a mis rodillas. Siempre soñé con que un irlandés se me declarara con una canción y al final he sido yo quien ha acabado haciéndolo desde un escenario. Y para nada por cierto, no ha servido nada.

—Anna —siento la mano de Rob acariciándome la nuca.

Lo miro. Cierra la ventanilla, aunque los de atrás siguen con su fiesta, y vuelve a acariciarme la nuca.

—¿Qué te pasa?, ¿Es que ya se ha tenido que ir ese tal John?

No contesto, prefiero esperar a que se me quite el nudo de la garganta.

—¿Tan fuerte te ha dado, Anna? —insiste, y yo qué sé cómo me ha dado, es lo que siento y ya está, por Dios, qué tontería ¿cómo se mide cómo de fuerte te da por una persona? Cojo aire y lo suelto.

Me encojo de hombros y vuelvo a limpiarme las lágrimas.

—Ya sabías que se tendría que ir, no sé por qué estás así —hace una mueca con la boca—

además, si solo han sido un par de días, ¿no?

—Que no se ha ido, se va hoy creo —resoplo— y estoy así porque ayer discutimos y nos dijimos cosas que... no deberíamos habernos dicho.

—¿Y qué más da lo que os dijerais? si no os vais a volver a ver.

—¡Pues ese es el problema, Rob! —le grito.

Él me mira asustado. Vale, me he colado. Relájate, Anna.

—Perdóname... —me disculpo colocándome las gafas en la cabeza.

Abro la guantera y saco de ella papel para sonarme la nariz. ¿Es que no se da cuenta de que eso es lo que me duele? Que no lo volveré a ver nunca más.

—Joder, Anna, solo es un tío... —dice entre dientes.

—No es solo un tío.

Él me mira sorprendido, creo que eso le ha molestado, seguro que ahora empieza con la misma cantinela de siempre, ya verás.

—Vamos, no me jodas —se ríe—, no me digas que te has enamorado del españolito ese.

No contesto. Me cruzo de brazos y miro por la ventanilla.

—¿Anna? —me mira.

—Que no me he enamorado de nadie, ¿quieres mirar a la carretera?

—Lo flipo —resopla, yo también resoplo—, no te había visto así por un tío en la vida — protesta—, ni tan si quiera por mí.

Lo sabía, pongo los ojos en blanco, estaba deseando soltarlo.

—¿Ya está?, ¿Ya estás contento, no? Ya lo has soltado.

Me mira molesto.

—No, contento no, Anna, joder es qu...

—Venga, saca otra vez el tema de lo nuestro —insisto de mala gana.

Resoplo, hoy no va a ser mi mejor día ni de lejos.

—Pero me molesta que estés así por un tío que ni conoces y a mí...

—¿Y a ti qué? —le interrumpo.

—Y a mí me olvidaras tan rápido.

—¿Y qué sabrás tú del tiempo que tardé yo en olvidarte, Rob?

—Pues quizás porque somos compañeros del mismo grupo y no te he visto así nunca ¿puede ser?

Chasqueo la lengua.

—Rob, en serio, hoy no me apetece discutir —sentencio desganada.

—Vale.

Nos quedamos en silencio. Él no tiene culpa de nada y ahora me siento mal por haberle hablado así pero es que tío, ¿para qué me saca otra vez el tema? Lo nuestro se terminó hace un año ¿Por qué tiene que revolver nada? Además, él ya ha estado con otras chicas ¿es que no puede dejarme a mí en paz? Otra vez tengo ganas de llorar, de verdad, hoy no sé ni por qué he salido de casa. Me seco los ojos con el pañuelo.

—Vamos —vuelve a arremeter, parece que no se cansa de discutir—, acabas de demostrarme que de mí no estabas enamorada.

Suspiro.

—¿Qué sabrás tú lo que es estar enamorado? —le contesto girándome hacia él.

—Quizás algo sí que sé... —me mira—, ¿no, Anna?

Lo miro, esta vez no me seco las lágrimas de los ojos.

—¿Eso es lo que le cuentas a todas con las que te lías después de los conciertos o es que yo soy especial?

Bufa y se ríe contrariado.

—No vayas por ahí...

—Sí, sí voy por ahí ¿y sabes por qué? —me mira en silencio— porque no me dio tiempo a olvidarte cuando tú ya estabas liándote con otra.

Mira a la carretera fijamente y aprieta la mandíbula, pero no dice nada. En la parte de atrás se ha detenido la música, solo se escucha el motor revolucionado de la furgoneta.

—¿Quieres que te sea sincera, Rob?

Él carraspea y se retuerce sobre su asiento. Vacila un instante antes de mirarme.

—Yo pensaba que sí que había estado enamorada de ti, ¿Sabes? —trago saliva— pero esto que siento por John no lo he sentido nunca por nadie.

## Capítulo 31

*Ya ha amanecido,  
Dublín.*

Y de repente, alguien empieza a darme de tortas en la cara. No me da tiempo a reaccionar, me cubro como puedo e intento abrir los ojos pero la luz del sol me ciega.

—Vamos, tío, despierta —escucho la voz de Mike.

Intento abrir los ojos de nuevo y consigo enfocarlo encima mía sin dejar de darme cachetadas en la cara para despertarme.

—¡Eh, eh, tío, para! —Protesto—, ¿Pero qué coño haces? —le digo inmovilizándole las manos.

Me esfuerzo por abrir los ojos, veo borroso. Mike se ríe divertido pero a mí no me hace gracia ninguna. Le suelto las muñecas de mala gana y me dejo caer de nuevo sobre mi almohada.

—¿Se puede saber por qué me despiertas así? —resoplo, me duele la cabeza.

Me duele todo el cuerpo en realidad y este no tiene otra cosa que hacer que despertarme a guantazos.

—Es que no había forma de despertarte —dice quitándose de encima de mí—. te trae frito no dormir siesta, eh.

Me hace gracia, ya estamos con los tópicos, pues sí, mira, echo de menos echarme una siestecita en el sofá de casa con la tele puesta de fondo pero no, no es eso lo que me tiene frito precisamente.

Me desperezo y me llevo las manos a la cara, qué mal cuerpo tengo, Dios. Siento que me arde la mano derecha, me escuecen los nudillos. Con la mano izquierda me los acaricio y no puedo evitar gemir de dolor ¿Qué me ha pasado en la mano? Abro los ojos y observo que la mano derecha y el antebrazo tienen restos de sangre seca. Los nudillos están en carne viva. Me duelen.

—¿Y eso? —Se estremece Mike sentado sobre el escritorio que también se ha dado cuenta de mis heridas—, ¿qué te ha pasado en la mano?

—No sé... —digo recostándome sobre el cabecero.

—¿Te peleaste ayer con alguien o qué?

—No —le respondo sin querer dar más explicaciones—, ¿Tío y tú cómo has entrado? —caigo en que él no tiene llaves de casa ni nada, ¿Qué hace aquí?

—Por la ventana.

Lo miro sin saber qué decir. Él sonríe orgulloso. No me lo creo, no ha podido entrar por la ventana. Miro hacia ella y la descubro abierta ¿Cómo ha podido entrar por la ventana?, ¿No lo ha visto nadie?

—¿En serio?

—Sí.

Sigo sin creérmelo pero no tengo ganas de discutir, me duele demasiado la cabeza. Me levanto de la cama y tengo que apoyarme rápidamente sobre la pared porque toda la habitación comienza a darme vueltas.

—¿Estás bien? —me pregunta acercándose hacia mí.

—Sí, sí —miento cerrando los ojos esperando a que se me pase—, tranquilo.

Algo mareado me dirijo al cuarto de baño. Enciendo la luz, que tintinea antes de encenderse, y descubro también restos de sangre en el suelo. Y también en los bordes de la ducha. Resoplo, la que he liado ¿Pero qué locura me entró ayer?

Levanto la tapa del váter y orino. La verdad es que tengo una buena herida en la mano, espero no haberme roto nada. La cierro y la abro, me duele, pero parece que puedo moverla sin problemas. Cuando termino de orinar vuelvo a mi cuarto y pillo a Mike concentrado en liarse un pitillo.

—¿Y qué haces aquí? —Le digo volviéndome a sentar sobre mi cama— ¿No deberías estar despertándote con la pelirroja? —por cierto, no tengo ni idea de qué horas son.

Por el sol intuyo que muy temprano no debe ser, más bien media mañana o así. No tengo ni idea pero tampoco me importa demasiado.

—Debería —contesta pasando la lengua por el papel—, ¿y tú con Anna?

Escuchar su nombre me duele más que la herida de la mano. No digo nada, no me apetece hablar de lo que pasó ayer. Solo me apetece irme ya de aquí.

—¿Qué pasó? —insiste, parece que intuye que pasó algo.

Me encojo de hombros, ni yo mismo sé lo que nos pasó en realidad.

Con la mano izquierda me aprieto con fuerza los nudillos de la mano derecha. Por un instante el dolor me anestesia y no me deja pensar, eso me alivia.

—Bueno, ¿es lo que querías, no? Que no pasara nada entre vosotros —me dice.

No sé qué decir.

—Supongo que sí..., ¿Cómo sabes que pasó algo?

—Porque yo estaba ayer con Rachel cuando Anna llegó a casa.

Lo miro con cierto miedo a lo que pueda contarme.

—¿Y cómo estaba ella?

—*Buah...* —*me dejo caer sobre la cama esforzándome por recuperar el aliento.*

*Rachel se deja caer también sin fuerzas a mi lado. La miro exhausto. Sus pechos suben y bajan acelerados al ritmo de su respiración. Siento la boca seca. Ahora sí que me apetece un cigarro. O un pitillo mejor. Un pitillo sería perfecto. Me giro sobre mí mismo y apoyo mi cabeza en una mano para mirarla. Ella también me mira. Joder, está buenísima.*

—¿Qué? —Le digo—, ¿ha estado bien, eh? Ya te lo avisé, un pura sangre español.

*Ella se ríe divertida, aún está intentando recuperarse. Ha sido bestial.*

—¿Sabes qué me apetece ahora? —me dice ella mirándome con aquellos ojos suyos que tanto me ponen, en serio, me mira y ya me entran ganas de echarle otro.

*Yo me encojo de hombros.*

—Un cigarro —se ríe.

—¿Quieres un cigarro? — ¿pero fuma?

—Pero uno de los tuyos... —me mira risueña—, ya sabes.

*¿En serio me está diciendo de fumarnos un piti a medias? No puede ser verdad.*

—¿Un pitillo? —Le digo casi sin creérmelo— ¿Un porro?, ¿Quieres fumarte un porro conmigo?

—Sí —se ríe divertida—, nunca me he fumado uno..., ¿me enseñas?

*Y sin que tenga que decirme nada más me levanto de la cama y me pongo a buscar mis pantalones entre toda la ropa del suelo. Los cojo y rebusco en los bolsillos hasta encontrar mi cartera. Una guiri de diez pidiéndome que la enseñe a fumar un porro después de haber echado*

*el polvo de mi vida, esto no me puede estar pasando. He tenido que ser muy bueno en mi otra vida, muy pero que muy bueno. Gracias, Señor.*

*Me siento sobre la cama y ella se incorpora también justo delante de mí, desnuda, con sus kilométricas piernas entrelazadas. Yo comienzo a liarle el porro sin que ella me quite ojo de encima. Yo la miro también y ella se ríe nerviosa. Me hace gracia. Cuando consigo terminarlo lo enciendo con una larga calada. Luego suelto el aire lentamente dejando que el humo nos envuelva a los dos y se lo paso a ella que lo coge nerviosa entre sus dedos. Al cogerlo se pone seria y lo observa detenidamente.*

*—No sé si... —dice dudando un instante.*

*—Shh... —seseó acercándole el pitillo—, tienes que chupar.*

*—¿Chupar? —Pregunta—, ¿no es como fumar normal?*

*—Sí, pero con fuerza.*

*Parece que se decide.*

*—¿No me pasará nada, no? —vuelve a dudar antes de hacerlo.*

*—No, confía en mí.*

*Me mira fijamente y sonríe. Coge aire y lo suelta, parece que se esté concentrando. Se coloca el cigarro entre los labios y se queda pensativa un instante, luego le da una calada, una interminable chupada que hace que el pitillo se encienda iluminando su rostro en la oscuridad. Sus ojos iluminados por la tímida llama del cigarro me vuelve loco y el sonido que hace la hierba al consumirse termina de encantarme. Cuando acaba de chupar, el cigarro vuelve a apagarse. Ella retiene el humo en los pulmones, cierra los ojos y aspira con fuerza, yo me quedo mirándola sorprendido, está loca, si es la primera vez que de verdad prueba la marihuana, le va a dar muy fuerte en la cabeza, ya verás. Entonces abre los ojos y me besa. Al separarnos suelta el aire lentamente sobre mis labios, me pone, me pone muchísimo. Y el humo vuelve a envolvernos en una nube.*

*—Ah... —protesta llevándose una mano a un lado de la cabeza—, me ha dado una punzada.*

*Me río. Ella vuelve a quejarse cerrando los ojos con fuerza.*

*—Normal —ella me mira entreabriendo un solo ojo, va a tener dolor de cabeza para rato— le has dado una calad... —y sin dejarme acabar la frase me besa con ganas.*

*—Te toca —dice pasándome el porro.*

*Sin llegar a cogerlo fumo de su mano, una calada profunda que consume gran parte del pitillo y que hace arder la hierba iluminándonos de nuevo los ojos. Retengo el aire unos segundos y me acerco a ella para besarla. Y la beso. Cuando ella se separa se queda a unos centímetros de mi boca, observándola, esperando a que le suelte el humo sobre sus labios. Cuando de repente nos sobrecogemos al escuchar abrirse la puerta de casa. Ella se precipita a airear el cuarto con sus manos y me pasa el porro.*

*—¡Apaga eso! —Me susurra levantándose de la cama—, ¡es Anna!*

*No me da tiempo de reaccionar cuando vuelve a exigirme que me levante y haga algo con el porro.*

*—¿Pero qué pasa? —le pregunto levantándome asustado de la cama.*

*—Que no le gusta que fumen en casa ¡y menos eso! —Abre la ventana—, tirallo —dice aireando el cuarto esta vez con las cortinas.*

*—¿Qué lo tire? —La miro—, pero tía qué dices, si solo le hemos dado...*

*Me quita el porro de entre los dedos y lo tira por la ventana.*

*—...dos caladas.*

—Shhh —me manda a callar y se queda en silencio, yo no entiendo nada.

Se escuchan pasos subiendo la escalera, pasos lentos y pesados. Rachel me mira con el ceño fruncido.

—¿Viene sola? —me pregunta en voz baja.

Yo me encojo de hombros y ella aprovecha para pegar su oreja a la puerta. Los pasos terminan de subir la escalera y pasan justo por delante de nuestra habitación sin detenerse.

—¿No viene con tu amigo?

—No lo s...

—Shhh —me interrumpe, ¿pero si me manda a callar entonces para qué me pregunta nada? No lo entiendo. Suspiro, mujeres. Joder, con lo bien que estábamos fumándonos un piti a pachas.

Desde nuestro cuarto escuchamos cerrarse una puerta. Rachel se acerca a mí pensativa.

—Qué raro..., ha venido sola.

No sé si sabe que John tiene novia, pero yo prefiero no decirle nada, al final el sevillano sí que es un tío de palabra, no lo entiendo con lo buena que está también la rubia, ¡Si es que están buenas todas, macho!

—¿Has escuchado eso? —me dice con los ojos bien abiertos, yo no he escuchado nada.

Silencio. Ahora sí parece que escucho algo. Parece que es... un llanto, ¿Anna está llorando? Sí, se le escucha sollozar a lo lejos.

—¿Está llorando? —Busca en el suelo sus bragas y se las pone— no salgas de aquí —me dice terminándose de poner una camiseta.

—Per... —antes de que pueda terminar de hablar ella sale de la habitación y encaja la puerta a sus espaldas.

Yo me apresuro a buscar de nuevo mi pantalón entre todo el alboroto del suelo y me lo pongo.

—¡Anna! —Escucho al final del pasillo—, ¿Pero qué te ha pasado?, ¡Estás empapada!

Yo me asomo al pasillo y escucho a Anna llorar con fuerza. Rachel intenta consolarla ¿pero por qué llora?, ¿Qué le ha pasado?

—Anna, tranquilízate... —le susurra Rachel—, ¿qué te ha pasado?

—John... —dice ella sin dejar de llorar.

Se me detiene la respiración, ¿Es que le ha pasado algo a John?

Salgo de la habitación y me dirijo al baño que es donde están ellas mientras termino de ponerme mi camiseta. Anna está sentada en el váter, chorreando, con la ropa pegada al cuerpo y los pelos en la cara. Rachel de rodillas frente a ella cogiéndole las manos. Cuando entro, Anna me mira con el rostro roto en lágrimas. Rachel se gira y también me mira.

—¿Le ha pasado algo a John? —le pregunto sin saber si quiero escuchar lo que vaya a decir.

Anna intenta calmarse y se limpia las lágrimas. Luego niega con la cabeza y yo respiro tranquilo, ¿entonces por qué llora así?

—Hemos discutido —dice con el llanto entrecortado—, me ha dicho que yo solo era una más, que qué me pensaba, que no tenía por qué haberme hecho ilusiones, que esto era solo un viaje y yo una más con la que pasar el rato...

La miro, no puedo creer que John le haya dicho todo eso, ¿en serio?

—Se vuelve a España con su novia y —le cuesta hablar— dice que la culpa de habernos besado es mía ¡Soy una estúpida, Rachel!

—Tú no eres ninguna estúpida, cielo —le dice Rachel.

—¡Lo soy! —Grita impotente— por haberme imaginado que era distinto, por haber pensado que funcionaría, ¿sabes? He sido tan tonta, Rachel, tan tonta que hasta me había imaginado de vacaciones en España.

Anna grita y vuelve a llorar. Rachel la abraza. Nunca había visto a nadie llorar de aquella manera ¿Es posible que le doliera tanto?, ¿Puede de verdad sentir algo tan fuerte por John?

—¿Por qué me ha ocultado que tenía novia, Rachel?, ¿Qué es lo que quería, jugar conmigo? No le bastaba con una, ¿no? —entre llanto y llanto le sale una risa— Y encima pretende culparme a mí el muy capullo, ¡Qué la culpa es mía, que llevo insinuándome desde que lo conocí!, ¡Encima, llamándome puta en toda mi cara!, ¿Cómo he podido pensar que era especial, Rachel?, ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Me cubro la cara con las manos. Tengo ganas de gritar.

—¿En serio dijo eso? —pregunto incrédulo a Mike.

—Sí —se aclara la voz.

—¿Y tú no le dijiste nada, tío?

—¿Qué le iba a decir, macho? Yo qué sabía lo que tú le habías dicho con la paranoia que te traías con tu novia.

Cojo aire y lo suelto, estoy empezando a ponerme nervioso.

Un sentimiento de culpa vuelve a castigarme el estómago con fuerza.

—Yo no sé qué pájara te ha entrado con ella —lo miro—, En serio, o sea, ¿conoces a una piba, empiezas a tontear con ella y al día siguiente le montas todo este lío? Joder, si sabes que no puedes hacer nada no le des juego.

—¡Pero que todo eso que ha dicho es mentira! —me incorporo sobre la cama—, yo no le he dicho nada de eso.

—¿Entonces?

—Yo qué sé, tío, solo nos besamos, ¿vale?... yo me rallé y le dije que no deberíamos besarnos, que yo tenía novia y que me iba en un día, que era mejor que lo dejáramos así. Punto.

—Joder, tío, pero si sabes que no puedes besarla, ¿para qué la besas?

¡Eso digo yo, para qué hago nada!

—Yo qué sé, tío... —me dejo caer sobre la cama—, estoy hecho un lío.

Intento poner en orden mis pensamientos pero ahora mismo me es imposible, mi cabeza es una tormenta de arena, no puedo pensar nada con claridad.

—¿Sabes qué pasa, Mike? —Le digo volviéndome a incorporar— sé que suena exagerado, tío, que no tiene ni pies ni cabeza, que no hay por dónde cogerlo, lo sé, pero ¿sabes una cosa? —Él me mira expectante— Creo que me he enamorado de ella.

Y juro que nunca en la vida había sentido mayor alivio que al soltar una verdad como aquella.

Mike se ríe.

—¿Qué pasa?, ¿No te lo crees, no? —Le digo—, vale.

—No, no es eso...

—No, sí yo tampoco lo entiendo, tío, no te preocupes, pero como tú dijiste: hay cosas que no son de entender, que son de sentir. Y yo siento que me muero por ella, siento que yo qué sé, que no quiero irme, que me da igual Sevilla, mi familia, mi novia y que me da igual todo, solo quiero estar con ella y ya está. Y me jode, me jode que haya sido así, todo tan rápido y que hayamos acabado tan mal, es que no lo entiendo. No lo entiendo pero lo siento, te juro que lo siento.

Mike vuelve a sonreír encendiéndose el pitillo que se le había apagado.

—Bah, tío —desisto—, me estoy volviendo loco y ya está, no lo puedo explicar.

—Tienes razón —dice—, te estás volviendo loco.

Me río, ¿ves? No tiene ni idea.

—Pero te entiendo, yo también sentí eso una vez.

Vuelvo a sonreír contrariado.

—Ya, claro... —contesto, él no dice nada.

Lo miro fijamente, se ha puesto serio.

—¿Y qué? —le pregunto.

—Sé cómo es eso —me mira también—, es una puta locura... —echa el humo y pierde la mirada en él— cuando te enamoras así, el resto de amores son solo calderilla.

Yo asiento ensimismado. Pero no, joder, lo que yo siento por Lucía no es calderilla ¿cómo va a ser calderilla?

—¿Y qué pasa con mi novia? —Le pregunto—, ¿Es que no estoy enamorado de ella?

Mike le da una profunda calada a su pitillo y después de aguantar el humo en su interior lo expulsa lentamente.

—Mira, John, hay personas con las que nacemos conectadas... —me río, creo que el porro se le ha subido ya a la cabeza—, en serio —insiste—, tío, hay un amor que es el amor de nuestra vida. Uno que todos tenemos, uno que si te preguntaran: ¿cuál fue el amor de tu vida? Tú responderías sin pensarlo: este. Y ya está, no puedes elegirlo, o sea, tú puedes decir yo quiero que el amor de mi vida sea tal, pues ya está, muy bien, tú puedes decir misa, pero el amor de tu vida tú no puedes elegirlo, es como si nacieras ya con él.

—Tío, me parece que se nos está yendo ya la cabeza a los dos, por favor, Mike —me masajeo las sienes un instante—, ¿Quieres decirme cómo va a ser una noruega, que vive en Dublín y a la que conocí de casualidad en una discoteca el otro día, el amor de mi vida?, ¡Que no tiene sentido, tío, joder! ¡Que esto es una tontería que me ha entrado a mí y punto!

—¡Pero si acabas de decirme que te has enamorado, macho!

—¡Porque me estoy volviendo loco, Mike! —me levanto de la cama—, ¡ya no sé ni lo que siento ni lo que pienso ni lo que digo ni nada!

—Es que uno no elige al amor de su vida, ya te lo he dicho.

—Ya, claro —empiezo a dar paseos inquietos por la habitación—, entonces ¿si a mí no me hubieran dado la beca para venir aquí a estudiar, no hubiera conocido nunca al amor de mi vida?, ¿Esa es tu teoría?, ¿Qué pasa, me quedo sin conocer al amor de mi vida por una beca? —me río yo mismo, es que suena absurdo.

—Puede ser —insiste—, ¿y si la beca era solo la excusa para conocerla?

—Tío, no me jodas —le doy la espalda y me acerco a la ventana—, esa mierda te está dejando fatal.

¿La beca una excusa?, ¿Pero estamos locos o qué? La vida sucede y punto, no hay nada escrito, no hay un camino ni unas escrituras ni nada.

—A ver, dime —me giro hacia él para mirarlo— ¿Qué pasó con tu gran amor?

—Se fue a la mierda —responde—, Creo que yo lo conocí demasiado pronto y se nos acabó yendo de las manos.

—Ah, tu gran amor y acabó yéndose a la mierda, ¿Qué sentido tiene eso, Mike?, ¿El gran amor no debería ser eterno?

—Los amores así suelen estar condenados al fracaso, John. No se puede querer así, tío, con

tanta fuerza, eso no es sano, acabas mal del coco —dice convencido—. O eres capaz de controlarlo o la pasión al final acaba llevándose todo por delante. Todo, eh, la pasión es preciosa pero lo puede destruir todo en un segundo.

Lo miro sin saber qué decirle, me estoy poniendo ya nervioso con tantos amores de por medio y tanta pasión. El corazón se me empieza a acelerar. Necesito soltar adrenalina.

—¿Y cómo sabes que era tu gran amor?

—Porque eso se sabe —contesta—, nunca he vuelto a sentir lo mismo por nadie.

—¿Nunca?

—Nunca —dice—, eso pasa una sola vez en la vida. Una y punto.

Yo estoy convencido de que el amor de mi vida es Lucía, que es con la que llevo ya ¿cuántos años? Yo qué sé, además, que no, Anna es un capricho, cuando me vaya, en un par de días, se me habrá pasado la tontería, seguro. ¿Pero y si no?, ¿Y si estoy dejando escapar a ese gran amor del que habla Mike?

—Mira, te voy a decir una cosa —le da una última calada al pitillo antes de decidirse a apagarlo—; esa chica siente algo muy gordo por ti, créeme, yo ayer sé lo que vi. Y te digo; si es solo un capricho pasajero ni te levantes de la cama. Coge tu avión y aquí no ha pasado nada, no la lías más —se mantiene en silencio un instante—, pero si no lo es, si de verdad sientes lo que dices, entonces levanta tu culo y ve a buscarla, ve a buscarla, ¿me oyes? La coges y le dices lo que tengas que decirle, que le den al resto, es cosa de dos, los que no lo entienden son ellos.

—Qué fácil lo ves... —gruño.

—Es más fácil ahora que cuando te des cuenta dentro de cinco años y no sepas si quiera dónde está para decirle lo que un día no fuiste capaz de hacer.

Me acaricio la cara con mis manos. Cojo aire y lo suelto. Necesito digerir todo esto, ahora mismo ni pienso ni siento con claridad, se me está reventando el cerebro, lo juro, veo Lucías y Annas por todos lados.

—Pero si yo no sé ni dónde está ahora —le digo—, creo que se iba a la playa con su grupo o algo así, además, no creo que quiera verme después de lo de ayer.

—Está en Portmarnock —me dice.

Lo miro. Me hace dudar una vez más. Cierro los ojos. Los abro. Cojo aire.

—¿Y cómo voy hasta allí? Mi avión sale a las ocho de la tarde, tengo que estar en el aeropuerto a las seis, no me va a dar tiempo de ir y volver.

Mike se encoge de hombros.

—Tú sabrás lo que sientes.

## Capítulo 32

—Shh... —sesea Lucía unos pasos por detrás de mí—, espera —susurra.

Yo me giro antes de decidirme a bajar la escalera hacia la planta baja. Ella se detiene justo frente la puerta de mi habitación con una risa tonta que no puede controlar y que yo no entiendo.

—¿Qué pasa? —le susurro yo también, aún es temprano y todos, menos ella y yo, siguen durmiendo.

Se tapa la boca con una mano y aguantándose una risa me hace un gesto para que me acerque. Lo hago, no sé qué quiere.

—¿Tú crees que habrán hecho algo? —me dice en voz baja mirando de reojo a mi habitación.

Me encojo de hombros, la verdad es que espero que haya tenido más suerte que yo.

—Vamos a ver —dice divertida acariciando el pomo de la puerta con una mano.

—¿Pero qué más te da? —digo apartándole la mano del pomo.

—¿Shh! —me la aparta ella a mí.

—Pero mira que eres cotilla.

—¿Tú no quieres saberlo? —me pregunta.

—No —la miro pensativo, ¿Debería?

—Pues tú no mires —se vuelve a reír—, Shh..., no hagas ruido.

—Qué petarda eres... —me cruzo de brazos.

Coge aire y se vuelve más seria. Parece que cuenta mentalmente antes de decidirse a abrir. Uno, dos y comienza a girar el pomo lentamente intentando no hacer ruido. Y lo consigue, pero las bisagras la delatan, que crujen en cuanto la puerta se mueve. Ella se queda paralizada sin saber qué hacer. Me mira con la cara en tensión. Yo le enarco las cejas. Ella me devuelve un gesto de: seguro que no se han enterado, y sigue abriendo la puerta lentamente hasta que calcula que puede introducir la cabeza. Me aparta y se asoma a hurtadillas.

—¡Hala! —susurra.

—¿Qué pasa? —le digo, sin querer asomarme.

Pero ella no contesta y yo no puedo aguantarme las ganas y también me asomo por encima de su cabeza. Lo primero que veo es la ropa de los dos sobre mi silla. Luego, sobre mi cama, los encuentro durmiendo con las sábanas revueltas; él bocarriba y ella a su lado con un brazo y una pierna por encima. Él con unos bóxer negros y ella... ella solo con unas braguitas blancas. Trago saliva, no lleva sujetad...

—¡Oye! —me empuja Lucía sacándome la cabeza del cuarto.

—¿Qué pasa? —disimulo, aunque sé que me ha catado.

Cierra la puerta con cuidado.

—No le mires las tetas a mi amiga —me dice con tonito.

—¿Yo?

—Sí, tú —se sorprende o se enfada, no lo sé muy bien.

—Que va, si no he visto nada.

—¡Mentiroso! —Me acusa con el dedo—, eres un mirón.

—Per... —viene hacia a mí y me da un golpe en el brazo—, ¡la culpa ha sido tuya! ¿Para qué abres?

—¿Y tú para qué miras? —se ríe, tiene un pavo encima que ni ella se lo cree.

—¿Y tú para que abres, alcahueta?

—¿Alcahueta yo? —me mira con los ojos bien abiertos.

—Sí, alcahueta —le repito intentando mantenerme serio pero no puedo.

—Ah, vale —responde seria—, soy una alcahueta.

Se gira y camina hacia la escalera. Un momento, ¿se ha enfadado?

—¿Lucía? —me aclaro la voz, ella no responde.

¿En serio? Bajo la escalera tras ella.

—Lucía, ¿te has enfadado?

Entra en la cocina.

—Joder, Lucía —la sigo—, ¿Qué te pasa?

Ella se detiene en medio de la cocina y se queda inmóvil, sin girarse, ¿y ahora qué hace?

—Va, tía, si te ha molestado lo siento... —le digo, me parece absurdo estar pidiéndole perdón por semejante tontería, de hecho no sé ni por qué lo estoy haciendo, ya no se puede ser más tonto que yo—, no sé, me he asomado y la he visto allí, pero que yo no quería mirárselas, ha sido sin querer... ¿Lucía?

Noto que se le empiezan a mover los hombros, ¿se está riendo?

—Lucía... —se gira y me mira, le ha entrado un ataque de risa— vale, guay, acabo de quedar como un imbécil.

Se acerca a mí sin dejar de reírse y me abraza. No he podido quedar más de tonto, qué manera más absurda de mendigarle perdón a una tía, madre mía. Ella no para de reírse.

—Qué tonto eres...

Suspiro resignado y no digo nada. Ella me mira aún dentro de mi abrazo con aquella sonrisa suya que me trae loco.

—Que sí..., que te perdono que le hayas mirado las tetas a mi amiga —dice divertida.

—Ya... —asiento dejándome abrazar.

Ella se separa y respira profundamente.

—¡Ay...! no sé qué me pasa que hoy me he levantado hiperactiva.

—No, si ya veo —rechisto.

—Si es que eres todo fachada... —me pellizca la mejilla—, luego eres un inocentón.

¿Qué te ha pasado, Lolo? Has pasado de lobo a cachorro, tío, con lo que tú eras. Primero duermes con ella y no pasa nada, y no es que no pase nada, es que encima no te importa. Luego te quedas como un bobo haciéndole caricias en la espalda, se cabrea y a los dos segundos te tiene de rodillas pidiéndole perdón..., tío, estás perdiendo facultades, toda tu trayectoria se ha ido al garete en una mañana. Y lo peor no es eso, lo peor es que pasa de ti y de tu culo, mírala, riéndose, le da igual lo que pase por tu cabeza aunque lo sepa, porque lo sabe. Ella se lo pasa bien y ya está, cuando vuelva el notas ese de dónde sea que esté, adiós Lolo, como si no lo supiera. Por primera vez voy a ser yo quién esté en el otro lado del tablero.

—Eo —chasquea los dedos delante de mí—, que te vuelas, ¿Desayunamos?

—Vale —digo volviendo en mí.

—Va, siéntate —me dice—, yo preparo algo.

Me siento en la barra de la cocina y ella empieza a abrir armarios en busca de algo para comer. Yo me quedo observándola, mirándole el culo, para qué nos vamos a engañar. Con aquellos culotes negros que se ha puesto para dormir, que cuando estira los brazos para alcanzar las puertas la camiseta se le remanga y se le deja ver.

—A ver... —me dice sacándome de nuevo de mis pensamientos—, ¿tostadas o cereales?

—Yo soy de cereales —contesto.

—Y yo de tostadas —dice ella—, pero no encuentro el tostador.

Me levanto de mi taburete y abro la puerta de un armario bajo la encimera.

—Aquí lo tienes —digo colocándoselo en la mesa—, yo me preparo mis cereales.

—No, espera, que se me ha ocurrido algo —dice espontánea—, vamos a hacerlo al revés, tú haces las tostadas y yo los cereales.

La miro sin saber muy bien qué pretende.

—¿Para qué?

—No sé... —piensa un instante—, así es como si los dos nos hubiéramos preparado los desayunos, ¿no?

No entiendo muy bien qué tiene eso de especial pero vale.

—Vale.

Ella se dirige contenta hacia el frigorífico y saca la leche, luego busca un bol. Yo enchufó la tostadora e introduzco dos rebanadas de pan. Es imposible que, después del beso que le di ayer en la piscina, hoy no me diga nada. No sé, algo le habrá dado que pensar, ¿no?, ¿O es que está acostumbrada a que le suelten un beso en los morros todos los días?

—Que no se te quemem, eh —me advierte.

—Tranquila.

Una declaración exige una respuesta, de toda la vida, vaya, no es algo que se pueda quedar en el aire, ¿no? No sé, a lo mejor ayer la pilló en frío. O no me tomó en serio... o quizás pase del tema y me quiere ahorrar el mal trago. O se creía que iba demasiado borracho. O todas juntas. Tío, no te ralles, no va a dejar al novio por ti. Si no te ha dicho nada todavía es porque quiere hacer como la que no ha pasado nada. Ya, joder, pero sí que ha pasado y algo tendrá que decirme, ¿o ya está?, ¿Ya me lo dijo todo en la piscina?, ¿Ya está todo hablado? Eso no puede ser y si se cree que me voy a dar por vencido va lista, va a tener que darme una respuesta sí o sí. Dios ¿De cuándo me he rallado yo tanto por una tía?

Cuando terminamos de preparar cada uno el desayuno del otro, nos sentamos en la barra, uno frente al otro y nos intercambiamos los platos. Ella me da mi tazón de cereales y yo sus tostadas con tulipán. Me guiña un ojo cómplice y le da un bocado a una de ellas.

—Mmm... —gime—, están crujientes, crujientes. Justo al punto, chef, tiene usted un aprobado —me levanta el dedo pulgar.

—¿Sabes una cosa? —le digo.

Ella niega con la cabeza.

—Me encantaría levantarme así todos los días.

Ella se ríe y antes de hablar se pasa una servilleta por los labios.

—¿Viéndole las tetas a mi amiga o con mis cereales?

—No —la miro a los ojos—, contigo.

## Capítulo 33

—No cojas mucho peso tú, Rachel, no te vayas a hacer daño —me dice Lauren irónico cargando con Steve la estructura de la que será nuestra tienda de campaña.

—No, tranquilo —le sonrío—, que yo cojo poca cosa.

—No, si ya veo —dice intentando bajar de la furgoneta—, espera Steve, que no veo donde piso.

—¡Tío, que pesa! —protesta.

Menuda panda. Y Rob, que ha cogido casi lo mismo, se lo ha echado al hombro y para allá que va para la arena, sin quejarse. Me separo un poco de la furgoneta y lo observo alejarse cargado de cosas. ¿Y Anna?, ¿No iba con él? Intento fijarme bien pero no la encuentro ¿Dónde se ha metido? La verdad es que se ha colado con él, no sé por qué han vuelto a sacar el tema de cuando estuvieron saliendo, qué pesados son, como uno de los dos tenga un mal día, raro es que no acaben lanzándose pullitas, no terminan de perdonarse y mira, sinceramente, yo creo que lo que les hace falta a los dos es un buen polvo. Y ya está, verás como se les terminaría la tontería. Sobre todo a ella. Madre mía, la que está liando con el españolito. A ver qué le importará que tenga novia, el problema es de él, no de ella. Tía, si te gusta tíratelo y ya, fin del problema, qué manera de complicarse, de verdad.

Un ruido metálico a mi espalda me sorprende y me giro asustada. A Steve y Lauren se les ha caído la estructura. Ellos resoplan y yo disimulo una risa. Rob, que ya volvía para dar un segundo viaje, también lo ha escuchado y acelera el paso.

—No os puedo dejar solos —dice Rob precipitándose a coger los hierros.

—Ha sido Steve, que tiene las manos de trapo.

—Sí, yo...

A lo lejos podemos escuchar como una moto de cros revolucionada parece que se acerca a nosotros. La busco con la mirada y... vaya.

—Rob —le aviso— creo que es de protección, ¿Estás seguro de que aquí se puede acampar?

Rob se incorpora y mira a través de sus gafas de sol hacia la moto que cada vez está más cerca de nosotros.

—Tranquila, ese es Tony —dice sin darle demasiada importancia.

¿Tony?, ¿Qué Tony?, ¿Tony el que yo conozco?, ¿En la protección civil?

La moto nos alcanza y frena justo a mi vera. Yo me tengo que tapar los ojos porque el imprudente levanta una polvareda increíble. El motorista apaga la moto y apoya los pies en el suelo.

—¿Tony? —pregunto.

—Qué pasa, peli —saluda, su voz suena acolchada por el casco.

—Que no me llames peli —protesto de mala gana, sí, es Tony, y nada más que llega ya está fastidiando.

—Veo que tienes el agradable subido hoy también —dice quitándose el casco.

—Y tú el guapo, bonito —le guiño un ojo.

—¿Qué pasa peña? —Saluda a los demás ignorando mi comentario, el grupo responde también a su saludo—, acabo de encontrarme a tu inseparable —me dice bajándose de la moto.

—¿A Anna?

—Sí —dice alborotándose el pelo, la verdad es que ha mejorado con los años este chico ¿desde cuándo trabaja en la protección civil?—, iba como para los acantilados.

—Habrá ido a despejarse —le contesto—, está rara hoy.

—¿Qué le pasa?

—Tíos —digo concisa.

—¿Ah sí?, Pensaba que no salía con nadie desde que lo dejó con... —me hace un gesto señalando a Rob con la cabeza.

—No, si solo está conociendo... o no, yo qué sé.

Tony se encoje de hombros.

—Eh, tío —le dice Rob—, deja de ligar con Rachel y échanos una mano.

Tony se ríe.

—¿Ligar con Rachel? —Le dice— Yo ya lo intenté en su tiempo con ella pero pasó de mí.

—Si hubieras venido a recogerme a casa con esa moto... —pienso un instante—, quién sabe..., igual me lo hubiera pensado mejor.

Él me mira.

—Es la del curro —me dice— pero vamos, que si quieres te recojo la semana que viene y te doy una vuelta.

—No, déjalo, prefiero ir en bici.

—Pierdes el tiempo Tony, a ella le gustan los españoles —Rob se mete en la conversación —, como a Anna, parece que están de moda ahora.

Me mira sorprendido.

—¿Entonces estáis las dos con dos españoles?

—Vamos a ver, Tony —le digo poniéndome seria—, mírame bien, ¿me ves a mí con cara de novios?

Él piensa un instante.

—No, la verdad es que no.

—Pues eso —le guiño un ojo—, me voy a por Anna —les digo a todos—, cuando vuelva quiero que esté todo listo, eh.

—A sus órdenes —dicen a coro.

—Eso es —contesto orgullosa alejándome del grupo.

Novios dice, en esta vida o comes o te comen, y como un tío sepa que tiene cierto poder sobre ti, pum, te la juega. Y a mí no me la juega ya nadie. Para que un tío te sea fiel tienes que darle una de cal y otra de arena, que no sepa por donde vas. Un hombre, cuando quiere asegurarse a una chica, es el mejor del mundo; te cubre de tartas y de besos, no se pone celoso, siempre tiene un mensaje de buenas noches para ti... ahora, como sepa que te tiene, se acabó. Empieza a soltarte tonterías de que sus amigos son lo primero, que necesita espacio, que le agobia estar tanto tiempo juntos y al final acabas pillándolo con la puta de su ex novia. Cojo aire y lo suelto. Lo mejor es que un tío no sepa nada. Y si te gusta pues disimulas, con el tiempo aprendes.

Abro Whatsapp y deslizo los chats hasta llegar a Mike. Con lo pesado que suele ser aún no me ha dicho nada. Miro su última conexión; hace dos minutos. Entro en su perfil y amplío su foto. Me hace reír. Sale con dos vasos de a litro de cerveza en cada mano, unas gafas enorme de colores y una cara de loco que no puede con ella. A este tío le importa todo más bien poco. Salgo de su perfil y de Whatsapp. Pobre, ayer Anna y yo le cortamos todo el rollo. Bueno, Anna nos lo cortó a los dos. Y John se lo cortó a ella. Vamos, que John nos lo cortó a todos. En realidad debería

decirle algo al pobre Mike, que ayer ni nos despedimos. Desbloqueo el móvil. No lo quiero mal acostumbrar pero va, lo saludo yo primera.

—Hola —le escribo.

Whatsapp me chiva que se conecta con un En línea y yo espero a que conteste.

—Hola —me responde y vuelve a salir de la aplicación.

¿Qué hace desconectándose?, ¿Ya está?

—Perdón por el numerito de ayer —le vuelvo a escribir.

—No te preocupes —escribe—, ¿Está mejor Anna?

—Supongo que sí —le adjunto la cara de alivio.

—Yo no entiendo la manera que tienen estos dos de gustarse.

—¿Nunca te ha gustado nadie así? —le pregunto.

—No —responde él casi sin pensárselo.

No sé por qué pero me molesta, no lo entiendo, es absurdo, ¿Qué esperaba?, ¿Que respondiera que yo sí le gustaba así? Qué tontería, debe ser la resaca.

—¿Y a ti? —me escribe él de seguido.

—Jajaja, ¿a mí?

—¿De qué te ríes?

—De que no, el amor no existe.

—Ya —responde—, tampoco te pegaba.

—¿El qué no me pega?

—No te pega ser de enamorarte.

—Pues sí que he estado enamorada, listo.

—Pobre de él.

—Gilipollas.

Cierro Whatsapp, ¿Este de qué va? Yo soy fría por culpa de tíos como él. Además, que no sé ni por qué me molesta, si él a mí, ya ves tú, que no tiene nada, de hecho no sé ni por qué me he acostado con él, con lo simplón que es y lo pasota y lo dejado. Abro Whatsapp de nuevo y empiezo a deslizar conversaciones. No sé qué le he visto. Sin saber por qué abro el perfil del último chico con el que me lié. Uno que estaba súper bueno, suspiro. Sí, súper bueno, enamorado de su dieta y de sus músculos. Pincho en su foto, aparece luciendo abdominales sin camiseta en un yate y una copa de gin-tonic en la mano. Qué asco de tío, a ese sí que no sé lo que le vi. Bueno, sí lo sé, los músculos, lo que le vemos todas. Pero que ahí se puede quedar. Cierro su perfil y vuelvo al chat de Mike.

—¿Bueno, y tú cuándo te vas? —le pregunto, odio terminar una conversación y tener que volver a empezarla yo.

—Pasado mañana.

—Entonces supongo que ya no te vuelvo a ver.

—No tiene pinta.

Me quedo en silencio sin saber qué responderle. Miro hacia el camino, que se convierte en una pendiente que sube hasta el acantilado donde espero que esté Anna. Vuelvo a mirar al móvil. Al final le he cogido cariño al muy imbécil.

—¿Me vas a echar de menos? —me escribe.

—No lo flipes —le contesto.

—Pues yo un poco sí —y me adjunta la carita del mono tapándose la boca.

Me hace sonreír.

—¿Te estás despidiendo ya? —le pregunto.

—Sí, así que si quieres decirme algo bonito este es el momento.

—Jajaja, ¿Y tú me has dicho algo bonito?

—Te he dicho que te iba a echar un poco de menos.

¿Echarle de menos? Bueno, puede que un poco sí.

—Ha estado bien conocernos —le reconozco a duras penas— pero si lo dices por ahí lo negaré.

\* \* \*

*En ese mismo instante,  
en un autobús camino a Portmarnock.*

No puedo evitar reírme, me encanta cuando Rachel se hace la dura más de lo que es. Pero a mí no me la da, sé qué le da pena que me vaya, un poco por lo menos. A mí también me da, pero no por nada, sino porque creo que somos muy compatibles. Y además está súper buena, para qué nos vamos a engañar.

—Será nuestro secreto —le escribo.

Cuando me vea aparecer en la playa lo va a flipar, a ver si es capaz de decirme que me va a echar de menos en la cara. Me río, seguro que no.

Salgo de Whatsapp y miro a John. Está ensimismado mirando la pantalla de su móvil, dándole vueltas, con los pies sobre el cristal frontal de la parte de arriba del autobús. Yo prefiero no decirle nada, aún quedan veinte minutos o así de viaje y tiene muchas cosas en las que pensar. Vuelvo a desbloquear el móvil y entro en Facebook a ver si tengo algo. Encuentro un mensaje y etiquetas en fotos. Son del concierto de ayer, salimos Rachel y yo y Anna en el escenario con John, de espaldas. No recuerdo ni quién nos hizo la foto. Tengo que dejar de fumar. Y de beber. O ambas. Cuando entro en la bandeja de entrada el corazón se me para. Miro a John, él a mí no.

\* \* \*

No me puedo creer que esté en un autobús camino a la playa para buscar a Anna. Si aún no sé ni qué voy a decirle cuando la tenga delante ¿Qué se supone que tengo que decir? ¿Qué lo siento? Si es que le diga lo que le diga no va a cambiar nada; yo tengo novia y tengo que irme. Punto. No sé si he hecho bien cogiendo este autobús. Debería haberme quedado en mi habitación y dejarlo todo así.

—John —dice Mike aclarándose la voz.

Yo lo miro con la cabeza recostada sobre el cristal. Un cristal que arde por cierto, hoy sí que hace un sol casi sevillano diría yo.

—Yo te he metido en este autobús y me sentiría muy mal si ahora te ocultara algo.

Me incorporo sobre mi asiento.

—¿Qué pasa?

Mike resopla.

—El rollo que te he soltado antes del gran amor está muy bien pero...

—Mike... —le interrumpo—, al grano.

—Pero creo que hay otra persona que también quiere una respuesta.  
—Me estás poniendo nervioso ¿Qué me tienes que decir, tío?  
Y sin decirme nada más me pasa su móvil.

*Lucía:*

*Miguel, perdona que te moleste. Llevo todo el día llamando a Juan pero tiene el móvil apagado  
¿puedes decirle que me llame? Necesito hablar con él. Gracias.*

*Enviado hoy a las 00:58*

## Capítulo 34

*Esa misma mañana,  
en Sevilla.*

Ya pasan de las doce de la mañana y Lucía y yo seguimos siendo los únicos que estamos despiertos de toda la casa. Estar con ella a solas me gusta pero también me pone nervioso, no sé, me inquieta su tranquilidad. No quiero ser pesado, siempre he odiado a los pesados y a las pesadas que no hacen más que repetir una y otra vez; tenemos que hablar, tenemos que hablar... pero si ella sigue sin decirme nada tendré que volver a hacerlo yo.

—Cómo está el salón —dice llevándose las manos a la cabeza—, ¿A qué hora dices que llegaban tus padres?

—No sé... —digo llegando al salón tras ella—, a la tarde-noche.

—Pues venga, vamos a recogerlo en un momento.

—Está bien.

No sé por qué acepto porque no me apetece en absoluto ponerme ahora a recoger la casa, pero bueno. Antes de nada ella se dirige a la tele, coge el mando que estaba justo encima de esta y la enciende. Sintoniza la radio y suenan Los 40 principales.

—Bueno —resopla—, por donde empezamos.

Por decirnos lo que sentimos, sería buena idea.

—¿Lolo? —Me dice plantándose delante de mí—, estás hoy que te vas, ¿Qué te pasa?

Cojo aire y lo suelto.

—Nada, nada —evito mirarla a los ojos—, va, empieza tú por ahí —le señalo la mesa donde estaban las cajas de las pizzas y la cachimba— que yo cambio las sábanas del sofá y eso.

—Okey Mckey —responde.

Ella se dirige a la mesita del salón como le digo y empieza a amontonar todos los papeles dentro de las cajas de las pizzas. Yo quito la sábana provisional que puse en el sofá para no mancharlo. De fondo una canción de Leona Lewis o alguna de estas que yo no conozco. Mira, esto se acabó. Si no quiere nada conmigo va a tener que decírmelo porque yo esto ya no lo aguanto más. Suelto la sábana sobre el sofá y me giro. Ella se dirige a la cocina con las cajas de pizza. Es ahora o nunca y que me diga lo que me tenga que decir. Cojo aire, intento templar los nervios y la sigo hasta la cocina. Allí la encuentro abriendo el armario de la basura con un pie. Chasquea la lengua al encontrarse el cubo sin bolsa y comienza a mirar a su alrededor hasta que me descubre a su espalda.

—Oye, ¿dónde tienes las bolsas de basura? —me pregunta sin saber qué hacer con los cartones.

Juro que yo no le tengo miedo a nada, lo juro, nunca he sido un niño miedica, no le tenía miedo ni a los mayores en el recreo, ni a los fantasmas, no me dan miedo las alturas, ni la velocidad, nada joder, no me da miedo nada, pero la veo a ella ahí y me acojono, no tengo huevos de decirle lo que siento por ella, me faltan huevos porque como vuelva a rechazarme yo no sé lo que haría.

—¡Manuel! —Me dice con voz grave—, ¿Hola?, ¿Qué hago con los cartones?

—Espera —me dirijo a un cajón y saco un rollo de bolsas de basura—, toma, échalos aquí.

Sacudo la bolsa en el aire y la abro para que ella tire los cartones dentro.

—A saber en qué estarás pensando hoy —dice divertida.

Yo me vuelvo serio, más que de costumbre, y la miro a los ojos.

—En ti.

Ella sonrío y me mira. Yo le aguanto la mirada y ella se da cuenta de que no bromeo. Ella también se vuelve seria poco a poco. Su mirada juega entre la mía y mis labios. Ninguno de los dos sabe qué decir.

—¿Qué hacéis ahí? —es la voz de Roberto a mi espalda.

Nuestras miradas se despegan y ella se aparta a un lado. Mis nervios me dan una tregua.

—Pues limpiando esto un poco —responde Lucía fingiendo estar haciendo algo.

Yo me giro hacia él descubriéndolo aún en bóxer y con cara de dormido sobre el quicio de la puerta de la cocina.

—Ya era hora, cenicienta —le digo.

Él sonrío rascándose sus partes más íntimas sin reparar en la presencia de Lucía.

—Voy a llevarle el desayuno a la cama a Cris, ¿tú sabes qué desayuna ella?—le pregunta a Lucía.

—¿En serio? —Lo mira sorprendida y luego me mira a mí—, ¡Oh, aquí suenan ya las campanas del amor!

Roberto y yo nos devolvemos las miradas. Ella se da cuenta.

—Que era broma —dice—, qué poco románticos sois los dos, vamos. Yo qué sé, llévale lo que sea, si con que se lo lleves tú le va a encantar.

—Ya... —dice pasándose una mano por el pelo—, ¿qué hay por ahí entonces?

Le saco una bandeja y la pongo sobre la encimera. Del frigorífico cojo dos batidos de vainilla y la tarrina de Tulipán.

—Ahí arriba tienes rebanadas de pan —le digo.

Las coge y lo pone todo sobre la bandeja.

—Va, tíos, gracias, me voy antes de que se despierte.

—Adiós, Romeo —le dice Lucía.

Y la pilló mirándole el culo. Ella me mira y yo me río.

—Le has mirado el culo a mi amigo.

—¿Quién yo?

—Sí, tú.

Vácila un instante antes de responder.

—Bueno, si tú no le dices nada a él yo no le diré nada a Cris —dice tendiéndome el dedo meñique.

—Vale —nuestros dedos se entrelazan.

Suspira y se apoya ligeramente sobre la encimera observando como Roberto termina de subir las escaleras cargado con el desayuno de Cris.

—¿Es bonito, no? —Me dice—, estar así.

—Bonita eres tú.

Me sonrío y me da un golpe con la mano.

—Hablo en serio, idiota, ¿no te parec...?

—Y yo también hablo en serio —me acerco a ella.

Nuestras miradas vuelven a tropezarse, se enredan, ella se incorpora sobre la encimera y yo me acerco un poco más, solo un poco.

—¿Tú también quieres que te lleve el desayuno a la cama? —le digo, acorralándola con mis brazos.

Ella sonrío y me aparta la mirada. Inclino la cabeza hacia ella y la busco de nuevo. Me mira.

—Yo podría llevarte el desayuno a la cama todos los días —le digo en voz baja.

Sus ojos me atrapan, sus labios me magnetizan, me piden que me acerque. Y lo hago. Siento su respiración sobre la mía. Su boca se entreabre y mis labios abrazan los suyos en un beso lento, suave, deseado por los dos. Siento la palma de su mano sobre mi pecho, intenta alejarme pero no impide que nuestros labios vuelvan a besarse.

—Lolo... —susurra ejerciendo cierta fuerza sobre mí.

—Shh... —su mano se deja vencer y consigo callarla con otro beso.

—Lolo...

—No digas nada —le digo a media voz buscando de nuevo su boca con la mía.

Pero esta vez no la encuentro, ella me aparta la cara. Con mi mano tomo su barbilla y ella se vuelve a dejar besar una vez más. Y luego otra. Su mano vuelve a hacer fuerza sobre mi pecho y consigue alejarme. Me dejo apartar ligeramente y ella chasquea la lengua.

—Lolo, tío —dice llevándose dos dedos al entrecejo—, ya hemos hablado de esto...

—Yo creo que si hemos llegado otra vez a esto es porque aún hay cosas de las que hablar.

—No —se lamenta—, no hay nada de lo que hablar.

—¿Pero por qué te cierras tanto, Lucía? —le digo sin querer elevar el tono demasiado, ella aún está atrapada entre mi cuerpo y la encimera.

—Lolo... —suspira—, mírate.

—¿Qué?

—¿Desde hace cuánto nos conocemos?

—No sé, desde hace mucho.

—¿Y cuándo te has fijado tú en mí?

—¿Y eso que tiene que ver ahora?

—Va, tío, —dice desganada—, en serio...

—Pues la verdad es que siempre me has parecido muy guapa, Lucía.

—Ya... —no me cree—, ¿cuánto crees que duraríamos?, ¿Un mes?, ¿Dos?

Sus palabras me abaten— Esto solo es un momento de debilidad, Lolo... yo no te gusto y lo sabes, solo soy un capricho.

—Tú no eres ningún capricho.

Me ignora.

—En unos días seguro que se te pasa...

—¿Tanto te cuesta confiar en mí, Lucía? —Me mira a los ojos—, ¿Tan malo he sido?

—Lol... —la interrumpo con un beso.

Ella apoya las dos palmas de sus manos sobre mi pecho y vuelve a apartarme.

—No me hagas esto, por favor. Mañana viene mi novio...

La intento volver a besar una vez más pero está vez ella me lo impide. Siento impotencia, siento que no quiero estar delante de ella ni un minuto más.

—No me hagas tener que elegir entre él y tú, por favor.

La miro a los ojos, está emocionada joder, sé que siente algo por mí, ¿Por qué no lo reconoce?, ¿Por qué no se deja llevar?

—Porque lo elegirías a él, ¿no? —busco su mirada.

Pero ella me evita. No dice nada.

La vibración de su móvil sobre la barra de la cocina nos sobrecoge a los dos. La intimidad en la que nos veíamos envueltos desaparece por completo, su mirada se vuelve fría, distante. Yo, derrotado, retiro los brazos de la encimera. Ella se me escapa y se dirige a hacia la barra. Yo no me giro para mirarla. Sé que coge el móvil porque dejo de escucharlo vibrar sobre la barra pero no lo descuelga. Unos segundos después sus pasos salen de la cocina y los escucho subiendo la escalera.

\* \* \*

Subo las escaleras y en el pasillo me encuentro con Rosa, siempre tan oportuna.

—Bueno días —me saluda desperezándose.

Yo la ignoro. Abro la puerta de la habitación de Lolo y la cierro a mi espalda ¡No sé qué le ha entrado a Lolo conmigo!

Empiezo a dar paseos inquietos por toda la habitación sin poder dejar de pensar en él, en sus besos, en su declaración, ¡No puede hacerme esto! No tiene derecho a hacerlo, ¡Yo solo soy un capricho para él! Todas las tías lo son para Lolo. ¿Qué pretende?, ¿Que me vaya con él?, ¿Y luego qué? Me dejaría como hace siempre con todas. No puedo cambiar mi vida por un impulso suyo y eso lo tiene que entender.

El corazón me late con fuerza y mis nervios no me dejan pensar con claridad. Esta vez el móvil vuelve a vibrar sobre mi mano.

*“Llamada entrante:  
Número desconocido”*

—¿Sí? —me lanzo a contestar, necesito soltar lo que llevaba dentro.

—Hola, Lucía.

Silencio. El tiempo se detiene a mi alrededor pero mi corazón se acelera precipitadamente. Es Juan. No sé qué decir, aún tengo el sabor de los besos de Lolo en mis labios, aún tengo sus palabras haciendo eco en mi cabeza. De repente, una mano invisible me aprieta el estómago con fuerza, no me deja respirar. Pienso en colgar, necesito salir de allí pero no puedo hacerlo, no puedo colgarle. Cojo aire y lo suelto, no consigo tranquilizarme.

—¿Lucía?

—Sí, sí soy yo —me precipito a responder.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, sí.

—Te noto muy... —piensa un instante— acelerada.

—No —improviso—, es que no esperaba tu llamada.

De nuevo nos quedamos en silencio, ninguno de los dos sabe bien qué decir. Llevo esperando su llamada desde hace dos días pero ahora precisamente no era el momento más apropiado.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien —contesto—, ¿y tú?

—Bien también.

Volvemos a quedarnos en silencio una vez más. Mis paseos por la habitación cada vez son más inquietos.

—Te he estado llamando —me decido a decirle.

—Lo sé, tengo el móvil estropeado y...

—¿Y no has podido hacerlo desde otro sitio?

—Es lo que estoy haciendo, Lucía.

—Ya, ahora que me da igual —le digo de mala gana.

Estoy muy alterada con todo lo que me ha pasado con Lolo, tengo que relajarme.

—¿El qué te da igual?

—Todo.

Cojo aire y lo suelto, siento que algo dentro de mí me quema. No sé por qué tengo ganas de llorar.

—Lucía...

—Necesitaba hablar contigo, ¿Sabes?

—Ya, yo también.

—Necesitaba hablar contigo —le interrumpo— mientras tú pasabas de mí. Te he enviado mensajes, te he llamado ¡Si hasta le he pedido a un amigo tuyo que te dijera que me llamasas!

—Lucía, lo he intentad...

—Sabes que no me gusta dejar las discusiones en el aire —vuelvo a interrumpirle—. La otra noche necesitaba volver a hablar contigo.

—Lucía, puedes dejarme habl...

—Y a ti te ha dado igual —no le dejo hablar, me acelero y aunque sé que debo parar no puedo—, te ha dado igual que yo lo estuviera pasando mal, te ha dado igual que yo tuviera miedo de perderte, eres un egoísta de mierd...

—¡Anna, joder!, ¿Quieres escucharme? —me grita.

*En ese mismo instante,*

*en Dublín.*

Me incorporo sobre mi asiento y busco la mirada de Mike. Los dos nos miramos incrédulos. Durante unos segundos no escucho nada al otro lado de la línea. Me dejo caer de nuevo sobre mi asiento y cierro los ojos con fuerza. Me lamento en silencio, acabo de cagarla, chaval, ¿Por qué le he dicho Anna?

—¿Anna?

—Quería decir Lucía —mi pierna empieza a traquetear impaciente en el suelo.

—¿Quién es Anna?

—Yo qué sé quién es Anna —estoy nervioso y se me nota.

—Juan...

—Es una amiga —improviso.

—¿Y por qué me has dicho que no sabías quién era?

—Yo qué sé, no me acordaba.

—¿Qué es la cantante?

Se me corta la respiración. Vuelvo a girarme hacia Mike que me mira expectante con los ojos bien abiertos.

—¿Cómo sabes que es cantante? —le pregunto.

Mike se lleva las manos a la cara. Hay algo que no me ha contado. Le doy un toque con mi mano en su pierna y él se lamenta.

—He visto las fotos en Facebook.

¿Cómo?, ¿Hay fotos en Facebook?, ¿Qué fotos hay en Facebook?

Tapo el auricular con la mano.

—Hay fotos en Facebook, tío —le digo en voz baja sin saber ni qué fotos son, ni qué contarle a Lucía ni nada. Mike asiente y me hace un gesto que no entiendo.

—Las he visto en el Facebook de tu amigo, ¿tú no fuiste?

—Sí, sí que fui.

—¿Y por qué en tu Facebook no hay fotos?, ¿No querías que me enterara?

—Lucía, no digas tonterías, ¿por qué no iba a querer que te enteraras?

—Si es que todos los putos tíos sois iguales, ¿qué pasa que por eso has estado pasando de mí, no?

Empiezo a ponerme nervioso.

—Lucía, escúchame, a ver, todo tiene una explicación.

—¿Explicación mis huevos, Juan! —Rompe a llorar—, ¿Qué creías?, ¿Qué si no subías las fotos al Facebook no me iba a enterar?, ¿Cuánto tiempo llevas ocultándomelo?

—Lucía, te estás rallando, yo no te estoy ocultando nada.

—¿Qué no me mientas más!, ¿Cuándo ibas a contármelo?

—Lucía, que solo son unas fotos, ¡Yo ni sabía que existían!

—¿Y por eso me lo has ocultado, no? —Está descontrolada—, ¡Por eso me has dicho que no conocías a ninguna Anna!, ¿No?

—¿Y tú con Lolo qué?

—¿Yo con Lolo qué, Juan?

—Yo también he visto fotos tuyas con él en una piscina. Y de fiesta, ¿Qué pasa? No estoy yo y aprovecha para meterte cuello otra vez, ¿no?

—¡Lolo a mí nunca me ha metido cuello!

—¡Lolo lleva detrás de ti desde que empezamos a salir!

—¡Bueno pues sí!, ¿Y qué?

—¿Cómo que sí?

—¡Él al menos es sincero conmigo!

—Lucía, ¿qué ha pasado entre él y tú?

—Lo que tenía que pasar.

El pulso se me acelera.

—¡Joder! —le doy una tremenda patada al cristal del autobús que hace temblar el resto de ventanales.

Mike se asusta y el piloto grita algo en inglés desde la planta de abajo.

—Lucía... —me llevo dos dedos al entrecejo e intento poner en orden mis pensamientos antes de hablar—, dime que no has hecho nada con Lolo, por favor.

—Lo mismo que tú con Anna.

Cojo aire, necesito tranquilizarme y no encuentro la manera.

—¿Quieres dejar de ser una puta niña chica infantil?

—No me insultes.

—Lucía... —intento apagar la hoguera que me está quemando por dentro— ¿qué-has-hecho-con-Lolo?

—Lo-mismo-que-tú-con-Anna.

—Pues habrás disfrutado entonces —le digo.

Y al instante de soltar aquello me arrepiento de haberlo hecho, pero ya no hay vuelta atrás. Ella se queda en silencio al otro lado del teléfono. Cierro los ojos y cuento hasta diez. Y luego hasta veinte. Esto así no va a ningún lado.

—Lucía —me aclaro la voz arrepentido—, mira, ahora mismo estamos muy alterados, ¿por qué no nos esperamos a que llegue mañana y...

—Por mí como si te mueres en Irlanda —me interrumpe.

Y acto seguido cuelga. Yo me despego el móvil de la oreja y me quedo mirándolo con cara de gilipollas.

—¿Qué ha pasado, tío? —me pregunta Mike.

*En ese mismo instante,  
en Sevilla.*

Aprieto el móvil con fuerza y hago ademán de estamparlo contra el suelo. Pero me controlo. Pero aunque me controle no puedo dejar de llorar. Sabía que me engañaba, sabía que había otra. Hijo de p... Alguien llama a la puerta interrumpiendo mis pensamientos. Yo me precipito a limpiarme las lágrimas.

—¿Sí? —digo con la voz aún entrecortada.

Pero nadie responde, la puerta se abre directamente. Lolo asoma la cabeza.

—Lucía —dice con voz conciliadora entrando en el cuarto—, creo que te debo una disculpa.

Algo ruge dentro de mí, un escalofrío que me pone los bellos de punta, que me levanta del suelo. Siento que mis pies se arrastran solos hasta él. Siento que la boca se me seca y el corazón se me acelera. Dejo caer el móvil al suelo. Ensimismada me acerco a él, lo deseo. Con una mano en su nuca lo atraigo hacia mí y le como la boca, con la otra cierro la puerta de un portazo.



## Capítulo 35

Sus manos me arrastran al interior de la habitación. La puerta se cierra tras mi espalda con un portazo. Su boca busca la mía, la encuentra, la muerde, me hace daño. Intento apartarme pero me lo impide. Su mano me apresa el pelo con fuerza, la otra se cuelga bajo mi camiseta. Me aprieta el abdomen, sus uñas se clavan en mi piel.

—Lucía —protesto.

Ella sesea impaciente. Me toma la cara, me la toma con fuerza, tira de mí, me besa la boca, me la muerde otra vez. Y luego otra.

—¿No es esto lo que querías? —me dice con la voz entrecortada.

Sus manos se deslizan ansiosas por mi cuerpo, agarran el dorso de mi camiseta y tiran de ella hacia arriba. Me la quita y la tira al suelo. Su tacto me excita y ahora soy yo quien busca su boca. Ella se ríe traviesa y me empuja dejándome caer sobre la cama. Me mira, sus ojos brillan y su rostro está húmedo, como si acabara de llorar. No lo entiendo. Pero sin que pueda pararme a preguntar nada se coloca ahorrajada sobre mí, se quita la camiseta quedándose solo con aquel top negro suyo. Se apoya en la cama y se tumba sobre mí, sus pechos en mi cara, su cintura comienza a moverse sobre la mía. Me hace estremecer. Intento incorporarme pero ella me lo impide empujándome de nuevo contra la cama. Niega con la cabeza, me pone, me pone muchísimo. Sus movimientos se aceleran. Pero no entiendo por qué ha llorado, no entiendo por qué ahora se comporta así, ¿Antes en la cocina solo se hacía la dura?, ¿Qué le ha pasado?

Su boca se acerca a mi oído, su aliento me hace cosquillas, gime, pone en guardia mi piel. Su respiración se acelera sobre la mía. Me besa, nuestras lenguas se encuentran. Consigo zafarme de ella y con un movimiento brusco la tumbo en la cama, el somier se queja, cruje, no nos importa. Apreso sus muñecas con mis manos y la inmovilizo.

—¿Estás segura? —le pregunto.

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida.

Su rostro está cubierto de lágrimas secas sobre su piel. Algo me dice que pare, que no debo seguir.

—¿Qué pasa? —Insiste.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —le pregunto.

—¿Qué importa eso ahora? —Dice—, puedes hacerme lo que quieras.

Yo vacilo un instante, su actitud me inquieta. Se libra de mí, me atrapa la cara con sus manos y yo me dejo caer sobre ella. Mi piel desnuda sobre la suya, siento el vaivén de sus pechos, sus piernas entrelazadas entre las mías. Sacudo mi mente e intento no pensar, quiero disfrutarla. Recorro su cuerpo con mi mano, trepo por sus muslos, me deslizo sobre su vientre y me tropiezo con el top que la cubre. Zigzagueo sus pechos hasta el cuello perdiéndome en su alborotada melena oscura. Mis dedos se enredan entre sus mechones y tiran hacia atrás. Su cuello queda expuesto a mí, me excita, y como si fuera un vampiro con ansia de sangre, no tardo en hacerlo mío, en saborearlo, en disfrutarlo. Entonces la escucho gemir otra vez, pero no parece que sea de placer. Me alejo de ella un instante. La miro. Y ella a mí. Una lágrima le recorre la mejilla perdiéndose por su cuello hasta la almohada. No sé qué decir, ¿Qué está pasando aquí? No entiendo nada.

Ella se precipita a secarse las lágrimas con la palma de su mano y me besa, finge que no pasa nada. Yo no respondo a su beso. Me aparto. Ella se abraza a mí, intenta besarme pero yo me quedo inmóvil. Y juro por Dios que me pone como ninguna otra chica pero siento que no puedo. Siento que hay algo que no sé, que me oculta.

Me incorporo sobre la cama.

—¿Qué te pasa, Lucía? —la miro, ella sigue tumbada.

—Nada —miente colocándose a mi lado.

Intenta volver a besarme pero yo me aparto ligeramente.

—¿Has hablado con tu novio, no?

No tengo huevos para mirarla, pero lo hago. Ella me evita y comienza a llorar.

Cierro los ojos y respiro hondo. Joder. Mi mente se queda en negro. Escucho el latido de mi corazón retumbando en mis oídos. Todo se detiene a mi alrededor durante un instante, se detiene para acelerarse de golpe.

Me levanto de la cama, cojo mi camiseta del suelo de mala gana y me la pongo. Ella se deja caer sobre la cama con las manos en la cara, ahora empieza a llorar con fuerza.

—Lolo, yo n... —se lamenta entre llantos que a mí no me hacen sentir una mierda.

Cojo su camiseta y se la tiro a ella.

—Vístete y sal de mi cuarto —le digo sin mirarla a la cara.

Ella se levanta e intenta abrazarme.

—¡Que te vistas y salgas de mi puto cuarto! —le grito con impotencia apartándola de mí, no quiero que me toque.

Ella me mira asustada. Siento que la rabia va a volverme loco. Se queda llorando en silencio, con la camiseta entre sus manos sin saber qué decir.

—Lucía... —intento controlarme pero se me revela imposible—, vete de mi cuarto. Y de mi casa.

—Perdóname, Lolo...

No respondo. No la miro. Intento tragarme todo la mierda que siento ahora mismo. Solo quiero que se vaya, solo quiero quedarme solo de una vez.

—Por favor... —insisto, la puta rabia empieza a borbotarme la sangre.

Aprieto la mandíbula, el corazón se me dispara, empiezo a sentir que no puedo controlarme.

Ella me observa arrepentida y tras unos segundos en silencio se decide a salir del cuarto. Lo hace con paso lento, esperando a que le diga algo. Pero no lo hago. Las bisagras de la puerta crujen y esta se cierra. Ella ya no está. Solo quedo yo en la habitación.

Silencio. Siento todos los músculos en tensión, la mandíbula encajada, el corazón golpeándome violento bajo el pecho. Respiro hondo. Cientos de miles de cosas efervescen dentro de mí al mismo tiempo, no sé qué siento pero no quiero perder la cabeza, no por alguien que ha intentado utilizarme, no por alguien a quien le importa una mierda yo y mis sentimientos.

Vuelvo a coger aire una vez más y grito, grito con todas mis fuerzas, como si quisiera desgarrarme la garganta. Esta vez siento como la rabia y la impotencia acaban explotando en lágrimas. Yo, que nunca antes había llorado por nadie. Nunca.

## Capítulo 36

Desde donde yo estoy todo se ve pequeño a mis pies. A un lado la playa y al frente la basta inmensidad del océano que me hace sentir diminuta. Me abrazo a mis rodillas en el borde del acantilado, dejando que la brisa fría me acaricie la cara y juegue con mi pelo. Mi mirada perdida en el océano, donde la luz del sol riela entre las olas, y sobre estas, las cabezas lejanas de las focas que parecen querer disfrutar también de este sol que hoy se ha decidido a regalarnos Irlanda.

Con un mano alcanzo una margarita y, sin querer que me responda a ninguna pregunta, comienzo a deshojarla.

—Por fin te encuentro —escucho a Rachel decir a mi espalda.

Me giro y la encuentro viniendo hacia mí cansada por la escalada. Le sonrío. Suelto la margarita y la invito a sentarse a mi lado.

—No —dice apoyándose en sus rodillas mientras intenta recuperar el aliento—, me da vértigo, yo prefiero quedarme por aquí.

Me hace reír, con todo lo que aparenta ser Rachel no puedo creerme que tenga vértigo. Me levanto y me acerco hacia donde está ella. Me quedo mirándola en silencio, tiene las mejillas encendidas y está acalorada, vamos, roja como un tomate, ¡qué poco ejercicio está acostumbrada a hacer!

—¿Qué? —me dice poniéndose erguida.

La verdad es que tenía ganas de estar sola pero me alegro de que haya venido, no sé, como cuando no sabes por qué pero te hace ilusión encontrarte con alguien y se te escapa la risita tonta, pues eso. Esta mongola siempre está cuando la necesito y eso me encanta de ella.

—Nada —me encojo de hombros sin poder disimular una sonrisa.

Luego me siento y ella lo hace conmigo.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Supongo que bien —me cruzo de piernas y comienzo a pellizcar la hierba—, necesitaba estar sola un rato.

—¿Y no había otro sitio un poco más... dentro de la civilización? —Le sonrío sin decir nada — Tú lo que querías era librarte de tener que montar la tienda —me dice divertida.

—Bueno, así nos libramos la dos —finjo una sonrisa cómplice que ella no me devuelve— Siento que ayer... ya sabes, te cortara el rollo con Mike.

—No te preocupes por eso.

—Al final el equipo de las supernenas ha acabado perdiendo —le digo con una sonrisa que sabe a tristeza.

—Bueno, es que ellas eran tres y nosotras solo dos. Nos hace falta una morena —se deja caer hacia atrás pensativa— no se me ocurre ahora mismo ning...

—¿Sabes? —La interrumpo observando cómo mis dedos arrancan la hierba del suelo—, creo que esto del amor no está hecho para mí.

—Anda ya, ¿por qué dices eso? —vuelve a incorporarse.

—No sé, parece que no vaya conmigo —la miro—, ¿Por qué nada me sale bien con los chicos?

—¿Pero cómo que nada te sale bien con los chic...

—Primero en Noruega —la vuelvo a interrumpir— con Adam, antes que él nunca había tenido novio, ¿sabes? Yo siempre he sido muy rara para esas cosas, muy lenta. Y con él todo era perfecto, de verdad, no sé, pero entonces me fui y cuando volví parecía como si no nos conociéramos, como si nunca hubiésemos estado juntos —suspiro y alcanzo una margarita—. Luego con Rob —ella hace ademán de querer hablar pero yo no la dejo—, que decidió que siendo los dos del mismo grupo no funcionaría. Y ahora John.

—Pero Anna, cielo, solo lo has intentado tres veces. Mírame a mí, ¿Cuántos me han salido rana?

—Pero es que tú eres así —le digo.

—No, a ver —dice colocándose el flequillo tras la oreja— es que hay una sutil diferencia entre tú y yo —carraspea—; tú vas en busca y captura de tu príncipe azul y yo, mientras a mi príncipe azul le da por aparecer, me entretengo con los otros, ¿digo yo que algún día aparecerá, no?

Le sonrío, ella es así, no es de novios y ya está, ojalá yo fuera así como ella, me ahorraría muchas comeduras de cabeza. Suelto el tallo de la margarita deshojada y cojo otra.

—No sé, ¿pero no puede ser tan difícil, no? Conocer a alguien digo, quiero decir, a la gente le funciona, le va bien. Siempre veo a parejas súper felices por la calle, con sus besos, sus miradas, compartiendo helado ¡me dan una envidia cuando veo a una pareja compartiendo helado!

—Bueno, tú lo compartes conmigo en casa.

—Rachel, va, hablo en serio.

—Lo siento.

—Yo también quiero compartir cosas así, ¿Sabes? Mira, yo tengo amigas que siempre que les pregunto tienen planes con sus novios, todo les va genial y me alegro por ellas pero me da rabia. Siempre tienen o una comida con su novio, o un viaje, o es el cumpleaños de uno de ellos, o el aniversario, no sé, siempre tienen algo. Son chicas con suerte. Chicas que conocen a un chico y ya, como si estuvieran hechos el uno para el otro, se quedan juntos para toda la vida. Y luego me miro a mí y digo ¿Seré yo?

—¿Qué vas a ser tú, Anna? Si tú eres una tía de puta madre, además, desprendes follabilidad que te cagas.

Me hace reír pero intento ignorar aquello último.

—No sé, a lo mejor soy yo la que lo complico todo, ¿no? Si a todo el mundo le funciona es que a lo mejor la rara soy yo.

—Que no —insiste ella— lo que pasa es que hay gente que se conforma, y tú lo quieres todo a lo grande.

—Ah, que yo lo quiero todo a lo grande —pienso un instante—, no te entiendo.

—Sí, a lo grande —intenta poner en orden sus pensamientos— Tú quieres un amor que te coja y te saque por la ventana y te lleve volando en su alfombra mágica, Anna. Tú no quieres a un chico normal, tú quieres al chico, a uno que te haga sentir que te mueres y que no hay nada más después de él, quieres uno que te deje en la cuerda floja, entre la locura y la cordura. La gente simplemente busca el amor, pero tú no, tú buscas un amor loco, radical, uno de o todo o nada y si no sientes como que explotas por dentro, no lo quieres.

—Es que el amor es eso, ¿no? ¿Un amor que no te vuelva loca qué tipo de amor es?

—Es que eso no es un amor real, Anna —yo me quedo observándola en silencio—, ¿tú de verdad crees que todo el mundo siente ese amor que les quita las ganas de comer durante toda su vida? Eso es pasajero, luego la gente sigue comiendo, sigue durmiendo, en fin, que hay vida

después de eso.

—Ya, pero...

—Al final, lo que enamora de verdad, son los defectos.

Me río, creo que no me entiende, si ella hubiera sentido solo un instante lo que yo sentía por John...

—En serio, no te rías —me dice—, cuando tú y yo ya no vivamos juntas, ¿Sabes qué es lo que echaré de menos? —yo me encojo de hombros sorprendida— pues por ejemplo echaré de menos cómo dejas la cocina cada vez que te preparas algo, que la dejas como si acabara de pasar un huracán por ella —yo le doy un golpe con la mano—, es verdad, porque el día que entre en la cocina y esté ordenada será que ya no estás allí para desordenarla y entonces me moriré de ganas por verla otra vez toda perdida porque eso significaría que, al menos, seguimos estando juntas —la muy tonta va a hacer que me emocione al final, verás— o cuando quedas con algún chico, que entras veinte trillones de veces a mi cuarto; ¿Rachel cómo estoy?, ¿Y ahora?, ¿Labios rojos o al natural? —Debe ser que estoy sensible que me hace reír y llorar al mismo tiempo— eso a lo que la gente llama defectos es lo que al final se echa de menos, Anna, lo que de verdad te acaba enamorando. Nadie es perfecto, ni tú, ni John ni tan si quiera el amor.

Me limpio las lágrimas con los pulgares y vuelvo a abrazarme a mis rodillas.

—Tú sabes que odio el tabaco, ¿verdad? —me dice.

Yo la miro y asiento sin entender qué tiene que ver eso ahora con nada.

—Pues ayer me fumé un porro a medias con Mike.

La miro con los ojos y la boca abierta ¡No puede ser!

—¿Qué sí?

Ella asiente de buena gana.

—Y me encantó, vamos, en realidad yo solo le di una calada, pero me encantó.

—¿Eso es lo que vas a echar de menos de Mike?

Ella sonríe y se queda un instante pensativa.

—Bueno, él ha sido mi primera calada a un porro —me mira divertida.

—Las primeras veces nunca se olvidan.

—Hay cosas que por más que no entraran en tus cálculos, a veces ocurren.

Nos quedamos en silencio. El aire sopla fuerte haciendo que todas las margaritas se muevan hacia la misma dirección como si quisieran salir volando. Yo vuelvo a alcanzar una y comienzo a deshojarla pensando en todo lo que Rachel me ha dicho. Ella y sus discursos, nunca llegaré a saber si los improvisa o si los trae preparados de casa.

—¿Sabes una cosa? —Le digo tirando del último pétalo de la margarita—, al final me he quedado con las ganas de echarle un buen polvo a John.

—¡Anna! —Se sorprende y me empuja, yo no puedo evitar reírme—, ¡Eso no es propio de ti!

—¿Qué quieres? no solo soy pasional en el amor, bonita...

—No, si dicen que las mosquitas muertas son las peores.

Arranco otra margarita del suelo y me la llevo a la nariz. Le doy vueltas al tallo, me acaricio los labios con sus pétalos. Empiezo a sentir que me muero de ganas por ver a John una última vez, no sé, de verlo una vez más, pero esta vez sin rencores y sin novias, solos él y yo.

—¿Crees que me dará tiempo de ir al aeropuerto a despedir a John?

Rachel me mira sin entender nada, supongo que debe pensar que estoy loca o que soy bipolar después de la que he le he liado con él ¿pero acaso no soy yo la de los amores locos?

—¿A qué hora sale su vuelo? —me pregunta.

No lo sé. Será una sorpresa. Me alejo la margarita de los labios y la observo detenidamente. Entonces formulo la pregunta antes de deshojarla:  
¿Volveré a verlo una última vez?

## Capítulo 37

*Condado de Fingal,  
Portmarnock*

*“Por mí como si te mueres en Irlanda”*

La voz de Lucía no ha parado de retumbarme en los oídos desde que nos bajamos del autobús. Desde entonces, Mike y yo no hemos hablado demasiado. Caminamos en silencio por el paseo marítimo de Portmarnock buscando las escaleras de acceso a la playa bajo el calor de un sol que hoy se había levantado muy sevillano.

No me apetece estar aquí, aunque a decir verdad, no creo que se me apetezca estar en ningún sitio ahora mismo. No estoy seguro de querer volver a ver a Anna una última vez y no sé si quiera si quiero volver a Sevilla. Solo sé que, sin saber cómo, me he perdido dentro de mi propia vida. Todo se me había escapado de entre los dedos, como si las cosas sucedieran justo delante de mí sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Y si hay algo peor que no sentir nada es no saber qué sientes, eso sí que es jodido porque, ¿a dónde vas cuando no tienes ni idea de a dónde quieres ir?

—Esos deben ser —dice Mike deteniéndose en el camino.

Yo observo a lo lejos al grupo al que se refiere Mike. Desde lejos no me parece ver a Anna pero tampoco hay otro grupo en la playa.

—¿Estás bien? —me pregunta, yo me encojo de hombros quitándome los zapatos.

—La verdad es que ya me da todo un poco igual.

—Eh, John, mírame —me dice poniéndose justo delante de mí—, puede que ahora las cosas no estén en su mejor momento, ¿vale?

—No, no lo están —le digo forzando una sonrisa.

—Pero la noche es más oscura justo antes del amanecer.

Le sonrío.

—Eso me suena —le digo intentando hacer memoria—, es de una peli.

—Es de Batman —se ríe él también—, siempre quise decir eso.

—Ya...

—Cuando la veas seguro que se te cambia la cara.

—No me he portado bien con Lucía, tío... —le confieso—, y me siento como un perro.

Él me toma la cara con las manos.

—No es el momento de pensar en eso ahora —me dice—, además, ella tampoco ha perdido el tiempo con el tal Lolo ese, ¿no?

—Eso no lo decía en serio —desestimo—, estaba enfadada y...

—Bueno, tú tampoco has hecho nada, ¿no? —Me pregunta—, ¿o sí?

—No, no he hecho nada.

—Pues eso, esto es una despedida, tío, míralo así.

—Una despedida...

—Claro —se aclara la voz—, mira, sea lo que sea, Anna y tú habéis tenido una conexión de la hostia, no os merecéis este final. Los amores de verano no pueden terminar mal, los amores de

verano son lo que molan, tío, son de los que te acuerdas el resto de tu vida, no puedes recordar un amor de verano en plan mal.

—Amor de verano —me río de su ocurrencia—, si solo han sido un par de besos.

—Bueno, será un amor de verano un poco pobre, no te digo que no, pero no deja de ser uno y tiene que acabar como acaban los amores de verano; bien, con su nostalgia y su todo.

Me hace reír.

—¿Y si no quiere hablar conmigo?

—Pues en ese caso nos quedamos a pasar un día de playa. Nos vendrá bien, en Madrid no tenemos playa y en Sevilla creo que tampoco tenéis —bromea.

—No —me río—, tampoco tenemos.

—Pues ya está.

Nos miramos, su mirada es sincera, no sé qué hubiera hecho sin él aquí en Irlanda, de verdad.

—Gracias por todo —le digo dándole un abrazo.

—Gracias no —me contesta—, una nevera llena de birras para cuando vaya a Sevilla.

Nos descalzamos remangándonos los pantalones a la altura de los tobillos y comenzamos a andar por el camino de tablas de madera hacia la playa. Hace sol, sí, pero también hace viento y en realidad no sé hasta qué punto apetece meterse en el agua, de hecho no hay nadie bañándose, y si un irlandés no es capaz de meterse en el agua, no sé yo qué va a ser de dos españoles.

Nos acercamos al grupo y no solo no veo a Anna si no que no veo a ninguna chica. Encontramos a dos chicos terminando de montar una tienda de campaña y a un tercero preparando una barbacoa. Mike y yo nos miramos, ¿Y si Anna no ha venido?, ¿Y si se ha quedado en casa con Rachel?

—Hola —se decide a saludar Mike.

El chico de la barbacoa, sin camiseta, se gira hacia nosotros. Nos echa una mirada rápida y sigue a lo suyo ignorando nuestra presencia. Luego, como si se acordara de algo vuelve a mirarnos, esta vez a mí, más serio. Limpia las pinzas de la barbacoa en un trapo que tiene anudado a su pantalón y la deja sobre una mesa plegable. Se decide a acercarse a nosotros sin dejar de mirarme de arriba abajo.

—Hola —nos saluda—, ¿Os puedo ayudar en algo?

—Estamos buscando a Anna y a Rachel.

El tipo vuelve a mirarme, no sé por qué me mira tanto. Se lleva las manos a la cabeza con calma y se recoge su melena rizada en una cola. Es un tío que impone, está fuerte.

—¿Tú eres ese tal John, no? —me dice.

Mike y yo nos miramos.

—Sí, soy yo —contesto.

—¿Y a qué has venido?

—Vengo a buscar a Anna.

Él asiente.

—Ella no está —dice.

—¿No ha venido con vosotros?

Él no dice nada. Los chicos que estaban montando la tienda de campaña se percatan de nuestra presencia y se acercan a nosotros. Nos miran como si fuéramos extraños. Todo esto empieza a no gustarme.

—Ella no quiere verte —dice.

—Vengo a pedirle perdón.

—Ya —mira a sus amigos—, pero no quiere verte —repite.

—Dinos donde está y que ella decida si quiere verle o no —dice Mike.

—¿Y este quién es? —Le pregunta a Mike con desprecio—, ¿uno de los polvos semanales de Rachel?

Mike se ríe y me mira, yo intento calmarlo con la mirada.

—¿Puedes decirme dónde está, por favor? —le digo.

—¿Para qué? —Da un paso hacia mí—, ya te he dicho que no quiere verte.

—Rob, relájate —le dice uno de los amigos.

—Solo quiero hablar con ella —le insisto sin alterar mi tono de voz.

—¿Y tú quién eres? —Le dice Mike—, ¿Su guardaespaldas o su secretario?

—Soy su exnovio —dice, Mike y yo nos miramos—, y os estoy diciendo que os vayáis y no compliquéis más las cosas.

¿El exnovio de Anna?, ¿Y qué hace aquí?, ¿Se lo está inventando?

—¿Qué pasa?, ¿No te enteras? —Se acerca a mí—, que te pires.

—Rob... —vuelve a advertirle a uno de sus amigos.

—¿Ya no os acordáis de Anna esta mañana? —Les dice este a ellos y se vuelve a girar hacia mí—, Anna lleva toda la mañana llorando por este tío —me empuja con una mano y yo retrocedo —, no ha hecho más que hacerle daño desde que llegó —me vuelve a empujar— sin importarle que ella se hiciera ilusiones, sin importarle lo que ella sintiera —me da un empujón más y yo no puedo reaccionar, sus palabras empiezan a martillearme la cabeza, siento que no solo he jugado con Lucía, también con Anna— y ahora vienes aquí, ¿a qué?, ¿A hacerle más daño? —Esta vez su embestida me hace retroceder varios pasos—, ¿Cuánto más vas a hacerle sufrir antes de irte?

Por un momento mis sentidos se colapsan, las palmas de las manos me empiezan a sudar, sus palabras bloquean mis pensamientos. Miro a mi alrededor, el tiempo parece ir más lento y aunque sigue empujándome, es como si dejara de sentir sus embestidas. Mike y los otros dos chicos comienzan a gritar pero yo no los oigo, solo lo escucho a él, solo escucho la voz de Anna gritándome que me odia, a Lucía diciéndome que puedo morir en Irlanda. Y entonces me tira al suelo. Me llevo la mano a la boca y me descubro la mano llena de sangre. Mike se acerca a él, se empujan el uno al otro delante de mí hasta que mi amigo cae de culo al suelo de otro puñetazo. Me mira desde el suelo con el rostro ensangrentado y la realidad vuelve a golpearme con fuerza la conciencia. Vuelvo a escuchar el mar, los gritos, el forcejeo, siento el sabor metálico de la sangre en mi boca. Todo vuelve a ir deprisa. Me levanto desorientado con cuidado de no perder el equilibrio y corro hacia Mike que tiene sangre en el rostro y en la camiseta. Miro al notas, sus dos amigos lo sujetan y me gritan que me vaya. Ayudo a levantarse a Mike que hace ademán de ir hacia él pero yo se lo impido. Lo agarro y a rastras me lo llevo de allí como puedo.

Camino a paso forzado por el paseo marítimo intentando que la herida del labio deje de sangrar. Mike me sigue unos pasos por detrás.

—¿Se puede saber qué coño haces, tío? —protesta.

—Se acabó Mike —le contesto sin dejar de caminar.

—¿Se acabó? —Me dice intentando alcanzarme—, lo que deberíamos hacer es volver y partirle la cabeza a ese hijo de puta.

—¿Y de qué serviría?

—¿Que de qué serviría? —Me coge del brazo y me obliga a girarme hacia él—, ¿vas a dejar que se salga con la suya? Mira lo que nos ha hecho —dice señalándose la nariz.

—¡Joder, tío! Siento haberte metido en todo esto, de verdad, lo siento —le digo— pero ya

está, se acabó —me giro y sigo andando—, él tiene razón.

—¿Qué? —Dice volviendo a ir detrás de mí—, ¿Qué tiene razón?

—Sí, tiene razón —me vuelvo a girar hacia él—, desde que la conozco no he parado de hacerle daño a ella, de hacerle daño a Lucía, a mí mismo y ahora a ti.

—Eso no es verdad —niega—, a ese tío lo que le pasa es que no aguanta que Anna esté así por ti y no por él, ese tío tiene unos celos que se muere ¿y tú vas a dejar que él se salga con la suya?

—¿Y qué quieres que haga, Mike? —Le grito—, ¿voy a verla? Vale, está bien ¿y después qué? Mi vuelo seguirá saliendo a las ocho y yo tendré que volver y todo seguirá igual, joder —cojo aire e intento relajarme—, ya está, este es el final, Mike, se acabó ¿vale? —Él me mira sin decir nada—, ahora vámonos.

—No —dice sin moverse del sitio, yo vuelvo a girarme hacia él una vez más—, esta vez te vas tú solo —dice limpiándose la sangre de la nariz con el antebrazo.

—¿Qué?

—Pensaba que lo que sentías por Anna era de verdad.

—¿Da verdad? —Le pregunto— miráanos —le digo enseñándole mi mano vendada, mi labio roto, señalando su nariz—, esta es la verdad. Y hay otra verdad más, Mike ¿Quieres saber cuál es? La otra verdad es que por Anna también he perdido a mi novia. Esto ya no tiene sentido, tío, ¿Qué hago aquí? —me encojo de hombros sin poder encontrar una respuesta a mi pregunta.

Él me mira en silencio, parece que tampoco encuentra nada que decir.

—Yo me voy —le digo— y me gustaría que te vinieras conmigo.

Lo miro una última vez, me doy media vuelta y comienzo a caminar.

—Esto no es culpa de ella —me dice, yo intento ignorarle y sigo caminando— ayer también te besó Inma, ¿verdad?

Detengo mis pasos.

—¿Qué tiene que ver eso ahora?

—¿Te besó o no? —insiste.

—Sí, me besó —confieso—, fue una tontería, ¿y qué pasa?

—¿La misma tontería que con Anna? —me giro una vez más y lo miro a los ojos— porque con ella también han sido solo un par de besos, ¿no?

Le aparto la mirada y miro al mar, miro mis manos manchadas de sangre, mi camiseta. Cojo aire y cierro los ojos. Cuando los abro Mike está delante de mí.

—¿Por qué es culpa de Anna y no de Inma? —me pregunta.

Yo trago saliva, no sé responder.

—¿Cuál es la diferencia? —Insiste mirándome a los ojos—, ¿Cuál es la diferencia, John? porque si no encuentras ninguna diferencia entre los besos de Anna y los de Inma, lárgate y no me hagas perder más el tiempo.

## Capítulo 38

Rachel y yo dejamos el acantilado atrás y llegamos a la playa de nuevo. Caminamos descalzas por la orilla dejando que el agua se cuele entre los dedos de nuestros pies. A lo lejos distinguimos a dos de los chicos dándose un baño y junto a las tiendas de campaña, vemos a Rob vigilando la barbacoa. Desde aquí huele, huele a barbacoa, a costillas o chuletas, no sé lo que han comprado pero la verdad es que huele de maravilla y yo ya me muero de hambre.

—¿Te apetece un baño? —me pregunta Rachel.

Me saco el móvil del bolsillo y miro en él que son ya casi las cuatro de la tarde, me parece increíble que John y yo no nos hayamos pedido los teléfonos, ¿A qué hora saldrá su vuelo?

—¿Anna? —insiste.

—No, báñate tú, yo voy a... —pienso un instante—, a hablar con Rob.

—Vale —se quita la camiseta y el short—, ¿te llevas esto?

—Claro.

Se mete en el agua con decisión y sin esperar a que le llegue por las rodillas se tira de cabeza. La observo bucear hasta avanzar unos metros, luego emerge y se recoge el pelo en una enorme cola. Yo me dirijo hacia Rob, que no sé cómo, pero tengo que pedirle que me lleve al aeropuerto. Solo espero que no siga enfadado conmigo por nuestra discusión en la furgoneta.

Al acercarme a las tiendas observo que junto a ellas hay una enorme moto de la vigilancia. Junto a esta, un hombre sentado sobre una nevera pelándose una manzana con una navaja. Un segundo, ¿Tony?, ¿Guardacostas? Suelto la ropa de Rachel en una de las tiendas y me acerco a él, no me ve llegar, está ensimismado cortando la fruta.

—¿Tony? —Le sorprende—, ¿desde cuando eres guardacostas?

—Otra como Rachel —me dice—, ¿Por qué os sorprende tanto?

—No sé... —me encojo de hombros—, te queda muy bien el uniforme ¡Y la moto aún más!

Tony se levanta y me da un beso en la frente intentando no tocarme con las manos.

—¿Cómo estás, guapa?

—Bien —le sonrío—. ya sé entonces por qué nosotros sí que podemos acampar en la playa.

Él me guiña un ojo.

—Espero no quedarme sin curro.

—Tranquilo, nosotros nos portamos bien.

—Sí, sobre todo aquel —dice irónico señalando a Rob con la mirada.

No sé el qué, pero por el comentario ya ha tenido que hacer de las suyas.

—Pobre..., encima que es él quién nos trae y nos lleva a todos sitios.

—Sí, pobre... —dice metiéndose un trozo de manzana en la boca.

—Voy a hacerle compañía —le digo.

Él asiente y vuelve a sentarse.

Me acerco a Rob, que está de espaldas a nosotros controlando la barbacoa e intento asustarlo, pero se da cuenta.

—Hola, chef —le saludo mirando a ver qué está preparando, la verdad es que tiene todo una pinta exquisita—, ¿Aún no puedo coger nada?

—No —sonríe—, pero ya casi está.

Bien, ha sonreído, parece que no le dura el enfado de esta mañana.

—¿No te bañas? —le pregunto.

—No, estoy aquí liado.

—Anda, ve a bañarte si quieres que yo siga con esto.

Él me mira enarcando las cejas.

—¿Qué? —le digo.

—Después de ver cómo te desenvuelves en una cocina no sé yo si dejarte al mando de una barbacoa. Aún me acuerdo de las salchichas que me hiciste en tu casa de...

—Oye —le doy un manotazo que él no consigue esquivar—, eso solo fue una vez y bien que te las comiste.

—Cualquiera las dejaba en el plato, era nuestra primera cita oficial —dice entrecomillando con los dedos aquel oficial.

—Oficial... ¿Y de aquella noche solo te acuerdas de que se me quemaron las salchichas?

—No —me mira—, claro que no.

Nuestras miradas se enredan por un instante. Es increíble cómo a veces una persona a la que considerabas imprescindible en tu vida, con el tiempo, deja de serlo.

—Anda, mira a la barbacoa —interrumpo aquel silencio de miradas cruzadas—, que se te van a quemar a ti también.

Él sonrío y con unas pinzas comienza a darle la vuelta a la carne.

*En ese mismo instante,  
en el agua.*

Me acerco a Steve y Lauren que están peloteando con la cabeza una pequeña pelota de goma. Cuando estoy junto a ellos Steve no puede evitar mirarme el pecho, a mí me hace gracia, pero él, que sabe que me he dado cuenta, se pone nervioso y evita mirarme a los ojos. Es el chico más cortado que he conocido nunca, me pregunto si aún será virgen.

—Venga, yo juego —propongo—, a ver cuánto aguantamos sin que se nos caiga.

Aceptan, aunque no de muy buena gana, y comenzamos a pelotear. Ellos con la cabeza, yo con lo que puedo. Pero pasa algo raro, están muy callados. Con la de tonterías y cosas de frikis que suelen decir estos dos cuando se juntan. Además, no me miran, no se miran ni entre ellos, están extraños.

—¿Os pasa algo? —me atrevo a preguntar.

Siento que se miran entre ellos pero no contestan. La pelota llega a mí. Yo la cojo pero no la paso.

—¿Eh? —Insisto—, ¿Estáis enfadados?

Ellos vuelven a mirarse el uno al otro.

—No —dice Lauren—, pásala ya, venga.

—¿Qué os pasa? —insisto metiendo la pelota bajo el agua, ahora sí que estoy segura de que ocultan algo.

Steve empieza a ponerse nervioso y busca la mirada cómplice de Lauren.

—Tío... —explota Steve—, ¿se lo decimos?

—¿Decirme qué? —empiezo a inquietarme.

Lauren chasquea la lengua.

—Steve, no empieces.

—¿Decirme qué, Steve? —insisto acercándome a él.

—Nada —dice sacudiendo la cabeza.

—Steve..., como me entere por mí misma va a ser peor —este resopla—, ¿qué ha pasado?

Steve busca la aprobación de Lauren pero este le aparta la mirada.

—Si te lo digo Rob me mata —dice—, pregúntale a él mejor.

—¿Rob? —Miro hacia la orilla y luego me vuelvo de nuevo hacia Steve—, ¿qué ha pasado con Rob?

Lauren hace ademán de salir del agua. Yo me acerco a él y lo cojo del brazo.

—¿Queréis decirme qué coño ha pasado? —Bajo el tono—, por favor.

—John —dice Steve nervioso, yo lo miro sin entender nada— se trata de John.

—¿John?, ¿Cómo que John?

Lauren protesta.

—Es nuestra amiga, tío —dice Steve—, tiene derecho a saberlo.

—¿Qué tengo derecho a saber de John?

*En ese mismo instante,  
fuera del agua.*

—Rob... —me aclaro la voz, él me mira sin dejar de sacar la carne de la mientras la coloca sobre el plato que yo sostengo entre mis manos— siento si antes en el fuego...

—¿En el fuego? —frunce el ceño.

—En la furgoneta, quería decir —protesto pasándome el plato de una mano a otra— ¡Ah! Es que me estoy quemando.

—Qué te va a quemar, quejica.

—¡Que sí! —Resoplo— Toma, ah, que no puedo más —le paso el plato y él lo coge como puede— dame las pinzas que yo las saco —digo soplándome las yemas de los dedos.

—Ahora las dejas caer.

—Shh... —lo mando a callar quitándole las pinzas—, que eso, siento si antes en la furgoneta, ya sabes...

—Tranquila.

Lo miro, él sonrío de nuevo, parece que de verdad se le ha olvidado ya nuestra discusión, en el fondo no es mal chico.

Suelta el plato sobre la mesa y coge otro para seguir sacando piezas de la barbacoa.

—Me alegro de que no estés enfadado —lo miro de soslayo mientras voy sacando la carne de la parrilla— porque tengo que pedirte un favor.

—¿Sexual?

Lo miro de reajo.

—No es ese tipo de favor, Rob.

—Entonces creo que voy a fingir estar enfadado.

—No seas tonto.

—A ver, venga, suéltalo.

—A ver, sé que suena a que estoy loca. ¿vale? pero... —cojo aire— John se va hoy y... —pienso un instante cómo decírselo— me gustaría que me llevases al aeropuerto para despedirme de él.

Me aparta la mirada, su sonrisa se oscurece y se vuelve serio, por un instante hasta me hace sentir mal.

—Vaya, lo siento —rectifico observando su rostro.

—¿Pero no estabais enfadados? —dice, seco.

—Sí, ya sé que estaba enfadada con él pero... —suspiro— no sé, me hace ilusión despedirme. Es igual, olvídalo, ya buscaré otr...

No puedo terminar la frase cuando veo llegar a Rachel muy decidida hacia nosotros, Steve y Lauren la siguen a paso forzado con cara la cara desencajada. No entiendo nada. Rachel se para justo en frente de Rob y mía. Se miran desafiantes, ¿Me he perdido algo?

—¿Qué pasa? —pregunto.

Observo como Tony también se levanta y se suma al grupo.

—¿Que qué pasa? —Dice Rachel—, Pregúntale a Rob que qué pasa.

No entiendo la actitud violenta de Rachel. Lo miro, está inquieto, este mira a Steve y Lauren.

—¿Ya os habéis ido de la lengua? —Rob empieza a ponerse nervioso—, ¿Eso es lo que vale vuestra palabra?

Estos se encogen de hombros, yo sigo sin entender nada.

—Eh, tú —le amenaza Rachel—, ya estás bajando los humos con ellos dos, ¿Te enteras?

—Eh, chicos —intento intervenir—, calmaos, ¿qué ha pasado?

—¿Quién de los dos ha sido? —Hace ademán de acercarse a ellos pero Tony se lo impide y eso a Rob le enfada aún más— ¿Quién se ha ido de la puta lengua?

Grita intentando zafarse de Tony. Steve retrocede unos pasos asustado. Rachel se precipita hacia Rob y con fuerza le agarra la cara con una mano.

—¿Qué les vas a hacer, eh? —se planta delante de él.

Rob le aparta la cara con violencia y forcejea con Tony para intentar librarse de él.

—¿Qué me sueltes, joder!

—¿Rob, relájate tío! —le grita Tony.

—¡Vamos, si tan hombre eres para partírle la nariz a uno sé ahora igual de valiente para decir lo que ha pasado! —le grita Rachel en la cara.

Yo me meto entre ellos dos e intento separarlos.

—¡Vamos, Rachel, tranquilízate! —La agarro y la separo unos metros de él— ¿Qué ha pasado?

—Como te coja te mato, Steve —amenaza Rob.

—¿Como te coja yo a ti sí que te voy a matar, gilipollas! —Le grita Rachel intentando escapar de mí.

—¡Rachel, quieres relajarte, joder! —le grito.

Ella, que no puede librarse de mí, acaba por escupírle. Rob se pone aún más nervioso, Tony apenas puede controlarlo ya.

—¿Qué me sueltes, Tony, que la tenemos!, ¡Suéltame!

—¡Rachel, vámonos!

—¿Sabes lo que ha hecho tu queridísimo Rob?, ¿Lo sabes? —grita.

—¡Me da igual lo que haya hecho! —le digo luchando con ella para alejarla de allí.

—Le ha partido la cara a Mike —dice— y a John.

Durante un segundo mi mente se queda en shock ¿A Mike?, ¿A John?

—¿Qué?

—Mike y John han venido a buscarnos mientras nosotras no estábamos ¡y ese hijo de puta! —

le grita—, los ha echado a puñetazos, le ha dicho a tu John que tú no querías verle, le ha dicho que ya te habías olvidado de él, que se fuera, que se olvidara de ti.

Las palabras de Rachel me paralizan. Aquello no puede ser verdad. La suelto y me giro hacia Rob que parece quedarse sin fuerzas entre los brazos de Tony al sentirse atravesado por mi mirada.

—Dime que eso no es verdad, Rob —le digo casi en voz baja.

Me mira pero no dice nada, yo no soy capaz de apartarle la mirada, no puedo creerme que haya hecho eso. Miro a Steve y a Lauren, luego a Tony, todos se quedan en silencio.

—Rob... —insisto acercándome a él—, dime que eso no es verdad.

Tony lo suelta, Rob me mira abatido.

—¡Joder, Rob! —Lo empujo con todas mis fuerzas— ¡Acabo de pedirte que me lleves al aeropuerto para despedirme de él!, ¿Por qué no me has dicho que había venido a verme?

Lo empujo otra vez y otra, él retrocede.

—Pensaba que era lo mejor para ti.

—¿Quieres dejar de pensar en qué es lo mejor para mí? —Le grito rompiendo a llorar.

—Lo siento, Anna.

—¡No lo sientes! —Lo empujo, lo empujo intentando sacar todo lo que siento dentro de mí—, ¿hace cuánto tiempo de eso?

—No lo sé —dice arrepentido—, hace menos de una hora.

—¿Dijo a dónde fue? —vuelvo a gritarle.

—No.

Aprieto los puños y le grito impotente con todas mis ganas. Rachel intenta tranquilizarme pero yo me libro de ella con violencia.

—Rob, escúchame —cierro los ojos y respiro hondo—, solo espero que lo vuelva a ver antes de que se vaya, ¿Te enteras? —No responde—, ¿¡Que si te has enterado!?

Él asiente y me aparta la mirada. Yo lo miro una última vez a los ojos y echo a correr.

—¿Anna, a dónde vas? —me grita Rachel.

—¡A la estación! —contesto sin detenerme.

Era el único sitio donde podía estar, él no tiene coche ni Mike tampoco, había tenido que llegar en autobús, con suerte aún no lo han cogido.

Corro con todas mis fuerzas a través de la arena hacia las escaleras y al llegar a ellas observo que hay gotas de sangre entre las tablas de madera. Miro al frente, las lágrimas y mi respiración acelerada no me dejan ver a lo lejos con claridad.

Detrás de mí viene Rachel corriendo sobre la espesa arena de la playa. Yo reanudo la carrera y subo las escaleras siguiendo las gotas de sangre del suelo. Cuando llego arriba me detengo, no sé hacia dónde está la estación. Miro hacia atrás, Rachel comienza a subir las escaleras.

—¿Dónde está la estación? —le grito.

—¡A la derecha, Anna, junto al faro!

Miro hacia la derecha, sobre las casas distingo el faro a lo lejos, cojo aire y me lanzo a correr. Recorro el paseo marítimo sorteando a la gente que pasea. Cruzo la carretera casi sin mirar y al girar la primera calle saliendo del paseo marítimo me tropiezo con un chico sentado sobre un escalón que me hace perder el equilibrio. Intento recuperarlo pero las chanclas me hacen resbalar y caigo de rodillas al suelo, tengo que poner las manos para no darme con la cara en el asfalto. El chico me grita algo que no consigo entender y me ayuda a levantarme tomándome por los brazos. Siento que las rodillas me escuecen, las manos me arden.

—¿Anna? —la voz me suena, me giro hacia él.

¿Mike?

—¿Mike! —Grito en un intento de recuperar el aliento—, ¿Qué os ha pasado?, ¿Estáis bien?  
—le pregunto observando su nariz y su camiseta llena de sangre.

—Nos hem...

—¿Dónde está John? —le interrumpo intempestiva mirando a mi alrededor—, ¿Por qué no está contigo?

—Se fue a la estación.

—¿Cómo?

—No sé, se ralló y me dijo que se iba, que no quería complicar más las cosas.

Rachel llega a nosotros tras una carrera forzada.

—¿Rachel! —Mike se lanza hacia ella y esta se deja caer exhausta sobre sus brazos.

Se besan como si se hubieran echado de menos durante años.

—¿Qué te ha pasado? —Le pregunta Rachel tomándole la cara con una mano— ¿Estás bien?

—Ahora sí —responde.

—¿Cuándo sale el próximo autobús? —Les interrumpo histérica—, ¿Te acuerdas de la hora?

Mike hace memoria un instante.

—A las cinco, creo.

Miro la hora. Menos cinco. Y echo a correr calle arriba.

—¿Anna, espera!

## Capítulo 39

El corazón me golpea con fuerza los oídos, la vista se me nubla con cada paso que doy y mis piernas exánimes siguen corriendo casi sin ser capaces de mantenerme en pie. Mi carrera a través de las calles de Portmanorck es una lucha a contrarreloj que empieza a escapárseme de entre los dedos.

Exhausta consigo llegar a la estación. El gigantesco reloj del hall ya marca las cinco de la tarde y sin querer perder más tiempo me hago hueco por la fuerza entre la gente que se amontona en las taquillas. Los escucho protestar pero no me importa, solo quiero encontrar a John.

—¡John! —grito al llegar a los arcenes.

Pero no consigo verlo. Hay muchos autobuses, no sé cuál es el suyo. Me apoyo sobre mis rodillas luchando por recuperar el aliento. Miro a un lado. Miro a otro, el cansancio no me deja enfocar con claridad. Me incorporo y aún agotada corro hacia el primer autobús.

—¡John!

Los pasajeros se sorprenden. Me hago hueco entre ellos y subo al autobús.

—¡John! —grito una vez más en el interior.

Pero no está, está casi vacío. Me doy media vuelta, el chófer me agarra del brazo e intenta frenarme pero yo me zafo de él con las pocas fuerzas que me quedan. Corro hasta el siguiente autobús.

—¡John! —grito casi desgarrándome la garganta.

La gente me mira asustada. Aparto a los pasajeros y vuelvo a subir al autobús. Todos me miran en silencio. Mis ojos sortean ávidos los asientos. No está.

Bajo las escaleras de nuevo. Silencio. La gente me mira agarrando sus pertenencias, murmuran entre ellas. Los motores de los autobuses rugen todos a la vez, se ponen en marcha, me giro, miro a mi alrededor desesperada, necesito encontrar a John. El reloj ya pasa de las cinco ¿John dónde estás?

Por megafonía anuncian la salida un último autobús al final del arcén con destino Dublín. Echo a correr llevando a mi cuerpo al límite y llego hasta él.

—¡Abra la puerta! —le grito al chófer golpeando el cristal.

El chófer la abre asustado y yo subo las escaleras agarrándome a la barandilla en un último esfuerzo por mantenerme en pie. Esta vez tengo que esforzarme para enfocar la cara de los pasajeros.

—John... —susurro.

Y aunque nunca jamás me había latido tan fuerte el corazón, en aquel momento juro que se me detuvo al comprobar que tampoco estaba en aquel autobús. Mi mirada vacía vuelve a recorrer los asientos con una última esperanza de encontrarlo pero lo único que encuentro son las caras paralizadas de los pasajeros que me miran como si estuviera enferma. Miro al chófer, su mirada gris indiferente, nadie dice nada. Confundida me bajo del autobús, al hacerlo la puerta se cierra. El descompresor suena y el motor ruge ronco a mi espalda.

Mareada empiezo a caminar desorientada por los arcenes sin saber muy bien a dónde ir. Los autobuses comienzan a abandonar la estación, uno tras otro sin importarles una mierda yo, ni John, ni que no nos hubiéramos despedido. Me quedo allí, sola, en medio de los arcenes que ya han

quedado desiertos. Mis pasos agotados empiezan a detenerse, lo hacen, no puedo escuchar otra cosa que mi respiración haciéndome eco en los oídos.

Mike y Rachel llegan a los arcones, él tira de ella en una precipitada carrera por encontrarme. Miran a un lado y a otro hasta que consiguen verme. Mi mirada se pierde, se nubla. Por un instante sé que me dicen algo, que me preguntan, que me gritan, siento a Rachel zarandearme pero no puedo oírla, dejo de sentir lo que ocurre. Todo se ralentiza a mi alrededor. Siento que mis músculos se destensan, que mi cuerpo deja de pertenecerme. Los autobuses ya se marcharon. Y John también. Exhausta me siento en el suelo. Mis rodillas están ensangrentadas, una delgada línea de sangre me recorre la tibia desde la herida de la rodilla hasta el pie. Me apoyo sobre los codos y me dejo caer lentamente hasta acabar tumbada sobre el suelo ardiente de la estación. Siento la boca seca, siento que quiero llorar pero apenas me quedan fuerzas para hacerlo. Me examino las palmas de las manos, están rojas, desolladas, me duelen. Los rayos de sol destellan a través de los ventanales del techo. Cierro los ojos. Escucho el latido de mi corazón.

*Esa misma tarde,  
en Sevilla.*

Me cuelgo la mochila en el hombro y doy un último vistazo a la habitación de Lolo. Parece que no me dejo nada atrás excepto el sentimiento de felicidad con el que me había levantado. A través de la ventana veo a Rosa y Cris esperándome en la puerta de la casa, esta última despidiéndose de Roberto. Salgo de la habitación y dejo la puerta encajada a mi espalda. Todo está en silencio, demasiado silencio, un silencio que resulta incómodo. Recorro el pasillo y bajo las escaleras con una sensación de tristeza en el estómago, siento que todo aquello no debería haber acabado como lo había hecho. Y todo es por mi culpa. Yo me había equivocado, eso estaba claro y nunca me perdonaré haberle hecho lo que le he hecho a Lolo. Y creo que él tampoco. Durante el almuerzo yo no había existido para él. Por más que me esforzara en buscarlo con la mirada sus ojos huían de mí, me evitaban. Era como si hubiera muerto para él. Y eso me hace daño, sí, ya sé que yo también se lo he hecho a él pero no lo hice consciente, en ese momento no era yo, juro que no sabía lo que hacía. Ojalá pudiera volver atrás y no hacer nada de lo que hice.

Al bajar las escaleras distingo su silueta en la cocina, está de espaldas a mí, apoyado sobre el fregadero. Vacilo un instante antes de decidirme a salir de la casa. Cierro los ojos y cojo aire, necesito hablar con él, necesito que me perdone.

Me acerco a la puerta de la cocina con paso lento, siento que me tiembla todo el cuerpo, tengo miedo de lo que pueda decirme, pero sea lo que sea, me lo mereceré.

—Lolo... —digo en voz baja, él no se mueve, sigue apoyado sobre el fregadero con la cabeza baja.

Yo me acerco un poco más hasta llegar a la barra donde habíamos desayunado.

—Lolo —repito aclarándome la voz—, solo quería decirte antes de irme que lo siento.

Aunque intento controlar mis sentimientos, mis ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

—Lo que pasó en... —no sé cómo seguir, trago saliva, él, aunque de espaldas a mí, levanta la cabeza—, no sabía lo que hacía pero te juro que no quería hacerte daño. Eso nunca.

Suelto la mochila sobre la encimera y me acerco un poco más él, me acerco hasta que casi puedo sentir el calor que desprende su cuerpo.

—Lolo... —intento tomarle una mano pero él me la aparta bruscamente.

Yo lo miro sobrecogida pero él a mí no. Aprieta la mandíbula y gira la cabeza hacia otro lado.

—Lolo, por favor... —me limpio las lágrimas con la palma de las manos—, Lolo, dime que me perdonas.

Observo como sus brazos se tensan sobre la encimera, aprieta los puños, su respiración se vuelve más sonora.

—Dime algo, por favor —le suplico sin esforzarme en ocultar mis lágrimas— por favor, Lolo.

Intento tomarle una mano de nuevo, esta vez no me la aparta. Lo miro, sigue tenso, sin mirarme. Le acaricio los nudillos, el antebrazo, de entre mis lágrimas florece una sonrisa que me produce un escalofrío al sentir que no todo está perdido aún con él, al sentir que puede perdonarme.

—Lo siento muchísimo, Lolo —y llorando lo abrazo por la espalda.

Me dejo caer sobre él y lo abrazo con todas mis fuerzas entrelazando mis manos en su pecho. Él sigue rígido, tenso, inmóvil y con el corazón latiéndole violento bajo el pecho, pero no me aparta, se deja abrazar aunque no me corresponda.

Me separo ligeramente y con la mano me precipito a limpiarle mis lágrimas de su espalda. Lo miro. Tiene los ojos cerrados. Los músculos de su mandíbula se contraen y su respiración, aunque más relajada ya, sigue acelerada.

Le tomo la mano de nuevo pero esta vez no le digo nada. Lo observo abrir los ojos, su puño se destensa y se deja acariciar. Lo aprieto con fuerza y le doy un beso en el hombro. Sin decirle nada más lo dejo solo. Me limpio las lágrimas y vuelvo a colgarme mi mochila en el hombro. Antes de salir de la cocina me quedo mirándolo en silencio. Él, inmóvil, sin cambiar su postura, no se gira para mirarme. Con la esperanza de que con el tiempo todo se arreglará, abandono la casa de Lolo para ir a recibir a Juan al aeropuerto.

## Capítulo 40

*En Sevilla.*

Salgo de la casa de Lolo intentando disimular mis lágrimas y me monto en la parte de atrás del coche de Rosa. La puerta se cierra y Roberto mete la cabeza en el coche una última vez para darle un beso en los labios a Cristina. Rosa le saca la cabeza del coche y les dice que dejen algo para mañana. Se ríen. Yo me pongo el cinturón y miro hacia la entrada de la casa. Lolo no nos despide. El motor se enciende. Suena el intermitente y el coche se mueve. Nos vamos. Me giro hacia la puerta otra vez, Lolo sigue sin estar y Roberto cada vez se hace más pequeño en la lejanía. Al girarme de nuevo me encuentro con Cristina.

—¿Qué te pasa? —me pregunta posando una mano en mi rodilla.

—Nada —aunque siento que los ojos se me humedecen intento no ponerme a llorar—, estoy cansada.

Me sonrío, yo dejo caer mi cabeza lentamente sobre el cristal y mi mirada se pierde en la carretera. Nadie sabe lo que pasó en aquella habitación y nadie debe saberlo jamás porque jamás debió haber ocurrido.

*Ese mismo instante,  
en un autobús camino a Dublín.*

Esta vez me siento solo en el último asiento del autobús. Mi cabeza apoyada sobre el cristal. Aunque me esfuerce por mantenerme despierto, mis ojos cansados se cierran dejándose adormecer por el repetitivo traqueteo del autobús. El labio me escuece, intento calmarlo humedeciéndolo con mi lengua pero no sirve de nada. Mis ojos se cierran. Los abro. Mi mano izquierda hace presión sobre la derecha, me duele. Observo la sangre de mi camiseta y los ojos se me vuelven a cerrar. Cuando los abro buscan el asiento de al lado, me incorporo sobre el mío, imagino a Mike sentado a mi lado. Pero él ya no está conmigo.

—*Es un dos para dos, easy, Pa-pa-pa-pam.*

Sonrío, casi puedo escucharlo a él también reírse.

Y eso me alivia, aunque solo por un instante, luego su risa me atraviesa el estómago, como si una mano invisible no me dejara respirar.

—*Tengo un palpito.*

Respiro hondo e intento ahogar los recuerdos de Mike. Mi cabeza busca el cristal y mis ojos cansados intentan apagar las luces de esta pesadilla.

*En ese mismo instante,  
en Portmarnock.*

Sentada en la playa me abrazo a mis rodillas. Los rayos del sol apenas tienen fuerza ya y se pierden en el horizonte dejando retazos naranjas en el cielo que empieza a oscurecerse sobre el mar. Las olas rompen en la orilla a unos metros de mí y mi pelo revolotea inquieto con el mismo

viento frío que arrastra a las olas a la orilla. No queda nadie ya en la playa. Sin levantar la cabeza de mis brazos busco a mi grupo. A lo lejos, alrededor de una candela que chisporrotea luchando por mantenerse encendida. Al fondo, sobre las cabezas de estos, las luces del pueblo comienzan a encenderse, las del paseo marítimo aún brillan tenues amortiguadas por la luz de un sol que está a punto de apagarse. Vuelvo a mirar al mar. Imagino a John. No sé qué hora es, no sé dónde estará ahora, si aquí, allí o a medio camino, solo sé que me encantaría tenerlo a mi lado, con un brazo sobre mí y yo acurrucada a su pecho viendo como el sol se rinde ante nosotros, como si nada hubiese ocurrido, como si nada nos hubiera separado jamás, como si después de aquel beso tan fugaz que nos dimos nunca hubieran existido los gritos, ni los reproches. Como si él nunca tuviera que marcharse de mi lado.

\* \* \*

El agua caliente de la ducha me reconforta. Corro la mampara y cojo una toalla con la que me seco la cara. Luego me la anudo al pecho y me coloco frente al espejo. Con una mano limpio el vaho y me veo reflejada en él. Finjo una sonrisa de todo irá bien que no termino de creerme. Llevo un año esperando volver a ver a mi novio y aunque no estemos en nuestro mejor momento, sé que nos queremos. Sé que solo nos hace falta que nos volvamos a ver para que todo sea como antes. Sé que todo es mentira, todo, lo que nos dijimos no es cierto. Vuelvo a mirarme en el espejo. Mi reflejo me hace sentir culpable, me escupe el nombre de Lolo a la cara.

*Ahora puedes hacerme lo que quieras.*

Me tapo la cara con la toalla y aprieto con fuerza ahogando un grito de impotencia. No quiero volver a llorar.

\* \* \*

Cuando vuelvo a abrir los ojos no sé dónde estoy. Me incorporo, no sé cuánto tiempo me he quedado dormido y siento cierto malestar en el cuello. Ya estamos en la ciudad, anochece y las luces de las calles están encendidas. Miro por el pasillo del autobús y descubro que soy el único que queda en la planta de arriba. Las calles me empiezan a sonar. Cruzamos un puente y el autobús se detiene en una parada. St. Stephen Green. La siguiente es la mía.

\* \* \*

No consigo olvidar las caras de la gente en la estación. Me miraban como si estuviera loca ¿Qué sabrán ellos?, ¿Qué sabrán ellos lo que es estar loca? Y sí, lo estoy, estoy loca por John. Loca por estar entre con él, por abrazarlo, por saber que todo está bien. Sí, quizás estoy loca, ¿pero sabes qué? Ojalá todo el mundo estuviera así de loco. Porque todo el mundo debería sentir algo así en la vida. Aquellos que dicen que no creen en el amor a primera vista, que se ríen, que dicen que es imposible, me río yo de ellos. Porque cuando menos te lo esperas y en el sitio que menos te lo esperas, llega alguien que lo pone todo patas arriba. O sea, de un día para otro, de una milésima de segundo a otra sabes que no, que se acabó, que ya nada volverá a ser lo mismo. Y no, no estás loca, lo que te pasa es que te has enamorado. Yo, mira, yo no es que sienta hormiguitas, que va, ni mariposas, lo que yo siento cuando veo a John son elefantes, una manada de elefantes gigantes y salvajes corriendo de un lado para otro es lo que siento. Una locura, sí, ¿pero sabes qué

me parece una locura aún mayor? Dejar escapar a alguien que es capaz de hacerte sentir elefantes. Para mí, eso sí que es estar loca de verdad.

\* \* \*

Al entrar en la residencia saludo al vigilante. Las canchas de baloncesto están aún ocupadas por compañeros de clase, pero yo no me entretengo en despedirme de nadie, no tengo tiempo. Me apresuro en subir las escaleras de mi módulo y al entrar en mi piso una bofetada de nostalgia consigue robarme la respiración. Aún nos recuerdo a todos en el salón del piso.

—*¡Seguí, seguí chupando!* —grita Andrea contando los segundos que lleva Mike bebiendo a morros de una botella de Bacardi.

*Cuando termina grita y se deja caer sobre el sillón. Todos le aplauden. Están locos, no sé cómo vamos a acabar todos después de un año entero juntos, madre mía.*

\* \* \*

Después de elegir y reelegir mil veces qué ponerme por fin me decido a salir de casa. Antes de hacerlo me miro en el espejo de la entrada. Por un instante dudo en ir al aeropuerto. No sé qué va a pasar cuando nos volvamos a ver después de un año, han pasado muchas cosas. ¿Y si no quiere verme? Oh, Lucía por favor.

Cojo las llaves, abro la puerta, salgo y cierro de un portazo. Necesito encontrar un taxi.

\* \* \*

Ya la oscuridad se ha tragado el cielo casi por completo y las primeras estrellas comienzan a aparecer. A lo lejos distingo el parpadeo de un avión al que no puedo evitar quedarme mirando, ¿Dónde estarán las estrellas fugaces cuando se les necesita?

Alguien me toca por atrás y no puedo evitar dar un respingo.

Me giro sobrecogida y descubro a Tony en cuclillas a mi espalda. Consigo trae el casco de una moto. Yo me quedo mirándolo sin entender nada. Luego lo miro a él. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

\* \* \*

Y podía haberme imaginado cualquier final, de verdad, cualquiera menos este. Sacudo mi cabeza y me dirijo a mi cuarto. Entro y cojo la maleta y el petate de mano. Me coloco en el centro de la habitación y me quedo allí inmóvil sintiendo mis ojos emocionados. En el quicio de la puerta aún me parece ver a Ossian, el tirillas.

—*Puto español* —dice asomándose a mi habitación abrigado hasta el cuello— *¿Piensas ir algún día a clase?*

*Yo miro hacia la ventana y veo el cielo gris y el cristal cubierto de gotas.*

—*Con este tiempo no se puede salir a esta hora, tío* —le contesto desperezándome sobre la cama.

\* \* \*

El abrazo con Rachel es interminable. Cuando nos separamos me toma la cara con las manos y me da un beso con tanta fuerza que hace que tenga que ponerme de puntillas.

—Suerte —me dice sin poder controlar sus emociones.

Mike está a su lado, él me guiña un ojo y me acaricia el brazo por encima de la chaqueta que me ha dejado Tony. Steve y Lauren también están allí, solo falta Rob que no sé dónde está. Tony hace sonar el claxon de la moto.

—¡Vamos! —grita, su voz suena acolchada por el casco.

\* \* \*

—Buenas tardes, señorita —me saluda.

Yo le sonrío sentándome en la parte de atrás del taxi con el móvil en la mano.

—Al aeropuerto —le digo concisa.

El hombre me mira un instante.

—Va muy ligera de equipaje ¿no? —sonríe.

—Voy a recoger a una persona.

No le devuelvo la sonrisa y el hombre acaba girándose para ponerse en marcha.

\* \* \*

Apago la luz del cuarto y salgo de allí. Me planto frente la puerta y antes de decidirme a abrirla cierro los ojos. Me sorbo la nariz y decido que este es el final. Ha sido un año de puta madre, un último día nefasto no va a ponerme triste. Tengo que sonreír, estar feliz por el resto del viaje. Va, para adelante, tío, de cosas peores hemos salido. Agarro el pomo con decisión y abro la puerta. Salgo al pasillo de suelo aterciopelado y cierro la puerta para cerrarla con llave por última vez.

\* \* \*

Pongo un pie sobre la moto, cojo impulso con decisión y me siento ahorrajada en la parte de atrás. Miro una última vez a Rachel, que está abrazada a Mike sin dejar de mirarme. Miro a Tony, asiente. Me recojo el pelo y me coloco el casco.

\* \* \*

Entro en Whatsapp. Las luces de la carretera dibujan sombras imposibles sobre la pantalla de mi móvil. Busco el chat de Juan.

—Te quiero.

Fue su último mensaje.

\* \* \*

Me despido del chico de secretaría y me dirijo a la puerta de la residencia. Las campanas de

la torre del reloj redoblan. Las siete. Cojo en peso mi petate y la maleta suena violenta al bajar los escalones de la entrada. Tengo que darme prisa.

\* \* \*

El sonido metálico de la marcha suena pesado, me asusta, da gas, el tubo de escape petardea, el motor se revoluciona, suelta el embrague y la rueda trasera rachea haciendo la que la moto salga disparada con toda su fuerza. Yo cierro los ojos, me abrazo a él, la arrancada nos desplaza a los dos ligeramente hacia atrás.

\* \* \*

Salgo del chat. Deslizo la pantalla y sin saber por qué me descubro buscando a Lolo. Lo encuentro. En línea. Miro por la ventana. El aire me golpea la cara. Hay cosas que es mejor olvidar. Vuelvo a mirar el móvil, una lágrima cae sobre la pantalla. Borrar chat. Cojo aire ¿Está seguro? Me pregunta el móvil.

\* \* \*

Me incorporo ligeramente sobre mi asiento. La aguja del cuentakilómetros marca ciento cincuenta. Busco la mirada de Tony en el retrovisor. La encuentro. Sus ojos a través del casco me sonrían, me tranquiliza. Enciende la sirena. Me sobrecoge. Los coches iluminados de azul se precipitan a apartarse para dejarnos pasar. Tony da puño. Yo me abrazo a él con fuerza, cierro los ojos. Bajo la chaqueta puedo sentir cómo mi corazón también se revoluciona.

\* \* \*

—Al aeropuerto —le indico al taxista sentándome en el lado del copiloto.

Este asiento y mete la primera marcha sin decir nada. Yo me quedo mirando la residencia. Esta vez no quiero controlar mis emociones. Siento el latido de mi corazón a destiempo, el sabor salado de mis lágrimas sobre mis labios. El coche se aleja, aún no me he ido y ya quiero volver. Voy a echarte de menos, Dublín, me repito a mí mismo, voy a echarte mucho de menos.

## Capítulo 41

*Collistown airport,  
Dublín.*

*—¿Y cómo es montarse en avión?, ¿Da miedo?*

*—Es como montarse en autobús, mamá, cuando te das cuenta ya estás volando.*

*—Qué miedo, yo no me montaría, a mí me dan pánico. No te rías, que ya con la edad hay cosas que no se pueden cambiar, así que ya sabes, como te eches una amiga allí vas a tener que venir tú para que pueda conocer a mis nietos.*

*—Anda ya —me río—, si acabo de llegar y ya echo de menos Sevilla.*

*—Oye, ¿y qué tiempo hace allí?*

*—Pues aquí está chispeando.*

*—Qué suerte, aquí hace cuarenta grados chiquillo.*

*—No sé yo quién tiene más suerte de los dos.*

*—Ya te acostumbrarás, no seas como tu padre, tú abrigate bien. Bueno escúchame, te dejo que esto sale por un ojo de la cara.*

*—Vale.*

*—¿Has comido algo?*

*—No.*

*—Pues come que con los nervios llevas el estómago vacío, niño, un zumito o algo.*

*—Sí, ahora me compr...*

*—¿Y cómo vas ahora para la residencia? —me interrumpe.*

*—Pues ahora busco un taxi.*

*—Eso, coge un taxi y descansa que los primeros días siempre son difíciles.*

*—Si*

*—Y ten cuidado con el taxi a ver si no va a ser uno de verdad y te pasa algo, que eso no es Sevilla. Si te pasa algo tú sal corriendo y que le den por saco a las maletas.*

*—Que sí.*

*—Y me llamas, que tú allí no conoces a nadie.*

*—Que sí, mamá.*

*—Venga, pues hasta luego hijo y háblame por el Whatsapp ese cuando llegues.*

*—Venga, adiós, mamá.*

*—Adiós, hijo.*

No puedo evitar acordarme de la primera conversación que tuve al llegar a Irlanda, justo aquí, en la puerta del aeropuerto, con mi madre. Una puerta que hoy, casi un año después, no sabe igual. Esta vez sabe a despedida.

La gente entra con prisas, otras salen apresuradas teléfono en mano y yo en medio de todos ellos. Sin querer entrar pero sabiendo que no puedo quedarme allí mucho más tiempo.

Al principio no te das cuenta, pero las cosas cambian, y cambian tan deprisa que no puedes

pararte a pensar ni tan si quiera un segundo. Ya nada es como cuando llegué. Absolutamente nada, ni tan si quiera yo. Y es aquí, en la misma puerta del aeropuerto cuando te das cuenta. Y es jodido. Porque cuando piensas en el regreso, justo al final del viaje, es muy distinto de cómo piensas al principio. Eso que ansías desde el primer momento en el que llegas, se convierte en el peor de los castigos y el tiempo, que antes parecía no avanzar, en el peor de tus enemigos.

Cuando me decido a entrar un fuerte olor a desinfectante me recibe en forma de bofetada. Hay gente, pero no demasiada. Con la mirada busco las pantallas digitales. Dublín — Sevilla. Puerta de embarque A-2, en media hora la abren. Un escalofrío me sobrecoge, la cuenta atrás oficial acaba de empezar, ahora es cuando parece que todo esto de tener que irme va en serio.

Necesito hablar con alguien. Me acomodo como puedo la maleta de mano en el hombro y en el bolsillo de mi chaqueta encuentro el móvil desarmado. Me monto en las escaleras mecánicas y con cierta habilidad consigo encenderlo. Empiezan a llegarme mensajes.

*Hoy a las 17:34. Andrea clase.*

*Che pibe, ya te marchás. Espero que ayer te cogieras a la rubia del concierto y si no sabé que perdiste a la mina de tu vida.*

*Fiera, no soy de despedidas ni de estas pelotudeces así que un abrazo ¿sí?*

*Nos volveremos a ver, eso seguro.*

Sonrío, si él supiera todo la que se ha liado con la rubia del concierto, acabaría llamándome... ¿cómo decía él? Ah sí, *trololo*. Pero lo que soy es un idiota, un capullo que se va de Dublín con menos de lo que llegó.

Una sensación de malestar me golpea el estómago. No me apetece leer más mensajes, necesito hablar con alguien. Abro la agenda y me sorprende a mí mismo buscando el nombre de Anna, entonces me maldigo por no haberle pedido el número. Encuentro el teléfono de Mike. Vacilo un instante. Coloco el dedo pulgar sobre su nombre, me tiembla. Cojo aire y pulso el botón de llamada. Suena el primer pitido, el segundo, el tercero llega demasiado rápido y luego el cuarto.

—¿John?

Y escuchar la voz de Mike hace que sienta nostalgia, joder. Me aparto el móvil de la oreja y cierro los ojos intentando controlar mis emociones.

—Mike... —digo, pero vuelvo a quedarme en silencio, siento que la voz me tiembla.

Escucho como avisa a alguien de que soy yo quien está al otro lado del teléfono, supongo que a Rachel y al imaginármelos a los dos juntos no puedo evitar sentirme vacío.

—¿Has llegado a tiempo?

—Sí, sí —me precipito a aclararme la voz.

Silencio. Lo escucho respirar a través de la línea.

Al llegar al final de la escalera mecánica cojo en peso la maleta y me dirijo al mostrador para facturar.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien —parece tan nervioso como yo—, ¿y tú?

—Yo bien también.

—Me duele un poco la nariz —dice en un intento de animar la conversación.

Yo sonrío contrariado sin saber bien qué decir.

Llego al mostrador y la recepcionista en un perfecto inglés me pide la documentación. Yo se la doy. La lee atentamente, me mira, vuelve a mirar la documentación y me sonrío. Paso la maleta por

el arco de seguridad y la chica, después de ponerle su cinta identificativa, deja que se pierda por el interior de un túnel no sé muy bien a dónde. Al otro lado de la línea no se escucha nada.

—¿Mike?

—Dime, dime.

—Tengo que pedirte perdón, tío —me atrevo a decir—, por muchas cosas pero sobre todo por haberte dejado allí tirado en la playa.

—No te preocupes por eso.

—No, en serio —le interrumpo—, siento que hayamos terminado así por mi culpa.

—Por mí todo está bien.

—¿De verdad?

—De verdad.

Me contagia su sonrisa.

—Lo hemos pasado bien —dice—, me alegro de haberte conocido, sevillano.

—Y yo. Tenemos esas cervezas pendientes en España.

—Seguro.

Me cuelgo el petate de mano en un hombro y me dirijo al arco de seguridad con la documentación preparada de nuevo. Mi puerta de embarque se abre en diez minutos. Supongo que ninguno de los dos quiere colgar, pero tampoco sabemos muy bien qué decirnos, nos han pasado muchas cosas en muy poco tiempo, necesitamos tiempo.

—Bueno, Mike, tengo que colgar —tartamudeo, nunca pensé que me costaría tanto despedirme de un amigo, lo juro.

—¿Ya vas a coger el avión, no?

—Sí, dentro de una hora estoy ya en casa —intento decir entusiasmado pero no suena convincente para ninguno de los dos— voy a echar de menos tus teorías, ¿lo sabes, no? —me río, esta vez mi risa se humedece con mis lágrimas.

—Va, tío, no te pongas moñas que me lo pegas —protesta.

—Has sido más que un amigo —me sorbo la nariz— y eso no es fácil encontrar.

—Tío, para —dice, la voz se le quiebra a él también.

Luego nos reímos los dos.

—Va, ya está, sin mariconadas —me aclaro la voz una vez más—, espero que tú también tengas un buen viaj...

—Oye, John —me interrumpo.

—Dime.

Antes de decidirse a hablar coge aire y lo suelta todo.

—No sabía si decírtelo, pero...

—Dímelo, no pasa nada.

—Anna se enteró de que estuviste aquí.

Escuchar su nombre me deja sin respiración, la garganta se me seca y tengo que esforzarme por tragar saliva.

No sé qué decir. Cierro los ojos. Todo empieza a darme vueltas.

—¿Y te dijo algo? —le pregunto sin saber bien si quiero saber la respuesta.

Siento como el corazón se me acelera, las palmas de las manos me comienzan a sudar.

—No —aquella respuesta me deja caer a un vacío—, no me dijo nada, fue directamente a buscarte.

—¿Qué? —mis pensamientos se atropellan todos a la vez.

—Se enteró de que habías venido y se fue corriendo a buscarte.

Me giro sobre mí mismo y empiezo a mirar por encima de todas las personas que había allí. Mis ojos se mueven rápido entre las cabezas intentando encontrar a Anna pero joder, parece como si se hubieran multiplicado, hay gente por todas partes.

—Eso no puede ser —le digo.

—Fue a buscarte en cuanto se enteró. No quería que te fueras sin despedirse de ti.

Todo parece que se acelera a mí alrededor, el tiempo, las personas, mi cabeza, todo. Gente que va y que viene, me tropiezo con sus miradas extrañas, con caras que no son las de Anna. Ella no está, no la veo. Miro el reloj. Las siete y media, la puerta de embarque está a punto de abrirse.

—Pensábamos que llegarí... —la señal se corta, no se escucha nada.

—¿Mike? —Grito—, ¡Mike escúchame!, ¿Hace cuánto tiempo salió de allí?

Me despego el auricular de la oreja, el móvil se ha apagado. Vuelvo a mirar desesperado a mi alrededor, gente que pasa de largo, que me salpican con sus prisas, con sus miradas vacías, pero ella no aparece, no la encuentro. Anna, ¿dónde estás?

## Capítulo 42

*Collinstwon airport,  
Dublín.*

Tony tira del freno y la moto derrapa a las puertas del aeropuerto. La gente se aparta asustada y yo me precipito a bajarme de ella. Corro desesperada hacia la puerta automática que apenas tiene tiempo de abrirse y entro intentando quitarme el casco.

—¡Corre, Anna! —escucho gritar a Tony a mi espalda.

El suelo está resbaladizo y tengo problemas para detenerme. Miro el reloj del hall. Consigo quitarme el casco. Las siete y media. Mis nervios no me ayudan a encontrar las pantallas digitales ¡Allí! Me hago hueco entre la gente y mis ojos comienzan a saltar de vuelo en vuelo. Dublín — Sevilla, puerta A-2.

—¿Dónde está la puerta A-2? —Pregunto en voz alta.

Me ignoran.

—¿¡Dónde está la puerta A-2!?! —grito.

Silencio. Solo se escucha mi respiración. Todos me miran sin decir nada y yo no lo entiendo.

Busco las puertas de embarque a mi alrededor pero no encuentro la mía.

B-1, A-3, ¡A-2! El corazón me da un vuelco y yo reanudo mi carrera apartando a la gente que se me interpone, que se me cruza sin mirar, saltando equipajes, atravesando las filas frente a las puertas de embarque.

—¡Eh, cuidado! —me grita uno.

Que te den, pienso.

Llego a las escaleras mecánicas, están abarrotadas de gente con maletas. Apenas puedo pararme a respirar, ¿Dónde están las otras escaleras? Las encuentro y vuelvo a colarme entre la gente.

—¡Dejen el carril de la izquierda libre! —grito subiendo peldaño tras peldaño entre la gente y sus equipajes.

Cuando llego al final mis pies se tropiezan con el último escalón. Caigo al suelo y el casco se me escapa de entre las manos. Desde el suelo busco la puerta de embarque de John. La veo al fondo. Miro el casco, que rueda ya lejos de mí. Me impulso con todas mis fuerzas en una última carrera hacia la puerta. No lo veo, no veo a John entre el resto de pasajeros. La gente se me cruza y yo las esquivo intentado distinguirlo a través de sus cabezas. Entonces me parece verlo, de espalda, enseñándole la documentación a un guardia.

—¡John! —grito en un último esfuerzo por llegar a él.

Mira a su alrededor, me ha escuchado pero no me ve.

Sus ojos se clavan en los míos entre la gente, se queda inmóvil. Con mi última carrera llego a él y me dejo caer exánime entre sus brazos.

—¡Anna! —se sorprende precipitándose a cogerme.

\* \* \*

Y justo cuando ya había perdido toda la esperanza, aparece Anna entre la gente dejándose caer exhausta entre mis brazos.

—¡Anna! —dejo caer mi mochila al suelo para abrazarla.

Sus brazos se entrelazan en mi espalda. Puedo notar el latido violento de su corazón sobre mi pecho, su respiración acelerada. Las palabras se me atropellan, no sé qué decir, solo sé que quiero estar con ella, que necesitaba ese abrazo más que nada en este mundo y en el siguiente.

Me mira, su ojos se clavan en los míos a punto de romper a llorar, y sin decir nada me vuelve a abrazar con fuerza. Y yo a ella. La necesitaba, necesitaba a Anna. Se separa lentamente de mí y vuelve a mirarme con el rostro roto en lágrimas, esta a vez los labios. Su mano me toma la cara, siento como le tiembla. Nuestra respiración se enreda, nuestras ganas se gritan y nos unimos en un beso infinito. Nunca un beso había sabido tan bien, lo juro, uno de esos besos con sabor a lágrimas, uno de esos besos con sabor a te he echado de menos.

—Fui a buscarte —le digo en voz baja apartándole la cara ligeramente.

Ella sigue mirándome a los labios y sin decir nada vuelve a besarme. Un beso tierno y largo, un beso que nos envuelve a los dos y a nadie más que nos hace sentir que no estamos en la puerta de embarque de un aeropuerto que nos separará para siempre.

—¿Por qué has venido, Anna? —no puedo disimular mis lágrimas.

—Me mataba la idea de no poder despedirme de ti —sigue besándome.

Me besa. Otra vez. Y otra. Sus manos me alborotan el pelo. Y luego otro beso, en los labios, en la cara, de nuevo en los labios.

—Anna... —no me deja hablar—, Anna, por favor mírame... —pero no quiere dejarme hablar—, mírame, Anna...

Con mis manos la consigo separar unos centímetros de mí. Cojo aire y cierro los ojos apoyando mi frente sobre la suya. Tengo que esforzarme por pensar con claridad.

—Anna...

—No, John, no lo digas.

—Tengo que irme.

—No —comienza a llorar de nuevo—, no, no puedes irte, John, no te vayas.

—No deberías haber venido...

—No, no digas eso —dice intentando volver a besarme.

—Anna, escúchame...

Ella intenta besarme y aunque yo me muero por hacerlo no puedo, joder, tengo que irme.

—Tú me quieres, John.

Mi mundo entero se tambalea. Siento miedo.

—Tú me quieres —repite en voz baja— y yo te quiero.

—Anna, será mejor que nos despedamos ahora...

—¿Será mejor para quién, John? —Me dice, y no sé qué decir— yo no quiero despedirme de ti —busca mi mirada— y tú tampoco quieres, ¿qué es lo que no entiendes? —Sus ojos me atraviesan— Dime que me quieres.

Le aparto la mirada. El resto de pasajeros ya ha pasado por el arco de seguridad y el vigilante se impacienta.

—Dime que me quieres, John —insiste obligándome a mirarla—, dímelo.

El estómago me quema por dentro, siento que la cabeza me va a estallar.

—Anna...

—Dímelo —me interrumpe—, porque si no me dices que me quieres mientes y si me mientes

me muero, John. Dime que me quieres, por favor, dímelo.

—Anna —recorro sus brazos y busco torpemente sus manos con las mías, se las tomo—, por favor...

—Quédate conmigo —dice apretándomelas.

Silencio. Sus ojos me miran inquietos, yo no puedo mantenerle la mirada. Ella me busca, me besa, yo me dejo, no puedo resistirme a ella por mucho que lo intente.

—Quédate conmigo, John.

Pero no puedo. Vuelvo a apartarle la mirada.

—No puedo hacer eso, Anna.

—Sí que puedes —insiste—, por favor, quédate conmigo.

—Tengo que irme —la miro, ella también, con lágrimas en los ojos, los dos—, mi vida está adonde me lleva ese avión.

—¿Y dónde está tu vida si no es donde tú quieras que esté!?

—No lo entiendes.

—¡No, tú eres el que no lo entiende, John!

Mis manos sueltan las suyas, caen al vacío. Su rostro se vuelve sombrío, sus ojos frágiles se oscurecen.

—Eres un cobarde, John —me dice en voz baja.

—Anna...

—Eres un cobarde —me interrumpe—, ¡Eres un cobarde! —Me grita, me empuja, retrocedo— ¡Eres un cobarde! —Me vuelve a empujar— ¡Eres un cobarde, John, joder eres un cobarde!

Sigue empujándome, me golpea con sus puños en el pecho. Yo le agarro las manos, la inmovilizo y la pego a mí. Me mira, tensa, violenta y la beso. Con fuerza, sometiéndola, obligándole a que se calle. Le muerdo la boca con impotencia, mis manos se clavan en su espalda y la pego a mí como si no quisiera separarme de ella nunca más.

—Eres un cobarde... —susurra dejándose besar con rabia.

La aparto ligeramente, su respiración sobre la mía, su aliento sobre mis labios. Cojo aire y trago saliva.

En sus ojos siento el desconcierto, también en mi corazón. Mis brazos se destensan sobre su espalda. Dejamos de ser uno. Esta vez ella no dice nada. Silencio. Yo tampoco. Intento sonreírle antes de marcharme pero me parece imposible. Cojo la mochila del suelo y la miro una última vez antes de girarme. Nuestras manos se sueltan en la distancia y nuestras miradas rotas se despiden. Miro al guardia, que lo había visto todo, me dice que pase y obedezco. Atravieso el control de seguridad aún con el sabor de sus besos en mis labios y sin querer alargarlo más comienzo a caminar hacia la puerta de embarque prometiéndome a mí mismo que no me giraría para mirarla.

Un paso.

Dos,

Tres,

Cinco,

Diez.

Sé que Anna sigue allí, clavada en su loleta, sé que si me giro podré verla, pero no puedo, no puedo hacerlo, no soy capaz de volverla a ver una última vez. Necesito coger ya ese maldito vuelo y olvidarlo todo.

*En ese mismo instante,  
en Sevilla.*

El taxi me deja en la puerta del aeropuerto. Le abono la carrera y este se despide. El aire de la calle ya no está tan caliente, se respira bien. Saco el móvil y miro la hora. Menos cuarto. Quedan quince minutos para que salga su avión y una hora para que llegue. Realmente no sé qué hago aquí tan temprano pero no podía quedarme en casa, no después de todo lo que ha pasado. Necesito saber que vuelve, que por fin vamos a poder estar juntos para decirnos lo mucho que nos hemos echado de menos. Necesito verlo aparecer por ahí, cargado de maletas, un año después, con su media sonrisa y las mismas ganas de verme que tengo yo de verlo a él y decirle que lo mejor que puede traerme de Dublín es a él mismo.

Entro a la terminal y descubro que no hay demasiada gente. Me acerco a un banco y me siento. Al lado mío hay otra chica, supongo que espera a alguien, como yo. La miro, me sonrío tímida, yo también. Por un momento siento miedo, se me encoge el corazón, se me acelera. Sé que tiene que volver pero por un momento la idea de que no vaya a venir me levanta un escalofrío desagradable que me golpea la conciencia. Saco el móvil y abro la bandeja de entrada. Busco su último mensaje y comienzo a escribir.

*Te deseo un buen viaje.  
Yo te espero aquí, nerviosa,  
Deseando verte aparecer.  
Espero que tú también.  
Te quiero, Lucía.*

Pulso enviar y bloqueo el móvil. Mis piernas traquetean inquietas y la chica vuelve a mirarme. Me sabe nerviosa y sus labios vuelven a sonreírme cómplices de nuestra interminable espera.

*En ese mismo instante,  
en Collistown airport.*

Aún quedan pasajeros por embarcar. Acelero el paso y me mezclo con ellos, pero cuando llega mi turno comienzo a cederles el paso hasta que solo quedo yo. Quiero mirar atrás. Quiero pero no puedo, me lo he prometido, esto tiene que acabar ya. Dublín se queda a este lado de la puerta.

—Please —me sonrío una azafata para que entre ya al túnel de embarque. Empiezo a sentir que todo me pesa; la mochila, el petate, los zapatos. Tengo que hacer un esfuerzo por caminar y cuando paso por delante de la azafata la miro, ella sigue con aquella falsa sonrisa hasta que entro al túnel. El sonido metálico de la puerta de emergencia al cerrarse a mi espalda me sobrecoge. La miro. Dublín acaba ahí, justo en aquella puerta. Cojo aire, sacudo mis pensamientos y vuelvo a mezclarme entre los pasajeros.

*Oye ¿Me vas a dejar sola de aguantavelas?*

La cola avanza muy lentamente, los pasajeros entran de uno en uno al avión mientras el resto

nos amontonamos al final del túnel.

*Me llamo Anna.*

La cola se reduce, solo quedamos ya la mitad.

*—Ah, ah, Anna que me ahogas.*

*—Es que eres muy alto, a ver agáchate.*

Me hago hueco entre los pasajeros para llegar antes al avión y poder borrar ya Dublín de mi cabeza., necesito hacerlo.

*—En especial para John —su voz se hace eco a través de los altavoces.*

Pero me parece imposible.

*Salto la valla y subo al escenario. La luz del foco nos acoge. Juro que es preciosa.*

Esta vez me toca subir a mí.

*—Tú eres muy pava*

*Ella remolonea dentro de mi abrazo.*

*—¿Te veo a las diez?*

Me hago el despistado y dejo pasar al que está justo detrás de mí y luego al siguiente.

*—Los brindis de verdad se sellan con tequila.*

*—¿Y por qué quieres brindar?*

*—Para que esta noche sea inolvidable.*

*—Para mí ya es inolvidable.*

Entra el último. Los azafatos me miran, se miran entre ellos.

*Su beso me desorienta, me deja oscuras. Me parece que dejo de escuchar la música, en mi mundo ahora solo estamos ella y yo, los dos, sin flashes, sin gente, sin novia.*

El corazón se me acelera. Cierro mis manos en un puño.

*Nuestros dientes se rozan. Se ríe y yo con ella. Vuelve a besarme, esta vez atrapa mi labio entre sus dientes y suspira.*

*—Excuse me, sir —me sorprende la voz del azafato*

*—¡Anna, espera!*

*No me obedece.*

—*¡Lárgate, olvídate John! —me grita sin dejar de caminar.*

—Sir? —me zarandea el brazo.

Yo no sé dónde estoy. La sensación de perder a Anna me inmoviliza, me golpea el estómago con todas sus fuerzas.

—*¿Qué he sido yo para ti, John?*

Le aparto el brazo. Me miran extraño y me vuelven a insistir de mala gana que debo entrar ya.

—*¿Así es como habías imaginado nuestro final?*  
*Se gira y me mira con el rostro cubierto en lágrimas.*

Agarro mi petate con fuerza y me doy media vuelta. El azafato me dice algo pero lo ignoro.

—*¿Sabes qué pasa, John? —Me dice sin alzar la voz— que yo no me había imaginado ningún final.*

Recorro el túnel por el que había venido y entonces siento de nuevo la mano del azafato agarrarme la mochila.

—*¡Eres un cobarde, John!*

—Eh, sir! You cannot do that (Señor, usted no puede hacer eso)—me retiene, yo me zafo de él.

—Déjame.

—Sir! I said... (Señor, le he dicho que...)

—*¡Qué me dejes, joder!* —tiro de la mochila con fuerza y en un movimiento brusco le doy con el codo en la cara sin querer.

Cae al suelo, me giro, me mira con una mano en el rostro, tiene sangre. Juro que ha sido sin querer. El otro azafato corre hacia mí gritando algo por Walkie-Talkie. Me doy media vuelta y me precipito hacia la puerta del túnel. Salto sobre ella y le doy una patada a la barra de emergencia. La puerta se abre con violencia. La azafata de la puerta grita asustada. Su compañero le dice que no me deje ir y me agarra de la mochila. Yo tiro de ella hasta que el asa se rompe. La chica pierde el equilibrio. Me la cuelgo por el otro asa y veo a los dos azafatos del túnel correr hacia mí. Echo a correr hacia el control de seguridad. Me persiguen. Avisan a los de seguridad. Los tengo casi encima. Uno me agarra del petate. Tiro con fuerza pero no logro hacer que lo suelte. Me desestabiliza, la mochila se rompe por las costuras y todo lo que había dentro de ella cae al suelo. La suelto y me giro para seguir huyendo. El azafato cae al suelo con el petate, lo pierdo, pero me sigue otro y dos agentes de seguridad se suman a la persecución. Miro al frente. Anna ya no está.

—*¡Anna!* —grito en un intento de encontrarla.

La gente se aparta y me deja pasar. Dos nuevos policías me sorprenden por el frente. Abren los brazos, se preparan. Uno se adelanta, intenta atraparme pero lo esquivo, me impulso en él y cojo velocidad. El segundo lanza golpes al aire con su porra, chocan entre ellos y caen al suelo. Los otros dos siguen a mi espalda. Yo sigo sin ver a Anna. Una mano me apresa la sudadera por la espalda, me frena, pierdo el equilibrio por un instante pero consigo estabilizarme. No puedo

librarme de él.

—¡Suéltame! —la sudadera cruje pero no se rompe.

Miro hacia atrás, su mano la tiene bien agarrada. Me la desabrocho y me la quito. Lo dejo atrás.

Estoy a diez metros del control pero esta vez tengo una línea de cuatro policías delante de mí que me parece imposible atravesar. Disminuyo la velocidad intentando divisar a Anna detrás del arco de seguridad pero no lo hago, no sé dónde está. Joder, necesito encontrarla.

Un policía me embiste por la espalda. El suelo frío me golpea en la cara, se coloca ahorrajada sobre mí y me intenta colocar los grilletes. Yo forcejo pero él es más fuerte que yo, no puedo hacer nada. La impotencia me devora las venas. Me incorporo y en un último intento de escapar de él le doy un cabezazo en la cara con todas mis ganas que consigue tirarlo de espaldas. Me levanto. La línea de policías se rompe. Y entonces detrás de ellos me parece verla.

—¡Anna! —grito con toda la fuerza que me permite mi garganta pero ella parece no escucharme.

Los pasos pesados de los policías suenan a mi espalda, no tengo tiempo. Vuelvo a correr de nuevo. Esquivo a uno, a otro, ya casi no puedo más.

—¡Anna!

Me escucha. Me busca. No me encuentra. Me precipito hacia el control. Salto el torno perseguido por un policía que no consigue pasarlo y rompe la mampara de cristal. La puerta estalla y los cristales se esparcen por el suelo. Anna me ve, intento correr los veinte metros que me quedan hasta ella pero una nueva embestida por el costado me tira al suelo dejándome sin respiración.

—¡John! —la escucho gritar.

El policía se me echa encima y luego otro y otro más. Intento levantarme pero me golpean las costillas, me abaten. Siento un dolor repentino en la cara, luego un cosquilleo y el sabor de la sangre en mi boca. Me mareo, todo me da vueltas.

—¡Anna! —la veo entre las botas de los agentes que apresan.

Me toman las manos pero yo me resisto a que me esposen. Una bota en mi cara, me gritan, me pisa sin compasión, me duele y aunque me queje no sirve de nada. Puedo escuchar el sonido de los grilletes al cerrarse sobre mis muñecas, me cortan la circulación.

—¡Soltadle! —escucho gritar a Anna que intenta acercarse, veo sus pies forcejear entre las botas de los policías, la apartan, la escucho llorar.

—¡A ella no la toquéis! ¡Eh, que no la toquéis! —Grito desde el suelo con una bota pisándome la cara—, ¡Anna!

Me levantan por los hombros, intento abrir los ojos pero no puedo, la sangre me escuece. Consigo verla. Intento avanzar pero no puedo ni tan si quiera dar un paso, no sé dónde me llevan.

—¡Anna, escúchame! —le grito.

Los agentes me giran a la fuerza y pierdo de vista a Anna, no puedo verla. A la fuerza consigo volver a mirarla. La encuentro discutiendo con un agente.

—¡Anna! Soltadme, joder ¡Anna, te quiero!, ¿¡Me oyes!?! —Ya no tengo fuerzas para resistirme, me arrastran— ¡Te quiero! —Sigo gritando— ¡Te quiero!

*Autor original:*  
*Juan Manuel Carmona.*